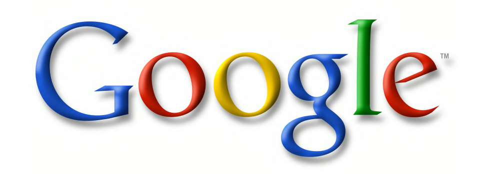

Google


DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA
Taylor Institution.



# COLECCION

DE

# LIBROS ESPAÑOLES,

## RAROS Ó CURIOSOS.

---

TOMO UNDÉCIMO.

# OBRAS POÉTICAS

DE

# D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA

PRIMERA EDICION COMPLETA.

MADRID
IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA
calle de Campomanes, núm. 8.

1877.



# ADVERTENCIA.

*Poco más de un año hace que un compatriota de Mr. G. Ticknor, y entusiasta como él por nuestra literatura, publicó en esta corte una edicion completa é ilustrada de las obras del famoso poeta* Juan Boscan (1); *á nuestros constantes favorecedores ofrecemos hoy las obras poéticas completas de otro vate no ménos famoso que aquél:* D. Diego Hurtado de Mendoza.

*Mr. William I. Knapp, al estudiar*

(1) El laureado poeta valenciano Diego Ramirez Pagan, en su rarísimo libro intitulado « Floresta de varia poesía » (Valencia, Juan Navarro, 1562), publicó el siguiente *Soneto en la*

*la literatura española del siglo XVI, para ilustrarnos la citada edicion de* BOSCAN, *recogió preciosos datos y peregrinas noticias de varios escritores de aquel tiempo, entre ellos del que es objeto del presente volúmen; y habiéndonos manifestado deseo de publicar sus poesías en nuestra Coleccion, nos apresuramos á aceptar tan galante oferta, que llevó al extremo*

---

*muerte de Boscan*, que, poco conocido hoy, reimprimimos aquí para que se vea el grande aprecio en que ya sus contemporáneos le tenian:

Boscan, despues que en paz sana y entera
Del terreno y mortal lodo saliste,
Y allá contigo está la primavera
Y las musas al cielo condujiste,
Las abejas por miel dan rubia cera,
Ya el campo de sus flores no se viste,
Ya calla Filomena en la ribera
Y la corneja anuncia canto triste.
Apolo en medio el dia ya se esconde,
Su hacha deja amor, el arco deja,
Y sólo aquí suspira, Eco responde;
La vida y el placer sin tí se queja,
Huyen aves del aire y no sé adónde,
Del monte y la ciudad la paz se aleja.

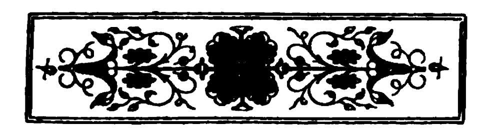
*de encargarse de dirigir y cuidar de la impresion, que por cierto le ha causado no pocas molestias.*

*Creemos, pues, que el público apreciará en lo que vale la primera edicion completa de las poesías del altivo diplomático de Cárlos V y Felipe II, así como estamos seguros de que el tomo undécimo de esta Coleccion en nada desmerece, si es que no aventaja, á los anteriores.*

*Y al amigo querido, hoy en camino para su país natal, le deseamos toda clase de felicidades, esperando no olvidará nunca los buenos amigos que aquí deja, como no le olvidarán los de acá, entre los cuales tienen la honra de contarse*

F. DEL V. J. S. R.

*Madrid Diciembre de 1876.*



# PRÓLOGO.

Del autor de estas rimas, como de otros muchos de su época y nacion, insignes por su posicion elevada, su capacidad intelectual y sus hazañas, poco se sabe con seguridad en el dia. Notorio es á todos que fué de orígen ilustre, estudioso en su juventud y en la edad madura notable por los altos cargos que desempeñaba en Venecia, en Roma y en el Concilio de Trento, si bien en su vejez vivia alejado de una Corte que no aguantaba la independencia de su carácter singular.

Lástima es que casi todo lo que sabemos de él, se reduzca á una introduc-

cion ó *Breve Memoria* escrita por don Baltasar de Zúñiga, que va al frente de la primera edicion de la *Guerra de Granada,* publicada bajo la direccion de Luis Tribaldos de Toledo, en Lisboa, 1627, y repetida en la segunda de Madrid, año de 1674—noticia general y vaga, careciendo de las fechas y los pormenores analíticos que requiere un asunto de tanta importancia. Las biografías de Lopez de Sedano (1) y de Lopez de Ayala (2) son poco más que una ampliacion de la de Zúñiga, las cuales á su vez han servido de base para la noticia que dá el Sr. Rosell en su excelente edicion de la expresada Historia (3).

Frey Juan Diaz Hidalgo, que nos dejó la única coleccion antigua que poseemos de las Poesías de Mendoza, se abstiene totalmente de hablar de él,

---

(1) En el tomo IV del *Parnaso Español:* Madrid, 1770.

(2) Puesta al frente de la hermosa edicion de la *Guerra de Granada:* Valencia, Benito Monfort, 1776.

(3) Tomo I de los Historiadores de Sucesos Particulares, en la *Bibl. de Autores Españoles.*

áun cuando por su proximidad á la época en que floreció nuestro autor pudo suplir fácilmente los datos que nos faltan. El editor de la reimpresion de Hidalgo nos tiene ofrecida, desde 1854, una vida extensa del ilustre poeta, la cual aún no ha dado á luz (1).

Sin embargo de este aparente descuido, ó indiferencia de la posteridad, existen aún manuscritos, datos abundantes y precisos en las grandes colecciones de la Academia de la Historia, del Escorial, de la Biblioteca Nacional, y en poder de particulares, los cuales proporcionarian detalles importantísimos y aclararian varios puntos oscuros en la vida del distinguido hombre de Estado, poeta, historiador y novelista que nos ocupa. El que averiguase entre tantos papeles y en su voluminosa correspondencia, paso á paso, su biografía,

---

(1) Las palabras de don Adolfo de Castro en el primer tomo de los «*Poetas Líricos* de los siglos XVI y XVII» (1854) son:

«La vida y elogio que escribo de tan insigne autor, á su tiempo verá la luz pública» (p. XIX).

haria un señalado servicio á las letras y á la historia del siglo XVI, período sorprendente de acontecimientos, de misterios, de descubrimientos y de todo género de progresos.

Porque florecian entónces las brillantes Cortes del majestuoso Cárlos, del *Rè galant'uomo* Francisco I, y de los fastuosos pontífices Paulo y Julio; en Oriente, Suleiman con su Barbaroja; en Poniente, el Emperador con Andrea Doria. En todas partes batallas campales y navales; luchas de la fe y de la disidencia; poetas como Boscan, Garcilaso, Castillejo y Cetina; oradores sagrados como Fr. Luis de Granada y el Maestro Juan d'Avila; catedráticos como Hernan Nuñez y el Brocense; Zurita en Aragon, Ocampo y Morales en Castilla; un ejército de caballeros, en fin, cuyos apellidos gloriosos brillan en los folios de Sandoval, y á que ninguna nacion ofrecia por entónces paralelo.

No nos extrañe, pues, que, resumiendo las glorias de la primera mitad del siglo XVI, don Hernando de Acuña le dirigiese á Cárlos V aquel grandioso

Soneto que respira el celo patriótico y religioso de sus tiempos:

«Ya se acerca, Señor, ó ya es llegada
La edad gloriosa en que promete el cielo
Una grey y un pastor solo en el suelo,
Por suerte á vuestros tiempos reservada.
»Ya tan alto principio en tal jornada
Os muestra el fin de vuestro santo zelo,
Y anuncia al mundo para más consuelo
Un Monarca, un Imperio y una Espada.
»Ya el orbe de la tierra siente en parte,
Y espera en todo, vuestra Monarquía
Conquistada por vos en justa guerra;
»Que, á quien ha dado Christo su estandarte,
Dará el segundo más dichoso dia
En que, vencido el mar, venza la tierra».

Don Íñigo Lopez de Mendoza, primer marqués de Mondéjar y segundo conde de Tendilla, fué padre de nuestro autor, y nieto del célebre marqués de Santillana, del mismo nombre y apellido. Fué alcaide de la Alhambra, y Capitan general del reino de Granada desde su conquista. Casó en segundas nupcias con doña Francisca (1)

(1) *Juana*, dice Nicolás Antonio.

Pacheco, hija de don Juan Pacheco, marqués de Villena, y primer duque de Escalona. De este matrimonio nacieron cinco hijos y dos hijas: *don Luis,* el primogénito, marqués de Mondéjar, Capitan general del reino de Granada y Presidente del Consejo; *don Antonio,* marqués de Cañete, Virey y Capitan general de la Nueva España y del Perú; *don Francisco,* que despues de desempeñar el cargo de Gobernador de los Países Bajos, se ordenó sacerdote y murió Obispo de Jaen (1); *don Bernardino,* General de las Galeras de España, muerto en la Jornada de San Quintin; *don Diego,* nuestro poeta; *doña Isabel,* que casó con don Juan Padilla, y *doña María,* mujer de don Antonio Hurtado, conde de Monteagudo.

Nació don Diego Hurtado de Mendoza en la Alhambra de Granada, á fines del año 1503. Algunos quieren que su patria fuese Toledo, fundados quizá

(1) Sedano (*Parnaso,* IV, XVIII) asegura que lo fué de *Sigüenza.*

en las palabras que dirigió desde Inglaterra al secretario don Gonzalo Perez:

«¿Qué sirve ser nacidos en España,
En el templado reino de Toledo,
Si habemos de morir en tierra extraña?»

En este pasaje habla el poeta, á no dudarlo, de la cuna de su familia, porque tenemos pruebas suficientes de ser él hijo de la Alhambra.

Recibió, al parecer, su primera instruccion en la latinidad del famoso letrado italiano Pedro Mártir de Anglería, residente entónces en aquella capital, traido por el primer conde de Tendilla, abuelo de don Diego. Con él fué instruido en la misma clase un jóven pobre y huérfano de padre, recogido por el Conde, quien despues se hizo célebre bajo el nombre de Fr. Luis de Granada (1). Aquí tambien adquiriria algunas nociones de griego y del arábigo local, con los auxiliares que proporcionaban

(1) Véase la excelente vida de Fray Luis, escrita por don José Joaquin de Mora, en el tomo I de las Obras de Granada, de la *Bibl. de Autores Españoles*.

por entónces las obras elementales de fray Pedro de Alcalá.

Concluidos estos rudimentos, pasó don Diego á Salamanca, donde se dedicó más seriamente á las Humanidades, á la Filosofía y al Derecho Civil y Canónico. Zúñiga y Sedano sostienen que siguió la profesion eclesiástica, y que no dejó aquellos hábitos hasta con ocasion de enviarle el Emperador por Embajador á Roma en tiempo de Paulo III; pero esta circunstancia no se halla comprobada en las fuentes que hemos podido examinar, y en el fragmento de su último testamento, donde pasa en revista sus empleos y títulos, no hace mencion de tal cosa.

Por este tiempo, estando en Salamanca, se cree escribió la *Vida del Lazarillo de Tormes*, que no llegó á imprimirse hasta 1552 en Amberes (1), cuando se hallaba libre de los altos cargos de su mision en Roma.

---

(1) Véase la *Introduccion* á los «Novelistas anteriores á Cervantes», de la *Bibl. de Autores Españoles.*

Luégo que hubo concluido sus estudios en las célebres aulas de Salamanca, siguiendo la costumbre de los jóvenes ilustres de aquel tiempo, hizo el viaje de Italia, y se dedicó por fin á la vida militar. Eso sería por los años de 1524 á 1526, según se infiere de Sandoval que nos le presenta asistiendo á la batalla de Pavía en que fué preso el rey Francisco I de Francia. En aquel clásico país pasó todos los ratos que pudo robar al ejercicio de las armas, ocupado en sus estudios de predileccion, ahora en Bolonia, ahora en Pádua y Roma, cultivando al mismo tiempo el trato con los hombres más eruditos de aquel período.

Pero su linaje, aplicacion y talentos le señalaron en breve á Cárlos V para los cargos más altos de la Diplomacia.

No nos sería fácil, áun cuando tuviésemos espacio, escribir la historia de su mision en Venecia, ni la que posteriormente desempeñó en Roma y en Trento, porque los detalles de esta parte de su vida van paralelos con la historia política del Occidente en aquel tiempo, y

exigen una investigacion de su correspondencia inédita tal, que sólo la haria con provecho un hombre de Estado ó un filósofo que alcanzara más luces, habilidad y tiempo que el que dicta estos renglones.

Baste decir que servia al Emperador en una época sumamente difícil, en Venecia, para contrarestar las tendencias de la Señoría de romper la Liga y de aliarse con Francia en favor del Turco: en el Concilio de Trento, desde 1542, como uno de los cuatro Enviados de Cárlos V, y en Roma, como Embajador, entre los años de 1547 y 1551. Al mismo tiempo se encargaba imprudentemente del gobierno de Siena, pueblo siempre incitado, por Paulo III y el rey Francisco, á rebelarse contra la autoridad Imperial; de suerte que se empleaba sin cesar en ir y venir, ahora para apaciguar la hostilidad de los provinciales, ahora para cumplir con su deber cerca de la Santa Sede y en Trento.

Estas luchas duraron hasta 1551, extendiéndose su vida pública en Italia

por el largo período de veinte años (1).

Desde esta fecha en que el Emperador relevó á Mendoza, no tenemos de él noticia cierta. En alguna época de su vida fué Embajador en Inglaterra, como consta de sus poesías, y Sedano cita un códice florentino que le atribuye igual mision cerca del Gran Turco.

Á su regreso á España desde 1554, parece que desempeñó, sin éxito, alguna que otra comision para Felipe II, el cual, por fin, le desterró de la Corte en 1567 por haber tenido en Palacio una riña con un caballero (2).

Desde entónces vivia retirado en Granada, donde se empleaba en escribir á sus amigos, y en especial al historiador Gerónimo de Zurita, parte de cuya correspondencia aún se conserva impresa en los *Progressos de la Historia del Reino de Aragon*, por Dormer.

---

(1) Catalogue des Manuscrits grecs de la Bibl. de l'Escurial, par E. Miller: Paris, 1848, 4.° mayor, p. III.

(2) El documento impreso por el Sr. Rosell lleva la fecha equivocada de 1579, pero en el mismo afirma Mendoza tener 64 años de edad.

Allí tambien escribió su *Guerra de Granada*, y muchas de las poesías que se encuentran en esta coleccion. Murió poco despues de haber vuelto á la Corte, en 1575, á la edad avanzada de 72 años.

Estando en Venecia y en Roma se dedicó á reunir y sacar copias esmeradas de Mss. griegos. Los nombres de Arsenius, Andrónico Nuccius, Nicolás Maralùs, Juan Mavromati, Nicolás Sophianus, dan testimonio de la diligencia con que trabajó, y de las grandes cantidades que invirtió en estos estudios.

Antes del incendio de 1671, la Biblioteca del Escorial contenia, de la coleccion particular que el poeta regaló al Monasterio de San Lorenzo, más de 353 manuscritos griegos (1) de los cuales 32 habia recibido de Suleiman como don (2).

Al echar una ojeada por la vida laboriosa de don Diego de Mendoza, Embajador desde 1532 hasta 1547 en Venecia,

(1) Segun Miller y despues M. Graux, sabio helenista frances, que me dió la nota.

(2) Miller.

y en Roma desde 1547 hasta 1551; en el Concilio de Trento desde 1542, y Gobernador de la Toscana, en el período más borrascoso de la vida activa del gran Emperador, no se puede ménos de quedar asombrado de la prodigiosa laboriosidad de este magnate literario. Tenemos poesías de él en todas las épocas, conocidamente desde 1539; traducciones de Virgilio, Ovidio, Aristóteles, y los líricos de Italia; novelas, epístolas satíricas, escritos burlescos y políticos al estilo del *Mercurio y Caronte* de Valdés; historias como la de la Jornada de Túnez y de la Rebelion de los Moriscos de Granada.

En vista de esto, no nos debe extrañar que encontremos los manuscritos de sus poesías en un estado lastimoso de correccion, y una discrepancia grande entre todas las copias, aumentada por la ignorancia de los que las sacaron. Sedano dice bien que nuestro autor «es uno de »los poetas castellanos que tenemos más »viciados en su impresion: defecto que »sólo se echa de ver en el cotejo de las »composiciones que existen manuscri-

»tas en algunos códices antiguos (1)».

Las obras que dejó Mendoza son:

1. *Vida del Lazarillo de Tormes*, impresa en Amberes, año de 1552, 8.°

2. *Obras poéticas*, recopiladas por Fr. Juan Diaz Hidalgo: Madrid, 1610, 4.°

3. *Guerra de Granada:* Lisboa, 1627, 4.°

4. *Diálogo de Caronte* (2) *y Pedro Luis Farnesio*, publicado en las *Curiosidades Bibliográficas* de la Bibl. de Autores Españoles.

5. *Cartas del bachiller de Arcadia.*

6. *Paraphrasis in totum Aristotelem.*

7. *La Mechanica de Aristoteles*, traducida de griego en castellano por nuestro autor, dedicada al duque de Alva.

8. *Commentarii Politici.*—Ms.

9. *La Conquista de la Ciudad de Túnez.*

10. *Batalla Naval*, escrita al fin de la *Guerra de Granada.*

---

(1) *Parnaso Español*, tomo IV, pág. I del *Indice.*

(2) Y no *Aqueronte*, como el editor de dicho libro equivocadamente llama al infernal barquero en su noticia preliminar.

De estas obras, dos merecen nuestra atencion en este lugar:

I. «Guerra de Granada hecha por »el rey de España D. Felipe II nuestro »señor, contra los Moriscos de aquel »Reino, sus rebeldes»: salió por vez primera en Lisboa, dirigida desde Madrid por el Licenciado Luis Tribaldos de Toledo, Chronista mayor del Rey, etc., año de 1627, y no el de 1610, Madrid, como asegura Nicolás Antonio y tras él, Sedano, Ayala y el Sr. Rosell. En la segunda edicion de Madrid, 1674, el editor, Mateo de la Bastida, en sû *Dedicatoria* á don Pedro Coloma, llama su reimpresion *segundo buelo*: «Y por»que, para hallar, en este segundo »buelo, benigno el ayre juizioso de »las censuras, debe solicitar patroci»nios», etc. Pero el téstimonio del mismo Tribaldos de Toledo en su advertencia *Al Lector*, me parece decisivo. El dá por el segundo de los motivos que le movieron á publicar la *Guerra de Granada*, que «son ya passados »cerca de *sesenta años* y no ay vivo »ninguno de los que aquí se nom-

»bran», etc. Ahora bien, ¿conviene 1550 ó 1566 como fecha aproximada del principio de la rebelion morisca? Excusado es decir que dicha sublevacion empezó año de 1568, luego bien pudo Tribaldos de Toledo afirmar en 1626, «son ya passados *cerca* de sesenta años», cosa que sería un anacronismo decir en 1610 y que conviene perfectamente al año 1626 ó 1627. Además, las *Licenças* en portugués indican claramente la primera impresion, y llevan las fechas de Lisboa, 1, 3, 4 y 12 de Setiembre, y 22 de Diciembre del año de 1626; y ninguno de los editores arriba mencionados dice que haya visto personalmente la edicion de 1610, concordando todas las descripciones que dan de ella con la de 1627.

La segunda edicion, como ya digimos, es de Madrid, 1674; la tercera de 1730, y la cuarta y más hermosa de todas es de Valencia, 1776, en 4.°, como las anteriores.

II. En 1610 salió una coleccion de las poesías líricas de nuestro autor, con este título:

# OBRAS
# DEL INSIGNE CAVALLERO DON DIEGO DE MENDOZA, EMBAXADOR DEL EMPERADOR CARLOS QVINTO EN ROMA.

*RECOPILADAS POR FREY IVAN Diaz Hidalgo, del Habito de San Iuan, Capellan, y Musico de Camara de su Magestad.*

DIRIGIDAS A DON IÑIGO LOPEZ de Mendoza, Marques de Mondejar, Conde de Tendilla, Señor de la Prouincia de Almoguera.

Año | Escudo del Mecenas. | 1610.

*Con Priuilegios de Castilla, y Portugal.*

---

*En Madrid,* Por Iuan de la Cuesta.
*Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nuestro señor.*

Es un tomo en 4.° español, de 8 hojas de principios y 159 de texto, con una de colofon. Los preliminares contienen, además de la *Portada,* una «*Tassa*» firmada por Francisco Martinez, Madrid 29 de Diciembre de 1609; «*Erratas*», por el Lic. Murcia de la Llana, Madrid 23 de Diciembre de 1609; Privilegio de «*El Rey*», Madrid 8 de Abril de 1609, Iorge de Touar; Albará en portugués, Madrid 30 de Diciembre de 1609, Affonso Rodriguez de Gueuara; «*Aprovacion del Vicario*», Madrid 6 de Marzo de 1609, el Doctor Cetina; otra «*Aprovacion*», Madrid 23 de Marzo 1609, Fr. Francisco Tamayo, Calificador de la suprema Inquisicion; Soneto de «Miguel de Cervantes á Don Diego de Mendoza, y á su fama»:

*En la memoria viue de las gentes;*

Soneto de «El Doctor Mira de Amescua, Capellan de Su Magestad, al libro de D. Diego de Mendoza»:

*Hijo de aquel espiritu diuino;*

Soneto de «Don Antonio Hurtado de Mendoza, al Autor»:

*Si el inclito Conde de Tendilla;*

Soneto de «doña Mariana de Vargas, y Valderrama»:

*Al tronco ilustre de donde ha salido;*

Soneto «De vn Grande de España»

*Tv en quien mostró la embidia macilenta;*

Dedicatoria «*A Don Yñigo Lopez de Mendoço, Marques de Mondejar, Conde de Tendilla, Señor de la Prouincia de Almoguera*, etc.», firmada en Madrid á 25 de Diciembre de 1609, Fr. Iuan Diaz Hidalgo; Discurso «*Al Lector*», y «*Tabla alfabetica, de lo contenido en este libro*».

El discurso *Al Lector*, por su estilo y por algunos apuntes curiosos que encierra, transcribo aquí:

«AL LECTOR».

«Cvrioso Lector (que lo serás sin duda) »si con algun genero de atencion passas

»los ojos por estas rimas, que no son de
»quien quiera, sino del famoso D. Die-
»go de Mendoça, cuyas obras suspen-
»dieron á los que las vieron, y á los que
»dellas tuuieron noticia alguna, la bue-
»na fama infunde respecto. Y assi es bien
»que le tengas á las obras de tan insig-
»ne Poeta, sin ponerte á hazer compa-
»raciones de los Poetas de entonces, á
»los de aora, que cada vno pinta las
»passiones de su animo, sino como las
»siente, como las puede. D. Diego de
»Mendoça pintó las suyas (verdaderas,
»ó imaginadas) clara, y honestamente.
»Fue Platonico en sus amores: Filosofo
»en las sentencias: Poeta en las inuen-
»ciones: y finalmente puro, y limpio en
»su lenguaje. En sus obras de burlas
»(que por dignos respectos aqui no se
»ponen) mostró tener agudeza y donay-
»re, siendo satirico sin infamia agena,
»mezclando lo dulce con lo prouechoso.
»La azanahoria, cana, pulga, y otras
»cosas burlescas, que por su gusto, o
»por el de sus amigos compuso, por no
»contrauenir á la grauedad de tan in-
»signe Poeta, no se dan á la estampa: y

» por esto, que ya por no ser tan comu-
» nes, seran mas estimadas de quien las
» tenga, y las conozca. Finalmente digo,
» que aunque de mi cosecha no te doy
» nada, no dexo de darte el trabajo, que
» me ha costado buscar este tesoro es-
» condido en los escritorios agenos, doy-
» tele acrisolado lo mejor que yo he
» sabido. Pero si de otro mejor original
» le tuuieres, purificale, y enmiendale,
» aunque de qualquiera suerte, al nom-
» bre de Don Diego de Mendoça, se in-
» clinará la magestad de Apolo, la gra-
» uedad de las Musas, y la arrogancia
» de todos sus sequazes. Vale ».

Esta edicion de 1610 consta de 96 composiciones de nuestro autor, de que hemos encontrado casi todas en los códices que hoy existen.

Hay muchas erratas y equivocaciones, y su texto no es de los mejores; pero cualquiera que haya leido los manuscritos de este poeta, comprenderá cuán difícil es formar lecciones correctas sin caer en el inconveniente de refundir al autor mismo.

Una reimpresion de la obra de Hi-

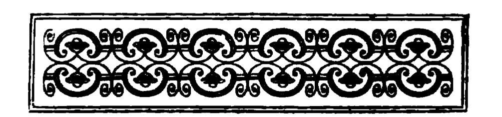
dalgo apareció en 1854 en el tomo primero de los *Poetas Líricos* de los siglos xvi y xvii, su editor don Adolfo de Castro. Contiene 94 de las composiciones que se hallan en Hidalgo, faltando el Soneto II de nuestro *Apéndice* (pág. 480) y el Epigrama á Dido (pág. 432). Por otra parte; tiene cuatro poesías tomadas de Sedano, Gregorio Silvestre, y Espinosa, que exceptuando la de Silvestre son de dudosa autenticidad. La *Oda* traducida de Horacio es notoriamente de Fr. Luis de Leon. Encierra, pues, en todo esta edicion 98 composiciones atribuidas á Mendoza.

Resta hablar de nuestro trabajo, que sin faltar á las justas leyes de la modestia puede llamarse la primera edicion de las *Poesías completas* de don Diego Hurtado de Mendoza. Contiene 170 composiciones, casi el doble de las de la edicion de Hidalgo, la mayor parte inéditas ó impresas aisladamente. Todos los códices conocidos de España han sido cuidadosamente examinados y cotejados, y dos de París que no hemos podido ver personalmente fueron ex-

tractados, en cuanto á su materia inédita, por nuestro querido amigo el señor Adee, de la Legacion Norte-Americana en esta Corte. Entregamos, pues, con confianza nuestra edicion á los inteligentes aficionados á la literatura Española, habiendo hecho á lo ménos un trabajo concienzudo en esta materia.

DR. WILLIAM I. KNAPP.

*Madrid, Noviembre*, 1876.



# SONETOS.

## I.*

LIBRO, *pues que vas ante quien puede*
*Quitar y poner leyes á su mando,*
*Ten cuenta con Damon, allá llegando,*
*Aunque Marfira más te mande y vede.*
*Sepas muy bien contar cuanto sucede*
*Despues que Damon vive lamentando;*
*Y pues él va contigo allá cantando,*
*Marfira te oirá, que se lo debe.*
*En tanto quedo yo con tal recelo*
*Cual con fortuna brava suele estar,*
*Echando el hierro al mar, el marinero,*
*Lleno de afan y temeroso celo*
*Si afierra el hierro de donde esperar*
*La salud debe que á Damon espero.*

NOTA. Las composiciones inéditas y las que no aparecen en la edicion de 1610 ni en la de 1854, van señaladas con una *estrella*.

II.

Dias cansados, duras horas tristes,
Crudos momentos en mí malgastados:
Al tiempo que pensé veros mudados,
En años de pesar os me volvistes.
En mí faltó la órden de los hados,
En vos tambien faltó, pues tales fuistes.
Que podreis en el tiempo que vivistes
Contar largas edades de cuidados.
Largas son de sufrir cuanto á su dueño,
Y cortas si me hubiese de quejar;
Mas en mí este remedio no ha lugar,
Que la razon me huye como sueño,
Y no hay punto, Señora, tan pequeño,
Que no se os haga un año al escuchar.

III.

Como el triste que á muerte es condenado
Gran tiempo há, y lo sabe y se consuela,
Que el uso de vivir siempre en cuidado
Hace que no se sienta ni se duela;
Si le hacen creer que es perdonado,
Y muere cuando ménos se recela,
La congoja y dolor siente doblado,
Y más el sobresalto le desvela;

Ansí yo, que en miserias hice callo,
Si alguna breve gloria me fué dada,
Presto me vi sin ella y olvidado.
Amor lo dió y amor pudo quitallo;
La vida congojosa toda es nada,
Y ríese la muerte del cuidado.

IV.

Vuelve el cielo, y el tiempo huye y calla,
Y callando despierta tu tardanza;
Crece el deseo y mengua la esperanza
Tanto más cuanto más léjos te halla.
Mi alma es hecha campo de batalla,
Combaten el recelo y confianza;
Asegura la fe toda mudanza,
Aunque sospechas andan por trocalla.
Yo sufro y callo, y dígote, Señora:
«¿Cuándo será aquel dia que estaré
Libre desta contienda en tu presencia?»
Respóndeme tu saña matadora:
«Juzga lo que ha de ser por lo que fué,
Que ménos son tus males en ausencia».

## V.

*Á Doña Marina de Aragon.*

En la fuente más clara y apartada
Del monte al casto coro consagrado,
Vi entre las nueve hermanas asentada
Una hermosa ninfa al diestro lado.
Estábase en cabello, coronada
De verde hiedra y arrayan mezclado,
En traje extraño y lengua desusada,
Dando y quitando leyes á su grado.
Vi cómo sobre todas parecia;
Que no fué poco ver hombre mortal
Inmortal hermosura y voz divina.
Y conocíla ser doña Marina,
La cual el cielo dió al mundo por señal
De la parte mejor que en sí tenía.

## VI.

Gasto en males la vida, y amor crece;
En males crece amor, y allí se cria;
Esfuerza el alma, y á hacer se ofrece
De sus penas costumbre y compañía.
No me espanto de vida que padece
Tan brava servidumbre y que porfía;
Mas espántome cómo no enloquece
Con el bien que ve en otros cada dia.

En dura ley, en conocido engaño,
Huelga el triste, Señora, de vivir,
Y tú, que le persigas la paciencia.
¡Oh cruda tema! Oh áspera sentencia!
Que por fuerza me muestren á sufrir
Los placeres ajenos y mi daño.

## VII.

Como el hombre que huelga de soñar,
Y nace su holganza de locura,
Me viene á mí con este imaginar
Que no hay en mi dolencia mejor cura.
Puso amor en mi mano mi ventura,
Mas puso la peor, pues el penar
Me hace por razon desvariar,
Como el que, viendo, vive en noche oscura.
Veo venir el mal, no sé huir;
Escojo lo peor cuando es llegado;
Cualquier tiempo me estorba la jornada.
¿Qué puedo yo esperar del porvenir,
Si el pasado es mejor, por ser pasado? [da.
Que en mí siempre es mejor lo que no es na-

## VIII.

Tiempo vi yo que amor puso un deseo
Honesto en un honesto corazon;
Tiempo vi yo, que agora no lo veo,
Que era gloria, y no pena, mi pasion.
Tiempo vi yo que por una ocasion,
Diera angustia y congoja, y si venia,
Señora, en tu presencia la razon
Me faltaba y la lengua enmudecia.
Más que quisiera he visto, pues amor
Quiere que llore el bien y sufra el daño,
Más por razon que no por acidente.
Crece mi mal, y crece en lo peor,
En arrepentimiento y desengaño,
Pena del bien pasado y mal presente.

## IX.

Lenguas extrañas y diversa gente
Á esta fiera cruel amando sigue;
Ella huye de todos, y persigue
Á cada cual por donde más lo siente.
Dá á gustar el corazon caliente
Á unos de otros, porque nos obligue;
Ninguno lo probó que no castigue,
Aunque nadie lo sabe que escarmiente.

Su gloria es encubrir pechos abiertos,
Y revelar entrañas escondidas.
¡Oh compuesto de varios desconciertos,
Que á nuestra propia carne nos convi-
[das,
Y despues que á tus piés nos tienes muer-
Por los que llegan sanos nos olvidas! [tos,

## X.

Tráeme amor de pensamientos vanos
Á cuidados y enojos verdaderos,
Muéstrame los comienzos hacederos
Y los inconvenientes tan livianos.
Que si vengo con ellos á las manos,
Hállolos ser de mí tan extranjeros,
Que los que parecian más ligeros,
Me parecen pesados é inhumanos.
Véome tan adentro en la celada,
Que deseo pagallo con la vida;
Mas el alma, que está fuera dé sí,
Como para la muerte no hay salida,
Vuélvese á comenzar otra jornada;
Mas esta nunca se acaba para mí.

## XI.

Amor me dijo en mi primera edad:
«Si amares, no te cures de razon».
Siguió su voluntad mi corazon;
Mas él nunca siguió mi voluntad.
Tráeme ciego de verdad en verdad,
Ya yo sería contento en mi pasion,
Que con falsa esperanza de ocasion
Me sostenga, siquiera en vanidad.
Tanto sería de vana esta esperanza,
Que no podria caber en mi sentido,
Ni en consejo de amor ni en vanagloria.
Que finja yo que estoy en tu memoria,
Señora, ni lo espero ni lo pido;
Que no es bien de afligidos confianza.

## XII.

¡Si fuese muerto ya mi pensamiento,
Y pasase mi vida así durmiendo
Sueño de eterno olvido, no sintiendo
Pena ni gloria, descanso ni tormento!
Triste vida es tener el sentimiento
Tal, que huye sentir lo que desea;
Su pensamiento á otros lisonjea;
Yo enemigo de mí siempre lo siento.

Con chismerías de enojo y de cuidado
Me viene, que es peor que cuanto peno:
Y si algun placer me trae, con él se va,
Como á madre con hijo regalado,
Que si llorando pide algun veneno,
Tan ciega está de amor que se lo dá.

XIII.

El hombre que doliente está de muerte
Y vecino á aquel trago temeroso,
Cualquiera beneficio le es dañoso
Y en la causa del mal se le convierte.
Ansí mi alma triste, en sólo verte
Halla daño do busca haber reposo,
Viniendo del bien cierto el mal dudoso,
Del dulce verte, el duro conocerte.
La vana fantasía y confianza
En desesperacion se torna luégo,
Que el seso reconoce la ocasion.
Donde vence al remedio la pasion,
Sobrado ver es luz que torna ciego,
Y confiado vivir sin esperanza.

## XIV.

Tibio en amores no sea yo jamás:
Frio, ó caliente en fuego todo ardido;
Cuando amor no saca el seso de compás,
Ni el mal es mal, ni el bien es conocido.
Poco ama el que no pierde el sentido.
Y el seso y la paciencia deja atras;
Y no muere de amor, sino de olvido,
El que de amores piensa saber más.
Como nave que corre en noche oscura
Por brava playa con recio temporal,
Déjase al viento y métese á la mar;
Ansí yo en el peligro del penar,
Añadiendo más males á mi mal,
En desesperacion busco ventura.

## XV.

*A una parra que cubría la ventana de su dama.*

Planta enemiga al mundo, y áun al cielo,
Que nos encubres tanta hermosura,
Véate yo perdida la verdura
Y esparcidas tus hojas por el suelo.
Si la escondes movida de buen celo,
Porque no puede verse tal figura
Sin muerte y conocida sepultura,
Aunque en miralla no falte consuelo,

El ser della vencido es la vitoria,
Y la muerte peor es el no vella;
Mas ya que porque no mueran los vivos
Acuerdas de engañarnos y escondella,
Á los que somos muertos y cautivos
¿Por qué quieres quitarnos esta gloria?

## XVI.

*Á las armas de Aquiles.*

(Traducido del griego).

Á la ribera de la mar sentada
Sobre el sepulcro de Ayax Telamon,
La Fortaleza estaba despechada,
Moviendo contra Grecia indignacion.
Los cabellos de hierro y la acerada
Veste rompia; al llanto y turbacion
La gente se alteró, y aunque espantada,
Quiso della entender su alteracion. [nos:
Respondió, vuelto el rostro á los Troya-
«Aun por haceros Grecia mayor mengua,
Contra Ayax por Ulíses sentenció,
Desposeyendo aquellas fuertes manos,
Y entregando á la vil y flaca lengua
Las armas con que Aquíles os venció».

## XVII.

*Al escudo de Aquíles.*

El escudo de Aquíles, que bañado
En la sangre de Héctor, con afrenta
De Grecia y Asia fué, mal entregado
Á Ulíses por varon de mayor cuenta,
Sobre el sepulcro de Ayax fué hallado;
Que Ulíses, levantándose tormenta,
Entre las otras ropas lo habia echado
En la mar, por dejar la nave exenta.
Alguno, visto el nuevo acaecimiento,
Dijo, quizá movido en su conciencia:
«¡Oh juez sin razon ni fundamento!
Que el conocido error de tu imprudencia
Vean la ciega fortuna y ciego viento,
Y el loco mar enmienda la sentencia».

## XVIII.

Alzo los ojos de llorar cansados,
Por tornar al descanso que solia;
Y como no lo veo do lo vía,
Abájolos en lágrimas bañados.
Si algun bien yo hallaba en mis cuida-[dos,
Cuando por más contento me tenía,
Pues que ya le perdí por culpa mia,
Razon es que los llore ora doblados.

Tendí todas las velas en bonanza.
Sin recelar humano impedimento;
Alzóse una borrasca de mudanza
Como si tierra y mar, fuego y viento
Quisieran castigar mi confianza;
Y castigaron sólo el sufrimiento.

## XIX.

*Del Saladino.*

Domado ya el Oriente, Saladino,
Desplegando las bárbaras banderas
Por la orilla del Nilo, le convino
Asentar su real en las riberas.
Lenguas le rodeaban lisonjeras,
Compaña que á los reyes de contino
Sola sigue en las burlas y en las veras,
Loándoles el bueno y mal camino.
Contábanle el Egipto sojuzgado,
Francia rota y el mar Rojo en cadena;
Mostrábanle su ejército y poder.
Respondióles: «De aquí se puede ver
Donde acabó su gloria, en esta arena,
El gran Pompeo, muerto y no enterrado».

## XX.

*De Aníbal.*

¿Qué cuerpo yace en esta sepultura?
¿Quién eres tú, que encima estás sentada
Mesando tus cabellos, la figura
Sangrienta, de tus uñas tan rasgada?
Los huesos y ceniza consagrada
De Aníbal, que ha pagado á la natura
La deuda postrimera, yo la armada
Diosa que en las batallas da ventura,
Quéjome de los hados inhumanos
Que á tal varon hicieron tanto mal,
Y del miedo y vileza de Cartago; [hago;
Mas quédame un consuelo en lo que
Que él mismo se mató, porque á Aníbal
No pudieran vencer sino sus manos.

## XXI.

*Á un retrato.*

Tu gracia, tu valor, tu hermosura,
Muestra de todo el cielo retratada,
Como cosa que está sobre natura,
Ni pudiera ser vista ni pintada.

Pero ya que en el alma tu figura
Tengo, en humana forma abreviada,
Tal hice retraerte de pintura,
Cual amor te dejó en ella estampada.
No por ambicion vana ó por memoria
De tí, ni para publicar mis males,
Ni por verte más veces que te veo;
Mas por sólo gozar de tanta gloria,
Señora, con los ojos corporales,
Como con los del alma y del deseo.

XXII.

Háme traido amor á tal partido,
Que ni puedo ni quiero conocerme;
Cuantas armas tenía le he rendido,
Pues le di la razon para vencerme.
Hombre nací y por hombre era tenido;
Pudieran seso y arte socorrerme,
El tiempo, la experiencia y el sentido;
Mas todo lo dejé, y quise perderme. [de
Señora, gran mal es quel hombre entien-
Cuanto aparta de sí, y no se arrepiente,
Y que sabe cuán poco bien se espera;
Que vive y morirá desta manera,
Fuera de humana forma ó acidente,
Sino de querer bien, que no se aprende.

## XXIII.

Gracia te pido, amor; no la merece
Quien la pide, ni tanto bien espera,
Sea limosna ó sea piedad siquiera,
Y sea en la ocasion que agora se ofrece.
Cualquiera beneficio mengua ó crece
Con el lugar, el tiempo y la manera;
Mas hay gran diferencia, y verdadera,
Del dar al socorrer á quien padece.
Lo que una vez la fuerza ó la destreza
No ha podido acabar, aquello mismo
Acaba una palabra descuidada.
Señora, considera tu grandeza
Y el tiempo; que ahora puedes con nonada
Levantarme del hondo del abismo.

## XXIV.

Por tan difícil parte me han llevado
Los importunos años que he vivido,
Que áun bien el medio dellos no he cum-
Y mil veces el fin he deseado. [plido,
Y toda la aspereza por do he andado,
De un mal á otro mayor siempre he venido;
En fin, á tal extremo soy traido,
Que no puedo temer más triste estado.

Ansí que, ya sin bien, sin confianza,
Estoy de aqueste mal, que agora muero,
Podria ya muy bien hacer mudanza;
Mas tanto á la que causa mi mal quiero,
Que siento que me estraga la esperanza,
Y estoy harto mejor si desespero.

## XXV.

Yo soy, cruel Amor, el que has traido
Con vanas esperanzas engañado,
Y quien habia de haber escarmentado
Ya en los propios males que he sufrido.
Yo soy quien tus mentiras ha creido,
Y aquel que por creellas ha llegado
A ser contigo el más desventurado
De cuantos tus banderas han seguido.
Pero si en todo el tiempo que viviere
Tornare á tu poder, en él me vea
Muriendo por quien más aborreciere;
Y porque mi jurar más firme sea,
Que si jamás, Amor, yo te creyere,
Quien causare mi mal no me lo crea.

## XXVI.

Salid, lágrimas mias, ya cansadas
De estar en mi paciencia detenidas;
Y siendo por mis pechos esparcidas,
Serán mis penas tristes mitigadas.
De mil suspiros vais acompañadas,
Y por tan gran razon sereis vertidas,
Que si mi vida dura por mil vidas,
Jamás espero veros acabadas.
Y si despues, llegado el final dia,
Do por la muerte dejaré de veros,
Hallase algun lugar mi fantasía,
El alma, que áun en muerte ha de que-
Á solas sin el cuerpo lloraria [reros.
Lo que en vida ha llorado sin moveros.

## XXVII.

Hoy deja todo el bien un desdichado
Á quien quejas ni llantos no han valido;
Hoy parte quien tomara por partido
Tambien de su vivir ser apartado.
Hoy es cuando mis ojos han trocado
El veros por un llanto dolorido;
Hoy vuestro desear será cumplido,
Pues voy do he de morir desesperado.

Hoy parto y llego á la postrer jornada,
La cual deseo ya más que ninguna,
Por verme en algun hora descansada,
Y porque con mi muerte mi fortuna
Os quite á vos de ser importunada,
Y á mí quite el vivir, que me importuna.

## XXVIII.

Ora en la dulce ciencia embebecido,
Ora en el uso de la ardiente espada,
Ora con la mano y el sentido
Puesto en seguir la caza levantada;
Ora el pesado cuerpo esté dormido,
Ora el ánima atenta y desvelada,
Siempre en el corazon tendré esculpido
Tu sér y hermosura entretallada.
Entre gentes extrañas, do se encierra
El sol fuera del mundo y se desvia,
Duraré y permaneceré desta arte.
En el mar, en el cielo, so la tierra
Contemplaré la gloria de aquel dia
Que mi vista figura en toda parte.

## XXIX.

Mil veces callo, que mover deseo
El cielo á gritos, y mil otras tiento
Dar á mi lengua voz y movimiento,
Que en silencio mortal yacer la veo.
Anda cual velocísimo correo
Por dentro el alma el suelto pensamiento,
De llanto y de dolor lloroso acento,
Y casi en el infierno un nuevo Orfeo.
No tiene la memoria á la esperanza
Rastro de imágen dulce ó deleitable
Con que la voluntad viva segura. [canza,
Cuanto en mí hallo es maldicion que al-
Muerte que tarda, llanto inconsolable,
Desden del cielo, error de la ventura.

## XXX.

Aquestos vientos ásperos y helados,
De espesas nubes y tinieblas llenos,
De ardientes rayos y terribles truenos
Con súbitos relámpagos rasgados,
Aunque en mi daño siempre conjurados,
Ya fueron tiempos claros y serenos,
De mi dudoso bien terceros buenos,
Y en esperar mi gloria prosperados.

¡Cuán presto pasa un temple de verano,
Y cuán despacio destemplados tiempos,
Y cuánto cuesta un bien no conocido!
¡Ay buena suerte y venturosa! en vano
Triste la larga en breves pasatiempos
Del tiempo bien llorado y mal perdido.

## XXXI.

*Á Luis Barahona de Soto.*

Un claro ingenio, un vivo entendimien-
Un sentido profundo, un raro aviso, [to,
Una varia leccion y un decir liso,
Cual, señor Soto, en vuestos versos siento;
Pocas veces el claro firmamento
Á los mortales concederlos quiso,
Y con razon aquel pastor de Anfriso
Os llama para algun notable intento;
Porque de vuestro ingenio é invencion
Piensa hacer industria por do pueda
Subir la tosca rima á perfecion.
Tenga la Parca el hilo, y en su rueda
Ríjase la fortuna por razon; [da.
Que puesto donde estais, muy poco os que-

## XXXII. *

*Á los soldados que murieron en Castil-Novo.*

¡Hechos gloriosos! pues el alto cielo
Os dá la parte que os negó la tierra,
Bien es que por trofeo de la guerra
Se muestren vuestros huesos por el suelo.
Si justo desear, si honesto celo
En ánima gentil se anida ó cierra,
Ya me parece cierto que se atierra [lo.
Por vos la Hesperia vuestra, ó se alza al cie-
No por vengaros, no, que no dejastes
A los vivos gozar de tanta gloria, [tes;
Que envuelta en vuestra sangre os la llevas-
Sino es por mostrar que la memoria
De la gloriosa muerte que ganastes,
Es [áun] más de envidiar que la victoria.

## XXXIII. *

Con estilo inmortal voy escribiendo
Lo que estuviste, amiga, anoche hablando;
Así lo estaba el alma señalando
Al tiempo que lo estabas tú diciendo.
El seso y la memoria voy perdiendo,
La libertad perdida no cobrando,
Y tú de no perderla estás jurando
Al tiempo que me ves estar muriendo.

¿Qué pretendes hacer, dulce enemiga,
Con la fingida paz que dan tus ojos?
Ves un pastor aquí á muerte rendido.
Entrégate, tirana, en mis despojos,
Que no plega al amor por mí se diga
Que contra tu querer vida he querido.

## XXXIV. *

Amor, lazo en arena solapado,
Ponzoña entre la miel entremetida,
Serpiente en arboleda recogida,
Hondura que perturba el ancho vado;
León junto al camino agazapado,
Halago que á la muerte nos convida,
Centella que en tu ropa está metida,
Castillo que debajo está minado;
Celada de contrarios tras de sierra,
Falsario lamentar de cocodrilo,
Polilla de las almas en la tierra;
Candela fabricada sin pabilo,
Carbunco que en buscándolo se encierra,
¿Por qué me cortas de la vida el hilo?

## XXXV. *

Tiéneme el agua de los ojos ciego,
Del corazon el fuego me maltrata,
Cada cual de los dos por sí me mata,
Mas nunca al fin de aquesta muerte llego.
Parte consume de aquesta agua el fuego,
Y parte de este fuego el agua mata,
Lo que el uno deshace y desbarata,
El otro torna y le renueva luégo.
El uno vive cuando el otro muere;
Yo con entrambos muero y vivo junto;
¡Ay gran dolor! ay desigual ventura!
Por sí cada cual darme muerte quiere,
Y impedidos el uno y otro al punto,
La vida me renuevan triste y dura.

## XXXVI. *

¿Adónde sufriré mi desventura?
Que ya cansó la gente en lo poblado;
Ya todos mis amigos me han dejado,
Huyendo del temor de mi tristura.
En la agradable selva y espesura
Las aguas de las fuentes me han faltado,
Y teme el triste cuerpo fatigado
Que al fin le ha de faltar la sepultura.

Hasta los animales escondidos
En la áspera montaña y sierra fiera,
Huyen del triste son de mis gemidos;
Mas si volveis por mí, señora mia,
Hallareis que en los campos extendidos,
Ni en lo poblado, cabe mi alegría.

## XXXVII. *

Creciendo va el dolor y mi tormento,
Vuéltome há el amor al tiempo bueno;
Jamás nunca se vió de penas lleno
Ninguno por amores tan contento.
De amores muera yo si en esto os miento,
Si no sois sola vos por quien yo peno,
Y de mudarme desto tan ajeno
Cuan léjos de otro bravo pensamiento.
Mas temo no creereis lo que yo os quiero,
Que suele acontecer á un desdichado
Estar siempre sujeto á mil temores.
Acuérdeseos, mi bien, que por vos muero;
¿Y no es vitoria ser tan desdeñado,
Quien muere como yo del mal que muero?

## XXXVIII. *

¡Oh carnero muy manso, oh buey her-
Manso trabajador siempre contento, [moso!
De tu mujer trazada y paramento,
Mastin blando al que viene deseoso;
No se dirá por tí que hombre celoso,
Que bravo, que feroz, y que sangriento,
Destocado al sereno en grande asiento,
Oyes de tu vecino el mal ocioso.
El que dentro de tu casa está encerrado,
Contemplando tus hechos y renombre,
Dice: «¡Vivas mil años, padre honrado!
Que si todo el correr que está en tu nom-
Á tus piés por natura fuera dado, [bre
Pudiéramos llamarte ciervo y hombre».

## XXXIX. *

En cierto hospedaje do posaba
Amor, vino á posar tambien la Muerte;
O fuese por descuido ó mala suerte,
Al madrugar Amor, como lo usaba,
Toma de Muerte el arco y el aljaba: [te):
(Y no es mucho, si es ciego, que no acier-
Muerte recuerda al fin, tampoco advierte
Que eran de Amor las armas que llevaba.

Sucedió deste error, que Amor pensan-
Enamorar mancebos libertados, [do
Y Muerte enterrar viejos procurando,
Vemos morir los mozos malogrados,
Y los molestos viejos, que arrastrando
Se van tras el vivir, enamorados.

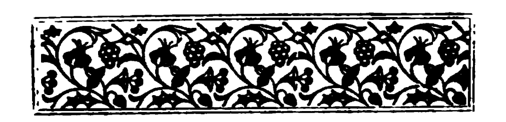
## XL. *

En la pared de cierto templo viejo
Está una imágen hecha sin primor,
Destajo del pincel de Blas pintor,
Á costa de la Iglesia y del Concejo;
Con un letrero puesto allí, bermejo,
De letra grande escrita alrededor:
«Esta Obra Mando Hazer Aqvi el Señor
Teniente Cura, Juan de Busto el viejo».
Mas Gil no consintió que el rubicundo
Letrero sin reproche se prosiga
Sin que el Concejo al ménos se nombrase.
Ved cuáles son las cosas deste mundo,
Que nunca falta un Gil que las persiga,
Como á esta no faltó quien la enmendase.

## XLI. *

Cuando las gentes van todas buscando
Cómo tener placer y alegres dias,
Haciendo unos con otros alegrías,
Sin jamás otra cosa estar pensando;
Entónces ando yo imaginando
Todas las penas y congojas mias,
Revuelto el corazon en fantasías,
Lágrimas dolorosas derramando;
Visitando las tristes sepulturas,
Interrogando almas infernales,
Y ellas responden por claras figuras:
Que no tienen consuelo allá en sus ma-
Sino sólo en sentir mis desventuras [les
Á quien ningunas pueden ser iguales.





# CANCIONES.

## I.

Tiempo bien empleado
Y vida descansada,
(Bien que á pocos y tarde amor consiente)
Olvidar lo pasado,
Holgar con lo presente,
Y de lo por venir no curar nada.
Hora falta y menguada
La del que nunca olvida
Un cuidado que siempre le dá pena,
Cortado á su medida,
Tan importuna y llena,
Que ni otro halla entrada ni él salida;
Mas tiene por testigo
Su pensamiento, y éste es su enemigo.

En tal punto me veo
De fortuna traido
Hasta el postrer abismo de su rueda,
Donde ruego y deseo
Que esté segura y queda,
Porque á peor no venga, que he venido
Á tan flaco partido
Y con tal desvarío
Que en él no habrá quien ya de mí se
Piérdase el albedrío, [acuerde;
Ya que el seso se pierde,
Y lo uno y lo otro por ser mio:
Pues decir que se guarde
Es consejo importuno, vano y tarde.

Dichoso el que á sus solas,
Con ánimo constante,
De buena ó mala suerte se contenta,
Y las mudables olas
De amorosa tormenta
No le truecan propósito ó semblante;
Dichoso aquel instante,
Alegre ó descontento,
Que dá sosiego al miedo ó la esperanza;
Mas ¡ay de mí! que siento
En cualquiera mudanza,
Con nuevo disfavor, nuevo tormento,
Y escogílo por bueno
Cuando crié la víbora en mi seno.

¡Oh envidia sin sosiego!
¡Oh fiera sospechosa,

Que siempre estás atenta á trabar guerra!
¿Cuál es el pecho ciego
Que dentro en sí te encierra?
¿Por qué el mundo te llama perezosa?
Con lengua furiosa,
Mas con sospecha vana,
Atajaste los pasos á mi gloria,
Que tan humilde y llana
Vivia en la memoria
De quien nunca pensó cosa liviana;
¿Cómo entras diligente
Á beber honra y sangre de inocente?
  Fílis, blanda y hermosa,
¿En qué te he yo enojado,
Que tanto mi servicio y fe te cansa?
Conmigo estás quejosa
Y con otros muy mansa.
Donde nunca tus fuerzas han llegado
Venga el injusto hado,
Venga el tibio desdeño,
Que oprimen la humildad y la paciencia;
Persigan á su dueño
Servicios en presencia,
Que en tu memoria sean como sueño,
Pues con la fe te enfadas
De quien sigue y adora tus pisadas.
  ¿Fié de mi ventura
Algun deseo vano?
¿Quise igualar contigo mi osadía?
¿Puse tu hermosura

En duda ó en porfía,
O resistí heridas de tu mano,
Que tan claro y temprano
Me vino el desengaño
Á tocar en lo íntimo del pecho,
Y aún no sé si es engaño?
El daño que está hecho,
Viene por amenaza de otro daño
Á mostrarme que sienta
En la bonanza ajena mi tormenta.
¿Para qué estoy en duda,
Pues no hay otro camino
Sino sufrir á quien me haga fuerza?
Sea mi lengua muda,
Tu voluntad no tuerza,
Y pague yo, que fuí mal adivino;
Llegó mi desatino
Á pensar que sirviera
En lo que cualquier otro se servia,
Y cierto se hiciera
Si la desdicha mia
Y el caso no ordenaran que yo fuera;
Mas no hay peor librado
Que el desfavorecido y obligado.
Quiero callar mi queja,
Si es posible sufrirme,
Donde vence el agravio á la paciencia;
Que pues Fílis me deja,
La más cruda sentencia
Es haberme dejado sin oirme.

Un propósito firme,
Una fe muy entera
Y un no mudar camino por tibieza,
Serán hasta que muera
Muestras de mi limpieza,
Aunque envidia y pasion me tengan fuera,
Ya que otro bien no espero
Sino morir sirviendo y por quien muero.

Mas templaré la vela
Por no decir tan claro que estoy loco,
Pues aunque mucho duela
Será el quejarme poco,
Y sola una esperanza me consuela:
Que en ocasion ninguna
He de huir el rostro á la fortuna.

## II.

Si alguna vanagloria
En corazon humano
Pudo caer, Marfira, de pensar
Que nunca ajena mano
Trastornó la memoria
Á otros, ni su sér pudo mudar:
Si algun gozo ha de dar
La limpia y pura fe,
Guardada sin engaño,
Y el no usar mal de la verdad en daño
De otro, con decir lo que no fué,
Por mí todo ha pasado,
Despues que sin dejarte me has dejado.
Dijísteme que fuese
Seguro por doquiera,
Que nunca tu favor me faltaria.
Salí, que no debiera,
Porque de mí no fuese
Lo que muchos dijeron que sería.
Entónces te queria
Como á querido hijo,
Como á la dulce amiga;
Y aquel amor ardiente sin fatiga
Salia de mi pecho, sin letijo;
Ya que esto queda atras,
Quiérote ménos bien y ámote más.

Viene mezclado amor
Con aborrecimiento,
Y no se puede creer si no se siente,
Ni hay más grave tormento
Que sentir con dolor
Contrario á la dolencia el acidente;
Pero no se arrepiente
Mi seso, y va venciendo
Siempre la voluntad.
Yo me rindo, pues desta ceguedad
La mayor parte se ha cobrado, viendo
Cómo la fe tuviste
Más liviana que el viento, á quien la diste.
En amor tan ingrato,
En tan larga carrera
De tiempo y dolor como ésta ha sido,
Muchas partes hubiera
Que á descansar un rato
Me pudieran cautivo haber traido;
Pero el seso vencido,
Conoce lo mejor,
Y lo peor escoge,
Cualquier discurso de razon acoge,
Aunque al determinarse vence amor,
Yo quedo imaginando
Qué pudiera ayudarme, cómo y cuándo.
Hartos consuelos tengo,
Y es el remedio vano;
Crece el mal cuanto más justo me hallo.
Ya otro fuera sano

Si de lo que sostengo
Dijese lo que yo por burla callo;
¿Qué mísero vasallo
Con tan mansa paciencia
Sufrió tan gran graveza?
Dar mal por bien, mudanza por firmeza,
¡Oh áspera, cruel, dura sentencia!
Pues no hay dolor tan fuerte
Que no se venza al cabo con la muerte.
¡Ay libertad forzosa
De mi dura fatiga,
Que das fin al dolor cuando te ofreces!
¡Oh deseada enemiga!
¡Oh muerte! que rabiosa
Á otros, y á mí dulce me pareces;
Tú, que sola mereces
Desatar este nudo,
Y áun hacer inmortal
Aquel que por hacer bien padece mal,
Ven, y harás lo que hacer no pudo
La que probó en un dia
Á deshacer la pena y gloria mia.
Quisieras tú, Señora,
Con uno y otro enojo
Cansar mi fe, forzalla á que quebrase,
Tomando cada hora
Novedad por antojo,
Y atar mi ruda lengua á que callase,
Y cuando me esforzase
Á quejarme de tí,

Embarazarme el seso;
Ansí que, no pudiendo echar el peso.
No pudiese valerme yo por mí,
Estando aquí el morir,
Que es remedio comun y ha de venir.
  Un querer tan seguro,
Un sér tan obediente,
Una mansa paciencia tan extraña,
Un ánimo tan puro,
Una fe tan ardiente,
Que bastan á mover una montaña,
Que no mude tu saña,
Y ¿cosa tan liviana
Te mueva contra mí, siendo segura?
¡Oh voluntad humana
En divino saber y hermosura!
¿Quieres que no me queje,
Y porque me has dejado, que te deje?

  Cancion mia, yo temo
Que quien te ha de leer
Me querrá dar consejo por remedio;
Y pues no puede ser,
Siendo mi mal extremo,
Que no puede curarle ningun medio,
Dirásle que no quiero
Sino morir por ella, como muero.

## III.

Ya el sol revuelve con dorado freno
Los ligeros caballos nuestra vía,
Acabando la más corta carrera;
Ya calienta, ya dá nueva alegría
De la estrella más fria al tibio seno;
Ya las nubes esparce por defuera;
La parte más afuera
Del cielo y apartada
Ve luz demasiada:
Yo cautivo, que muero, quiere amor
Que huya de mí el claro resplandor,
Y que siempre le siga como loco,
Teniendo al sol en poco,
Y que muriendo busque mi dolor.
La ira del cruel y duro invierno
Huye so tierra, y los rabiosos vientos
No suenan ya por bosque ni montaña;
El cielo dá los dias ya contentos,
Ya muestra la mañana el rostro tierno,
Ya sale á volar por la campaña
La sabrosa compaña
Del viento delicado;
Yo, ausente y olvidado,
No mengua mi tristeza y desconsuelo,
Ántes rompo las peñas con mi duelo,
Y los montes derrueco suspirando;

Mas poco cura el cielo
Que viva el triste desamado amando.
 La verde yerba coronando viene
De varias flores la pintada tierra,
Que al estrellado cielo se parece;
Los tiernos ramos no tienen más guerra
Con el soberbio viento, ni conviene
Temor del duro hielo, que entorpece;
Ya ninguna parece
De las espesas hojas;
Y tú, Fortuna, arrojas
Tanto dolor en mí, tanta agonía,
Cuanto en ellos has puesto de alegría;
Cada cosa su tiempo y fin alcanza,
Y en la tristeza mia
No hay tiempo de remedio ni esperanza.
 En el mar sosegado, al manso viento
Tiende la vela, alegre, el marinero,
Seguro ya de la cruel tormenta;
En alta popa con navío ligero
Corta el agua espumosa, y va contento,
Sin tener con las ciegas nubes cuenta,
Ni esperar más afrenta;
Y en mi vida importuna
Cualquier tiempo es fortuna;
Siempre me veo cubierto de cuidados,
Que en lágrimas quebrantan sus nublados.
¡Oh enemiga ventura! Oh ciega suerte!
No son unos pasados,
Cuando me llegan otros á la muerte.

El pastor amoroso, embebecido,
En la cumbre del monte está cantando,
Ó en la fresca arboleda y verde prado,
Y con sabrosa flauta remedando
La viva voz puesta al dulce sonido
Del agua clara y viento delicado,
Presente su ganado,
Que escucha sus querellas;
Yo, triste, que con ellas
Vivo solo en lugar adonde oidas
No pueden ser de nadie ni entendidas,
Paso mi vida en doloroso llanto,
Y si hubiese mil vidas,
Todas las pasaria en otro tanto.

Bien sabes tú, cancion, qué primavera,
Qué sol es el que espera
Mi alma en esta ausencia;
Qué males en presencia
Me pueden dar más conocido daño;
Que es vivir en sospecha y desengaño,
Y en tanta soledad aborrecer,
Huyendo como extraño
Todo aquello que á todos dá placer.

## IV. *

Cual pequeñuela nave combatida
En bravo mar, de dos contrarios vientos,
Do no aprovecha el arte ni el gobierno,
Mi alma está de varios pensamientos
Contino atormentada y afligida,
Sujeta á pena y llanto sempiterno;
Ó cual en frio invierno
Suele en el despoblado
Ser el árbol troncado
De la fuerza del viento poderoso,
Cortaste tú mi bien y mi reposo,
Y fué por tí en un punto derribado
Lo que en un largo tiempo habia fundado.
¡Cuán presto diste fin á mi contento,
Y cuán en largos términos lo diste,
Y cuán sin ocasion me lo quitaste!
¿Por qué, cruel, tan presto deshiciste
Lo que en tan largo tiempo elevaste?
Fundado, al parecer, con tal cimiento
Que tempestad ni viento
No pudieran moverlo,
Cuanto más deshacerlo.
¿Quién en mujer jamás terná esperanza
Que la ha de hallar firme y sin mudanza?
Pues tú que parecias la más fuerte,
Cualquier flaca ocasion pudo moverte.

Cuando contemplo el tiempo que quisiste
Mostrar que era de tí favorecido,
Tanto que fuí de todos envidiado,
Y veo el miserable á que he venido,
Entiendo que de industria me subiste
Porque sintiese más ser derribado;
Y no te has contentado,
Cruel, con olvidarme
Y á muerte condenarme,
Sino que á mi despecho te entregaste
Á quien contino tanto despreciaste.
¡Oh condicion movible, torpe y vana,
Que lo que hoy huis, buscais mañana!
¿Es posible, cruel, que has ya perdido
La memoria de cuando me jurabas
Llorando que á tí mesma aborrecias,
Por más quererme á mí, cual lo mostrabas?
Mas ¡ay de mí! que todo era fingido,
Para acabar y consumir mis dias.
Mas ¡qué bien lo fingias!
¡Y á quien tú no engañaras
Que en tal modo trataras
Que áun á mí, á quien has hecho tanto da-
Tornaras á engañar con tal engaño! [ño,
¡Oh tirana enemiga! ¿qué has ganado
De haberme á llanto y muerte condenado?
¡Ay Dios! Cómo pasó el tiempo dichoso
En que, aleve, decias: «Tírsi amado,
Yo ruego á Dios, si acaso te olvidare,
Que falte para mí felice estado,

Y nunca tenga bien; nunca reposo,
Y fálteme el vivir, si te faltare;
La tierra que pisare
En fieras se convierta,
De quien sea luégo muerta;
Y aún este es poco mal, si en mí se viere
Olvidar á quien más que á sí me quiere;
Mas nunca llegue yo á que esto se vea,
Antes muerta ante tí primero sea!»
¿Qué te parece agora? ¿en qué ha parado
La gloria y el contento que gozaba
Yo, triste, cuando aquesto me decias?
¡Qué mal en aquel bien se me ordenaba!
Pues todo como sueño se ha olvidado,
Y se cambió en dolor y penas mias.
¡Ay, vanas alegrías,
Venidas por engaño
Para mi mal y daño!
¡Cuán más dichosa suerte la mia fuera
Si nunca yo os gozara, ni áun os viera!
Pues fué vuestro placer vano y ligero,
Y el mal que me hiciste verdadero.
Pues ¿qué has ganado, fiera embravecida,
De haberme puesto en manos de la muerte,
Con mil engaños que has conmigo usado?
¡Oh! ¿en qué pude, cruel, tanto ofenderte
Que quieres que lo pague con la vida?
Y áun ese corazon no está vengado,
Pues pierde ya el cuidado
Que tienes de que muera;

Que ya estoy de manera
Que por regalo en mi cruel tormento
La muerte espero, y ya la veo y la siento.
Apareja la gloria y el trofeo,
Y harta tu crueldad y tu deseo.

Cancion, yo bien entiendo
Que has de causar placer, pues que das
Del mal que me atormenta. [cuenta
Dirás á quien me ha puesto en tanto estre-
Que ya quedo muriendo; [cho,
Que se alegre del daño que me ha hecho.

V. *

Debajo de su lanza,
Me tuvo largos años
El crudo Amor, y en vivo fuego ardiendo;
Agora en esperanza,
Mi vida poco á poco entreteniendo.
Yo estaba padeciendo,
Alegre con mis penas,
Y el áspero tormento
Juzgaba por contento,
Y mis continuas lágrimas por buenas,
Sin ver que cautamente
Andaba entre las flores la serpiente.
Estaba yo tan ciego,
Que mis cansados ojos
Nunca pudieron ver la falsa trama;
Juzgué por hielo el fuego,
Las flores por abrojos,
La nieve por ardiente y viva llama.
Con sólo ver mi dama,
Ó ser mirado della,
Andaba tan ufano,
Como si el bien humano
No consistiese en más que en sólo vella;
Y aunque era gran victoria,
Aquesto tenía yo por suma gloria.
Mas como en esta vida

No hay condicion humana
Que no pretenda más que lo que alcanza.
Fortuna, condolida
De verme en mar insana,
De vientos combatida mi esperanza,
Con súbita mudanza
Mi nave fué guiando;
Y con tanto concierto,
Que en el seguro puerto
Estoy, de la tormenta razonando,
Como aquel que se vido
De las furiosas ondas combatido.
  Amando, aborreciendo,
Temiendo y esperando,
Veo en un punto el alma del amante
Andar hoy riendo
Y mañana llorando,
Y en mil contrarios juntos cada instante.
Si vuelve su semblante
Á otro su pastora,
Luégo los desconsuelos
Y los rabiosos celos
Consumen la triste alma cada hora;
Y en mi mal y el ajeno
Tomo ejemplo, la mano acá en mi seno.
  Mas el Amor, corrido
De ver que libremente
Me fuí desenlazando de su trama,
En un vergel florido
Se me mostró presente,

Sin arco, red, sin flechas y sin llama;
Y en hábitos de dama,
Con blando volver de ojos,
Me dió el primer asalto;
Y áun en tal sobresalto,
Hubiera de triunfar de mis despojos;
Mas viéndome perdido,
Subíme al homenaje del sentido.
De la una parte, veo
La gracia y hermosura,
Valor y discrecion, desta pastora;
De la otra, el grande deseo,
La falta de ventura,
Las mudanzas del tiempo cada hora.
Si el alma se enamora,
Se obliga á desealla
Y á padecer por ella.
Si dejo de querella,
Ya pierdo lo que gano por amalla;
Y ansí me estoy dudando,
Con la vida y la muerte peleando.

Cancion, si te dijeren
Que digas qué pretendo,
Responde tú, diciendo,
Que lo que aquí no muestro,
El tiempo lo dirá, que es gran maestro.

## VI. *

Recogiendo del cielo las estrellas,
Con sus manos de rosas, va la Aurora,
Del seno bellas flores derramando;
Á Itis en las selvas Progne llora,
Ỳ cuenta Filomena sus querellas,
De Tereo las traiciones publicando;
Y está Dafnis cantando
Tan triste y dulcemente,
Que en una clara fuente
Junta al fiero leon y al manso gamo
La paloma y el águila en un ramo,
Uno sin ira y otro sin espanto.
¡Oh Diosa, á quien yo amo,
Ayúdame á decir tan dulce canto!
Miéntras viene aquel dia en que cantada
De mí será, Señora, tu hermosura,
Y de todas naciones conocida,
Si fuere tan dichosa mi ventura
Que á Láquesis no sea ya acabada
La estambre de que pende esta mi vida,
Ó si fuese medida
Al tiempo que á tu gloria
Bastase á dar memoria,
Si no será de mí entónces vencido
El que en Tébas las piedras ha movido
Concederá á mis voces; mas en tanto

Que el dia no es venido,
Ayúdame á decir tan dulce canto.
 Cuando el hermoso Dafni el claro dia
Vió venir, sin acuerdo del ganado,
Con lágrimas regaba el tierno pecho;
Habia tanto tiempo ya gastado
En aquel ejercicio, que podia
Amor estar dél bien satisfecho;
Mas ni el tomillo ha hecho
Contentas las abejas,
Ni harta á las ovejas
Jamás la verde yerba, ni á la grama
Los húmidos arroyos, ni la rama
Á las cabras, ni al duro amor el llanto;
Que en amorosa llama
Así comienza Dafni el dulce canto:
 «Esfuerce el viento y lleve á tus oidos,
Lida, mis tristes voces, Lida, ausentes;
Conoce de tu Dafnis los dolores;
Agora te deleiten claras fuentes
Ó de las vagas ondas los sonidos
Ó el dulce lamentar de ruiseñores;
Ahora en los errores
Que el amargo tormento
Con el dulce contento
Nos mezclaban, estés imaginando,
Entre las bellas flores suspirando,
Allí tus tristes quejas escondiendo;
Oye, pues que cantando,
Tu Dafnis como el cisne, está muriendo.

»En las verdes riberas destos rios
Solia yo cantar con alegría,
Los Sátiros y Faunos admirados.
¡Cuán léjos está un *es* de un *ser solia*,
Murmurantes arroyos y sombríos,
Que fuistes ya de mí tan celebrados!
Los dos enamorados,
Leandro y Hero hermosa,
En tí, ribera hermosa,
Canté, y aquesta fuente es buen testigo:
—«Espérame, mi bien y dulce amigo»,
Al verdadero amante dice Hero,
«Que ya parto contigo;
Espérame, Leandro, que ya muero».—
»Pues la Ninfa Calisto que vencia
El coro de Diana en hermosura,
Tambien con mi zampoña fué cantada.
¡Ay desdichada vírgen! tu figura
Igual á tu Diana ser solia,
Mas ora en osa fiera estás tornada.
Detente, Juno airada,
No te hagas tan valiente
Contra aquesta inocente,
Que podrá tanto el amoroso celo,
Que hará bajar á Júpiter al suelo,
Y castigando á tí como invidiosa,
La subirá á su cielo
Delante de tus ojos hecha diosa.
»El miserable caso y doloroso
De Pocris no olvidé, y canté el engaño

Que el nombre ambiguo de Aura le ha cau-
Y luégo proseguí el amor extraño [sado,
Del infeliz mancebo y muy hermoso
Narciso, de sí mesmo enamorado.
¡Oh mozo desdichado!
Conócete y no penes
Que dentro de tí tienes
Lo que buscas con manos presurosas;
Perdonad ya vosotras engañosas
Ondas, perdon al jóven sin ventura;
Perdonen las hermosas
Ninfas á quien burló con su hermosura.
»Cuántas veces vencí á los pastores
Con mi silvestre musa, ante tus ojos,
Testigo es la deidad de Valle umbroso;
Cuántas veces llevaba los despojos
Del músico ejercicio, bellas flores,
Oliva, palma, lauro vitorioso;
Voló el tiempo dichoso
Que entónce alas tenía;
Mas ora ya venia
Cojeando, y de plomo el pié cargado;
Le tiene ora su curso deseado
Por no sacar de pena al alma mia;
Y vino apresurado
Cuando quiso robarme mi alegría.
»Agora, Lida mia, tambien canto,
No como ántes canté, mas de manera
Que más conviene á un ánima mezquina,
Como hace el blanco cisne en la ribera

De Meandro, que es más dulce su canto
Cuanto á su triste fin más se avecina;
En las yerbas reclina
Su cuerpo, y allí canta
Con su dulce garganta,
Obsequias á sí mesmo celebrando,
Y cuanto va el esfuerzo más faltando,
Tanto más la dulzura va creciendo;
Así, Lida, cantando,
Tu Dafnis como el cisne está muriendo.
»Siéntome en una yerma estéril roca
Que de perpetuo invierno está cercada,
Y por verdura y flores cria abrojos;
Adonde es la region tan destemplada
Que ave ni serpiente allí no toca,
Ni quieren de tal tierra los despojos;
Los mis cansados ojos
Enclavo yo en el cielo
Pensando hallar consuelo
En la tercera esfera; á mi tormento
Muestran las duras piedras sintimiento
Conmovidas de un caso tan extraño,
Y el cielo no es contento,
De dar algun remedio á un mal tamaño.
»Entónces el dolor suelta la rienda
Al miserable llanto, y digo en vano
Estas tristes palabras mal compuestas:
¡Oh! duro amor que ya con franca mano
Me diste de tus bienes alta prenda,
¿Qué vueltas, qué mudanzas son aquestas?

Vénus, ¿dó tienes puestas
Tus orejas divinas,
Que mis quejas continas
No oyes ni te dueles de mi lloro?
¡Ay poderosa Ninfa! aquel tesoro
Que de tí recibí y ahora he perdido,
Me vuelve; ansí tu coro
Al de Diana sea preferido.
»Gloria é ilustre honor de Pafo y Gnido,
Hermosa Ninfa en quien arbitrio y fuerza
De mi salud derrama el tercer cielo,
Á quien la virtud suya tanto esfuerza
Que en tus manos de mi cuerpo afligido
Puso la vida junto al mortal hielo;
Con amoroso celo
Tu favor me envia,
Pues que la vida mia
De tu socorro pende, dulce Diosa;
Ansí la historia de Ida muy famosa
No pueda ser dañada del olvido,
Y siempre esté la rosa
Verde en que fué tu Adonis convertido.
»Pudiera conmover el tierno llanto
El cielo, pues la tierra conmovia,
Que en celestiales almas no hay dureza;
Mas quéjome de amor que no tenía
Culpa de mi tormento y dolor tanto,
Pues me dió de sus bienes con largueza;
Y la gran aspereza
De la fortuna airada,

La Diosa enamorada
No la puede aplacar con tus amores,
Y ansí volviendo el rostro á mis clamores,
Parece que de mí se está doliendo;
Cantando sus dolores
Tu Dafnis como el cisne está muriendo.
»Y lo que más me duele, Lida mia,
Es que si culpar quiero á la fortuna,
Tu culpa de la suya la descarga,
Que al fin no era razon que fuerza alguna
Pudiese así vencer á quien tenía
Prendas de una amistad tan firme y larga;
La soledad amarga
Fuera bien que escogieras,
Y no que siempre vieras
Delante de tus ojos tu enemigo,
Por quien trocaste un firme y dulce amigo
Que no sabe estimar esa hermosura;
Mi pena y tu castigo
Causaste, no culpemos la ventura.
»Que goce de tí Alfeo, hermosa Lida,
Que no temerá ya el mísero amante;
¡Oh qué cosas habrá dificultosas!
Con los caballos de hoy en adelante
Hagan los fuertes grifos su manida;
Los perros con los ciervos temerosos,
Los tigres animosos
Y los leones fieros
Huyan de los corderos,
Su natural instinto ya mudado;

Habiten los delfines el collado,
Y los gamos del mar la honda arena,
Todo sea mudado,
Y venza el buho en canto á Filomena.
»¡Á qué varon tan digno te ajuntaste
Pudiéndolo escusar tan fácilmente,
No dando el falso *sí* á quien no queria!
Metiste en la espejada y clara fuente
Los jabalís, y al austro encomendaste
Las flores que favonio producia;
¡Oh si ántes fuera el dia
De mi vida postrero
Aquel que fué el primero
De tanto desconsuelo y desventura!
Dioses, si á los que estais allá en la altura
De los mortales toca algun cuidado,
Desta pasion obscura
Sacad mi alma en vuelo apresurado.
»¡Cómo querrá vivir un desdichado,
Pues es morir vivir sin alegría
Y estar el hombre vivo en sepultura!
Andad mis ovejuelas, que algun dia
Alegres fuistes y feliz ganado;
Andad por do os guiare la ventura;
Ya no os veré en la altura
Tan sin temor saltando,
Que estándoos yo mirando
Desde afuera, me espanto y maravillo;
Ya no tocaré más mi caramillo
Ni cantaré cantares amorosos,

No pacereis tomillo,
Guardándoos yo, ni salces amargosos.
»Adios, mi pastoril antiguo oficio;
Vivid silvas sin mí, vivid montañas,
Vive mi fuente clara y frescos rios;
Y vosotras selvajes alimañas
Que os halagó mi músico ejercicio,
Quedáos adios, adios montes sombríos,
Verdes alisos mios,
Fresnos de hermosa altura,
Gozad vuestra frescura
Sin mí, y llevad ya flores y fruto,
Pues que Alfeo, pastor rústico y bruto,
Gozando tal pastora está riendo,
Y en llanto y triste luto,
Injustamente Dafni está muriendo».
Ora cantaba Dafni aqueste canto
Junto al sacro Alabon, que condolido
Alzó á sus quejas la mojada frente.
El coro de las Náyades, movido
Á compasion de largo y triste llanto,
Gimió desde lo hondo de su fuente.
Mas allá en la corriente
De Tormes caudaloso,
Cantó con Nemoroso,
Adonde publicó más sus dolores:
Tienen memoria dello los pastores
De Tormes y Alabon; en su ribera
Vivirán sus amores,
Aunque el hermoso Dafnis de amor muera.



# ÉGLOGAS.

## I.

MELIBEO.—DAMON.

En la ribera del dorado Tajo,
Cuando el sol tiene el cielo más ardiente,
Y á la tierra sus rayos dan trabajo,
  Orilla de una limpia y clara fuente,
Ví cantar á Melibeo y á Damon,
Guardados de la siesta y de la gente,
  Entrambos aquejados de pasion,
Iguales en cantar y en responder,
Iguales en quejarse y con razon.
  Olvidaron los ganados el pacer,
Los montes inclinaron las alturas,
Y pararon los rios el correr.
  Yo tambien me escondí en las espesuras
Por oir aquel canto, que esculpido
Quedó con hierro duro en peñas duras.

Melibeo, que estaba más sentido,
Llamando al cielo cruel y matador,
Comenzó con un canto dolorido:

*Melibeo.*

«¿Qué he de hacer? Qué me aconseja
Tiempo es ya de morir; [amor?
Más tardo que quisiera en estos hados;
Muerta es Isea; llevó mi corazon;
El alma se me sale de dolor,
No la puedo seguir.
Conviene que os rompais, años cansados,
Pues rompeos á lo ménos con razon;
Mi desesperacion
Es que no la he de ver, y el esperar
Acá es mayor pesar;
Que mi descanso ha vuelto su partida
En llanto y amargura dolorida.
»Tú sientes bien, amor, de qué me due-
Cuánto mi mal es grave; [lo,
Pésete deste daño, pues te toca,
Que el mal es tuyo y mio todo junto.
Á entrambos se mostró cruel el cielo,
Y juntos nuestra nave
Rompimos y perdimos á una roca,
Y juntos nos faltó el sol en un punto;
¿Qué ingenio tan á punto
Podrá dar á entender mi mal un rato?

Mundo huérfano, ingrato,
Razon tendrás conmigo de llorar
La que el bien que habia en tí pudo llevar.
»Caida es ya tu gloria y no la vees:
No eras digno, cuando ella
En tí vivia, de haber su conociencia,
Ni merecias tú tan gran vitoria,
Que fueses tocado de sus santos piés,
Porque cosa tan bella
Debia el cielo alegrar con su presencia
Y entristecer á tí con su memoria,
Mezquino sin tal gloria.
Ni la vida mortal ni á mí mismo amo;
Llorando me la llamo;
Sólo de mi esperanza esto me queda
Con que el vivir en tí sostener pueda.
»Aquella hermosura en tierra es vuelta,
Que solia del cielo
Y de todo el bien de arriba ser dechado;
En paraíso está su no vista beldad,
Ya del pesado cuerpo y ñudo suelta,
Suelta ya de aquel velo
Que más que humano sér tuvo encerrado,
Haciendo sombra á su florida edad.
De nueva humildad
Vestida, y de eterna vestidura,
Te veré yo, alma pura,
Tan hermosa cuanto es más divinal
Perpetua hermosura que mortal.
»Más ufana que nunca, más hermosa

Me vienes al sentido,
Como cuando más tu vista me agradó;
Y esta es una coluna de mi gloria;
Mas como sombra huye, y no reposa.
Tu nombre esclarecido
Es otra que en mi pecho se fundó,
Do siempre estaré vivo y con vitoria
Trayendo á la memoria
Que murió mi esperanza en aquel dia
Que ella más florecia. [ra,
Bien siente amor cual quedo, y tú, Seño-
Que á la verdad más cerca estás ahora.
»Pastores, vos que vistes su beldad
Y su angélica vida,
Y aquella celestial manera en tierra
Que deshacia todo el bien humano,
Doleos de mí, pues quedo en soledad.
No della, que es ya ida
Á tanta paz y me ha dejado en guerra;
De mí os doled, que muero y lloro en va-
Aunque si ajena mano [no,
De seguilla el camino me estorbara,
Lo que amor me hablara
Me hiciera que no cortara el hilo,
Y sé que me hablara en tal estilo:
—»Pon freno al gran dolor que ansí te
Que por querer y enojos [aqueja;
Podrá perder el cielo tu deseo,
Donde vive quien muerta acá parece;
Por tí tiene descanso, por tí queja.

Del cuerpo y sus despojos
Se rie, y por tí llora Melibeo;
Por tí, que solo quedas. se entristece
Su fama, que florece
En muchas tierras; por tu ingenio y arte
No le falte esta parte;
Y tu voz á su nombre torne clara,
Si algun hora su vista te fué cara.—
»Huye la claridad
Y el lugar donde hubiere risa y canto,
Cancion, pues eres llanto,
No es para tí la gente que se alegra;
Busca la obscuridad,
Viuda desconsolada en veste negra».
Como hubo acabado de cantar,
Con tan grande agonía suspiró,
Que hizo á los valles suspirar.
El rio con sus lágrimas creció,
Las Ninfas le ayudaron á dolerse,
Y el monte con sus valles respondió.
Damon comenzó luégo á entristecerse
Como el que mal sospecha y no lo alcanza,
Y ni puede escusallo ni valerse.
Bien fuera que, mudando su esperanza,
Diera nuevo lugar á su deseo;
Mas no hay amor en parte que hay mudan-
Pues tomando la flauta á Melibeo, [za.
La flauta, ya mostrada á entonar males,
Que el pastor Catalan dió á Alfesibeo,
No de otra arte movió los animales,

Los montes y los rios con su canto
Que hizo Alfesibeo y sus iguales.

*Damon.*

—«¡Oh cielos, que cubris con vuestro
Los ciegos elementos, [manto
Que dais y quitais sombra y claridad
Con movimientos de eternal firmeza!
Moveos á compasion desto que canto,
Pues para mis tormentos
No hay lugar en la tierra de piedad,
No hay en ella consuelo á mi tristeza;
Hay harta ligereza
Que esparciste, Marfira, con tus manos,
Hartos placeres vanos,
Y todos van en lloro y en pesar;
Mas todos á la fin se han de acabar.
—»En las postreras horas de mis años,
Que pensé tener buenas,
Me negó el sol su clara lumbre,
Y èntrególa á quien no la merecia;
No me quejo, Señora, de mis daños,
Porque tú los ordenas,
No por arte ó razon, mas por costumbre:
Y como lo perdí todo en un dia,
Junto con la alegría,
Pues no hay razon ni arte que le ayude,
Puede ser que se mude,

Que no espero que dure en un estado
Cosa que tantas veces se ha mudado.
»Mas quiero que se esté como se está,
Porque de tí no venga
Otro tanto bien, quedando yo sin él;
Estése, pues está en tu voluntad.
La mia sé que no se mudará
Aunque el bien se detenga;
Mas que en mí se detuvo, agora en él;
Más presto sentirá tu crueldad,
Que tu inhumanidad
No la podrá sufrir hombre nacido
Si no está aborrecido;
Sé que no será su bien durable; [dable.
Que él tambien, como tú, diz que es mu-
»Vos, noches, que seguis los dias claros:
Vos, que la noche oscura
Huis en torno claros dias, corriendo;
Vos sol, cielo, estrellas que contino
Andais en una órden sin mudaros;
Vos, obras de natura;
Vos, árboles y plantas, que viviendo
Caminais siempre un eternal camino,
Pues que con tanto tino
Vuestro sér sosteneis y lo acabais,
Ruégoos no consintais
Quebrar á las discretas y hermosas
La órden que guardais en todas cosas.
»Mas ya que todas ellas la guardasen,
Esta la quebraria;

Porque su hermosura y discrecion
No se puede encerrar en ley ninguna.
Quisiese Dios que todas se trocasen
Y fuesen por tu vía;
Quizá tú seguirias otra razon
Por apartarte dellas y ser una.
¿Qué tigres en la cuna
Te dieron á mamar su leche brava?
¿Qué fiera te criaba,
Que tan blanda saliste al parecer,
Y tan dura al oir y responder?
»Si en los hados hay parte de venganza,
Yo sé que he de vengarme,
Aunque todo á la fin es por mi daño,
Que quieras ó aborrezcas á otro ó á mí,
No cabe en el caido confianza.
Quiero sólo alegrarme
Con que te veo recibir engaño
Y suspirar no suspirando otro por tí;
Las Ninfas por ahí
Se rien del amigo que escogiste,
Y no hay pastor tan triste,
Que trocase con ese que has tomado
Su seso, parecer ni su ganado.
»Aretusa, aunque no es muy avisada,
Pero hermosa pastora,
Me dijo:—Damon, aquí estoy yo;
Si me amas y sabes conocerme,
Deja á Marfira, que no perderás nada.—
Yo le dije:—Señora,

Pues ella por el otro me dejó,
No debo yo de ser para escogerme.
Bien pudo no entenderme
Aretusa, mas bien le dí á entender
Que humano parecer
Despues del tuyo en mí no tiene parte;
Procura cuanto puedes extrañarte.
»Como una vestidura
Ancha y dulce al vestir, y á la salida
Estrecha y desabrida,
Ansí es amor, y tú que lo has seguido;
Pues no seas tan dura, [do».
Que pienses que no hay Dios para el caí-
Esto cantó Damon; yo lo aprendí,
Señora, y lo escribí por tu mandado;
Tiempo viendrá que cante yo por tí.
Y áun fuera razon ya de haber cantado;
Mas no quisiste tú ni quiso amor
Subir mi fantasía á tal estado. [tor,
Cuando quisieres, como un pobre pas-
Con más subida pluma y diestra mano
Comenzaré en tu nombre otra labor
Que no la olvide el mundo tan temprano.

## II. *

Marfira, que te partes y me dejas,
¿Qué haré sin tu vida que solia
Reparar tus descuidos y mis quejas?
En noche se me vuelve el claro dia,
Y el corazon me quiebra de pesar,
Contemplando el lugar donde te via.
Mis ojos se deshacen de llorar
El bien que me faltó en tu presencia,
Y el mal que amor me trujo en su lugar.
Señora, si quisieses en ausencia
Acordarte de mí tan sola una hora,
Me darias mil años de paciencia.
Yo cautivo, yo siervo, tu señora,
Aquí puedes pagarme todo junto,
Cuanto mal he sufrido hasta agora.
Acuérdate, Marfira, que en el punto
Que vi tu hermosura en la ribera,
Me tuviste y me tuve por difunto.
Tú quisiste saber qué pastor era
El que tan ahinco te miraba,
Que parecia extranjero en la manera.
Con el perro la caza rodeaba,
El arco y las saetas al costado,
Descuidado del mal que me esperaba.

Amor me tomó el arco, y enojado,
Con mis propias saetas me hirió
De cruel golpe en el siniestro lado.
Bien entendiste tú cuál quedé yo,
Que conoces mejor tu hermosura;
Tu gracia allí, Señora, me valió.
Allí subió en la cumbre mi ventura;
Mas siempre hube recelo de perderme,
Que el bien de amor es de muy poca dura.
Señora, ¿qué haré para valerme?
Muero por verte y véote apartada,
Y aunque quieras, no puedes socorrerme.
Bien creerás que no tengo olvidada
La lástima que hubiste al despedir,
Marfira, aunque bien disimulada.
Contempla cuál quedé cuando al partir
Te vi sentir mi pena y encubrilla;
Gran maravilla fué poder vivir.
Mas no fué tu dolerte maravilla,
Que viendo el agonía en que quedaba,
Las peñas se movieran á mancilla.
Maldije al viento porque te llevaba;
Maldije á Tamisa con sus ondas;
Maldije la ribera que bañaba.
Dije: hundiéseme en las aguas hondas,
Y no hubiese memoria de que fuí;
¿Qué es de mi bien? Tamisa, no le escondas.
Tamisa, si tornares por aquí
El bien que ahora me llevas, perderia
El enojo que tengo contra tí.

De viva piedra te levantaria
Un altar que llegase hasta el cielo,
Donde tu nombre eterno duraria.
Mas ¡ay de mí! que con liviano vuelo
Esparce amor mis lágrimas al viento,
Y déjame las quejas por consuelo.
Más pesado es mi mal de lo que siento,
Pues cada punto va creciendo más,
Y en cada punto crece el sentimiento.
Buscar remedio dél es por demas,
Que el alma que lo siente es infinita,
Y el de suyo no se acabará jamás.
El bien de amor el desamor lo quita;
Pero no es tan cruel tu corazon
Que sin oir mi daño lo permita.
Cuando yo adolescí fué por razon;
Tú lo sabes aunque yo lo he sentido,
Y agora he de sanar por ocasion.
Nunca pienso hallarla ni la pido,
Ni buscaré otro bien sino el que digo,
Que harto bien es no estar en tu olvido.
De mis lágrimas tristes buen testigo
Son los bosques y prados donde andabas,
Que agora cerco solo y sin abrigo.
Adoro aquella tierra que pisabas;
Llamo cruel al cielo que consiente
Que tu hermosura esté en las selvas bravas.
Si fueses vista algun dia de la gente,
No dudo que te adoraria por diosa,
Por tu saber y gracia y continente.

Cuanto más encerrada, más hermosa
Te imagino, Señora; mas no puede
Mi fantasía subir á tan gran cosa.
No hay humano juicio que no quede
Muy corto en contemplar lo que mereces,
Que á todo merecer humano excede.
¿Adónde estás, Marfira? ¿Así encareces
Tu vista á quien la diste de tu grado?
¿Adónde estás, Marfira, no pareces?
En blanca vestidura y sin tocado,
Los cabellos al viento como un oro,
Solia verte y hablarte en este prado.
Tamisa, tú llevaste mi tesoro;
Mas la memoria dél durará en tí,
Y en mí más viva porque siempre lloro.
En tu ribera hay un olmo en que escrebí
Su nombre y el mio juntamente,
Y mi verso que debajo dice así:
«Testigo me sea el cielo omnipotente,
Que cuando Damon viva sin Marfira,
Tamisa correrá contra su fuente».
Á un monte que las ondas de alto mira,
Subo á llorar mis quejas y allí bramo;
Sospiro yo, responde él y sospira.
Los valles me responden si te llamo;
Si lloro por mi daño, dicen *año;*
Si digo que te amo, dicen *amo*.
El tiempo bien lo dicen, y el engaño
Está en que el mal no se puede decir
Ni remediar, sin otro mayor daño.

Á lo más alto del olmo he de subir,
Y harto de llorar mi soledad,
Arrojarme en las ondas y morir.
Yo sé, Amor, que querrás por tu bondad
Sostenerme en tus alas al caer;
Mas tarde me verná esta piedad.
Allí vendrán pastores á me ver,
Zisgo y Boscan, que sólo con su canto
Harán olvidar á los rios el correr.
Cuando hayan cantado un triste llanto,
Escribirán mi caso desastrado
En palabras que el mundo tome espanto.
De aqui saltó Damon desesperado
Porque se fué Marfira desta tierra;
Más justo fué su fin que no su hado;
Huid, pastores, la desastrada sierra.

## III. *

ARCANIO, ANDRONIO Y MELISO, *pastores.*

*Andronio.*

Si no me engaño, aquí cerca era,
Donde á Meliso vi estar llorando
Á sombra de un fresno, junto á la ribera.
Por aquella haya me voy acordando
Que estamos cerca del lugar que digo,
Do con sospiros le vi lamentando.
Sentí que paso hablaba ya consigo,
Y algunas veces que la voz alzaba
Le vi llamar al cielo por testigo.
Porque no me viese como le escuchaba,
De allí me vine, con muy gran mancilla
De ver en el dolor que le dejaba.

*Arcanio.*

Cosa me dices de gran maravilla,
Que esté Meliso en un tal estrecho,
Y no supieses la ocasion sentilla.
Ya de sabello estoy satisfecho,
Porque há gran tiempo que le veo trocado,
De su placer y su salud deshecho.

*Andronio.*

Tambien en eso hobe yo mirado,
Porque le vía andar siempre muy pensoso,
Siempre en semblante de hombre lastima-
[do.

*Arcanio.*

Así te haga Dios muy venturoso,
Que tú me digas qué puede haber sido
Porque ande Meliso tan quejoso.
Y lo que dello tienes entendido,
Que muy bien puedes de mí confiallo,
Que á Meliso mucho quiero y he querido.

*Andronio.*

Por todo el mundo tengo de contallo
Si Meliso muere, con tal sinrazon
Que ya no es tiempo de disimulallo.
Y la causa entera de su gran pasion
Es, que á Marfira, á quien él amaba
Más que á su alma y á su corazon,
Há muy gran tiempo que no le hablaba
Alegremente como ser solia,
Ni palabra ninguna le escuchaba.

De aquí puedes juzgar qué sentiria
En verse así tratar de tal manera
Quien otro bien no tiene ni alegría.

*Arcanio.*

¡Oh sin ventura! ¡cuán bien le estuviera
Nunca haber visto aquesta pastora,
Ó, que en viéndola, luégo se muriera!
Porque es mudable y es engañadora,
Aunque de todas es la más hermosa,
Nunca está firme en amor una hora.
Y su conversacion es tan graciosa,
Que os va matando sin que lo sintais,
Y en veros muerto queda gloriosa.
Siempre está riendo si vos os quejais,
Nunca se muestra ser agradecida
Si no es á aquellos que ménos pensais;
Que yo la tengo ya bien conocida,
Que la he tratado, y un pastor muy bueno
Perdió por ella su muy tierna vida;
Mi amigo grande, llamado Birreno,
Que poco ménos era que Meliso,
De virtud grande y de gracias lleno.

*Andronio.*

Hermano Arcanio, vamos con aviso
Muy pasito á paso, porque no nos sienta
El sin ventura que su daño quiso,

Y estemos siempre con memoria atenta
Cuando cantare, si cantar pudiere,
Porque aprendamos lo que le atormenta.
Mas tengo miedo que no desespere,
Segun yo le vi estar aborrecido,
Que esto juzgará dél el que le viere.

*Arcanio.*

Aquí está un pino, donde yo he leido
Versos escritos de su propia mano,
Bien tristes de palabras y sentido,
Los cuales dicen: «¡Oh cuán inhumano
Fué mi destino, cuán cruel y duro,
Pues me aparta de verte tan temprano!
»¡Oh, quién te viera en el paso oscuro
Que pasar espero, por morir contento;
Que en mirarte fuera á lugar seguro!»

*Andronio.*

Tan gran mancilla de escucharte siento,
Que el corazon y el alma me enternece
Esas palabras de gran sentimiento.
¿Donde está la piedad que no parece
Aquella con que siempre ayuda el cielo
Á la fatiga humana que se ofrece?
Bien me bastara á mí mi desconsuelo
Sin que el ajeno mal tambien llorara,
Y áun más ya deste que del mio me duelo.

Si tuviéramos tiempo, te contara
Lo que está escrito en un ramo verde
Aquí junto, cabe una fuente clara.
Mas tengo miedo que no se me acuerde,
Ó si lo cuento que lleguemos tarde
Á socorrer al triste que se pierde.

*Arcanio.*

Dilo, Andronio, así Dios te guarde
Y más que á todos crezca tu ganado,
Que por sabello el corazon me arde.
Así te puedas ver siempre librado
De mujer falsa y desagradecida,
Y nunca puedas ser della engañado.

*Andronio.*

Así comienza, si no se me olvida:
«Cuando algun rio do nació volviere,
Cosa que nunca fué vista ni oida,
»Ó cuando el sol frio y sin lumbre fuere,
Y el cielo esté muy firme, sin moverse,
Ó si más imposible que esto fuere;
»Estónces el amor podrá perderse
Que dentro en mis entrañas está puesto,
Sin que pueda sin ellas deshacerse.
»Bien te bastaran por testigos desto
Las muchas cosas en que me probaste,
Donde lo viste claro y manifiesto.

»Y en pago desto me desamparaste,
Siguiendo á otro que quizá no tiene
En sí tanta verdad como pensaste.
»Así te turbas cuando á tí no viene,
Que todo el mundo dice que te mueres,
Y áun otras cosas más que no conviene.
»Acuérdate, Marfira, de quien eres;
Acuérdate que Dios quiso á tí darte
Más bienes y valor que á otras mujeres.
»Mira no vuelvan á desalabarte
Los que otra cosa nunca procuraban
Sino á tí sobre todas ensalzarte.
»Que algunos dicen ya que se engañaban
En poner tus cosas en lugar tan alto,
Y así tus alabanzas se olvidaban.
»No quieras dar por poco tan gran salto,
Ni te huelgues de ser desalabada
De lo que no te causa sobresalto.
»¿Por qué viviendo así no te das nada
Deste mundo, ni otro bien procuras?
Pues plega á Dios no vivas engañada,
»Que algun dia cansarán las travesuras
Y los donaires de que te contentas,
Quedando descubiertas las pinturas;
»Y estónces verás claras las afrentas
Que me hacias y las sinrazones
De que te tomarás estrechas cuentas».
En esto se acababan los renglones
Que en aquel verde tronco él escribió,
Que bastan á ablandar mil corazones.

*Arcanio.*

Triste de Meliso ¡quién nunca pensó
Que á quien él amara verdaderamente,
Quisiera á otro que nunca la amó!
Mas siempre he visto que por acidente
El femenil amor es gobernado,
Sin ponerse delante inconveniente;
Y más de aquesta que te hube contado,
Sus condiciones y sus movimientos,
De que holgara yo haberme engañado.

*Andronio.*

Todas tienen livianos fundamentos;
Dios las persiga, y á la mejor dellas
Le dé mil fatigas y mil tormentos; [rellas
Que siempre estamos con cien mil que-
Y con sobresaltos de que no saldremos,
Mayormente si ha de ser por ellas.

*Arcanio.*

No las maldigas, pues que no podemos
Ser libres dellas hasta que Dios quiera
Que de tantos engaños nos libremos.
Y vamos presto, porque no quisiera
Haber tardado; quizá no se ofrezca
Lo que acaece á quien bien no espera.

Muy pasito paso; nadie no parezca;
Ya yo le veo que contra el cielo mira;
Quien tal le tiene, mayor mal padezca.

*Lamentacion de Meliso.*

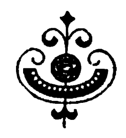
«¿Con qué corazon puedes, oh Marfira,
Dejar de socorrer al sin ventura
Que há tanto tiempo que por tí sospira?
»Si no me has de sacar desta tristura
Con vida, sea con muerte, si te place,
Aunque es dejar de ver tu hermosura.
»Bien triste es el remedio que se hace
Por término tan fuerte; mas yo vivo
Vida que áun este mal me satisface.
»No hallo árbol adonde no escribo
El nombre tuyo y la cuenta entera
Del mal sin causa que de tí recibo.
»Acuérdate, Marfira, cuando era
Á tí agradable la compaña mia,
En el cual tiempo muy mejor me fuera
»Perder la vida; pues perder habia,
Sin tener culpa yo ni haber errado,
La gracia tuya y tu compañía.
»Yo vi mil veces que te habias holgado
Cuando mis versos ante tí cantaba,
Del rumor de las aguas ayudado.
»Y áun en las fuentes donde te hallaba
Con tus cabellos de oro esparcidos,
Te mostraste alegre porque yo llegaba.

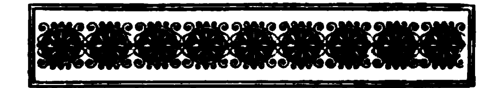
»Y cuando me vias fuera de sentidos;
Con alma honesta y muy gran limpieza
Mis males eran de tí socorridos.
»Y ahora puede tanto tu crueza,
Que me haces morir desesperando,
Y estáste riendo de mi gran tristeza.
»¡Oh, quién muriera el primer dia, cuan-
Tu hermosura fué de mí mirada, [do
Que te vi con peine de marfil peinando,
»En la ribera del Tajo asentada!
Pues desde aquel dia y desde aquella hora.
Ninguna tengo que no sea llorada,
»Especialmente las que paso ahora,
Viendo que muestras ser tan enemiga
De quien ya te holgaste ser señora.
»Tu desamor del todo me persiga,
Si nunca hice porque mereciese
Que me pusieses en tan gran fatiga.
»Y así cualquiera que el caso supiese,
Te pondria culpa, mas yo nunca quiero
Que tú la tengas aunque más perdiese.
»¿Por qué negaste aquel tan verdadero
Amor, tan firme y tan conocido,
Que te tuve y tendré del dia primero?
»¿Cómo pudiste poner en olvido
Las muchas veces que contigo iba,
Cogiendo flores, de amores perdido? [va?
»¿Quién es quien de tu gracia así me pri-
¿Por qué aborreces á quien ya solias,
Con gran honestidad, no ser esquiva?

»Pues te enojas ya de mis porfías
Y yo no puedo encubrir mis quejas,
Acaba presto mis tan tristes dias.
»¡Á Damon quieres y á Meliso dejas!
¿Qué viste en él ó qué en mí no viste
Que así le sigues y de mí te alejas?
»Mas tú lo sabes, pues tú lo hiciste;
Y aunque no sé si sabes lo que haces,
Sé que sabes hacer lo que quisiste.
»Á mil pastores, Marfira, deshaces,
Que te querian y que te deseaban,
En ver que tanto dél te satisfaces.
»Y algunos dellos, que el caso contaban,
De mí decian: «ya Meliso muere»;
Y así mi muerte y su mal lloraban.
»¿Por qué no quieres al que más te quie-
Dá la ventaja al amor tan grande [re?
Que te tuve y tendré miéntras viviere.
»Siempre que el alma el triste cuerpo
[mande,
Que el corazon trocarse ya no puede,
Por bien ó mal que la fortuna ande,
»Ó alta ó baja que su rueda quede,
Yo no puedo dejar ya de ser tuyo,
Pues toda mi salud de tí procede.
»Y bien sé que con esto me destruyo;
Pues cuando te miro, me tratas de suerte
Que me es gran honra, si de tí no huyo.

»Y en fin, me parto por no aborrecerte,
Que bien lo muestro cuando te estoy vien-
[do;
¡Qué remedio triste desabrido y fuerte!
«Que el morir busco por no estar murien-
De tí apartado, en tanta soledad, [do
Compasion las fieras de mi mal sintiendo.
»Cúmplase, Señora, ya tu voluntad;
Hinche tu codicia desta sangre mia;
Hártese con mi morir tu crueldad.
»Que esta es justicia que ya el cielo en-
Porque he dejado ya por tí á Libea [via,
Que más que á su cuerpo y alma me que-
[ria.
»Mas no fué en mi mano; pues no hay
[quien te vea
Que no quede, viéndote, vencido,
Olvidado todo lo que ántes desea.
»Por tu culpa, Marfira, soy venido
Á tal estado, que si buena fueses
Ya no te querré bien como he querido.
»Y si más mal que me haces, me hicie-
No dejaré de ser tu enamorado; [ses,
Lo cual sería mejor que no supieses.
»Si recordar el bienhecho pasado
Al que lo hizo pone algun contento,
Contento seré yo que nunca he errado
»Á tí por obra ni por pensamiento,
Ni hice, por hacerte á tí creerme,
Testigo sin verdad y juramento.

»¡Oh dioses, venid presto á socorrerme!
Si haber piedad es vuestro propio oficio,
No me dejeis así presto perderme.
»Si puse en vuestro altar yo sacrificio
Que fuese á vosotros agradable,
Ó alguna hora os hice algun servicio,
»Libradme deste mal incomportable,
Que los huesos y entrañas me condena
Á ser presto ceniza miserable.
»No pido que Marfira sea buena
Conmigo, ni áun ya quiero que me ame,
Sino que me libreis de tanta pena. [me
»Mirad que no es razon que nadie os lla-
Con tal necesidad, sin ser oido; [me.
Valedme ántes que el fuego más me infla-
»Mirá el bajo lugar do estoy caido;
Volvedme al propio sér que ántes tenía,
Pues todo fué tan mal agradecido;
Ó acabá ya mi vida y mi porfía».





# ELEGÍAS.

## I.

¿Cómo cantaré yo en tierra extraña
Cantar que darme pueda algun consuelo?
¿Qué me aconseja amor en esta ausencia?
Mi mal es fuerza; tu voluntad maña;
Á la seguridad vence el recelo,
La desesperacion á la paciencia.
Si pienso que me veo en tu presencia,
Mi pensamiento va tan abatido,
Que siempre finge cosas de pesar:
Tu soberbia, tu saña, tu desvío;
Que en la ocasion me falta el albedrío,
Pues cuando quiero no puedo hablar;
Que pierdo la razon, mas no el sentido.

En tu presencia estoy, y estó en tu olvi-
Olvido en que jamás habrá mudanza, [do;
Y acuérdaste de mí para dañarme;
No te acuerdes de mí más; es costumbre
Ser en esto cruel tu mansedumbre,
Y yo diligente en condenarme
En tu descuido y mi desconfianza.
Amor, amor, que quitas la esperanza,
Y en su lugar das vana fantasía,
¿Qué bien tiene el morir, si no lo siente
Quien es la causadora deste daño?
No quiero que deshagas el engaño;
Quiero que sea razon, y no acidente,
Lo que pueda vencer á tu porfía.
Si yo, Señora, viese que algun dia
Volvias los tus ojos á mirarme
Por voluntad, y no por ocasion,
Pensaria que estaba en tu memoria;
Mas ¿cómo bastaré á sufrir tal gloria
Que un punto della es más que mi pasion?
Con tanto bien no puedo remediarme.
Del pensamiento querria yo ayudarme,
Si él me obedeciese á mi contento;
Mas no para pensar cosa liviana,
Ó que sabida pueda darte enojos;
Pensaré, como muero ante tus ojos,
Que procede mi pena de tu gana,
Que das alguna causa á mi tormento.
La vida pasaria en este cuento
Con esperanza de alguna buena suerte;

Mas ¡ay de mí! que no puede venir,
Ni cabe en mi juicio tal locura;
De mi cuidado hago sepultura,
Y en soledad y tristeza mi vivir,
No vida, sino sombra de la muerte.
¡Oh Señora! si yo pudiese verte,
Ó quisieses saber tú cuál estoy,
Harto alivio sería para mí
En tan extraño mal como padezco.
Las noches y los dias aborrezco,
Maldígome en la noche porque fuí,
Y cuando viene el dia, porque soy.
  Tambien maldigo el lugar adonde voy;
El tiempo porque pasa y no te veo,
La hora que te vi, y á la sazon,
Que siempre la procuro y no la hallo;
Si hablo me maldigo, y cuando callo
Maldigo mi voluntad y mi razon,
Y tu aborrecimiento y mi deseo;
Cuantos males sospecho, tantos creo,
Y juzgo lo que ha de ser por lo que fué,
Revolviendo mis quejas de contino
Por ver si tienen medio ó lo han tenido;
Mas como ni lo espero ni lo pido,
Como ciego que va por el camino,
Ni veo adonde voy ni adonde iré.
  Muéveme el deseo y ciégame la fe;
Muchas veces querria disimular,
Y descúbrome más disimulando;
Liviano es el cuidado que decirse

Puede, y el que no puede sufrirse
Él mismo se descubrirá callando;
Que no presta ser mudo ni hablar,
Ni reposo con dormir ni con velar;
Velando pienso en lo peor que puedo,
Paso por cosas que no quiero creer;
Durmiendo sueño aquello que he pensado;
Como el hombre que duerme de cansado
Sueño que caigo, y no puedo caer,
Y en lo más alto estoy con aquel miedo.
  Muero cuando me mudo, y estoy quedo,
Busco piedad, y caigo en sospecha;
No hay de qué tener este cuidado,
Que todos son contigo lo que soy;
Mas ellos, si no van por donde voy,
Podria ser hallarse en buen estado,
Pues lo que á uno daña á otro aprovecha.
Llamo á la muerte como á cosa hecha,
Y viene, mas no llega á su lugar;
No lo consiente amor, ni lleva medio
En tanta soledad morir por ruego;
Fuerza querria que fuese, y fuese luégo;
Que mayor bien es el postrer remedio
En mal que no se pueda remediar.

## II.

*En la muerte de Doña Marina de Aragon.*

Si no puede razon ni entendimiento
Un cuidado aliviar á quien le tiene,
Siempre queda mayor el sentimiento.
Es mi mal sin remedio, y no conviene
Pensar en refrenarle con prudencia,
Sino soltar la rienda á cuanto viene.
Por demas es la obra ni la ciencia,
Que la pasion no escucha á la cordura
Y acrecienta el dolor la resistencia.
En el colmo, y la flor de la hermosura,
De arrebatada suerte salteada,
Te falleció la vida y la ventura.
Fuiste, doña Marina, tan llorada
Cuanto el poco que en esta luz viviste
Tu vida mereció ser alabada.
Lo que la redondez del cielo viste,
Todo siente en extremo tu partida,
En extremo se duele y queda triste.
¿Quién fué mas admirada y más servida?
¿Quién con mayor razon lo merecia?
¿Quién lo estimó tan poco en esta vida?
Esa lumbre que al sol escurecia
Yace agora tan bajo so la tierra,
Cuanto de clara entónces le vencia.

Antigua, inexcusable, cruda guerra
Entre el huerco y el hombre ¡cuán forzo-
Es la necesidad que en tí se encierra! [sa
Quien vió á doña Marina tan hermosa
Cuanto la vide yo, y la ve difunta,
¿Qué piensa en el durar de alguna cosa?
No se excusa, mas siempre se barrunta
Aquel paso cruel en que dejaste
Triste y escura á toda España junta.
¿Qué hado, qué fortuna, qué contraste
Te arrebató delante nuestros ojos
En el tiempo que ménos lo pensaste?
Muerte dura, que gozas los despojos
De todo nuestro bien, la dura suerte,
Venida para dar males y enojos; [te,
Contra quien no hay razon ni arma fuer-
Siempre contigo estamos de conquista,
Amagas con la vida y das la muerte.
Si el trigo no es maduro en el arista,
No corta el segador la mies en berza
Antes de la sazon venida y vista. [za,
No pone en verde rama, aunque se tuer-
La hoz ántes de tiempo el hortelano,
Hasta que se endurece y toma fuerza.
Y tú, hada importuna, tan temprano
Cortaste el hilo en dia no maduro;
¡Oh cruda ejecucion! oh dura mano!
El sol que vemos ir alto y seguro,
Muere, y á las estrellas dá su lumbre,
Por no dejar el mundo en torno escuro.

Mas despues al caer, como es costumbre,
Abrevia sus caballos en poniente,
Y vémosle otra vez subir la cumbre.
Pero la sorda muerte no consiente
Que quien gusta una vez la agua profunda
Otra torne á ser visto entre la gente.
No hay designio que al cabo no confunda
La noche eterna y hora del espanto,
Ni se espere nacer la vez segunda.
Si es posible que lágrimas y llanto
Hagan volver acá la sombra vana,
Ningun hombre lloró que pueda tanto.
Mas la necesidad, que tan temprana
Se te mostró enemiga y envidiosa,
No deja de mostrarse á mí inhumana.
Quedáranos siquiera alguna cosa
Que ablandara el rigor desta crueza,
Por muestra de una imágen tan hermosa.
Amargo escollo puesto en la aspereza,
Del bravo mar y vientos combatido,
En fin ablanda el ser de su dureza.
Poco valen suspiros y gemido
Para abrir la cerrada y sorda vía;
Antes es el quejar tiempo perdido.
Ya el mundo no terná como solia
De hermosura en sí aquella pujanza,
Ni el ejemplo del cielo que tenía.
Gran parte fué de bienaventuranza
Tener en sí un retrato de beldad;
Mas el perderlo fué gran malandanza.

¡Hermosa sin tener contrariedad,
Ni envidia ni zozobra, que te veo
Cubierta de enojosa obscuridad!
¡Oh castísimo objeto del deseo!
¿Quién te vió que sujeto no quedase
Y metido en un dulce devaneo?
¿Quién te trató que no desesperase,
Apartado con manso desengaño,
Y quién desesperó que no te amase?
Á ninguno tu vista hizo daño,
Que tu bondad no fuese el instrumento
Á reparar la culpa del engaño.
El ánimo y manera, el pensamiento
Igual con la grandeza y con la gloria
De tus antecesores que no cuento.
Sería ennoblecerte con historia,
Y hacer á tus méritos gran tuerto
El traer tanto Rey á la memoria. [to,
¡Qué descuido en la habla, qué concier-
Qué aviso, qué prudencia, qué llaneza!
Parecia mostrar el pecho abierto.
Salí triste de mi naturaleza
Á buscar en provincias apartadas
Mayor reputacion, mayor grandeza.
Tiénenme ahora los hados tan cortadas
De la gloria las alas, que me canso;
Mejor fuera parar en tus pisadas.
Correr con la fortuna bajo y manso,
Y no temer por fin merecer verte,
Mas en verte poner fin y descanso.

¡Cuán bienaventurada fué la suerte
De aquellos que presentes se hallaron
Á ayudarte á salir del paso fuerte!
Tus manos con sus lágrimas bañaron
Al cerrarte los ojos, y presentes
En tu faz ¡qué memoria contemplaron!
Dulce oficio de amigos y parientes
Confortar al amigo en la hora triste:
Dulce, mas rehusado entre las gentes.
¡Bendito aquel de quien te despediste,
Que sintió las palabras que decias,
Y al que postreramente «adios» dijiste!
Infinitos trabajos, pocos dias,
Contino contrastar con la fortuna,
Y salirte al reves cuanto querias;
El favor de los cielos en la cuna,
La gente que por diosa te adoraba,
Caminar por do nunca fué ninguna.
Cualquiera otra mujer que te miraba
Quisiera parecerte, mas probando,
En vano lo queria, y se admiraba.
¡Cuántas veces me vi, como soñando,
Triste verte y hablarte en esta ausencia!
Despues halléme solo y suspirando.
Venias con aquella reverencia
Que siempre mereció ser acatada
De cuanto se hallaba en tu presencia.
Áun no era tu figura bien formada
Cuando en aire, al mirar, se deshacia;
Yo quedaba suspenso sin ver nada.

Entónces á mí mesmo maldecia,
Adivino del mal, y no sabiendo
Cuánto daño la muerte me hacia.
Al cabo quedaré triste, no viendo
Tu hermosura; vivo á maldecirme,
Porque vivo he quedado, tú muriendo.
Á lo ménos pudiera despedirme
En sombra ó en verdad; entónces fuera
Más consolado el mal, y no más firme.
En pérdida comun poco sirviera
Remedio que á uno solo dá consuelo,
Si en todos no fué el mal de una manera.
Comun era un ardiente honesto celo,
Con que á cuantos te vian obligabas
Á ensalzarte y subirte hasta el cielo.
¿Qué creerás de los que tú mirabas
Por gracia y por favor más que por arte,
Si en tanta obligacion á estos dejabas?
España se cubrió de parte á parte
De negra vestidura y de quebranto,
Señora, por el duelo de dejarte.
Nunca el Ebro creció con pluvia tanto,
Ni con nieve deshecha en la montaña
Cuanto con nuestras lágrimas y llanto.
Fortuna, contra nos prueba tu saña
Y fuerza juntamente, si nos quieres
Tentar con una pérdida tamaña.
Que pues en tan sensible parte hieres,
Y tu mano tan cruda nos castiga,
Buscaremos huir lo que tú quieres.

Procurarse há con arte y con fatiga
Dejar viva su imágen y memoria,
Porque el ingenio humano lo consiga.
No hay piedra ni metal que una victoria
Como esté en ella, si esculpida, lleve,
Ni artificio que lleve tanta gloria.
No juicio, ni lengua, cuando pruebe
Tanto cuanto podrá seso mortal,
Que pinte su figura como debe.
¡Oh cuidado de loco perenal,
Querer en este siglo dar la vida
Á quien vive en el otro ya inmortal!
Mas ya que la esperanza sea perdida,
Por tu parte, Señora, y por la nuestra
Te quedará en nuestra ánima esculpida.
Pudo Orfeo con voz y mano diestra
Penetrar á los reinos del infierno,
Y la gente mover que no se muestra;
La crueza vencer del mundo eterno,
Volver la ley escrita en diamante,
Y al oscuro señor, de duro tierno.
No dejó de cantar dulce el amante,
Estorbando el cruel y triste oficio
Hasta que vió su Euridice delante.
Mas no esperó gozar el beneficio
El mísero amador y mal sufrido;
Y así se mudó en llanto su ejercicio.
Por los desiertos montes va perdido
Siete noches arreo y siete dias,
De lágrimas y quejas mantenido.

Así, mezquino amante, ¿en qué porfías?
Ciégate la esperanza y el deseo,
Y hácesla que muera por dos vías.
¡Oh mísero amador, mezquino Orfeo,
Á los yelos y nieve condenado!
¡Cuán conformes tu mal y el nuestro veo!
Tú vas ahora por Tracia desterrado,
Hinchendo cielo y tierra con tu queja,
Y suspiros mezclando con cuidado.
Ella, vuelta en espíritu, se aleja
Por extendido campo y yerba verde,
Aunque no sin dolor, porque te deja.
Pero no que tornar á tí se acuerde;
Porque el que pasa el agua del olvido,
En vano le desea quien le pierde.
No la llame con llanto y con gemido,
Con ruegos, sacrificios y oraciones;
Que todo le será tiempo perdido.
No con luengo discurso de razones,
No con favor, destreza ni violencia,
No con oro, con plata, ricos dones;
Con una voz es dada la sentencia.

## III.

*Á la muerte de Dido.*

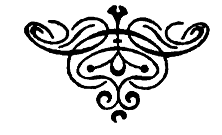
Pues Dido ya mortal y congojosa,
Feroz en la cruel y triste empresa,
Revolviendo la vista ensangrentada,
Tremiendo, las mejillas esparcidas
De pintas negras y color defunta
Y amarilla en la muerte que esperaba,
Por lo más apartado del palacio
Se lanza, y furiosa al alto fuego
Sube, sacando la Troyana espada
Que nunca se olvidó para este oficio.
Aquí despues que el conocido lecho,
Con las ropas de Eneas, hubo visto,
Deteniéndose un poco á contemplar
Con lágrimas y triste corazon,
Acostóse en la cama y comenzó
Las postreras palabras de su vida.
«¡Dulces despojos cuando Dios queria
Y plugo á los hados, recibid en vos
La triste ánima y sacadme de cuidado!
Ya viví, ya acabé aquella carrera
Que la fortuna quiso que pasase;
Mas agora irá la triste imágen mia,
Sombra de la que fuí, por so la tierra.
Una ciudad nombrada levanté;

He visto mis murallas acabadas,
Y vengué mi marido, castigando
Mi hermano y enemigo por su muerte.
¡Dichosa fuera yo, dichosa fuera,
Si Troyano navío en mi marina
No se viera, ni en África tocara!»
  Esto dijo, y juntando con el lecho
El miserable rostro, apretó fuerte,
Diciendo: «¡Moriré, aunque no vengada;
Mas moriré así, así me place de ir
Debajo del abismo y sombra escura.
Vea el cruel Troyano con sus ojos,
Del alto mar, este sangriento fuego,
Y lleve en sí el agüero de mi muerte!»
  Así diciendo, en medio del hablar,
La hallaron caida sus criadas
Sobre el hierro, la espada con la sangre
Espumosa, las manos extendidas,
Con la rabia y congoja de la muerte.
Y van las voces á las altas casas;
Corre la fama, sin concierto y tino,
Por la atónita tierra á todas partes.
Tiemblan, con los gemidos y las quejas,
De las flacas mujeres afligidas,
Las cumbres y edificios; y resuenan
Los cielos con los grandes alaridos;
No de otra arte que si los enemigos
Sueltos entrasen por Cartago toda;
Ó si la antigua Tiro se hundiese
En sangre y fuego, las furiosas llamas

Vueltas por las alturas, abrasando
Las moradas y templos de los dioses.
  Oídolo há la hermana, y traspasada
De sobresalto, de correr no pára,
Despedazando con crueles uñas
El rostro, y con la mano el blanco pecho;
Corre por entre todas con furor,
Y llámala por nombre, ya que muere:
  «¡Esto era, hermana Dido! á mí venias
Con este engaño! la mortal hoguera,
El altar con el fuego que encendías,
Me aparejaban esto ¡desdichada!
Dejada sola yo, de tantos males
¿Cuál lloraré primero? ¿Cómo, hermana,
Desdeñaste tu hermana y compañera
En el extremo paso de la muerte?
¡Llamarásme á pasar los tristes hados!
Una espada, un dolor, una hora juntas
Nos llevará del mundo y acabará.
¡Yo misma lo ordené con estas manos!
¡Yo con mi propia voz llamé los dioses!
¡Cruel! ¡yo te dejé para hallarme
Ausente cuando tú hicieses esto!
¡Acabado has, hermana, á tí y á mí,
Al pueblo, á la nobleza de Cartago,
Y con ellos tu tierra! Dadme agora
Del agua; lavaré la cruel herida,
Y si alguna parte del aliento está
Derramada, acogerla hé con mi boca».

Esto decia, y por las altas gradas
Subida, se abrazaba con su hermana,
Regálala y aprieta con sus pechos,
Y con la blanca ropa, casi muerta,
Enjuga la cuajada y negra sangre,
Soltando el freno al congojoso llanto.
Ella quisiera alzar los graves ojos;
Mas no pudo, y quedó otra vez caida,
Sobando la herida entre los pechos.
Tres veces se esforzó de levantarse
Cargada sobre el brazo, y otras tres
Se revolvió con cuita por el lecho;
Busca en el alto cielo claridad,
Los ojos rodeando á todas partes,
Y duélese despues cuando la halla.
La poderosa Juno conmovida
Á lástima, de fin tan á la larga,
En pena tan cruel, del alto cielo
Á Iris envió, su mensajera,
Para que la alma dura desatase,
Y soltase los miembros empachados;
Porque como la triste no era muerta
De muerte natural ni justo hado,
Antes sin tiempo y previniendo el dia,
De súbita y ardiente ira encendida,
Áun no le habia quitado Proserpina
El dorado cabello de la frente
Ni consagrado la mortal cabeza
Al Estigio Pluton, dios del infierno.

Luégo volando la rosada Iris
Desde el cielo con alas naranjadas,
Que contra el sol mostraban mil colores,
Descendió y llegóse á la cabeza.
«Esto que al dios Pluton es consagrado
Le llevaré mandada»; y diciendo esto,
Cortó el cabello con la diestra mano;
Todo el calor cayó luégo en un punto,
Y el alma huyó tornada viento.



# EPÍSTOLAS.

## I.

Á Marfira Damon salud envía,
Si la puede enviar quien no la tiene,
Ni la espera tener por otra vía.
  El tiempo es corto, la ocasion no viene,
La esperanza es dudosa, y esperar
En mal desesperado no conviene.
  Amor manda escribir, y no hablar;
Á mal agudo sea el remedio presto,
Si turba á la razon el desear.
  Yo quisiera dejar de hacer esto;
Mas despreciar á amor es peligroso,
Que reina en mis entrañas y tu gesto.

Tú contenta, Marfira, yo dichoso,
Ó me mata ó acaba de valerme;
Que en la muerte ó la vida está el reposo.
En ningun medio puedo sostenerme;
Estando los extremos tan llegados
Que me hayas de valer ó aborrecerme.
Si quisiese contarte mis cuidados
No sé si mi paciencia bastaria,
Que áun para dichos son desesperados.
La tuya sé que no lo sufriria,
Pues no podrás mudar tu condicion,
Que es enojarte cualquier cosa mia.
En otro tiempo valiera mi razon,
Y pudiera quejarme y ser oido,
Aunque nunca me vino la ocasion.
Ni vino, ni la espero, ni la pido;
Antes la dejaria, si viniese,
Por no perderme en ella, de atrevido.
Mas ¿qué perderia yo aunque me perdiese,
Que no ganase más en la experiencia,
Si tu merced, Señora, lo entendiese?
Amor, amor, esfuerzos son de ausencia
Que finjo yo entre mí solo conmigo,
Y todos me fallecen en presencia.
Tú serás, aunque parte, buen testigo
Cuántas veces me vi determinado,
Señora, de decirte lo que digo.
Allí muriera yo desesperado,
Cuando vi que pudieras entender
Lo que yo no te dije, de turbado.

Desde aquel punto comenzó á caer
Del todo mi esperanza y tu memoria;
Ni yo supe hablar ni tú creer.
Bien sabes ques soberbia más que gloria
Perseguir al que sigue la fortuna,
Y vencer al vencido no es vitoria.
La sentencia me dieron en la cuna
Que fuese en tu escoger mi vida ó muerte,
Y yo que no escogiese otra ninguna.
Marfira, si trocásemos la suerte,
Y fuese yo contento y tú quejosa,
Tú á seguirme, yo siempre á aborrecerte,
Siendo tú, como eres, tan hermosa,
Tan léjos estarias de olvidada,
Cuanto agora lo estás de piadosa.
¿Cómo puedes salir aderezada?
Cómo coger en oro tus cabellos?
Cómo mirar á alguno y ser mirada?
Si miras á los hombres por vencellos,
Y olvidallos despues que están vencidos,
Lo que ha sido de mí podrá ser dellos.
Mas ¡ay de mí! que no va en los vesti-
Sino en ser tan cruel tu voluntad [dos,
Y en tener tan cerrados los oidos.
¿Para qué te demando yo piedad,
Que no valgo la pena del desvío,
Ni merezco temer tu crueldad?
Mas ¿qué haré? que place al señor mio,
Por quien mi corazon es gobernado,
Que viva en opinion y desvarío.

Fortuna, que me puso en tal estado,
Quizá se mudará, pues es mudable,
Que yo nunca saldré deste cuidado.
Cuanto mal hace amor es razonable
Si el remedio va fuera de esperanza,
Y no se puede ver, aunque se hable.
No sé por qué deseo esta mudanza,
Que siempre lo que espero es lo peor;
Ved qué léjos estoy de confianza.
Contrastan en mi pecho odio y amor;
Es el uno y el otro de tu parte,
Y ambos contra mí por mi dolor.
Yo sería contento de mirarte,
Si no perdiese el seso y la paciencia
Con el miedo que tengo de enojarte.
Mas es de tal manera mi dolencia,
Que con cualquier remedio crece el daño,
Y con ningun servicio tu clemencia.
Andando entre sospecha y desengaño,
Me ciego y desvarío en la certeza,
Y en lo que mejor veo más me engaño.
Múdese Amor, que yo terné firmeza;
Aguce y emponzoñe bien sus flechas
En aborrecimiento y ligereza.
Al corazon me vengan bien derechas,
Pesadas (porque hieran al caer)
Con importunidades y sospechas.
Y tú, Señora, muestra tu poder
En perseguir del todo un mísero hombre,
Que no tiene ya cosa por perder.

No ganarás en ello gran renombre,
Que del cuitado cuerpo y sus porfías
No me ha quedado más que sombra y nom-
Tú vences, y yo doy fin á mis dias; [bre.
Tú vences, y huelgas con mi muerte,
Porque hago en morir lo que querias,
Y esto tengo por vida y buena suerte.

## II.

*Á Boscan.*

El no maravillarse hombre de nada,
Me parece, Boscan, ser una cosa
Que basta á darnos vida descansada.
Esta órden del cielo presurosa,
Este tiempo que huye por momentos,
Las estrellas y el sol que no reposa,
Hombres hay que lo miran muy exentos,
Y el miedo no les trae falsas visiones
Ni piensan en extraños movimientos.
¿Qué juzgas de la tierra y sus rincones,
Del espacioso mar, que así enriquece
Los apartados Indios con sus dones?
¿Qué dices del que por subir padece
La ira del soberbio cortesano
Y el desden del privado cuando crece?
¿Qué del gallardo mozo que, liviano,
Piensa entendello todo, y emprender
Lo que tú dejarias por temprano?
¿Cómo se han de tomar, cómo entender
Las cosas altas? Y á las que son ménos
¿Qué gesto les deberíamos hacer?
Esta tierra nos trata como ajenos,
La otra nos esconde sus secretos;
¿Para cuál piensas tú que somos buenos?

El que teme y desea están sujetos
Á una misma mudanza, á un sentimiento;
De entrambos son los actos imperfetos.
Entrambos sienten un remordimiento,
Maravíllanse entrambos de que quiera;
Á entrambos turba un miedo el pensa-
[miento.
Si se duele, si huelga ó ya si espera,
Si teme, todo es uno, pues están
Á esperar mal ó bien de una manera.
En cualquier novedad que se verán,
Sea ménos ó más que su esperanza,
Con el ánimo clavados estarán.
El cuerpo y ojos sin hacer mudanza,
Con las manos adelante por tomar
Ó excusar lo que huye ó no se alcanza.
El sabio se podrá loco llamar,
Y el justo injusto, el dia que forzase
Á pasar la virtud de su lugar.
Dime: ¿cuál sería el hombre que alcan-
A ver su incomparable fortaleza, [zase
Si más de lo que basta la buscase?
Admírate, Boscan, de la riqueza
Del rubio bronce, de la blanca piedra,
Entallados con fuerza y sutileza.
Maravíllate de esa verde yedra
Que tu frente con tanta razon ciñe,
Con cuánta de la mia ora se arriedra;

Del rosado color que en Asia tiñe
La blanda seda y lana delicada,
Del contrario de aquel que la destiñe;
La verde joya, que es de amor vedada,
Porque en el fin su grado rompe luégo
La trasparente piedra bien tallada,
Y la que en color vence al rojo fuego,
El duro diamante, que al sol claro
Turba su luz y al hombre torna ciego.
Aquella hermosura que tan caro
Te cuesta, y que holgabas tanto en vella,
Contra cuya herida no hay reparo,
Admiróte otro tiempo ver cuán bella,
Cuán sabia es, cuán gentil y cuán cortés,
Y áun quizá ahora más te admiras della.
Y tu lengua, que debajo de los piés
Trae el sujeto, y nos lo va mostrando
Como tú quieres, y no como ello es.
Admírente mil hombres que escuchando
Tu canto están, y el pueblo que te mira,
Siempre mayores cosas esperando.
Con la primera noche te retira,
Y con la luz dudosa te levanta
Á escribir lo que al mundo tanto admira.
¿Cuál es aquel cautivo que se espanta
Que el año fértil hincha los graneros,
Al que fortuna, y no razon, levanta?
¿Por qué quieren que hagan los dineros,
Que yo me admire dél, y él no de mí,
Pues ni él ni yo los hubimos de herederos?

Lo que la tierra esconde dentro en sí,
La edad y el tiempo lo han de descubrir,
Y encubrir lo que vuela por ahí.
En fin, señor Boscan, pues hemos de ir
Los unos y los otros un camino,
Trabaje el que pudiere de vivir.
Si en la cabeza algun dolor te vino
Agudo, ó en el cuerpo, que te ofenda,
Procura huir dél y ten buen tino.
Si te puede sacar de esa contienda
La virtud, como viene simple y pura,
Al resto del deleite ten la rienda.
Por los desiertos montes va segura,
Ni teme las saetas venenosas,
Ni el fuego, que no pára en armadura;
No entrar en las batallas peligrosas,
No la cruda importuna y larga guerra,
Ni el bravo mar con ondas furiosas;
No la ira del cielo, que á la tierra
Hace tremer con terrible sonido,
Cuando el rayo, rompiéndola, se entierra.
El hombre justo y bueno no es movido
Por ninguna destreza de ejercicios,
Por oro ni metal bien esculpido.
No por las pesadumbres de edificios,
Adonde la grandeza vence al arte,
Y es natura sacada de sus quicios.
No por el que procura vana parte,
Y con el ojo gobernar el mundo,
Forzando á la fortuna, aunque se aparte.

No por la pena eterna del profundo,
No por la vida larga ó presta muerte,
No por ser uno solo y sin segundo.
Siempre vive contento con su suerte,
Buena ó mediana, como él se la hace,
Y nunca estará más ni ménos fuerte.
Cualquier tiempo que llegue, aquel le
[place,
Cuando no puede huir la triste vez,
Y búrlase de aquel á quien desplace.
Todo se mide, de sí mismo es juez,
Reposado en su vida está y seguro,
Uno en la juventud y en la vejez.
Es por de dentro y por de fuera puro,
Piensa en sí lo que dice y lo que ha hecho,
Duro en creer, y en esperar más duro.
En cualquier medio vive satisfecho,
Procura de ordenar, en cuanto puede,
Que en todo la razon venza al provecho.
Esto no sigue tanto que él no quede
Dulce en humano trato y conversable,
Ni dé á entender al mundo que le hiede.
Pónese en un estado razonable,
Nunca teme ni espera, ni se cura
De lo que le parece que es mudable.
Jamás de todo en todo se asegura,
Ni se dá tanto á la riguridad,
Que por seguilla olvide la blandura.

Deja á veces vencer la voluntad,
Mezclando de lo dulce con lo amargo,
Y el deleite con la severidad.
De lo ménos que puede se hace cargo;
Daña á ninguno, á todos aprovecha,
No hace por que deba dar descargo.
Este va por la vía más derecha,
De todo lo que viene hace bueno,
De nada se ensandece ó se despecha.
Si la mano metiese hombre en su seno,
Y hubiese de llorar lo que no viene,
Ni parara en lo suyo ni en lo ajeno.
El gran rey de Marruecos, dicen, tiene
Gran número de esclavos y ganados,
Pero nunca el dinero que conviene.
Algunos en la guerra son guardados
Con las riquezas, y otros con varones,
Y algunos con los montes encumbrados,
Otros con elegancias de razones;
Mas el que lo tuviere todo junto,
Será dichoso y libre de pasiones.
¡Oh, quién pudiera verse en este punto,
Cuanto al ánimo, y no cuanto al poder,
Y tuviéseme el mundo por difunto!
Conmigo se acabase mi valer,
Y tan poca memoria de mí hubiese
Como si nunca hubiera de nacer.
La noche del olvido me cubriese
En esta medianía comedida,
Y el vano vulgo no me conociese.

Entónces haria yo sabrosa vida,
Libre de las mareas del gobierno
Y de loca esperanza desabrida.
Arderia mi fuego en el invierno
Contino y claro, y el manjar sería
Más rústico, pero más dulce y tierno.
El vino antiguo nunca faltaria,
Que los piés y la lengua me trabase,
Mezclado con el agua clara y fria.
Y cuando el año se desinvernase,
Vendria de pacer manso el ganado,
Á que la gruesa leche le ordeñase.
Llevarle el dia al espacioso prado
Me placeria, y tornalle á la majada,
Donde fuese seguro y sosegado.
Otras veces á mano rodeada
Esparciria tras los tardos bueyes
El rubio trigo ó el áspera cebada.
Á la noche estaria dando leyes,
Al fuego, á los cansados labradores,
Que venciesen las de los grandes reyes.
Oiria sus cuestiones, sus amores,
Gustaria sus nuevas elocuencias,
Y sus desabrimientos y favores,
Sus cuentos, sus donaires, sus senten-
Sus enojos, sus fieros y su motin, [cias,
Sus celos, sus cuidados, diferencias.
Vendrias tú y Jerónimo Agustin,
Partes del alma mia, á descansar
De vuestros pensamientos y de su fin.

Cansados ya de la vida del lugar,
Llenos de turbulencia y de pasion,
Uno de pleitos, el otro de juzgar.
Vendria la bondad de corazon,
Toda la vida sabrosa, con Dural;
Traeríades con vos á Monleon.
Allí se reiria del bien y del mal,
Y cada uno hablaria á su guisa,
Y escucharia el que no tiene caudal.
De contar mal no se pagaria sisa,
Y podria ser venir otro Cetina,
Que la paciencia nos tornase en risa.
Ó si (lo que mi alma no adivina),
La que ahora me persigue y de mí huye,
Y en quererme dañar es tan contina,
Con aquella pasion que me destruye,
Tornada en compasion, y su cruel ira
En mansedumbre, que ella más rehuye,
Se hallase presente.—¡Oh tú, Marfira!
Pues mi corazon, vengas ó no vengas,
Siempre ha de suspirar como suspira,
Ruégate este cautivo que no tengas
Tan duro ánimo en pecho tan hermoso,
Ni tu inmortal presencia nos detengas.
Por tí me place este lugar sabroso,
Por tí el olvido dulce con concierto,
Por tí querria la vida y el reposo;
Por tí el ardiente arena en el desierto,
Por tí la nieve helada en la montaña,
Por tí me place todo desconcierto.

Mira el sabroso olor de la campaña,
Que dan las flores nuevas y süaves,
Cubriendo el suelo de color extraña.
Escucha los dulces cantos que las aves
En la verde arboleda están haciendo
Con voces ora agudas, ora graves.
Mira las limpias aguas, que riendo
Corren por los arroyos, y estorbadas
Por las pintadas guijas, van huyendo.
Las sombras que al sol quitan sus entra-
Con los verdes y entretejidos ramos, [das
Y las frutas que dellos son colgadas.
Paréceme, Marfira, que ya estamos
En todo, y que no finge mi deseo
Lo que querria, sino lo que pasamos.
Tú la verás, Boscan, y yo la veo,
Que los que amamos vemos más temprano:
Héla en cabello negro y blanco arreo.
Ella te cogerá con blanca mano
Las rojas uvas y la fruta cana,
Dulces y frescos dones del verano.
Mira qué diligente y con qué gana
Viene al nuevo servicio, qué pomposa
Está con el trabajo, y cuán ufana.
En blanca leche colorada rosa
Nunca para su amiga vi al pastor
Mezclar, que pareciese tan hermosa.
El verde arrayan tuerce en derredor
De tu sagrada frente con las flores,
Mezclando oro inmortal á la labor.

Por cima van y vienen los amores,
Con las alas en vino remojadas;
Suenan en el carcax los pasadores.
Remedie quien quisiere las pisadas
De los grandes que el mundo gobernaron,
Cuyas obras quizá están olvidadas.
Desvélese en lo que ellos no alcanzaron,
Duerma descolorido sobre el oro,
Que no le quedará más que llevaron.
Yo, Boscan, no procuro otro tesoro
Sino poder vivir medianamente,
Ni escondo otra riqueza ni otra adoro.
Si aquí hallas algun inconveniente;
Como hombre diestro, y no como yo soy,
Me desengaña dello incontinente,
Y si no, ven conmigo adonde voy.

## III.

*Á Don Luis de Ávila y Zúñiga.*

Cuántos hay, don Luis, que, sobre nada
Haciendo suntuoso fundamento,
Tienen la buena suerte por llegada.
Cásanse con un vano pensamiento,
Echan sus conjeturas y razones,
Hacen torres macizas sobre el viento.
Ensanchan al pensar los corazones,
Creen tener en puño á la fortuna,
Y tomar por el pié las ocasiones.
Como los simples niños en la cuna,
No saben conocer otro cuidado
Sino contar las vigas una á una;
Así pasan la vida en descuidado,
Y ternán por el mismo, sin más duda,
El tiempo por venir como el pasado;
Si el viento por delante se les muda
Y arranca las arenas del profundo,
Y con una les dé y con otra les sacuda,
No les quita por eso todo el mundo
De comer y dormir y pasear,
Y tenerse por solos, sin segundo.
No tiene este tal en sí qué desear;
Todo está deseado y todo habido,
Y cada cosa puesta en su lugar

No se cura de bueno ó mal partido
Que hagan con el Turco Venecianos,
Ni que venza el Sofí ó que sea vencido.
No es esto porque estima por livianos
Los negocios del mundo, ó los alanza
Viendo que no se pueden dar á manos;
Es porque no lo entiende ni lo alcanza,
Ni piensa en la verdad que hay otra via
Ni cosa que merezca su esperanza.
Con la mujer de Séneca vivia
Una loca, que Hasparte se llamaba,
Nacida en medio del Andalucía;
Vino á cegar de súbito, y pensaba
No ser la falta dello ceguedad,
Mas de la casa que sin luz estaba.
Ora salia á buscar la claridad,
Ora pedia candelas muy despacio,
Decia estar á escuras la ciudad.
Enrizo mi cabello, y vó á palacio,
Gorra calada y capa de rodeo,
Gualdrapa estrecha sobre rocin lacio.
No subo el pensamiento á do no veo,
No sé qué es otro dia, ni lo quiero,
Y así como lo pienso, así lo creo.
Si hago una simpleza, echo primero
La culpa al mundo y á su desconcierto,
Y cuando más no sé, á mi compañero.
Mi pura ceguedad, tengo por cierto
Que sea del tiempo, y no de mi cosecha,
A él tengo por ciego, y soy yo tuerto.

Este género de hombres, ni aprovecha
A sí ni á otro, ni es malo ni bueno,
Ni mira, ni provee, ni sospecha.
Otros hay que revuelven en el seno
El tiempo que es pasado y el que tienen,
Consideran lo suyo por lo ajeno,
Toman las ocasiones que les vienen,
Y las que no les vienen van buscando,
Y con cualquiera tiempo se sostienen.
El mundo punto á punto van pesando,
Los hombres por de dentro y por de fuera,
Como en anatomía, examinando.
Meten la diligencia en delantera,
El seso y la razon por el guarismo;
Quieren que todo venga á su manera.
No tienen otra ley ni otro bautismo
Sino lo que les cumple, y por sólo esto
Irán hasta el profundo del abismo.
Agudos en el cuerpo y en el gesto,
Mal ceñidos, las capas arrastradas,
El ojo abierto y el caminar presto.
Si les suceden cosas desastradas,
Es que como proveen lo peor,
No se puede topar con sus pisadas.
Tú llevas el camino que es mejor,
Llano y trillado; y ellos, al reves,
Engáñalos el arte y la labor.
Así que por debajo de los piés
Les pasan los negocios, que ninguno
Se sube á imaginar lo que no es.

Ni le puede valer ser importuno
A éste, ni mirar, ni estar alerto,
Si le huyen los hados uno á uno.
Arrástranle durmiendo y áun despierto,
Y llévanle tras sí por los cabellos,
Sin que le valga seso ni concierto.
Forzado ha de venir donde van ellos,
Trabados uno de otro, que no hay medio
Soltarse cuando quieren, ni tenellos.
En los tales que he dicho no hay reme-
Que lo uno y lo otro me parece [dio,
Dos extremos que están léjos del medio.
Tomemos el camino que se ofrece,
Ni maderos espesos sin sentido,
Ni fuego que en la llama desvanece.
Tú sirve al gran señor que has escogido,
Acompaña en presencia sus victorias
Y el nombre por las gentes extendido.
Mira cómo nos muestra las memorias
De los grandes que al mundo sojuzgaron
Heredando sus nombres y sus glorias.
Él pasará por donde no pasaron
Las banderas y Griegos escuadrones,
Y volverá por donde no tornaron.
Habia entre los Griegos disensiones:
Cada uno queria reposar,
La gente era suspensa en opiniones.
Comenzóles el tiempo á amenazar,
Mostrándose turbado y espantoso,
Con truenos y con rayos á la par.

El Gánges les corrió más furioso,
Revolviendo las aguas que llevaba,
Turbio y fuera de madre y desdeñoso.
Debajo de las olas encerraba
Troncos de gruesos árboles, adonde
A las naves rompia ó zozobraba.
El tempestuoso viento le responde,
Que sacaba la mar de sus asientos,
Revolviendo la arena que ella esconde.
Juntáronse á vencer los pensamientos
De un hombre, que de carne era y áun [tierno,
Con todo su poder los elementos.
La grita de la gente sin gobierno,
El rumor que en las cuerdas se hacia,
Las nubes que mostraban el infierno,
Arrebatan el cielo, con el dia,
De la vista de Grecia en un instante,
Y cúbrelos de noche oscura y fria.
Una nave que quiso ser constante
Y tenerse á las ondas, aunque en vano,
Volcóla el monte de agua por delante.
No le valió al piloto diestra mano,
Que cayó de la popa boca arriba
Delante de los ojos del tirano.
La nave se sumió en el agua viva,
Tragándola un torcido remolino,
Cubierta en torno de tiniebla esquiva.
Vénse pocos con mucho desatino
Nadando, y en el piélago ahogados,
Á quien la muerte ántes de tiempo vino;

Las armas de varones señalados,
Los escudos y almetes relucientes,
Los despojos de Persia remojados.
Pues viéndose crecer inconvenientes
Aquel gran Alejandro, que ganó
Eterna fama y nombre entre las gentes,
Al cielo y á los hados se rindió,
No queriendo por fuerza procurar
Lo que Dios de su grado le quitó.
Otro mundo es el mio, otro lugar,
Otro tiempo en que busco la ocasion
De venirme á mi casa á descansar.
Yo viviré la vida sin pasion,
Fuera de desconcierto y turbulencia,
Sirviendo al Rey por mi satisfaccion.
Si conmigo se extiende su clemencia,
Dándome con que viva en medianeza,
Holgaréme, y si no, ternè paciencia.
El descanso mezclado con pereza,
El comer descuidado, y á su hora
El dormir libre sueño y sin graveza.
Sentiré que con mano vencedora
Rodea por Levante las enseñas
La escuadra del Poniente domadora.
Los niños, las doncellas y las dueñas,
Los clérigos, cobarde carruaje,
Estaremos oyendo hechos peñas.
Vendrá un embajador de gran linaje,
El rostro colorado del camino,
Que se pondrá á contarnos el viaje.

Pintará las jornadas con el vino
En la mesa, diciendo sus hazañas,
Y tendrá muy secreto á lo que vino.
No le podrán sacar con dos mil mañas
Lo que hombre querria que hablase;
Tendréle una semana en las entrañas.
El vino antiguo allí se derramase,
Y abriese yo la cuba de cien años,
Que la lengua y los pasos me trabase.
Allí me placerian los engaños
De Marfira, su loca travesura,
Sus despechos, sus iras y regaños.
Saldríame á gozar de la verdura,
Paseando con ella la mañana,
Recogerme-ía la siesta á la espesura.
Comeríamos juntos la manzana,
Las coloradas uvas, y mezclada
El agua clara con la fruta cana.
Cuando el sol inclinase la jornada
Volveria contento y sin dolor
Por el heredamiento á la posada.
Veria cómo torna mi pastor
Las ovejas del prado al tardo abrigo,
Y hallaria cansado al cavador.
Tomaríame gana á mí conmigo
De ayudarle á acabar sus embarazos,
Doblaríame el ánimo el testigo.
Haria aquella azada mil pedazos,
Mirándome Marfira, en su servicio,
Con qué gana, con qué fuerza de brazos.

Á todos está bien hacer su oficio
Y gastar do quisieren su hacienda,
Si viven como deben y sin vicio.
Yo, señor don Luis, tendré la rienda,
Y áun de comer, tambien como pudiere,
Habido con limpieza y sin contienda.
Si no, contentarme há lo que tuviere,
Y no me meteré á partir el cielo
Con el que compañero no sufriere.
Arrojaré mis libros por el suelo,
Abriré ó cerraré aquel que me place,
Y andaré salpicando como suelo,
Por la vía que más me satisface.

## IV.

*Al mismo.*

¿Qué hace'l gran señor de los Romanos,
Don Luis, cuando se parte de Alemaña?
¿Puédese en esa tierra dar á manos?
Acá ya le embarcamos para España.
Ya le hacemos ir á Berbería,
Y él á todos, callando, nos engaña.
Argel y la Morea y la Suría
Son desta vuestra empresa los terreros
Á quien se tira en esta señoría.
¡Oh embajadores, finos majaderos,
Que si los reyes quieren engañar,
Comienzan por vosotros los primeros!
Nuestro mayor negocio es no dañar,
Y jamás hacer cosa ni decilla
Que no corramos riesgo de ensañar.
Si haceis algun bien por maravilla,
La persona que está cerca del rey
Os ensilla el negocio ó desensilla.
Escrita con el dedo os dá la ley;
Él la entiende á su modo y la deshace,
Llevándoos por el cuerno como á buey.
Jamás embajador se satisface, [tro;
Por bien que en el negocio llegue al cen-
Mas siempre piensa en algo que desplace.

Siempre teme ó recibe algun encuentro
Del pueblo ó de la parte ó del patron,
Que le dá por defuera ó por dedentro.
No te sabria decir la alteracion
Con que se abre el despacho cuando llega,
Temiendo que traerá reprehension.
El primero capítulo nos ciega:
«Loamos vuestra fe, vuestra prudencia
En tratar los negocios»; luégo pega:
«Encargámosos luégo la paciencia,
Y en lo que en la pasada os escribimos
Debiérades poner más diligencia».
¡Oh putos de nosotros, que vivimos
Los años siete y siete arrepentidos,
Y nos hacen merced en que salimos!
Abre bien, don Luis, ojos y oidos;
Apolo y todas nueve las hermanas
Publiquen los secretos escondidos.
Si cien lenguas tuviese más que huma-
Y la boca y la voz fuesen de hierro, [nas,
No podrian bastarme una hora sanas.
Echemos á Virgilio para perro,
Con su navegacion de cinco millas,
Y tratemos á Homero de cencerro.
Contaré con verdad las maravillas,
Los escollos, tormentas y nublados
Que pasamos sentados en las sillas.
La primera fortuna que los hados
Nos ordenan al dar de la instruccion,
Es que seamos Indios de privados.

La otra, que en cualquiera mutacion
Tenemos lo peor, y lo esperamos
Con miedo, con sudor y alteracion.
Si por caso escribimos ó hablamos
Algun negocio grave al digerir,
Áun ántes del error nos disculpamos;
Y despues procuramos escribir,
No aquello que decimos, si es simpleza,
Sino lo que debiéramos decir.
En negocios privados gran pereza,
Y en los propios mayor solicitud,
Juntando con el arte la destreza.
Magníficas palabras de virtud,
Profesion de decir siempre lo cierto,
Y á nuestro modo templar el laud.
Vendráme á visitar un encubierto,
La capa por la vista rodeada,
Pobre, quebrado, robador, desierto:
Todo cuanto dirá no importa nada,
Y haráme entender que se ha hallado
Á conjurar la hostia consagrada.
Creerlo punto á punto soy forzado,
Y yo en ninguna cosa soy creido,
Aunque dijese el Credo en estampado.
Cuanto al gasto de casa soy falido,
Y cuanto á las mercedes un castron,
Cuanto al holgarme, un hombre empeder-
[nido.

En fin, que cuando no hay negociacion,
Ó el hombre queda estátua muy hermosa,
Ó gentil escribano ó espion,
Si os carga alguna ira furiosa,
Habéisla de sufrir, y es vuestro oficio
Entretener, que es una gentil cosa.
Ni tengo, ni sé qué es otro ejercicio
Sino con maestre Juan, mi cocinero,
Jugar y conversar, como por vicio.
Con él sólo platico y á él quiero,
Y váyase á anegar el Veneciano,
Que no pienso hacer otro heredero.
No me curo del cetro del tirano,
Que amenaza la muerte ó la riqueza,
Ni del triunfo en carro soberano.
Yo he de vivir en una medianeza,
Vida clara, segura y reposada,
De amor y de sabor y de dulceza.
Vívase hoy, que mañana será nada;
Gocemos este bien con alegría,
Y acabemos holgando la jornada.
Entre fiestas y dulce compañía
Quiero ser al placer de los primeros,
Y gozarme esta vida cada dia.
Y tú, Vulcano, dios de los plateros,
Poderoso en el fuego y el metal,
Á quien tambien adoran los herreros,
Házme un vaso de plata, hondo y tal,
Que meta san Martin siete cuartillos,
Y otro santo, demas, con su caudal.

No entalles en él rayos amarillos,
El cielo cuando truena, ni el infierno
En humosos caballos y morcillos;
No las heladas nieves del invierno,
Ni los ardientes soles del verano,
Ni las mareas en igual gobierno;
No el carretero que con diestra mano
Gobierna siete estrellas sin mudallas,
Saliendo, ahora tarde, ora temprano.
No el sangriento señor de las batallas;
¿Qué tengo yo que ver con las estrellas,
Con rayos, con los tiempos, con las mallas?
Quédense en cielo, en tierra todas ellas,
Duren por muchos años ordenadas,
Y yo que tarde y viejo vaya á vellas.
Entalla muchas uvas coloradas,
Con sus vides que en torno las rodeen,
Con las revueltas hiedras entricadas.
Los amores estén que se meneen,
Espirando aquel fuego glorioso
Cuyas llamas ardiendo no se veen.
El dios Baco, borracho y dormijoso,
Las horas todas doce al derredor,
El tiempo sano y mozo y con reposo.
Tal será la razon de la labor,
Padre Vulcano, que me has de hacer,
Y á tí te cabrá parte del sabor.
Harás sentar á tabla á tu mujer,
Que no pesará dello á don Luis;
Tú entrarás á lo hondo en el beber.

Nunca estimais en dos maravedís
Que el ojo y pié se guarden los cornudos,
Ni mirais lo que pasa ni sentis.
Todos seremos ciegos, sordos, mudos,
Y tú haz la labor que sea divina,
Que te la pagaremos en escudos.
Si yo puedo salir desta mohina,
Don Luis, y vivir holgadamente,
Parecerme há que el mundo se me inclina.
Daré catorce higas á la gente,
Serviré á mi señor toda la vida
Sin recelar ningun inconveniente.
Dejaré la esperanza de cabida
Y la razon de mejorarme en alto,
Vana fatiga y ambicion perdida.
Mi pensamiento, hermano, si no falto,
Es ir llano y seguro de reproches,
Sin quebrarme las piernas en el salto,
Y que digan: «Quedaos á buenas noches».

## V.

*Á María de Peña, criada de doña Marina de Aragon, en loor de la fealdad.*

Tómame en esta tierra una dolencia
Que en Cataluña llaman melarquía,
La cual me acaba el seso y la paciencia.
Y como no me deja noche y dia,
Ménos me dá lugar para hablarme,
Señora Peña, con vuestra señoría.
Pero, pues que podeis sola mandarme
Dando un caso tan justo y tan sabido,
Hacedme esta merced de perdonarme,
Que á cabo de cuatro años de partido
Os demando perdon, si se perdona
Escribiros tan corto y desabrido.
Porque como descrece Barcelona
Y huye aquella playa gloriosa,
Así va enflaqueciendo la persona.
Comiénzase la vida trabajosa
Con el mar, con el viento y la galera,
Triste, turbada, mal en toda cosa.
Con sólo esta disculpa que yo diera,
Hallándome tan mal como me hallo,
Bastaba á ser creido de cualquiera.
Mas á vos de quien siempre fuí vasallo,
Y nunca de criada de otra dama,
Me conviene dar cuenta por qué callo.

Para decir verdad, esta vuestra ama
Tiene tan olvidados sus amigos,
Que está mejor aquel que ménos la ama.
No es menester traer largos testigos,
Mostrándose el descuido de su mano,
Que la hace cobrar mil enemigos.
¿Qué le cuesta escribir á un Veneciano
Una letra, un borron ó una cruceta,
Y despues que me trate de villano?
El ganar los amigos á esta seta,
Y perderlos á soplos, no es camino
De quien por cabo quiere ser perfeta.
Al señor que tenemos por divino,
Y dá y quita á su mando la ventura,
Demandaré venganza de contino.
No que pierda la flor de la hermosura,
Que esto será excusado tan aïna,
Y perderia lo que ella ménos cura.
Querria que le entrase una mohina,
Creyendo que algun dia ha de nacer
En este mundo otra doña Marina.
Y que ella misma viese en el crecer
En gracia y en valor y en discrecion
Una que le pudiese parecer.
Consejadle que cambie de opinion,
Ansí os vea presto bien casada,
Porque el pueblo es de mala condicion.
No sea tan bizarra y confiada;
Que no es siempre seguro el caminar
Por encima del filo de la espada.

Y para que podais determinar
Si os doy tan buen consejo como suelo,
Quiero con vos un poco razonar.
Cuando nos crió Dios en este suelo
Se trabó una cuestion tan furiosa,
Que puso en armas casi todo el cielo:
Si debia de ser Eva hermosa
Ó fea, y aquel dia en sólo el gesto
Se habló, sin travesarse de otra cosa.
Cargaron tantos votos en el puesto
De los que la querian para fea,
Que fué forzado resolverse en esto:
La que saliere fea, que lo sea,
Y que siga, y de nadie sea seguida,
Hasta que de remedio se provea.
La que fuere hermosa conocida,
Que le dure esta flor por accidente
Parte de un sólo tercio de la vida.
No que lo feo sea inconveniente,
Mas sirva lo hermoso en vez de sal,
Como para apetito de la gente;
Antes digo que es cosa natural,
Por ser principio y fin de nuestra edad,
Y lo hermoso es forzado y desigual.
¿Qué reino, qué provincia, qué ciudad
En la vida del mundo fué asolada,
Qué mujer se ahorcó por fealdad?
¿Trae flaca ó amarilla ó espantada
Por ventura la gente, deseando,
Loca, celosa y desasosegada,

Por medio de la calle suspirando,
Ó confiada, ó arrepentida luégo,
Ó fuera de propósito cantando?
La fealdad no teme al niño ciego,
Ni hace ni recibe aquella guerra
Que solemos decir á sangre y fuego.
De todos va segura por la tierra,
No la quiere ninguno mal ni bien,
Ni mira cuando acierta ó cuando yerra.
De ninguna ocasion toma desden,
Llana, fuera de humo y altiveza:
Si os place, bien está; si no, tambien.
Con galas disimula su bruteza,
Y hüelga de mostrarse en todo humana,
Encubriendo la falta con destreza.
Conviene que á la noche ó á la mañana
Le dé la hermosura la obediencia,
Ó á lo ménos al mes una semana.
El ánimo, constancia y elocuencia
Y otras virtudes mil, á esta señora
Suelen acompañar, con la clemencia.
Siempre está en una forma duradora,
Á lo claro, á lo obscuro, dia y tarde,
Y no se va mudando de hora en hora.
Ningun hombre la mira que se guarde;
Claridad que recibe y no dá pena,
Y que sin encender, se enciende y arde.
Á la comida fea y á la cena,
Al dormir, al soñar y al despertarse,
Sea en luna menguante y luna llena.

Gran cosa es que no puede curarse
La dolencia y siniestros en que queda
La hermosura cuando va á acabarse.
Gestos, meneos, vueltas como en rueda,
El descontentamiento en el espejo,
Animal que á ninguna deja leda.
Como si en nuestra tierra el mozo y viejo
Fuesen tan solamente diferentes
En la edad, en el pelo ó en el pellejo.
La hermosura no tiene parientes,
Ni Dios, ni ley, ni rey, ni tierra ó casa,
Ni vecinos ni amigos bien hacientes.
Quémaos el corazon como una brasa,
Con ojo ó con palabra ó con meneo,
Y trompícaos si os toma á silla rasa.
Absoluta, tirana del deseo,
¡Cuánta esperanza enhila ó desbarata
Con un tienes razon ó no te creo!
Hácese mortecina como gata,
Despues saca una furia del diablo,
Que á cada paso os corre la zapata.
Estad, señora Peña, en lo que hablo,
Y en ser fea tambien, pues es posible,
Sin alteraros nada del vocablo.
Mirad que es ser hermosa aborrecible,
Y si á mí me dejasen á mi modo,
Antes escogeré ser invisible.
He querido deciros esto todo
Porque podais á vuestra ama aconsejar
Que no nos ponga á todos tan del lodo.

Mire que el verdegay se ha de acabar,
Dado que ella lo estima harto poco,
Pues tiene lo que siempre ha de durar.
La negra dama, fea como un coco,
Siendo, como ella es, discreta y diestra,
Piensa tornar el medio mundo loco.
Y ella tan estimada como muestra
De saber, de virtud, valor y gloria,
Que en los ojos nos dé con la finiestra.
Aunque vea yo borrada su memoria
Del libro de la gente, y en sus ojos
Volar á mano ajena la vitoria;
Los trofeos cogidos á manojos
Por otro nuevo nombre levantados,
Y en carro extraño puestos sus despojos,
No sea en penitencia de pecados
Y en venganza, que alguno le desea,
Sino en pena de amigos olvidados.
¿Cómo quereis, Señora, que lo crea
Quien viere su memoria vacilando,
Y no tener amigo que no vea?
Mas pienso que irá siempre mejorando,
Y que pondrá el cuidado todo entero
En ganar los ausentes de su bando.
En esta cuenta yo seré el primero,
Pues que siempre lo fuí, y de su bondad
Tratado como amigo verdadero.
Entónces, puesta aparte la humildad,
Levantaré una voz que durará
Por el tiempo de la inmortalidad.

Sus loores el Ebro llevará
Con las bermejas ondas en Oriente,
Donde el primero sol las oirá.
Y por el rubio Tajo al Occidente
Oirá el postrero sol llevar su nombre
En lenguas y memorias de la gente.
Ella tendrá la fama y el renombre;
Yo estaré de lo hecho tan ufano,
Que me parecerá ser más que hombre.
Y donde Guadarrama, manso y llano,
Con espaciosas vueltas se desvía,
Pareciendo, ora tarde, ora temprano,
Á la orilla del agua clara y fria,
De mármol alzaré un soberbio templo
En la extendida y verde pradería.
En medio estará ella, á quien contemplo
Tan hermosa, tan grave y adornada
Como quien es nacida por ejemplo.
Yo, primer vencedor desta jornada,
Visto en púrpura clara de levante
En aquella llanura despachada,
Revolveré cien carros por delante,
Con cada cuatro blancos corredores
Que vencerán al viento, aunque pujante.
Cantando entre la yerba, entre las flores,
Mil veces á su nombre llamarán,
Y responderá el cielo á sus loores.
Las Españas al Tajo dejarán
Con los bosques del gran Guadalquivir,
Y en dorados arneses se verán,

Unos con duras lanzas embestir,
Esparciendo en el aire las astillas,
Y con limpias espadas combatir;
Otros en vestes blancas y sencillas,
Mezcladas de color vario y vistoso,
Harán por aquel prado maravillas.
Despues yo, todo vanaglorioso,
Con guirnalda de oliva coronado,
En veste roja y hábito pomposo,
Visitaré su templo consagrado,
Sacrificando humanos corazones
Y deseos mezclados con cuidado.
Voluntarias cadenas y prisiones,
Con muchos que merced le irán pidiendo,
Rendidos sus despojos y pendones.
En blancas piedras se verán viviendo
Los reyes sus abuelos entallados,
Cuyos nombres la fama va extendiendo.
La triste envidia, los contrarios hados,
El rencor de las lenguas maliciosas
Caerán en el profundo desterrados.
Mas porque al comenzar tan altas cosas
El seso y la razon no se desmande,
Tú me ayuda, pues puedes, ves y osas.
Sin tí no puede haber principio grande;
Y ansí, doña Marina, callaré
Hasta que tu grandeza me lo mande.
Á vos, señora Peña, bajaré;
Que hablar con vuestra ama no se puede
Sin tocar en misterios de la fe.

Si lo que yo escribiere ella concede,
Llevarnos há tras sí con media seña,
Y hará de nosotros cuanto puede.
Importunadla bien, señora Peña,
Que yo sé cuánto vos podeis con ella:
Ansí os pueda ver yo tan buena dueña
Como agora á mis ojos sois doncella.

## VI.

*Á la misma, sobre la fundacion de Venecia.*

El pobre peregrino, cuando viene
Á Roma ó á Santiago en romería
Por voto expreso ó devocion que tiene,
Va entre sí discurriendo por la vía
La gloria, religion y piedad
Del propósito santo que le guía.
No le mueve grandeza de ciudad;
Edificios, dinero ni manjares
No le hacen mudar de voluntad.
Llegando se presenta á los lugares
Sagrados y de más veneracion;
Desde léjos adora los altares,
Porque, siendo de humilde condicion,
Ni se atreve, ni puede, ya que quiera,
Ofrecer de más cerca su oracion.
Escoge en las imágenes de fuera
Á una para rezar lo que le place,
Indigno de tocar á la primera.
Y donde á su propósito más hace
Cuelga una tabla escrita ó el vestido,
Y sin más demandar se satisface.
Pues yo, señora Peña, conocido
El valor de vuestra ama, como indino,
Me contento con ser de vos oido.

No es empresa de humilde peregrino
Allegar con sus votos á ofrecer
Al principal sagrario de contino.
Gracia, favor y ayuda y parecer
Me dad, pues que sabeis cuánto os desea
Mi voluntad en todo obedecer,
Haciendo de manera que se vea
Allegar esta carta torpe y necia
Á manos de vuestra ama, y que la lea.
Que si saber extrañas cosas precia,
En ella verá escrita la verdad
Del principio y costumbres de Venecia.
En el año de la Natividad
De cuatrocientos y cincuenta y uno,
Tiempo de general adversidad,
Atila, rey de Ostrogodo y Hunno,
Que el azote de Dios era llamado,
Por no hallarse más cruel otro alguno,
Vino con grueso ejército y armado
Á Italia, y todo el mundo amenazando,
Sin perdonar profano ni sagrado.
Llegan sobre Aquileya braveando,
Y á fuerza de combates la asolaron,
Una piedra sobre otra no dejando.
Los que en Pádua y Altino se hallaron,
Por excusar las bárbaras saetas,
Con otros que de Italia se juntaron,
Vinieron á poblar ciertas isletas
Entre el Sil y la Brenta, y los pantanos
Que antiguamente se decian Venetas.

Con pobres caballeros los villanos,
Revueltos los criados con señores,
Todos fueron llamados Venecianos.
Todos eran ya hechos pescadores,
Mostrados á beber los hielos duros
Y á comer pan mezclado con dolores.
Las ondas les servian como muros
De las humildes casas y tejado,
Y la pobreza los tenía seguros.
Cubierto de carrizos el Senado,
Hecho de duras conchas el asiento,
Trabábase de redes por estrado.
Un cuerno ó caracol por instrumento
Los llamaba á la misa ó al concejo,
Que á veces no se oia con el viento.
El marido, mujer, el mozo, el viejo
Se juntaban confusos al sonido,
Y daban pareceres en concejo.
Pues si alguna doncella iba á marido,
Hacíase de peces el banquete
Y de juncos tejidos el vestido.
En toda la ciudad no habia bonete
Sino por jubileo, y áun soez
Y entallado á manera de casquete.
Acaso se juntó el pueblo una vez
Y eligieron señor el más prudente,
Que les servia de duque y de juez.
Algun pescador, que era su pariente,
Viéndole la cabeza descubierta,
Se descosió una manga en continente,

Y por donde ella estaba más abierta
Se la encajó hasta dar en las orejas,
Adelante lo estrecho y toda tuerta.
Por esto dicen las historias viejas
Que le llamaron cuerno, y este nombre
Le quedó hasta hoy entre las cejas.
Continuóse el reino de hombre en hombre,
Bajaban los estados comarcanos,
Perdiendo con discordias fuerza y nombre.
Crecian de contino Venecianos,
Metiéndose á la mar y mercancía
Con moros y judíos y cristianos.
Fabricaban navíos á porfía,
Concurrian naciones forasteras,
Reformando el gobierno cada dia.
Era ya la república de veras,
La gente más tratable, más humana
Que cuando se criaban en pesqueras.
Comenzóse á vivir de mejor gana,
Ordenar por razon los edificios
Y á vestirse de paño fino y grana.
Á tenerse más cuenta con los vicios,
Á platicar de guerras y de amor,
Y á tratar de más nobles ejercicios.
Traíase de seda ya el señor,
Y el palacio creció sobre colunas,
Y el mármol adornaba la labor.
Espantáronse el mar y sus lagunas
De ver subir tan altas las moradas
Y el crecer de tan súbitas fortunas.

Revolviendo entre sí cosas pasadas
Del tiempo que á la tierra y su pujanza
Sojuzgaron las ondas siempre airadas,
Temian que en tan grande y tal mudanza,
La tierra se tornase á rehacer,
Y tomase del agua la venganza.
Desde allí se juntaron á crecer
Cuatro veces al dia, y apartar
Las cosas que pudiesen empecer.
Pero, en fin, por sospechas apartar,
Juntar un matrimonio pareció
Del duque de Venecia con la mar.
Todo el pueblo al contrato consintió;
Las conchas y pescados por su parte
El arena y el viento confirmó.
Aconteció hallarse á aquella parte,
El dia que la esposa se llevaba,
La diosa enamorada del dios Marte.
Acaso sus cabellos ordenaba
Tejiéndolos con cuerdas de oro fino,
Y en blanca vestidura se adornaba.
Áun no era bien compuesta, cuando [vino
El niño que con arco y pasadores
Hace guerra á los hombres de contino.
Con él venian otros mil amores,
Todos con arco y flechas, mas no tales;
Todos hermanos suyos, mas menores.
Estos hieren los brutos animales,
Las plantas y pescados y avecillas;
Mas aquél corazones de mortales.

Mostraba haber rendido de rodillas
Á Júpiter, y héchole humanar,
Otra vez á pacer con las novillas,
Ó con húmidas noches abajar
La plateada luna dende el cielo
En rústicas cabañas á morar.
Allegando á la madre con el vuelo,
Le dijo que Venecia celebraba
Una gran fiesta en este húmido suelo,
Donde era tanta gente, que él estaba
Cansado de herir, no de otra cosa,
Sin perder sólo un tiro del aljaba.
Determinó venir á ver la diosa,
Y encima de su concha, aderezada,
Cubierta de una tela luminosa,
Por ligeros delfines fué tirada
Hasta entrar por la boca del canal,
Donde era ya la fiesta comenzada.
Nunca Vénus pensó que fuera tal;
Tanta dama hermosa, tan vestida,
Tantos hombres tan ricos de caudal.
Salióla á recebir la más ardida;
Aunque harto invidiosas, mas contentas,
La juran por hermana de la vida.
Tambien ella las trata de parientas;
Que eran todas nacidas de la mar,
Y por ella halladas en afrentas.
Estaban tan atentas al mirar
La lumbre, juventud y hermosura,
Que nadie se acordaba de hablar.

Cada una loaba la postura
De los pechos y manos y cabeza,
El arte del tocado y vestidura.
Notábanle la vuelta y la belleza
Del recoger en oro los cabellos,
Y dónde acaba el rizo y dónde empieza;
En tan varias maneras retorcellos,
Que sería prolijo el escribillas,
Porque cierto son más que no son ellos;
Las ropas transparentes y sencillas
Dar color á los pechos, y á la cara
El peine, partidor y redomillas.
Dende allí les quedó Vénus tan cara,
Que arriscarán por ella las personas
En cualquier ocasion que se hallara.
Consagráronle altares y coronas,
Cantares, sacrificios y oraciones,
Las doncellas, casadas y matronas.
Aunque duran algunas condiciones,
Desde entónces usadas hasta ahora,
Por las fiestas y templos y perdones,
Parecióle tan bien á esta señora
La tierra, que viniendo sólo á vella,
Se quedó por vecina y moradora.
Ya otras veces habia estado en ella;
Mas no que la tuviese en la memoria,
Ni tanto procurase conocella.
Tras ella vino luégo la Vitoria,
En la mano dos remos y bogando,
Armada de virtud, valor y gloria.

Mostró extenderse el pueblo peleando
Por las partes que el sol suele nacer,
Con la fuerza y esfuerzo de su bando.
Hizo luégo vestidos parecer
En púrpura á los padres y togados
En senado decir su parecer,
Y gobernar ejércitos pagados,
Á tener otros pueblos por vasallos,
Príncipes por sujetos ó aliados.
Venir varias naciones á buscallos,
Pidiendo, ora socorro, ora justicia;
Tambien otros por gloria á provocallos.
Reinaban la prudencia y la malicia,
Partes que le han traido donde está;
La templanza, modestia y la justicia.
Es de ver cuán humilde y cómo va
Solo con tanta grandeza por la calle
El mayor ciudadano que será.
Si venis á su casa por hablalle,
No topareis á otro sino á él,
Y áun topado, querreis ir á buscalle.
Cogida la cintura de tropel,
La ropa cuanto luenga la querés,
Atestadas las mangas de papel.
Una beca de paño por traves,
Un bonete á manera de sarten,
Con medias chineletas en los piés.
No mudan este traje en mal ó bien
El mozo, viejo, rico, el que no tiene:
Todos viven y van por un conven.

¡Oh ninfas de la mar! ¿cuál de vos viene
Á darme algun favor para que pueda
Cantar á esta sazon como conviene?
Ya la gente se ordena como en rueda,
Ya comienza la novia á relucir
En blanco y oro, vergonzosa y leda.
Tráela de las manos al salir
Un chico vejezuelo, bailador;
Ya las damas la van á recebir.
Dentro ha hecho experiencia de labor
Enhilando una aguja, y más desnuda,
Amostrando si el vientre es paridor.
Si es flaca, gorda, débil ó nervuda,
Coja, manca, contrecha, de algun vicio,
Loca, simple, atronada, sorda ó muda.
La madre y las parientas del novicio,
Por conocer mejor si era de prueba,
La mandaron hacer este ejercicio.
Las damas se aperciben, y se lleva
Á sentar cada cual, segun usanza,
Con escofia y gorguera, saya nueva.
No se habla palabra, ni mudanza
De hablar se hará en toda la fiesta,
Ó la que está asentada ó la que danza.
Si alguno les pregunta, á la propuesta
Responden de cabeza, sonriendo,
Y no se espere hacer otra respuesta.
Un baile acaba y otro va siguiendo;
No mudarán propósito ó manera
Más de lo que al principio iban teniendo.

Los galanes, vestidos, que cualquiera
Por el traje dirá ser escolares,
Y á este llaman á la forastera.
Tasados á la cena los manjares,
Aquel está mejor que viene ántes,
Y no curan de asientos ni lugares.
Sírvense de barberos por trinchantes,
Que teniendo la carne con el puño,
La pican con cuchillos muy tajantes.
Otros hay que la cortan de rascuño,
Otros la despedazan arrastrando,
Y todos los bocados por un cuño.
La gente que á la tabla está mirando,
Nunca Jérjes en Grecia trajo tanta,
Y ellos comer sentados y callando.
Este se sienta y este se levanta,
Este gana el mirar por ocasiones,
Este alarga, este tuerce la garganta.
No hay otra cortesía ni razones
Sino amparar las damas de la guerra
Que se les hace á voces y empujones.
Á la fin, el servir todo se encierra
En darles á la cena un mondadientes,
Ó una gruesa y gentil turma de tierra,
Los mayores amigos y parientes.

## VII.

*Á su hermano Don Bernardino de Mendoza.*

Ilustre capitan y vitorioso,
Dulce hermano y señor, don Bernardino,
Salud, honra y hacienda con reposo.
Á veces lleva el hombre buen camino,
Y si por caso un paso se le estrecha,
Piensa que va errado y pierde el tino.
Desvíase á otra vía más derecha,
Trillada de carretas y pisadas,
Dejando gobernar á la sospecha.
Primero pasará por las aradas,
Á una mano y á otra los collados,
Con algunas encinas desmochadas.
Sale despues por extendidos prados,
Entre el agua corriente y yerba verde,
Hasta dar en los bosques apartados.
Entónces le parece que se pierde;
Mas váse espoleando embebecido,
Sin que de revolver atras se acuerde,
Hasta que la verdad y el conocido
Error á la opinion muestra y enseña
Cómo no hay que fiar en el sentido.
Echó por un carril de cargar leña,
Que se muere en las manos, y le deja
Sin camino, sin guía, rastro ó seña.

En vano se maldice, enoja y queja,
Y procura salir por tal tenor,
Que cuanto más porfía más se deja.

Tú sigues el camino que es mejor;
Vé derecho por él, sin empacharte
Con otro que quizá será peor.

No te turbe el mal paso, ni te aparte
El carril que atraviesa ó el que sale,
Ni te dé con el seso en otra parte.

No hay elemento alguno que se iguale
Con el agua corriente, simple y pura,
Por quien el mundo vive, crece y vale.

Como fuego encendido en noche obscura,
Entre todos metales se parece
El oro, y nos alegra su figura.

Ensalza al que lo tiene, y enriquece
En fausto, en abundancia y alegría,
Colocado en lugar que resplandece.

Nunca busques estrella á mediodía
Tan clara como el sol resplandeciente,
Que por el cielo yermo se desvía.

La opinion de los pocos y la gente
Es el que bien se halla no mudarse
Por desvío, ocasion ó inconviniente.

No digo yo que no puede engañarse
Alguno en el propósito que lleva;
Mas que debe, si es bueno, contentarse.

No es dado á todos hombres hacer prue-
Ni la órden de amor tiene por cierto [ba,
Que cada hora muden ropa nueva.

Dejar lo que se tiene por lo incierto,
Si se tiene, ó dejar lo que se espera
Por lo que no se espera, es desconcierto.
Amor te dió la ley á su manera
Y el sujeto mejor que darte pudo,
Guardado por de dentro y por defuera.
No vale contra ella el fuerte escudo
De saber y templanza, y la elocuencia
En la necesidad, que torna mudo.
Aprende de tu hermano la paciencia
Y el no mudar, ausente la fortuna
De otros, de tí mismo la prudencia.
Mostróme el sufrimiento de la cuna
Á durar en un firme devaneo,
Como suele hacer María de Luna.
Las imaginaciones del deseo
Me burlan de contino por delante,
Y cuanto espero y pienso, tanto creo.
Ya me finjo en hábito triunfante,
Ora hago cuestion, ora me acuerdo,
Y me hieren y hiero en un instante.
Celoso por el cabo, bramo y muerdo
Al que veo llegarse á quien bien quiero
Y en esto sólo me parezco cuerdo.
Fínjome con Andrés el cerrajero,
Tomás Lopez al lado, y así estamos
Quemando papelejos al brasero.
Á veces los espíritus alzamos
Sobre el cielo, y medimos tierra y mares
Y la arena sin número contamos.

Otras veces nos damos de pesares,
Recogiendo la sangre en la palilla
Á sus tiempos, sazones y lugares.
Llamamos á la aguda Cerrajilla,
Á Francisca Rodriguez, y don Lucio
Bracamonte, Marquillos y Frechilla.
Convídame á comer el desvarío,
Siéntame cabe sí la contecica,
Que gobierna la mesa á su albedrío.
Tráigole presentada su copica,
Y todos le hacemos la razon;
Ella bebe por una pajarica.
Hago mis carbonadas al patron
De queso, de aceitunas; luégo anda
San Martin en colmada posesion.
Por milagro don Diego se desmanda
Á buscar vario pasto al pensamiento
Ó mudar otra suerte de vianda.
Pláceme de hacer torres en el viento
Y dejar la locura resolverse;
Mas nunca sobre nuevo pensamiento.
Tu merced se contente de tenerse
En el mejor lugar sin se mover,
Y callando, entre sí solo entenderse.
Yo, sin bien, sin fortuna y parecer,
Conténtome con sólo imaginar,
No lo que es, mas lo que pudiera ser
En el cielo estrellado hay un lugar
Guarnecido de acero relumbrante,
Las puertas de marfil de par en par.

Á una mano y á otra están delante,
Por divino artificio fabricados,
Dos cántaros de duro diamante:
El siniestro colmado de cuidados,
De trabajos humanos, duras penas,
Que en la muerte descargan sus nublados;
El diestro lleno de venturas llenas,
Dulce contentamiento, eterna gloria,
Ventura en cosas propias y en ajenas.
Cuando Dios alcanzó la gran vitoria,
Y la comunidad echó del cielo,
Se dice que los puso por memoria.
Las ánimas que bajan á este suelo
Para dar á los cuerpos forma humana
Comienzan por aquí su primer vuelo,
Á salir cada cual segun ha gana,
Prueba del uno y otro cuanto quiere
Y puede recebir la sombra vana.
Bebida, como el vaso que bebiere,
Así halla la suerte aparejada,
Dende que nace acá hasta que muere.
Yo, mezquino, al entrar desta jornada,
Llegué con sed al vaso del dolor,
El cual todo bebí, sin dejar nada,
Y á vueltas la paciencia, que es peor.

## VIII.

*Á Don Simon Silveira.*

Doña Guiomar Enriquez sea loada
Ante todo principio; que sin esto
Obra no puede ser bien comenzada.
Quedándome tal fe por presupuesto
Imprimida de tí cuando partiste,
Quisiera haber mostrádolo mas presto.
«Escribe, pues que puedes, me dijiste,
Con libertad, seguro de la muerte;
Escribe, y deja suspirar al triste».
En el comienzo tuve á buena suerte
Caberme un tan subido y gran sujeto;
Despues me pareció empresa muy fuerte.
Porque nadie imagina un bien perfeto,
Si no con el sentido lo describe,
Ni lo entiende ó declara, si es discreto.
Y ansí, pues mi juicio no recibe
Percepcion que el sentido no refiera,
Diré lo que de tu dolor concibe.
Por el efeto es fácil á cualquiera
Entender y hablar de teología;
Mas no al cielo subir sin escalera.
Tú padeces en tanta demasía,
Que ó esta no es mujer imaginable,
Ó tus cuidados son hipocresía

Á juicio comun lo que es loable
Cualquier humano seso lo divisa,
Pero no como cosa perdurable.
Al comienzo cayóme muy gran risa
De ver que áun no sentabas en la silla,
Y ya el mundo pintabas á tu guisa.
Enlodado y quebrada una costilla,
No partido, y pensabas ya hallarte
Fuera de Italia y Francia y de Castilla.
Dije entre mí: «Si hace esto con arte
Don Simon, aunque no sería tanto,
Que no le falleciese alguna parte,
»Un cuidado que á todos pone espanto,
¡Oh incredulidad! si hay duda en ello,
No debe ser el cómo, sino el cuánto.
»No me doy una punta de cabello
Que tanto el hombre cuerdo se desmande,
Sino que tenga causa de hacello.
»Sujeto debe ser menor que grande
El que turba eleccion y sentimiento
Sin que el sentido ó la razon lo mande».
Vino, y libróme de este pensamiento
Amor, mostrando claro en la apariencia
Ser la fuerza mayor que el sufrimiento.
Díjome que era poca reverencia
Poner duda en aquella hermosura,
Que vencía cualquier humana ciencia.
Y que esto ni era caso ni ventura,
Sino pura razon, y necesaria,
Que tal valor cupiese en tal figura.

Cuanto á mí, no hallé cosa contraria
Á lo que me dictaba la conciencia,
Ni tu pena juzgué por voluntaria.
Un contraste hallaba á tu dolencia:
Qué dolor que tan largo se sufria
Venia á ser costumbre, y no paciencia.
Otro, que siendo tal su señoría,
Mejor estaba á escuras ó invisible,
Que no haciendo tan mala compañía.
En fin, que tú deseas lo imposible,
Y ella está como causa ó fundamento
Que mueve el universo, y no es movible.
Yo, que tengo somero el pensamiento,
Si amo, es donde amor podria dar luégo
Tras el servicio el agradecimiento.
No que piense por esto entrar en juego:
Mas porques bueno amar con presupuesto
Que se puede encender quien hace el fuego.
Cuello corto, y redondo un poco el ges-
Blanca y rubia, y el aire veneciano, [to,
Y fácil al querer de todo el resto,
Me terná para siempre de su mano,
En esperanza libre y atrevido,
Sin sospecha, temor, alegre y sano.
Cuando te ví ir de Sena á Malpartido,
Dije: «Mísero amante y sospechoso,
Despachado eres ántes que partido.
»No te veo manera de reposo,
Aunque digas que no puede olvidarte
Un ánimo tan limpio y generoso.

»Porque si verte piensas que es mirarte,
Engáñaste; que acaso mira y calla
Como habia de mirar en otra parte.
»No te busca su vista, mas te halla;
Ni te nombra su voz sino como eco,
Que lo dá y no lo siente la muralla».
Perdóname, Cupido, aunque no peco,
Yo me vi, como tú, perdido el brío,
Triste, penoso, espantadizo y seco.
Todo mal me cansaba sino el mio,
Perdí el conocimiento, el cómo y cuándo;
Vivia siempre en error y desvarío.
Disimulando y no disimulando,
Me perseguia amor á pecho abierto,
Como si fuera de contrario bando.
Cuando disimulaba era hombre muerto,
Que no sentia el bien ó amaba poco;
Si no disimulaba, descubierto.
De aquí me fuí saliendo poco á poco
Á una libertad, que hago y digo
Cuanto quieren, y quiero como loco.
No me viene á decir algun amigo:
«Mal estás, bien te vá, yo te lo veo»,
Ni de bien ni de mal hallo testigo.
Callo y vivo con este devaneo.
¡Oh ambicioso dolor! Oh desengaño!
Que áun no oso descubrir lo que deseo.
Entré por apariencia con engaño,
Y vi la causa ser tan en la cumbre,
Que luce, como el sol, sin hacer daño.

Amo y callo con tanta mansedumbre,
Que no sabiéndolo, diria cualquiera
Que el mio no es amor, sino costumbre.
Dos montes diz que hay de una manera
Que arden en fuego vivo del infierno,
Dedentro uno, y otro por defuera.
El uno y otro fuego como eterno,
De una causa uno y otro decendiente,
Iguales en verano y en invierno.
Llamaron Etna al uno antiguamente,
Efestion al otro, que al encuentro
Es del Etna, en el fuego diferente.
Etna trae las llamas por dedentro;
Cuerpo escuro, pendiente, cavernoso,
Que funde las arenas en el centro,
Con sonante murmullo y furioso
Revuelve en el hondon de sus entrañas
El fuego, á los mortales temeroso.
Ahora lanza tal nube de marañas
Del humo espeso con pavesa ardiendo,
Que turba el cielo y arde las montañas;
Ahora levanta en alto, revolviendo
Golpes de vivas llamas extendidas,
Que las claras estrellas van hiriendo;
Ahora lanza las peñas derretidas
Y escollos, con gemidos regoldando
Del monte las entrañas encendidas.
Quedan el fuego y viento murmurando
En el hondon obscuro del profundo,
Y otra nueva materia rodeando.

Pecho sé yo que encierra otro segundo
Etna, con humo y fuego más caliente;
No vive sólo Encelado en el mundo.
Efestion se enciende tan paciente,
Que alumbra toda Licia á la redonda,
Dando calor templado solamente.
Puesto que tenga la raíz tan honda,
Vese lento venir, claro y suave,
Sin que ruido ó furia dentro esconda.
Témplase como con registro ó llave;
Á veces muestra el monte cuanto quiere,
Y otras veces encierra cuanto cabe.
Dende *ab initio* arde, y nunca muere;
Por todas partes en el monte espira,
La verde yerba viva llama hiere.
Bien como cuando sale ó se retira,
El rubio sol en el dudoso dia,
Que tierra juntamente y cielo mira.
Al comenzar ó dar fin á la vía,
Ora sea á la tarde ó á la mañana,
Con templanza su lumbre nos envía.
Pace el fuego la yerba húmida y cana,
Vemos á un mismo tiempo envuelta junto
La yerba con el fuego, y queda sana.
Illustre y blando fuego, que en buen
Entraste donde no será tu llama [punto
Consumida, aunque el cuerpo sea difunto.
En el alma creciste, ella te ama,
Ahora de esperanza mantenido,
Y despues de perpetua gloria y fama.

No acabará tu ser desvanecido,
No faltará materia que te encienda,
No serás de otro fuego consumido,
Que la inmortalidad, eterna prenda,
La frente de perpetuo oro ceñida,
Te conservará vivo y sin contienda.
Entónces se tornará más larga vida;
Cuando este cuerpo deje libre al hombre,
Mi voz volará á pluma tendida.
Pocos gozan presentes de su nombre,
Admirando contino el que es ajeno;
Mas síguenlos la gloria y el renombre.
Midamos entre tanto el justo, el bueno,
Contemplemos el bien que sólo encierra
Todos los movimientos en un seno;
Cómo se junta el cielo con la tierra,
Cómo muda el tiempo lo encubierto,
Cómo cria, corrompe y nunca yerra.
Si viese cada cual el pecho abierto
Que fué causa de tanta vanagloria,
Y á las veces de tanto desconcierto,
Para tanta miseria mucha gloria
Sería, don Simon, muy grande afrenta;
Bastaria haber un poco de memoria.
Y aunque amor pocas veces se contenta,
Mas siempre en algo quiere mejorarse;
Harto es que lo pensemos sin tormenta.
Quien no escoge debria contentarse
Con sacar por razon cualquier indicio
Que pueda su dolor representarse.

Amar sin algun fin es tan gran vicio,
Que nunca yo lo vea en quien bien quiero,
Aunque muchos lo tengan por oficio.
Tornemos al propósito primero:
¿Cómo hallaste aquella bien andanza
Que te solia traer al retortero?
Creo que estaba en filo la balanza,
Sin torcerse en la ausencia del camino,
Pues do no hay qué se mude, no hay mu-
[danza.
Lanzarote del Lago, cuando vino
La vez primera en posta de Bretaña,
Damas curaban dél y su rocino.
Mas, si el conocimiento no me engaña,
En España no son tan venturosas
Ni se dan á curar tan buena maña. [sas,
Bien puede ser que todas sean hermo-
Pero agradezco á Dios que me ha guiado
A vivir entre blandas y piadosas.
Como el hombre que tiene en estampado
Salir á la mañana y á la tarde,
Y vivir gordo y sano y concertado;
Así se enciende acá, y así se arde
Amar por la salud ó autoridad,
Cualquiera acometer, aunque cobarde.
Doña Guiomar, debria tu deidad
Hacer algun regalo á don Simon,
Pues lo merece bien su voluntad.

No tan mísera ser de compasion,
Que el pobre haya por caso ó por dieta
El favor, y no á fuerza de razon.
Va volando, por verte, á la estafeta,
Y halla que á la fin tanto ganara
Si viniera al rodar de una carreta.
Suave cosa es servir mujer muy rara,
Suave cosa mirar cuanto hiciere;
Suave cosa en verdad, mas cuesta cara.
La que siempre amenaza y nunca hiere,
Trayéndote debajo del espada,
Es tirana absoluta en cuanto quiere.
¡Oh ausencia! que eres burla muy pe- [sada
Para quien mucho ama, si no deja
Caudal con que tornar á la posada.
Espántome del hombre que se aleja
De su dama por mal que le parece,
Y despues de tornado, que se queja;
Mas muy mayor reprension merece
El que, ántes de llegado, teme y siente
El dolor que no tiene y ya padece;
Porque primero que se viese ausente,
Debria considerar el mal doblado,
Temer ó sospechar de nueva gente.
Fama es que se juntaba en un gran prado
En Esparta la gente vencedora,
Como á baile, á luchar en el mercado.
La dueña, la doncella, la señora,
Cada cual procuraba en los primeros
Parecer más hermosa aquella hora.

Despues los más robustos y ligeros,
Y entre ellas la que más fuerza tenía,
Salia al corro desnuda en vivos cueros.
A la lucha de manos se venia;
De allí á brazo partido y zancadilla:
Esa era más amada que vencia.
No tenía ninguno á maravilla
Que el uso á la vergüenza desterrase,
Y gozar la virtud pura y sencilla.
Que mal pareceria si probase
La fuerza cada uno á la tornada
En la plaza, y el mundo se quemase;
Que todas las ausencias serian nada.

## IX.

*A Don Diego Lasso de Castilla.*

Tal edad hay del tiempo endurecida
Que á su primer principio se revuelve,
El término pasando de la vida.
La voz de áspera en blanda se resuelve,
En dientes el encía se levanta,
La luenga y blanca barba en negra vuelve.
Tal árbol que de antiguo nos espanta,
Se perdió viejo tronco so la tierra,
Y agora sale en una nueva planta.
Una virtud secreta hay que se encierra
En todos los sujetos que contemplo,
La cual tarde ó temprano nunca yerra.
Colgadas ya las armas en el templo,
Torna el viejo soldado á la porfía
Por ira, por virtud ó por ejemplo.
Dos fuegos nacen juntos, y los cria
El alma desde el punto que es criada;
Crecen con ella juntos á porfía.
Prosiguen juntamente la jornada,
Y muévense al principio juntamente,
Sin órden ó razon determinada.
Truécase cada cual por accidente
Y por ciega ocasion en pecho ciego,
Sin causa, voluntad ó inconveniente.

Pero nunca se acaba tanto el fuego,
Que no deje secreta una centella
Viva en el corazon, señor don Diego.
Dios te libre de mal y de movella,
Pues levanta la llama tan crecida,
Que el lugar donde está se abrasa en ella.
Quien la trae se piensa que escondida
En el hondon del pecho la retiene,
Aunque todos la vemos encendida.
El un fuego más blando se detiene
Poco á poco en crecer y en arraigarse;
Este es más peligroso cuando viene.
Ciertas partes comienzan á mostrarse,
Que mueven el sentido y el deseo
Antes que la razon pueda afirmarse.
Sale contraminando de rodeo
Con determinacion blanda y dudosa;
Emprende si le veo ó no le veo.
Esta es una ponzoña muy sabrosa,
Que entre conversacion sorda camina,
Sin parecer á nadie sospechosa.
Poco á poco el favor se contramina,
Sientes en tu señora otro gobierno,
Con cualquier golpe amor te desatina.
Hállase de amistad el pecho tierno
Mostrando querer bien, mas no desta arte,
Y abrásase en un fuego del infierno.
Entra en el corazon por cada parte,
Contrasta la razon con el sentido,
Y no osas rendirte ni guardarte.

Á cabo se dá el hombre por vencido,
Descubre la dolencia en puridad,
Dejándose llevar á mal partido.
Este fuego es amor y fué amistad;
Suele prender tan recio al pobre amante
Porque funda su sér sobre verdad.
Ocasiones me vuelan por delante
Que perdí cuando desta suerte amaba,
Que me quise ahorcar en el instante.
Mejor gallo aquel tiempo me cantaba;
A lo ménos tenía bueno un punto,
Que la conversacion no me faltaba.
El otro fuego vuelve todo junto
En furia, que os revienta el corazon,
Y á cada paso os tiene por difunto.
Si se mueve con causa ó con razon,
Aunque se enciende presto, nunca deja,
Y éste nos dá mayor alteracion.
Está léjos la causa y no se aleja;
Antes la ves presente, y de manera
Que sin ser ofendida se te queja.
A tiento se camina por defuera,
Si tu servicio en algo descontenta,
Siempre estás deseando lo que fuera.
No viene de otro cabo esta tormenta,
Ni como la otra, sube poco á poco,
Junto se siente el golpe y el afrenta.
Dure cuanto durare, nunca es poco,
Porque en tanta abundancia sube y crece,
Que ántes de ser sentido torna loco.

Muy léjos este fuego se parece;
El ruido y el humo que dél sale
A los vecinos ciega y ensordece.
El caso le despierta y dél se vale,
Y sigue la eleccion tuerto ó derecho;
Mas con cualquier sospecha se desvale.
Revienta echando chispas por el pecho,
Del celoso temor ó sobresalto,
Aunque todo favor le entra en provecho.
Cuando pienso encumbrarme en lo más
[alto,
Dá conmigo en el suelo en un momento,
Tal, que me deja atónito del salto.
Dulce ver es de tierra un bravo viento,
Que levanta la mar alta y hinchada,
Sacando las arenas del cimiento.
Entre las altas ondas trabajada,
Una pequeña fusta abandonarse,
Que en breve será rota ó anegada.
Ver sin peligro nuestro menearse
Y caminar con fiero continente,
Dos bravos escuadrones afrontarse.
No porque el mal ajeno te contente,
Mas porque en la verdad es dulce cosa
Carecer del dolor que el otro siente.
Tú, fuera desta llama peligrosa,
Si algun fuego te quema, es como paja,
Que en un instante crece y se reposa.

Poca es la diligencia que lo ataja,
Y su furor se apaga y desencona
Por arrojar en él cualquier alhaja.
Córrome de mi sér como una mona,
Que en tanta lealtad me ví primero,
Cual nunca se halló en otra persona.
Acúsome de puro majadero,
Porque no hay cosa firme en este mundo
Que el tiempo no la traiga al retortero.
En la cuenca del cielo y del profundo,
Donde todo de un arte se rodea,
No hallarás primero sin segundo.
El año nos mantiene y nos recrea,
Mas muda cuatro veces en el cielo,
Y el Océano siempre se menea.
El motor de los cielos con su vuelo
Los mueve á todos siete, y él se mueve
Con todo cuanto encierra en este suelo.
El sol á la mañana el Ebro bebe,
Y á la noche reposa dentro en Tajo,
Y no hay parte que á su otra no se eleve.
Contar lo que se muda es gran trabajo;
Pues que todo se muda ó tarde ó cedo,
Mejor es el camino que el atajo.
Sólo yo soy un hombre que estoy quedo,
Que nunca trocaré la fantasía,
Ni el cielo me hará mudar un dedo.
Torne la noche escura en claro dia,
Vuelva el dia despues en noche escura,
Siempre seré, Señora, el que solia.

Amor puso en tu mano mi ventura,
Nací á tu voluntad predestinado,
Aunque ésta suele ser de poca dura.
Sea por eleccion ó sea por hado,
Jamás te ví en un sér para conmigo,
Como á todas las cosas que he contado.
Yo sin bien, sin favor y sin abrigo,
Aunque á tus fuerzas hago resistencia,
Mas nunca pude contrastar contigo.
Las peñas venceré con la paciencia,
Y tú las vencerás con la aspereza,
Sin que se pueda en tí hallar clemencia.
De aquí sé que nací para firmeza,
Y todo lo demas para mudanza,
Sino sólo el rigor de tu crueza.
Porque siendo contrario á mi esperanza,
Y ella á un fin que no llega enderezándose,
Ha de tener en filo esta balanza.
Vaya el mundo, si quiere, rodeándose,
Que yo estaré en un punto siempre firme
Y su rueda andará siempre mudándose.
Con cualquier fuego puede amor decir-
[me
Que me ha abrasado el alma como escribo,
Aunque me ha sentenciado sin oirme.
Al principio sin duda estaba vivo,
Cuando el fuego me comenzó á abrasar,
Sin conocer este dolor esquivo.

Amando no sentia qué era amar,
Iban el bien y el mal juntos contino,
Miraba, y respondíanme á la par.
Si no me respondian por el tino
Que yo me concebia ó me soñaba,
El aliento faltaba en el camino.
Disimulaba y no disimulaba,
Parecia en mi alma estar secreto
Lo que en la plaza el mundo publicaba.
Andaban lo acabado y lo imperfeto,
Lo cierto y lo dudoso contrastando,
Y otros contrarios mil en un sujeto.
¡Cuántas veces me dijo amor, burlando!
»Guárdate, no dés paso más adentro,
Antes procura entrar, sabio, tentando».
Mas yo, que no sentí el primer encuen-
Pensé que todos fueran tan livianos, [tro,
Hasta que me hallé puesto en el centro.
Vinieron mis amigos, mis hermanos,
Y todos me decian: «Que te engañas;
Amor es el que traes entre las manos».
Holgara de guardarme de sus mañas,
Mas no pude; que vino á parecer
Cuando estaba bien dentro en las entra-
Comenzáronse luégo á recrecer [ñas.
Muchas cosas que ántes no veia,
Aunque de aquí vinieron á nacer.
En fin, Señor, el duro mal crecia;
Amor armaba lazos en lo raso,
En que el simple amador daba y caia.

Entró en casa vacía y puro vaso,
Y ocupó de manera el aposento,
Que no le sacará eleccion ni caso.
Siempre amo, y amor es tan sin tiento,
Y me embiste con tanta pesadumbre,
Cuanto á cerrada selva bravo viento.
Cae el rayo, y amenázanos su lumbre
Dentro en lo más escuro del nublado,
Y hiere en lo más alto de la cumbre.
Todo pecho se halla aparejado
A sentir este fuego, mas no guarda
Todo pecho el amor en un estado.
Haz tú, si me creyeres, buena guarda,
Sin acogello más de una semana;
Que se hace mal huésped cuando tarda.
Como suele un espejo ó cosa llana,
Recibir en su haz cualquier figura
Y tornarla á volver en sombra vana;
Así muchos alcanzan tal ventura,
Que cualquiera en su pecho se repara,
Sin atarse con una hermosura.
El ama, la doncella, la más rara,
Todas hallan un norte, un expediente,
Y á todas recogeis con una cara.
Fama es, cuando mató la gran serpiente
Cadmo, que con la esteva y aguijada
Esparciese los dientes por simiente.
Vieras salir en medio del arada,
En un punto crecer hombres y arneses,
Y producir la tierra gente armada.

Con agudos venablos y paveses
Vinieron á encontrarlo de tropel,
Amenazando tajos y reveses.
Cadmo, que vió la gente así cruel,
De ira y de furor llena y sangrienta,
Tornar armas y pechos contra él,
No se olvidó el amor en el afrenta,
Ni quiso castigallos con su mano,
Por no dar de sus obras mala cuenta.
Apartóse, y dejólos en el llano;
Ellos, como se van de furia ardiendo,
Cada cual se volvió contra su hermano;
Tanto, que entre sí mismos combatien-
Allí donde nacieron acabaron, [do,
Matando unos á otros y muriendo.
Los que desta jornada se escaparon
Le fueron siempre amigos cordiales,
Y en todos sus trabajos le ayudaron. [les,
Yo, en el centro y hondon lleno de ma-
En el cielo sembré mis pensamientos,
De que nacieron penas inmortales.
Mis hijos me persiguen á tormentos
Y traban entre sí brava contienda,
Cada cual por vencer los sentimientos. [da
Dudosos pensamientos ¿no hay enmien-
Al daño que haceis dentro en mi pecho,
Ni puede la pasion volver la rienda?
Pensé haber acabado todo el hecho,
Y que la llama ardiente desta espada
Era muerta, aunque fuese á mi despecho.

Della nació la guerra guerreada
Que amor cria en el alma y la fecunda,
Y sin mi muerte no será acabada.
Aquella fué primera, esta segunda;
De aquella fué el principio mal cubierto,
Y esta se cria en parte más profunda. [to;
Tal hora piensa el hombre estar en puer-
Revuélvese del cielo un tiempo vario,
Y lánzale en el mar, hondo y desierto.
Tal hora nos engaña un letuario;
Tenémosle por bueno y no se alcanza
Cómo es del todo á la salud contrario.
No puede estar un cuerpo sin mudanza,
Ni el tiempo suele siempre estar sereno,
Ni vereis en la mar siempre bonanza.
Cuando creí que estaba más ajeno
De cuidados de amor, libre y quieto,
Y del viejo deseo sano y bueno,
Vime por otra parte más sujeto,
Tanto más cuanto más era velando
Que amor no penetrase en lo secreto.
Sin saber por qué parte, cómo ó cuándo,
Descubrió contra mí su fuerza y maña,
Y mis sentidos fueron de su bando;
Tal, que si el sufrimiento no me engaña,
La llama que en mi pecho es ordinaria,
Sería en otro incomportable, extraña.
Ya querria que fuese voluntaria,
Por mayor gloria mia; mas no quiere
Que sea sino á fuerza, mi adversaria.

Haga fuego y amor cuanto quisiere,
Que sobre fundamento y causa tal
Amor crece, y el fuego nunca muere.
En esta parte me veré inmortal,
Y llevaré del tiempo la vitoria
Que no puede alcanzar de tanto mal.
Puede ser que te venga á la memoria,
Señora, del engaño que pasaba,
Cuando por gloria dabas vanagloria.
Mi mal no es bravo, mas la causa es
[brava,
Por ventura más brava que se piensa,
Y el deseo ni cansa ni se acaba.
Sea hado ó razon lo que dispensa,
Que en fin yo sacaré desta partida
La inmortalidad por recompensa,
Que es la más larga y descansada vida.

## X. *

Siéntome á las riberas destos rios
Donde estoy desterrado, y lloro tanto
Que los hacen crecer los ojos mios.
Si alguna vez por descansar yo canto,
Es cosa para mí de tanta pena,
Que tengo por mejor volver al llanto.
¿Cómo puede cantar en tierra ajena
Ningun cantar que sea de alegría,
Quien nunca espera ver ya cosa buena?
¿Qué puedo yo hacer, Señora mia,
Donde no puedo ver tu hermosura,
Sino pasar mil muertes cada dia?
Mas tanto no podrá mi desventura,
Por mucho que procure destruirme,
Que saque de mi alma tu figura.
Ni tiene de acabarse con morirme,
Que jamás no podré dejar de amarte
Ni de tus dulces llamas desasirme.
Y cuando yo viniere á olvidarte,
Olvídese de mí mi diestra mano,
Y mis ojos no puedan más mirarte.
Y el Hacedor eterno, soberano,
Que todas nuestras culpas nos castiga,
Y nos ha de juzgar tarde ó temprano,

Sin clemencia ninguna me persiga,
Cuando dejare un hora de quererte,
Y tú tambien te muestres mi enemiga.
Que será para mí más cruda muerte
Si á mi memoria falte tu membranza,
Que tanto bien es casi como verte.
No quiero más aquí hacer tardanza
En esto, pues tambien sabido tienes
Que no puedo vivir sin tu esperanza.
De tí vienen mis males y mis bienes;
En no queriendo tú, yo no soy nada,
Que aquello que es en mí, tú lo sostienes.
Marfira por los bosques es llamada,
Adonde con piedad eco responde,
Y su respuesta es bien de mí llorada. [de?
Y nombrándote digo: «¿quién se ascon-
No te ascondas de mí, pues no solias»;
Tu nombre vuelvo á oir, mas no sé dónde.
En esto estoy las noches y los dias
Llamándote mil veces cada hora,
Pensando si quizá responderias.
Si alguna ave noturna canta ó llora,
Comienzo yo con ella á lamentarme,
Hasta que va huyendo de la Aurora.
Por los bosques me escondo por que-
Cuando la luz del todo se avecina, [jarme,
Donde vienen las aves á escucharme.
Cualquier fiero animal se descamina
Del curso de su caza, presuroso,
Y á veces de matarme determina.

Mas oido mi llanto doloroso
Que ablanda y enternece su crueza,
Párase á escucharme muy piadoso:
Que aquesta fuerza tiene mi tristeza:
Ablandará cualquiera que me mira,
Aunque jamás se ablanda tu dureza.
¿Qué corazon es ese, dí, Marfira,
Que se duelan de mí las bravas fieras,
Y un hora no se amanse en mí tu ira?
De doquiera que estás, venir pudieras
Á las voces que doy desesperadas,
Si tanto desamor no me tuvieras.
Que las ninfas del Tórmes, tan nombra- [das,
De hermosura y gracias tan cumplidas,
Y en todas gentilezas enseñadas,
Se vienen á mis voces doloridas,
Con sus hermosos rostros descubiertos,
De compasion de oirme conmovidas,
Que bastarian á dar vida á los muertos,
Preguntando, con voces lastimadas,
La causa de tan grandes desconciertos.
Mas despues que de mí son bien mira- [das,
En no viéndote á tí venir entre ellas,
Mis cuitas y fatigas son dobladas.
De nuevo se comienzan mis querellas,
Y de deseo de tí doy tantos gritos
Que vuelven espantadas todas ellas.

No se pueden contar ni ser escritos
Cuantos males, Señora, tú me has hecho,
Ni mis grandes tormentos infinitos.
Aquí, do ni razon hay ni derecho,
Vivo de aquesta suerte que has oido,
No más que en verme sólo satisfecho.
Por los profundos valles voy perdido
Los dias, sin tener posada cierta,
Y sin saber vólver donde he salido.
Y en esta extraña tierra tan desierta,
Entre arboledas altas y espaciosas,
Do placer ni alegría se me acierta,
Oyo cantar canciones gloriosas,
Que las silvestres diosas van cantando,
De palabras muy dulces y amorosas.
Los Sátiros y Faunos van danzando,
Siguiéndolas pensando de engañallas,
Y vánse mucho más así engañando.
Porque cuando se piensan de tomallas,
Ellas se van corriendo tan livianas,
Que aves no podrian alcanzallas.
Sus deseos y cuitas quedan vanas;
Vuélvense de dolor desesperados,
Y ellas se van huyendo muy ufanas.
En esto veo que son enamorados
En ver que ellas se van dellos riendo,
Y que ellos quedan tristes y engañados.
Si vencido del sueño estoy durmiendo
Alguna vez, que pocas me acontece,
Paréceme, Marfira, que estoy viendo

Que estás con gran placer, segun parece,
En gran conversacion de mucha gente,
Sin cuidado de quien por tí padece.
Y pienso que no es sueño ciertamente,
Por ser cosa de tí ya tan sabida,
Que nunca haces cuenta del ausente,
Ni jamás dél te acuerdas en tu vida.

## XI. *

*Á una dama vieja.*

Salud, Señora mia, os enviara,
Si vuestra gravedad y fantasía
Con medicina alguna se curara;
Mas va vuestra merced por una vía
Que, si dos dias se toca sin espejo,
Querrá que la llamemos señoría.
Y si su rostro ve de mono viejo,
Su talle de lechuza graduada,
De presumir tendrá poco aparejo.
¿Por qué de poco acá tan entonada,
Señora Melisandra? pues sabemos
Que antaño érades poco, agora nada.
¿Por qué quereis, Señora, que miremos
En vuestra presuncion y entonamientos,
Y que en conversacion de vos burlemos?
¿Por qué razon quereis andar en cuentos
Por las iglesias, plazas y cantones,
Haciéndonos de risa andar contentos?
¿Por qué tantos pespuntes en jubones
Y su guarnicioncica en la ropilla,
De cabezon muy alto y con botones?
¿Por qué de tafetan esa sayilla,
Y el tafetan primero deste nombre,
Y áun la primera felpa de Castilla?

¿Por qué mirar de lado á cualquier hom-
El escofion tocando con la mano, [bre,
Y no quereis de tonta haber renombre?
¿Y aquel decir «mi primo don Fulano»,
Y mantellina siempre muy felpuda,
Y aventador de ivierno y de verano? [da,
¿Y aquel tener de noche el gesto en mu-
Las manos con unciones en los guantes,
Y estar de gravedad contino á muda?
¿Y aquel, para mirar los circunstantes,
Volver el cuerpo todo encambronada,
Los niervos del pescuezo muy tirantes?
¿Y aquel traer polaina muy alzada,
Que suba un poco encima las orejas,
Y la crenchilla rubia, aunque hartada?
¿Por qué razon tambien, hablando cn
[viejas,
Os dé muy grande risa, escarneciendo,
Pues que correis con Sarra las parejas?
¿Para qué es escudero viejo y duendo,
De sayo luengo y capa de una faja,
Y un llevar de mujeres con estruendo?
¿Y aquel mandar barrer la sala baja,
Y el decir «envíe una dueña mia»,
No habiendo en vuestra casa ni una alhaja?
¿El levantar contino á mediodía,
El gesto sin afeites? ¡ved qué llena
De pintas que saldrá su señoría!

¿Y el escupir diciendo «no estoy buena»,
Quejarse de las renes y hacer cinta
Por medio la cabeza y la melena?
¿Tomar luégo el espejo, y como en tinta
Ver dentro dél un gesto desgraciado,
Como de monja enferma, ó dueña en cinta?
¿Estar mirando el gesto muy mirlado,
Diciendo allá entre sí, «qué buenos ojos
Y qué gesto derecho y afilado?»
¿Y ver luégo las tachas á manojos,
Y con nariz y ojos consolarse,
Que de mujeres feas son despojos?
¿Despues darse una tonda y afeitarse,
Vestir los tafetanes que, de ancianos,
Podrian por justicia jubilarse?
¿Y traer los cabellos cortesanos,
Que no son rubios sino enrubiados,
Y el escofion que dura cien veranos?
¿Los sucios cabellotes encrespados,
La frente más angosta que de mona,
Y los carrillos largos y chupados?
¿Y, «adónde está mi prima doña Antonia,
Y doña Catalina mi cuñada,
Y mi tio el doctor, que está en Pamplona?»
¿Despues de haber comido estar sentada,
Con palillo en la boca, y ya de grave
Decir al que llamáre, está ocupada?
¿Despues delante todos dar la llave,
Diciendo: «saca presto mi cadena,
Y, para merendar, mátese un ave?»

¿Y responder la moza como buena,
«Yo la llevé al platero á aderezalla»,
Y replicalle vos, «sea en hora buena?»
Ansí que aquesta vida conservalla,
Paréceme á mí bien, Señora mia,
Y allá la gravedad disimulalla.
Perdone Jesucristo á vuestra tia,
Que segun dicen todos los doctores,
Sin duda ella murió de fantasía. [res,
Y ella es quien os mostró los pundono-
Ella es quien os metió en estas honduras,
Y áun dicen que tambien en los amores.
Mil veces se me acuerda que áun á oscu-
Desde mi cama oí que os doctrinaba [ras,
En mil indicios necios y locuras.
Quién llamásedes «vos» os enseñaba,
Á quién diríades «el», y á pocas gentes
Para llamar «merced», licion os daba.
Decíaos: «al reir cubrid los dientes
Con la boca, ¿oíslo, hija mia?
Catad, no deshonreis vuestros parientes».
Oí que decíades vos: «Señora tia,
¿Haré que me hablen de rodillas
Cuando estuviere alguno en aquel dia?»
—«Si, hija, y dad un lustre á esas me-
Con soliman cocido y vinagrillo, [jillas
Y nunca esteis jamás sin salserillas.
»Traed en el cogote el tocadillo,
Guantecico y cordel atado al dedo,
Para que piensen que hay debajo anillo.

»Hablad de cualquier cosa muy sin mie-
Y por ganar renombre de avisada [do,
Jamás os tened el [*gesto?*] quedo.
»Si vais á visitar muy entonada,
Fingid á cada paso una caida,
Para dar á entender sois delicada.
»Y así sereis, mi alma, tan servida,
Que se andará tras vos el mundo todo,
Si lo que os digo aquí no se os olvida».
Y como digo, estando atento á todo,
Decia acá entre mí ¡ay vieja honrada!
Que á todos quiés hacer muy á tu modo.
Y así, Señora, vos como avisada,
Tomaste la licion de vuestra tia
Tan bien, que en todo estais exprimenta-
Suplícoos, si es posible, reina mia, [da.
Mireis que andan por vos dos mil difuntos,
Y que andarán cien mil, y áun más habria,
Si os entonais más bajo un par de puntos.

## XII. *

*De Dido á Eneas.*

(Traducida de Ovidio.)

Cual suele, de Meandro en la ribera,
El blanco cisne ya cercano á muerte,
Alzar la dolorosa voz postrera;
Así te escribo y no para moverte,
Que ser tú por mis lágrimas movido,
Ni el cielo lo consiente, ni mi suerte.
Mas bien liviana pérdida habrá sido
Perder estas palabras, quien la fama
(Que es tanto de estimar) por tí ha perdido.
A Dido dejarás, que tanto te ama,
Las velás y la fee darás al viento,
Siguiendo el duro hado que te llama.
Del puerto al alto mar saldrás contento,
Y para Italia, por incierta vía,
En efecto pondrás tu crudo intento.
Pero ya que tu fe y la pasion mia
No puedan resistir á tu dureza,
Ni mi mucha razon á tu porfía,
Mira los edificios y la alteza
De la nueva Cartago, que ofrecida
Está (si quieres) para tu grandeza.

Huyes tu propia tierra conocida;
Vas á buscar la ajena, que en buscarla,
Gastar puedes el tiempo y áun la vida.
Mas ya que el cielo te conceda hallarla,
Á gente peregrina y extranjera
Y á señor nuevo ¿quién querrá entregarla?
Otro amor y otra fee tan verdadera
Ofrecerás de nuevo á alguna Dido
Que esperes engañar cual la primera.
Dime, ¿do llegarás, de aquí partido,
Que tengas ó edifiques otra alguna
Nueva Cartago, cual la habrás perdido?
Pues mujer que ansí te ame, la fortuna
No te dará en cuanto tú deseas;
Que Dido es en amarte sola una.
Segunda nunca esperes que la veas,
Porque, como de Elisa, de otra amado,
Jamás lo podrá ser el crudo Eneas.
Esto por tí de suerte me es pagado
Que más te culpa, y es que injustamente
Te huelgas de te ver de mí apartado;
Pero mi voluntad no lo consiente,
Ni me consiente amor más que quejarme
De la fee que me diste falsamente.
A tí, Vénus, invoco, que ampararme
Debes del crudo hijo con tu mano,
Y me dejas morir sin escucharme.
Deja mover el arco al niño hermano,
Y pierda aquí la sangre su derecho
Contra aquel que es tan crudo é inhumano.

¿Cuándo se ha visto que en humano [pecho
Sino sólo en el tuyo, haya cabido
Quedar de injusta muerte satisfecho?
Mas yo, cruel, no dudo que nacido
En las más duras rocas, y engendrado
De piedras ó de robles, hayas sido.
O del mar proceloso y alterado,
O de leona ó tigre, en la aspereza
Del alto monte Cáucaso, criado.
Mira, pues, en el mar la gran braveza
De las crecidas ondas, y los vientos
Do no resistirá tu fortaleza.
El tiempo, la sazon, los movimientos,
Todos han claramente amenazado
A tus determinados pensamientos.
En los vientos y ondas he hallado [me,
Razon, que entrambos gustan de ayudar-
Y en tí, que la conoces, me ha faltado.
Pues no quiero en tan poco yo estimarme
Que presumir no pueda que perezcas,
Por el cargo que llevas de dejarme.
Mas dime, ¿podrá ser que me aborrez-
En tanto extremo, que por alejarte [cas
De mí, en las ondas á morir te ofrezcas?
El mar se amansará por contentarte,
El tiempo mudará, pues es mudable;
Ansí pudieses tú tambien mudarte.

Pues, como ves, Fortuna es tan instable,
Tambien por experiencia sabes cierto
Que tampoco mudanza no es durable.
Naves se vieron ya salir del puerto,
Y en el golfo seguro á la salida
Hallaron luégo el daño descubierto.
Allí se dá la pena merecida
A los que la fe dada no cumplieron;
Allí tu madre Vénus fué nacida.
Y si es justa dará lo que la dieron
En los casos de amor, no la cumpliendo,
Y cual la pena al mal que merecieron.
De perder lo perdido estoy temiendo,
Pero tu crueldad puede ofenderte,
Que yo que la padezco no te ofendo.
Que vivas pido, y quiero ansí perderte
Antes ido que muerto, y permanezca
La cruda causa de mi triste muerte.
Finge ahora que el mar se te embravezca
Con tanta alteracion, que ser llegada
La vida al postrer punto te parezca.
Verás luégo ante tí representada
La prometida fee que se debiera
Guardar, y fué por tí tan mal guardada.
Verás la imágen viva y verdadera
De Dido tu mujer cual la dejaste,
Forzada con mil causas á que muera.
Verás la triste Dido que engañaste
Hacer tal sentimiento del engaño
Cual tú, que eras la causa, deseaste.

Y viendo de tus males, mal tamaño,
Por tí conocerás cuán bien se emplea
En quien causa el ajeno el propio daño.
No quieras á lo ménos que se vea
En tí la crueldad tan presurosa,
Ya que por fuerza tu partida sea.
Sosiega un poco, y cuando de tu esposa
No tengas compasion, tenerla debes
Del niño Ascanio, que es más cara cosa.
Si contra el cielo y contra el mar te mue-
Y en tierra haces lo que aquí hiciste, [ves,
¿En qué vas confiado? en qué te atreves?
Ora no creo cuanto me dijiste,
Ni en tus hombros Anquises fué escapado
Del fuego, por do cuentas que saliste.
Cuanto has dicho de Troya has inven-
Y no he sido yo sola la burlada, [tado,
Ni en mí primeramente has comenzado.
Que en el Troyano incendio, la cuitada
Madre del niño Julio quedó muerta,
Del marido cruel desamparada.
Esto de tí lo sé, y es cosa cierta,
Y justo fuera, habiéndotelo oido,
Estar yo en mi peligro más despierta.
Los hados dan el pago merecido,
Que por tierra y por mar tiempo tan largo
En continuos trabajos te han traido,
Hasta que aquel llegar triste y amargo,
Con tus naves, al puerto de Cartago,
Me dió de tus fatigas todo el cargo.

Que no esperando verme en lo que hago,
En mi reino te hice acogimiento,
Y yo ya dello tengo justo pago.
Y áun desto triste yo no me arrepiento,
Si la fama despues no divulgara
Otra cosa más grave y que más siento.
Aquella hora cruel me costó cara,
No lo encarezco para que te mueva,
Mas ántes yo muriera que llegara:
Cuando la tempestad súbita y nueva,
Venida para el mal de que ahora muero,
Fué causa de juntarnos en la cueva.
Tristes voces oí, y era el agüero
Que en un sí me anunciaba doloroso
La triste muerte que por tu causa espero.
Desta puedes holgar y haber reposo;
Que si con ella cumples tu deseo,
No vivirás gran tiempo deseoso.
Que siempre, ó las más veces, que me veo
En el templo do tengo venerada
La cara sepoltura de Siqueo,
Con una triste voz y desmayada
Y en un sonido bajo, temerosa
Me siento de la tumba ser llamada.
«Presto te seguiré que es justa cosa,
Y si justa será seguirte presto,
Agora será justa y provechosa.
»No te niego, Siqueo, que manifiesto
Yerro yo contra tí he cometido,
Mas mi sana intencion le hace honesto.

»No sólo el crudo Eneas me ha movido,
Mas Vénus, diosa, el niño y el abuelo,
En decrépita edad envejecido.
»Tuvo por cierto ordenarlo el cielo,
De su fortuna viendo la bonanza,
Y así pensé acogerle sin recelo.
»Y ansí me aseguré de la mudanza
Del cruel que la hace, y no se cura
De faltar á su fe y á mi esperanza».
Tu venida juzgué por gran ventura,
Y en ella confié que consistia
El vivir en mi reino ya segura.
Á Hiarbas y á mi hermano, á quien tenía
No pequeño temor, á cualquier dellos,
Con sola tu presencia no temía.
De nuevo agora volveré á temellos;
Y encerrada en Cartago contentarme
Con sólo defenderme y no ofendellos.
Mas al que procurare de acabarme
Tú se lo cumplirás, sin que él lo pida,
Que bien claro lo cumples con dejarme.
Si los dioses ordenan tu partida,
¡Cuánto mejor á entrambos estuviera
Que hubieran estorbado tu venida!
Que tu trabajo entónces ménos fuera,
Y la infelice y miserable Dido
Que por tí morirá, sin tí viviera.
Y no pienses que es Simoïs conocido
El que vas á buscar, sino el incierto
Tibre tan apartado y escondido.

Al cual primero que hayas descubierto,
La débil senectud podrá ocuparte,
Segun se asconde á tu fortuna el puerto.

Pues si las armas y el favor de Marte
Te encienden y levantan con su gloria,
¿A qué vas á buscarlo en otra parte?

Que aquí podrá con inmortal memoria
De famosas hazañas renovarse
En padre y hijo la Troyana historia.

Enemigos tendrás donde mostrarse
Podrá siempre tu esfuerzo valeroso,
Y Ascanio cuando crezca, señalarse.

Mas tú, cruel Troyano, el ser famoso
Sólo lo pones en mi triste muerte,
Y en ella es tu descanso y tu reposo.

Comienzo de hoy más á conocerte,
Y el nombre de «piadoso» que te llamas,
En inhumano y crudo te convierte. [mas

Pues no fuí yo en el hecho ni en las tra-
Del malvado Simon, por cuyo engaño
Se abrasó la gran Troya en vivas llamas.

Ni la gente que hizo un mal tamaño
Ha sido aquí en mi reino recogida,
Como lo fuiste tú para mi daño.

Ni entre tus enemigos fuí nacida,
Ni me pesó de ver salva tu armada,
Ni me alegré de Troya destruida.

De serte injustamente aficionada,
Desto me culpo y tú podrás culparme,
Que en lo demas no puedo ser culpada.

Mira que causas con desampararme
Que vida y fama y reino se destruya,
Y no podrás ausente remediarme.
Jamás de tu querer temas que huya,
Que si de tu mujer no me das nombre,
Tomaré el que me dieres por ser tuya.
Pues mira cuánto más que á mortal
[hombre
A un hijo de una diosa desconviene
Dejar de crueldad fama y renombre.
Ya ves que agora el tiempo te detiene,
Y en breve espacio que hayas esperado
La bonanza vendrá cual te conviene.
Debes considerar que áun no han tomado
Los que vinieron en tu compañía
Restauro del trabajo que han pasado.
Acuérdate tu armada cuál venia,
Que áun bien nunca ha podido repararse
Con tu cuidado y con la ayuda mia.
Esto al ménos de tí pueda alcanzarse
Cuanto más conceder no me quisieres,
Que aguardes á que el mar quiera aman-
[sarse.
Con este poco término que esperes,
Mucha parte serás para esforzarme
Á no morir al punto que partieres.
Comenzaré de agora á acostumbrarme
Al extremo dolor de tu partida;
Quizá podrá la usanza aprovecharme.

Si esto me niegas, dá por bien cumplida
Tu cruda voluntad ingrata y fiera,
Con el fin desastrado de mi vida.
¡Oh si pudieses ver de la manera
Que te escribo esta carta tan en vano
Cuan salida del alma verdadera!
La pluma tiene mi derecha mano,
Y la siniestra, para el triste oficio,
Tiene la cruda espada del Troyano,
Que, en pena del ajeno maleficio,
Hará para cumplir lo que ha propuesto,
Desta vida inocente sacrificio.
Mis lágrimas la bañan, y tras esto
(Pues lo promete ansí mi desventura)
La bañaré en mi sangre, presto, presto.
Y en el gran mármol de mi sepoltura,
No seré Elisa de Siqueo nombrada,
Mas habrá solamente esta scriptura:
«La causa desta muerte dió y la espada
El crudo capitan de los Troyanos;
La triste Dido, de vivir cansada,
Buscó descanso con sus propias manos».

## XIII. *

*De Belisa á Menandro.*

Belisa á su Menandro, por quien viene
Al alma que lo amó justo castigo,
Le envia la salud que ella no tiene.
No me parece ingrato ser conmigo
Injusto el mal que sufro, pues amaba
Con alma y corazon á mi enemigo.
Si alguna excusa tengo, es que pensaba
Que era lo que fingias verdadero,
Que el tuyo por mi limpio amor juzgaba.
Mas ¿quién pensar pudiera el lastimero
Dolor que publicabas? ¿quién pensara
Que habia un fiero lobo en tal cordero?
¿Quién de un llorar sangriento sospechara
Otra cosa que amor, pena y tormento?
No al ménos quien tan ciegamente amara.
Ya yo de mí te vide tan contento
Que ninguna era bella en tu presencia;
Mas mi gozo y tu fee se llevó el viento.
No sé hallar consuelo ni paciencia
A la pena que siento en verte ausente,
Sino es ver que te agrado con mi ausencia:
¡Qué justicia, qué ley, qué Dios consiente
Que goce mis trabajos quien contigo
Finge lo que fingiste astutamente!

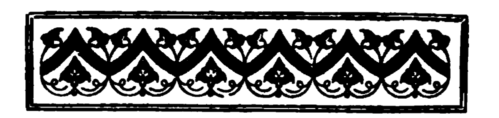
Justicia debe ser, que quien conmigo
Que lo amaba fué aleve, es bien que amando
A mí me dé venganza y á él castigo.
¿Acordaráste, ingrato, que besando
Mis manos, las mojaste algunos dias,
Mi dureza tus ojos ablandando?
¿Acordaráste, falso, que decias
Que las bellas mejillas del Aurora
Quedaban sin color ante las mias?
Pues ya que te desplace el rostro agora
Que te agradó algun tiempo, aleve, mira
La belleza del alma que te adora.
Mira que tu traicion por quien suspira
Contino mi lealtad, no fué bastante
Hacer contra el amor escudo de ira.
Tanto te quiero agora como de ante,
No por tu merecer; mas por el mio,
Que cuanto eres aleve, soy constante.
Dejarán las riberas, mar y rio
Desnudos á sus peces, y en el cielo
Los ciervos pacerán á su albedrío;
Trocarán sus efectos fuego y hielo,
Y el sol dará contino luz al mundo,
Cubierto de funesto y negro velo;
Habitarán las furias del profundo
En el tercero cerco de la esfera,
Antes que yo conozca amor segundo.
Sólo á tí conocí en la edad primera,
A tí sólo conozco, quiero y amo,
Y á tí sólo amaré hasta que muera.

Por tí, Menandro mio, me desamo,
Tú solo eres mi bien y mi tesoro,
A tí con vida y alma siempre llamo.
Por tí, ni cuando el sol calienta al toro
Los divinales cuernos ó se acuesta
Con Tésis, pongo fin al triste lloro.
¿Quieres al fin saber cuánto me cuesta
Amarte sin compas, que ya la vida
Cuánto tu larga ausencia me es molesta?
Es tanta mi tristeza en tu partida,
Que no le hallo igual sino la gloria
Que tienes de dejarme escarnecida.
Mas aunque tú eres falso, mi memoria
Jamás se apartará de estar contigo,
Repitiendo mi daño y tu victoria.
¡Ay Dios! ¿por qué padezco yo el castigo
Teniendo tú la culpa? mas ¡qué daño
No me fuera doblado en tí enemigo!
Y miéntras yo sufro mal tamaño,
Cuentas al nuevo amor por afrentarme
El modo con que usaste en mí tu engaño.
Y si piensas que fué gloria engañarme,
No sé de qué te jactas, pues no he sido
De otros enseñada á recelarme.
Esa que de mi seso se ha reido,
Sé que no te creerá, porque ya tiene
Experiencia de muchos que ha creido.
Y si con mil engaños te detiene,
No pienses que es, Señor, porque te ama,
Sino porque por tí yo muera y pene.

Déjete ya venir aquesa dama,
Que pues no le dará pena tu ausencia,
Ven y remedia el mal de quien te llama.
¡Cuántas veces ¡ay Dios! en su presen- [cia
Contarás mil fealdades de Belisa,
No mirando mi amor ni tu prudencia!
¡Y cuántas veces ella, con gran risa,
Te dirá que te vuelvas á la fea!
Y aunque ella de mí burla, amor la avisa.
Desde agora veo yo que desque vea
Mi carta ha de decir, escarneciendo,
«Dejadme, id á la dama que os desea».
¡Ay Dios! cuán por mi mal todo esto [entiendo!
Pues que cada temor de los que escribo
Me hace sin morir estar muriendo.
No seas, mi Menandro, más esquivo;
Que si vergüenza tienes de lo hecho,
Vuelve, que no hay sin yerro ningun vivo.
Que por la llama que me enciende el [pecho,
Por esa dulce boca y claros ojos
Que en lágrimas los mios han deshecho;
Por aquellas preseas y despojos
Que tienes de mi cuerpo y alma, juro
De jamás me acordar de mis enojos.
Ven, pues; ven ya, Señor, no seas más [duro;
Házme segura á mí de tu venida,
Que de no te ofender yo te aseguro.

No quieras ser ingrato y homicida
Con una flaca moza, que no tiene,
No teniéndote á tí, salud ni vida.
No quieras que mi alma se condene,
Matándome á mi mesma, y que la tuya
Por causa de la mia despues pene.
Razon es que esa dama restituya,
Pues sabe que salvarse nadie puede
Cuando tiene la cosa que no es suya.
Bien veo que mi airada letra excede
Los términos de carta, y que la nota
Es cual mi desatino la concede;
Mas por eso no sea de tí rota,
Que más vale palabra mal compuesta
Que la que por engaños era nota;
Y así quedo esperando la respuesta.





# SÁTIRAS.

## I.*

[*Contra las damas.*]

Véos, Señor, cual pájaro, á la liga
Del ciego cazador tan apegado,
Que me fuerza razon á que os lo diga;
  Como quien por su mal ha ya probado
La vida que se pasa entre mil muertes,
Y los peligros deste triste estado.
  Que sé bien cómo trueca amor las saetas
De los que siguen su mortal bandera,
Igualando los flacos á los fuertes.
  Sé bien la contraseña y la manera
Que tiene en su milicia, y sé la paga
Que dá el tirano á quien en él espera.
  Y yo, que agora estoy sano y sin llaga,
Tuve ya tantas, que á la menor dellas
No la sanara toda la arte maga.

Víme abrasado entre cien mil centellas,
Y á mi cautivo cuello un lazo hechas
Dos manos tan crueles como bellas.
Mas luégo en fria ceniza vi deshechas
Las llamas que en tal punto me tenian,
Y sueltas las prisiones más estrechas.
Así vi triste el daño que me hacian
Y el que reciben de sus aficiones,
Los que tras un tan falso ciego guian.
¡Oh! si bastasen artes ó razones
Para les desvendar sólo un momento
Los ojos, y aflojalles las prisiones,
¡Cuán presto se reirian de su tormento,
Y de veras caerian en la cuenta
De su desventurado perdimiento!
Mas este traidor tiene por afrenta
Que se sepan sus tiros y falsías,
Y así guarda este paso con gran cuenta.
Y con halagos mil y alevosías
Nos enhechiza de arte, que embaucados
Vamos tras dél por diferentes vías.
Tráenos con promesas muy cebados,
Y desde léjos muestran gran dulzura;
Mas de cerca son hieles sus bocados. [pura,
Por eso, aunque os parezcan ser miel
No os convenzan, Señor, sus argumentos,
Que al fallo no hallareis sino amargura.
Sus razones, su ley, sus fundamentos,
Y al fin, cuanto en su falso reino encierra,
Son dichos y hechos por encantamientos.

Quien anda tras mujer anda tras guerra,
Y por deciros la verdad en suma,
Anda tras cuanto mal hay en la tierra.
Y cual dellas cantó famosa pluma,
Y por acreditarlas en Parnaso
Hizo crecer sus bienes como espuma.
Virgilio, Homero, Ausias, Garcilaso,
Ni el Qüeto florentin, por más que empi-
Su estilo, de verdades tan escaso, [nen
Serán bastantes á que no me indinen
Aquestas fieras tan irracionales,
Aunque jurisdicion aquí declinen.
Que tambien yo en mi tiempo las cauda-
Corrientes de Aganipe pasé á nado, [les
Y sé cuántas mentiras dije y cuáles;
Mas la verdad en fin con que he quedado
Es, que no duele ver la muerte al ojo
Cuanto poner en ellas el cuidado.
Yo bien podré quedar tuerto ó bisojo;
Mas no que torne á estar tan deslumbrado
Que llame al blanco azul, la flor abrojo.
¡Triste de aquel que vive confiado,
Y por segura compañía tiene
A quien no le querria ver á su lado!
A quien ni deja ver lo que conviene,
Ni tiene en lo que pisa todo el resto,
Y á sí sola en estima y precio tiene.
De todas es aqueste el presupuesto:
Pensar que cada cual tiene la prima
De sangre, aviso, ser, valer y gesto.

No hay valor ni beldad que tenga estima
Fuera dellas, y todo es pura escoria
Lo que á su semejante no se arrima.
Si ha de alcanzar desta hecha la victoria
España ó Francia, muy mejor lo saben
Que los que del suceso habrán la gloria.
Las virtudes que en ambos reyes caben
No lo entienden ni alcanzan otros que ellas,
Ni quieren que otros que ellas los alaben.
De lo que nos prometen las estrellas
Nunca Güido Bonato ni Aguilera
Pudo saber cuanto la menor dellas.
Si la historia latina es verdadera,
La griega fabulosa á su juicio
Ha de quedar (1)...........................
Si la abundancia en Tito Livio es vicio,
Salustio, por ser breve, si es más grave,
A su censura ha de quedar de oficio.
Si el Mantuano Titiro es süave,
Y si las armas y el varon Troyano
Cantar, como es razon, su musa sabe,
Ellas lo determinan mano á mano,
Y ¡guay del que al contrario presumiere
Juzgar! pues contrastallas es en vano.
Es menester que cuanto les hubiere
De dar contento, sea perfecto, hermoso,
Y áun no hará poco si les aplaciere.

---

(1) Falta así en el MS.

Todo ha de ser cabal, maravilloso,
Heróico por lo ménos; y si acierta,
Haránle gusto entero, milagroso.
Pues cuando alguna sale muy cubierta
De perlas, piedras, oro, que se ha puesto
Al espejo con arte larga y cierta,
Su rostro tan pintado y tan compuesto
Que no hay prado en Abril de más colores,
Con andar estudiado y deshonesto,
Tan perfumada y trascendiendo á olores,
Y tan llena de sedas y recamos,
De invenciones, brinquiños y labores,
Que lo ménos que en ella contemplamos
Es ella misma. ¿Cuál Boscan habria,
Qué Mena, qué Ariosto celebramos,
Que alzarse con su rara melodía
Y celebrado estilo pueda tanto
Que iguale á su locura y fantasía?
No fué la que á toda Ásia puso en llanto,
Y á Europa en guerra tal, cual se imagina
La que ménos estima nuestro canto.
Cuanto vee, topa y oye la amohina;
Toda cosa la enfada, y nunca emplea
Su vista en cosa que no sea divina.
En su imaginacion sola ella es dea,
Y por bajeza tiene cualquier cosa
Que ménos que esto le aparezca ó sea.
Sus misas son oîr llamarse hermosa,
Ángel, estrella, sol resplandeciente,
Dechado de beldad, inmortal diosa.

Sabed que entónces entre la otra gente,
No os echa más de ver, que si estuviese
Ella do nace el sol, vos en poniente.
Verdad es que si ven el interese,
No temais que os despidan descontento,
Aunque honra y vida se les atraviese.
Y no sola una vez, veinte ni ciento;
Mas todas, ó las más, os harán tienda
Franca de sí, con ánimo avariento.
Pero si falta el que luégo la arrienda,
Acortan al favor y al dulce trato [tienda.
Con tanta arte que no hay quien se lo en-
Y de lo que hacian ántes largo plato,
En un momento os dejan en ayunas,
Mudando condicion á cada rato.
De alegres vuelven tristes, importunas;
Y en fin, no hace en Hebrero más mudan-
Cielo romano, que ellas con las lunas. [zas
Todos vuestros desinios y esperanzas
Son humo al mejor tiempo, y si por suerte
Afloja el talegon, os echan lanzas.
Si lo que á Craso y Midas dió la muerte,
No va delante, no abrirán la puerta
Por sabio á Salomon, á Hector por fuerte.
Y si esto no teneis por cosa cierta,
Rogad á Anfiarao, y al marido
De Argia, que cada cual dellos advierta.
Igual al uno y otro hubiera sido
Pasar por este paso sin malicia,
Y haber del doctor Curcio de prendido.

  De un parto la mujer y la cobdicia
Nacen al mundo como amor y celos:
Tan natural les es el avaricia.
  Piensan estos amantes novezuelos,
Cuando veen que una dama esquiva y dura
Con una turba *multa* de mozuelos,
  Resiste á sus deseos y locura,
Que aquel tenerlos todos en desprecio
Es castidad, limpieza, amor, cordura.
  ¡Ay! que no es tener su honor en precio;
Mas es encareceros sus agujas,
Y con eso embair á cada necio.
  Y aquello que tú piensas y dibujas
Por grande honestidad, es germanía
Y lenguaje de coimas y de brujas.
  Que por mejor vender mercaduría
De sí tan vil, la niegan y á deseo
La dan, porque haya á falta caristía.
  ¡Ay ultrajado amor! ¡Y cuál te veo
Vuelto ya tal que al oro y apetito
Está rendido tu carcaj y arreo! [crito,
  Es cuanto oyo cantar, cuanto hallo es-
Cifra, en comparacion de lo que pasa
En este siglo con razon maldito.
  No hay en los vicios ya medida ó tasa;
Todo es un puro desvanecimiento,
Y un juego al natural de pasa-pasa.
  Mas ¿dónde me trasporta el sentimiento?
Que de mujeres comencé á trataros,
Y meto á todo el mundo en este cuento.

Y no debeis, Señor, maravillaros
Que con tanto correr se me caliente
La boca, pues debeis bien acordaros,
Que no hay cuerdo á caballo, si no miente
El refran, y á pequeña sofrenada
Me vuelvo al argumento conveniente.
Tendreis ó pensareis tener echada
Muy bien vos, vuestra cuenta, y casi os
Respondedme con plática pensada. [siento;
Que si codicia rompe el saco á ciento
Y á mil de las vulgares y perdidas,
Pero ¿no á las que son de más momento? (1)
Que las ilustres y las bien nacidas,
Y que no han menester vuestro dinero,
No pueden, segun esto, ser vencidas.
Mas no sois sólo vos, ni áun el primero
Que en ese engaño estais pensando en va-
Que no hay camino más del carretero. [no;
Sabed, pues, que no vuelven á una mano
Todas, ántes por montes y por valles
Hacen camino á su apetito llano.
¡Cuántas vereis andar por esas calles,
De dueñas y escuderos rodeadas,
Y seguidas de mil azota-calles!
De títulos y dones muy cargadas,
Señorías y faldas arrastrando,
Tan altivas, pomposas y entonadas!

---

(1) Però, italiano, equivale á *por eso*.

Con tanta continencia compasando
Sus graves pasos y con un abano
Aire, donde otra cosa no hay, echando,
Que el mozo de caballos y hortolano
Saben quién estas son, por ciertas pruebas
Y no echan lance que les salga vano.
Lenguaje es dellas, que ventaja lleva
Un cocinero, un pícaro, un lacayo
En darles gusto, y que mejor aprueba.
Que muy más diestro está en aquel en-
[sayo,
Y le mandan sin miedo y sin vergüenza,
Sin sentirle jamás falta ó desmayo.
No están con sobresalto que le venza
El mucho trabajar, y reprehenda
Su desenfrenamiento y desvergüenza.
Despues el desdichado que no entienda
Sino en morir por ellas y adorallas,
Y que á dalles contento sólo atienda,
No podrá con mil cuitas ablandallas,
Ni alcanzará en catorce años, siquiera,
A solas un momento sólo hablallas.
En fin, en siendo dama ya cualquiera
Hace extremos del rey más que Lucrecia;
Despues con vuestro negro es placentera.
Al duque, al conde y al señor desprecia,
*Et poscia la vedrete star in chiasso*,
Y ha corrido á Milan, Roma y Venecia.

Mirras y Biblis hay á cada paso
Y por ventura, dentro desta villa,
Y áun Semíramis ¡Oh nefando caso!
Si cuantas hay Pasifaes en Castilla
Parieran Minotauros ¿qué Teseos,
Bastaran á dar fin á tal semilla?
Tras esto ni Falarides ni Atreos
Fueron en su secreto tan crueles:
¡Oh abominables cuentos, sucios, feos!
¡Cuántas entre azucenas y claveles,
De que hacen ramilletes, van cogiendo
La homicida sabina en los verjeles!
¡Cuántas criaturas pagan en naciendo,
A manos de sus madres, el gran yerro
Que cometieron ellas concibiendo!
¡Cuántas tienen por cuna y por entierro
El vientre de su madre carnicera,
Antes que en tierra, puestas en destierro!
¡Cuántos por mano adúltera, hechicera,
De sus mujeres sin razon han sido
Del tálamo enviados á la hoguera!
Sin un ojo, ántes que con un marido,
Podrá vivir la vil y deshonesta,
Que á su apetito se ha una vez rendido.
¡Oh, Mesalina! que si sobre apuesta
Tú á toda Roma copia de tí heciste
En infame lugar á ganar puesta,
Entónces por ventura sola fuiste
Y á dedo señalada por tal prueba;
Mas ahora todas dan en este chiste,

Diciendo á cada cual que él solo lleva
De su virginidad sofisticada
La flor que á cada luna se renueva.
Y áun hay, si place á Dios, tan avisada
Gente en aqueste tiempo que lo cree
Y se fía de casta tan malvada.
El triste aunque lo vea no lo vee,
Que le deslumbran del entendimiento
Y le hacen que se vea y se desee.
No quiero yo negar ni ansí lo siento,
Que entre tantos millares no hay alguna
Que se pueda sacar de aqueste cuento;
Pero que apénas hay entre mil una
Y ésta por la razon que es tal, no admite
De vos ni de otro fealdad ninguna.
Y aquesto baste para que se os quite,
Si tal habeis pensado, el mal intento
De entrar sin ser llamado á tal convite;
Mas dejaos de pensar que en tanto cuento
De las que son como las he pintado
Es Fénix esa, que es atrevimiento.
Y no es descuido, aunque es enamorado,
Perder tan presto el tino, á la experiencia
Por sentiros un poco apasionado.
Y por no me olvidar de mi sentencia,
Hablando de las más de todas ellas,
Torno á decir que son de gran conciencia.
De nombre, á cada calle hay mil doncellas
Que no saben qué cosa es, ni áun de oidas,
Castidad, ni limpieza, alguna dellas.

Pues que si con el hurto son cogidas,
¿Quién será tan valiente y tan osado
Que las espere sin perder mil vidas?
Allí es su furia, allí ¡guay del cuitado
Acteon! que volverle en ciego es nada,
Y si con vida queda es bien librado.
No hay potencia en el cielo que invocada
No sea en testimonio de su clara
Mentira, aunque esté más averiguada.
Más que la Fénix en el mundo es rara
La confesion de la verdad en ellas;
Y cuando ya la halleis será bien cara.
Las dueñas, las criadas, las doncellas,
Han de pagar á medias la porfía
Que sintieron en vos de convencellas.
Harános de la noche claro dia,
Y habeis de creer ántes su mentira
Que el evangelio y el ave maría.
Furia, rabia, desden, venganza aspira,
Por muy poca ocasion, hembra ofendida,
Y no hay cómo aplacar su mortal ira.
Que no fué áspide ó tigre embravecida
Contra el que los hijuelos le ha robado,
Tan furiosa, tan loca y tan perdida.
Y tras haberos ya bien jabonado,
Se reirá si dicen que os afrenta
Y que mire que estais della agraviado.
Con eso ni con nada tiene cuenta;
Mas con gran fuego y cólera rabiosa
La honra de su casa pondrá en venta.

Pues reprehendelda acaso alguna cosa,
Pidiéndola razon con dulce arenga,
Qué es lo que la hace estar tan corajosa,
Dirá: yo ansí lo quiero y mando, tenga
Mi voluntad de ley valor y fuerza,
Ya que esto sólo sea lo que convenga.
Con la gula el rancor cobra esta fuerza,
Que ya la gran señora y la mediana
No es bien amanecido cuando almuerza.
A la cama la lleva de mañana
La secretaria de su mala vida,
El vino, el ave, y fruta más temprana.
¡Ay, Licurgo y buen Numa! Cuán caida
Está ya vuestra ley, y cuán hollada
La modestia á mujeres tan debida!
Por esta senda van tan bien guiada
La turba femenil, que nunca acierta
La vía de virtud ya desusada.
Antes abriendo en general la puerta
A la conversacion libre y lasciva,
Y al ventanear tras celosía abierta,
Tiene por grosería el ser esquiva,
Su honra está en tener más servidores,
Que piense cada cual que él solo priva.
Todo su estudio está en tratar de ámores,
Sabiendo entretener de noche y dia
Por diferentes vías mil amadores.
No hayais miedo que pierdan romería
Las que agora son más recogidas,
Doncellas y casadas á porfía.

Todas las vereis ya descoloridas,
Necesitadas de gastar el dia
En andar y notar ajenas vidas.
Desmayos, bazo, reumas, melarquía,
Quien no las tiene no puede llamarse
Dama, que en esto está la damería.
¡Cuántas hay que en achaque de casarse
Admiten servidores y galanes,
Y dejan de unos y otros visitarse!
¡Cuántas con mil desgarros y ademanes
Hacen morir los tristes de deseo,
Y á cada canto dejan mil adanes!
¡Quién pudiese decir cuánto yo veo
De los extraños términos que tienen
Las que matan con sólo su meneo!
¡Y cómo de esperanzas los mantienen,
Y poco á poco alargan los favores
Hasta que á vuestro fin ó al suyo vienen!
Del ramo á la hoja van, desta á las flores;
De las flores al fructo hasta que quedan,
Cuando ménos se catan, sin dolores.
Que si por puntos cada cosa os vedan,
Tambien es de esperar que porfiando
Al fin por puntos todo os lo concedan.
¡Quién pudiese á la oreja estar nom-
[brando
Las que en el mundo alcanzan el trofeo
De los que por su honra están callando!

Ya no hay quien cure del amor ni aseo,
Todo es aprender música y lenguaje;
Mal año para Tulio y para Orfeo.
Su estudio es todo en cuál es mejor traje,
Que todo sacó al sermon fulana,
Si llevó alfombra, almohada, dueña ó paje.
La más principal es la más liviana,
Y sus visitas y conversacion
No salen de si la otra va galana.
Por aviso se tiene y discrecion
Saber gastar la tarde toda entera
En cuentos sucios y en murmuracion.
En cuál tuvo mejor arte y manera
De encubrir su traicion, y con astucia
Mejor supo hacer de la tercera.
Hazme por que te la haga ¡oh usanza su-
Es la moneda que ahora corre y pasa [cia!
Por todo el mundo y todo el mundo ensu-
[cia.
No hay mujer que gobierne ya su casa,
Ni que quiere y regale á su marido
Si á sus infames tratos pone tasa.
La hija al padre tiene aborrecido,
La madre al hijo, si no sufre y calla,
Y ansí no la defiende su partido.
Decir verdades es buscar batalla
Con ellas, y aunque más os hagais fuerte,
Y aunque de arriba á abajo os hagais ma-
[lla.

Con la suya saldrán ó con la muerte,
Y pues por experiencia habeis sabido
Más que os podré decir yo de su suerte.
No os espanteis, Señor, que condolido
De veros á tal gente aficionado,
Os dé consejo sin me ser pedido.
Y pues en ellas hay cuanto he contado,
Y cuanto más cuanto un juicio sano
Ve que va de lo vivo á lo pintado,
Alzáos ya, si podreis, á vuestra mano
Antes que cobre fuerzas en el pecho
El hábito que impone ese tirano.
Salíos de su prision, haced de hecho,
Que es un muy peligroso y feo negocio
Amar á quien adora sólo el lecho,
La liviandad, la bolsa, el jarro, el ocio.

## II. *

(Fragmento.)

ERGASTO. — DAMON.

*Damon.*

Déjame estar, Ergasto, que ni creo
Cosa de cuantas dices, ni es posible
Que pueda acontecer caso tan feo.

*Ergasto.*

Pues ¿por qué quieres tú que sea imposi-
Lo que á naturaleza es tan conforme, [ble
Si no tuvieses condicion terrible?

*Damon.*

Mas ¿por qué quieres tú que se conforme
El claro sol en la tiniebla oscura,
Lo muy hermoso con lo muy disforme?

*Ergasto.*

Porque el uno y el otro es criatura
De la masa de Adan, y al fin es ella
Mujer de carne y no de piedra dura.

*Damon*

Pues ¿no ves, noramala, que es doncella,
Y que se sueña á ratos señoría?
Y áun diz que estuvo cerca de tenella.

*Ergasto.*

Y dime : ¿ Piensas tú que pierde hoy dia,
Porque corriese anoche un par de lanzas,
Casamiento Beatriz, Ana ó María?
Engáñaste, Damon, que en estas danzas
Muchos bailan al son de la corneta
Que están llenos de fe y de confianza.

*Damon.*

Al fin ¿quieres que crea que Flameta
Dió la parte mejor á un vil sujeto
Y que la cosa pasa muy secreta?

*Ergasto.*

Como quisieres, que yo nunca aprieto
Tanto como apretó el galan Faldudo
Á la que puso á tantas en aprieto.
Gran fuerza es la del oro, ni hay escudo
Ni torre que resista á su potencia;
Dígalo Danae, pues que yo estoy mudo.

Pues ¿cómo le haria resistencia
Una dueña avarienta y comilona,
Ancha de nalgas y ancha de conciencia?
Al fin, para hacer dueñas gran persona
Es una dueña, cuanto más si el padre
*E un pezzo così fatto à la carlona.*

*Damon*

Y dime ¿sabe algo desto la madre?

*Ergasto.*

Llégate acá, dirételo al oido:
Sus, venga para entrambas la comadre.
Mas ¿cómo ha de casarse si ha parido?
Bien que una aguja en manos delicadas
Hace que lo pasado no haya sido.
Despues la noche del asalto á osadas
Que delante Becco en los lenzuelos vea
Más rojo que de treinta puñaladas.
Yo muera dellas si, aunque Galatea
O Dafne resucite, yo tomare
Mujer por mucho más cabal que sea.

*Damon.*

Pues ¿qué piensas hacer?

*Ergasto.*

Lo que ordenare
Mi hado; seguiré quizá la guerra
Y en ella tomaré lo que hallare.

*Damon.*

Guerra, gentil potaje, ó turca ó perra,
Era para soldados la de agora;
No hay gente tan falida ya en la tierra.
Cien mil andan ahí que ni Zamora
Ni áun Troya los vió tales, ni mejores
Los verá el sol en cuanto alumbra y dora,
Que no hallan favor entre señores;
Si al rey dan memorial, van remitidos
A dos ó tres gravísimos oidores
Que ni oyen ni aplican los sentidos
A sus negocios, quel furor de Marte
Diz que les hace daño á los oidos.
El consejo de guerra ya no es parte
Para dar una escuadra á quien ha hecho
Más hazañas que Orlando y Brandimarte.
Y aunque hay un hombre en él, cuyo
[gran pecho
Al Francés, al Tudesco y al Romano
Y al Flamenco mil veces ha deshecho,
Agora aquella vencedora mano
No se puede extender, y no es la gota
La causa, aunque ésta le cargó temprano.
Al fin, Damon, la cosa va derrota
Para soldados, guarda no lo seas
Si no lo quieres ser de la pañota.

*Ergasto.*

Pues ¿qué quieres que haga?

*Damon.*

Que aunque veas
Que ese tu pleito agora va perdido,
Aguarda hasta ver lo que deseas.
No hay aguardar: Astrea se ha subido
Al cielo, sólo acá nos ha quedado
La apariencia, la sombra y el ruïdo.
Habla quedo que pasa un licenciado,
Y luégo te diré que cuanto en esto,
Estás con otros muchos engañado.
Mas ¡qué divino va, qué bien compuesto!
Andad, hermanos, que hoy es vuestro dia,
Fortuna os tiene dado el mejor puesto.
Mas guardad, que al fin es la que solia
Que sola permanece en ser mudable
Aunque en esto á la fe ya es muy tardía.
Pero nada violento fué durable,
Y esto por serlo, presto ha de acabarse
O reducirse á medio razonable.
Que mal puede entre grandes tolerarse
Que lo humano y divino, paz y guerra
Por estos solos venga á gobernarse.

*Ergasto.*

¿Qué llamas grandes? Infinito yerra
Tu opinion en mil cosas, y es la una
Decir que Astrea es ida de la tierra,
Porque jamás debajo de la luna
Se ha visto esta doncella tan señora
Ni tuvo tan sujeta á la fortuna.
Y aunque en otras mil cosas se empeora
Este siglo de hierro, por lo ménos
Astrea le ennoblece y le mejora.
Y así verás á sus ministros llenos
De honores, y que el bien se les aumenta
Por ser hombres enteros, retos, buenos.
Verás tambien que toda aquella renta
Que les falta á los grandes ha venido
A ser destos mayores, á mi cuenta.
Verás por los consejos gran ruïdo
De señores que piden facultades
Para vender hasta el paterno nido.
Y verás á estotros que de mil ciudades
Compran las alcabalas y los juros,
Pueblos enteros, ricas heredades,
De que mil mayorazgos muy seguros
Se van fundando; mira si es Astrea
Subida allá á los elementos puros.

*Damon.*

Esa es Astrea, Ergasto; por mí sea
Lo que quisieres, que no paro en eso
Mis duelos, miro y busco quien los vea.
¿Qué me va á mí que vayan en avieso
Las cosas de los grandes, ni que crezcan
Las de los otros en tan grande exceso?
Ya sé ques necesario que perezcan
Unas cosas, y destas corrompidas [can.
Se engendren otras luégo y se engrandez-
Si las cosas de Flandes van perdidas,
Si á su Dios y á su rey se han rebelado,
Si allá están las iglesias destruidas,
En España la fe se ha reforzado,
Y en ella agora un templo se levanta
Al abrasado mártir consagrado,
De tanta costa y de grandeza tanta
Que causa invidia á Júpiter, de suerte
Que con rayos le hiere y no se espanta.
Al fin si de una parte está la muerte
Haciendo estragos, de otra está la vida
Que los repara con virtud más fuerte.
Ayer vimos ufana y engreida
Esta gente de cambios y resguardos
Creciendo como rios de venida.
Andaban los Moreles, los Leardos,
Los coches, los banquetes, las vajillas,
Los brocados azules, rojos, pardos.

Salió el decretò haciendo maravillas:
Que ¡bien haya el autor! vieras tornarse
Bayetas los brocados y telillas.
De su caida vino á restaurarse
El erario real, ya tan perdido
Que tarde venia el daño á repararse.
Porque de verle tal nos han venido
Las alcabalas y el vender las tierras
Comunes, y las otras que me olvido.
Desto se proveian mal las guerras
De África y de Flandes usurpadas
Hoy de gentes infieles, bravas, perras.
Unas perdidas de otras, van trabadas
Para daño comun, y ¡plega al cielo
Que sean las postreras las pasadas!
Mas tengo, Ergasto amigo, gran recelo
Que Némesis aguza sus saetas
Y las encara á tu paterno suelo.
Que aunque sus obras vayan muy secre-
No vienen sin misterio estas señales [tas,
De rayos espantosos y cometas.

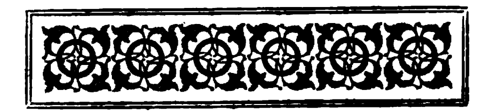
*Ergasto.*

Quita allá que son cosas naturales (1)

---

(1) Falta una hoja al MS. con la conclusion.





# OCTAVAS.

## I.

Amor, amor, quien de tu gloria cura,
Tome el aire y apriételo en la mano;
Conocerá el placer cómo es liviano,
Y el pesar cómo es grave y cuánto dura;
Goce el mísero amante su ventura
Como el que es convidado del tirano,
Que ve sobre su cuello estar colgada
De un frágil pelo una tajante espada.
Ábrase el corazon, mas por de dentro,
Como no me condene por mi boca;
Siéntalo el alma sola que le toca,
Pues ella recibió el mayor encuentro.
Cualquiera confianza, aunque sea poca,
Me pondria en lo más hondo del centro.
El goloso que come y que revienta
No se espante, si ayuna, aunque lo sienta.

Yo me vi en otro tiempo de alegría
Por voluntad ajena ó por mi hado,
Mas poco me duró este dulce estado,
Porque mi alma no lo merecia.
Alzóse un ciego y súbito nublado,
Que hizo noche escura el claro dia,
En que vivo, Señora, y vivir quiero,
Hasta volverte á hablar como primero.
Quien desea más bien del que conviene,
Si posee más bien del que merece,
Cualquier cosa le turba y entristece
Que fuera de propósito le viene;
Mas el pobre que sufre y que padece,
Contento con el mal ó bien que tiene,
El que mal le tratare será ingrato,
Y áun él, si no se queja, un insensato.
Mostróme el bien y mal de su gobierno
Amor, y endurecióme de la cuna,
Á súbitas mudanzas de fortuna,
Que hacen impresion en pecho tierno;
Víme asido en el cuerno de la luna,
Y ahora en las aldabas del infierno.
Otro se fíe en arte y en prudencia;
Mas yo, Señora, en sola tu clemencia.
Demándote la muestra de piedad,
Que por tu voluntad me concediste,
Y es la que debes dar á cualquier triste.
Si te llamare en gran adversidad.
Que vea y que contemple esa beldad,
Con que lo vences todo y me venciste.

Consiente que me vuelvan lo que es mio,
El seso, la razon y el albedrío.
  El justo, cuando muere por sentencia,
Si algun tiempo esperó que fuese bueno,
Y le ofrecen que muera con veneno,
Piensa que del morir hace dolencia;
Mas yo, que en el remedio me condeno,
Pido tiempo, Señora, y dásme ausencia.
Si médico hallé yo por mi suerte,
Cura el mal con peor muerte que muerte.

## II. *

*De Penélope, mujer de Ulíses.*

  ¿Por qué duermes, Penélope, señera,
La noche viuda, sola, fria, ociosa,
Por huir un error desta manera,
No deseando Ulíses otra cosa?
Pues ¿por qué se detiene él tanto fuera?
Y tú ¿por qué padeces tan hermosa?
Porque este, si es error, es de natura,
Y aquel, de mi marido y mi ventura.
  En la guerra y tornar á la posada
Ulíses hizo veinte años de ausencia;
Penélope seguida y rodeada
Diz que tuvo otros tantos de paciencia.

La gente furiosa y desmandada,
No pudiendo sufrir tanta abstinencia,
Como se defendia la Señora,
Dieron tras Melantona y Polidora.
Gran apetito dá mayor demanda,
Gran esperanza dá una ausencia larga;
Donde tanto la gente se desmanda
¿Cómo sufre Penélope la carga?
¿No tiene la Señora por vianda
El tejer, á su gusto muy amarga,
Si estaba todo el tiempo que podia,
Tejiendo y destejiendo noche y dia?

III. *

*A Dafne.*

Hermosa Dafne, tú que convertida
Fuiste en verde laurel de casto miedo
Por no esperar á aquel que en la huida
Te habia de alcanzar ó tarde ó cedo;
¡Oh! tú del vencedor nunca vencida,
Ayúdame, pues vees que yo no puedo,
Que siguiendo á Marfira me convierto
En fuego, en hielo, en hombre vivo y
[muerto.

## IV.*

*A un retrato.*

Cuando fuiste, Señora, retraida,
Amor guió el pincel, l'arte la mano;
Porque no puede ser comprehendida
Celestial hermosura en seso humano.
Y yo en el alma te guardé escondida;
Porque cosa divina de profano
No debe de ser vista ni tocada,
Sino por fe creida y adorada.

## V.*

*De Agripina, madre de Nero.*

La animosa Agripina ya en reposo,
Segura de la muerte que primero
Entre miedo y respeto sospechoso
La concertó en la nao su hijo Nero,
Vió venir el cuchillo rigoroso,
Y descubriendo el vientre al marinero,
«Este, dijo, este hiere ¡oh cruda mano!
Porque un monstruo parió tan inhumano».

## VI.

*Estancias vizcainas.*

Á Dios juras, hermoso Catalina;
El tu beldá, el tu extraño hermosura
En corazon de Joancho muy ahina
Hecho han un crudo y bravo matadura.
Buscado has una y otra medicina,
Al mi llago cruel y á mi tristura;
Llora mi alma siempre desque vióte,
Haya mal, Catalina, quien parióte.

Cada siempre te tiene en mi memorio,
Mucho más que no tú le piensas, quiero,
Merced vuestro mi pena es y mi glorio,
Por esos tuyos ojos yo me muero;
El mi firmeza hecho has ya notorio,
Y el fe que yo le tienes verdadero.
Joancho, yo más te quiero que no todos;
Si quieres, vido mio, hagamos bodos.

Hidalgo eres de todo mucho honrado,
Hombre gentil más cuanto que querrias,
Machete traes contino, puesto al lado,
En corto tienes yo parientes mias;
Jubon con calzas traes cañiveteado,
Zapatos nuevos vistes los más dias;
Vizcaino eres, no en razones corto,
Sabiendo más que tienes todo el Corto.

## VII. *

### EPITAFIOS.

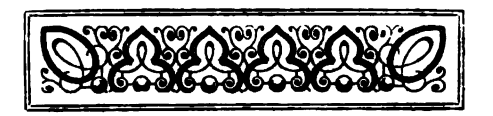
*Á Doña María Pacheco.*

Si preguntas mi nombre, fué María;
Si mi tierra, Granada; mi apellido,
De Pacheco y Mendoza, conocido
El uno y otro más que el claro dia;
Si mi vida, seguir á mi marido;
Mi muerte, en la opinion quél sostenia;
España te dirá mi calidad,
Que nunca niega España la verdad.

—

*Á la sepultura de la Princesa Doña Juana.*

No te detengas ques muy corto el dia
Y larga la jornada; Doña Juana
Yace en el hueco desta piedra fria,
Hija de Carlo quinto, cara hermana
De Filipo segundo, madre pia
De Sebastian la gloria lusitana;
Lo demas, curioso caminante,
Es largo de contar: pasa adelante.



# FÁBULA

DE

## ADÓNIS, HIPÓMENES Y ATALANTA.

El tierno pecho de cruel herida
Por la dura salvaje fiera abierto;
La madre del amor toda afligida,
Que con lágrimas baña el jóven muerto;
Y tú, vírgen, de Hipómenes vencida
Entre gloria dudosa y miedo cierto:
Seréis el argumento desta historia,
Que presente hará vuestra memoria.
 Á tí, Doña Marina de Aragon,
Á quien naturaleza estudiosa
De obra sin tener comparacion
Hizo, sobrando á sí y á cualquier cosa,
Hermosa sobre todas cuantas son,
(Y es lo ménos que tienes ser hermosa),
Á tí llamo que alargues tu favor,
Dando principio y fin á esta labor.

La honesta y clara lumbre de tus ojos,
Que á todo humano sér tiene rendido;
La blanca mano llena de despojos
De almas y voluntades que has prendido;
Las gracias en tí unidas á manojos,
Tu grandeza y valor nunca vencido,
(Mas vencedor de humanos corazones),
Enderecen y guíen mis razones.
Y porque con la voz más dulce y pura
Y espíritu más alto que el humano
Pueda apartarme de la niebla escura,
Despreciando al comun vulgo profano,
Tú, Señora, me sube en la altura
Que no puede llevarme ajena mano,
Y guía mis sentidos á tu modo,
Pues no lo pueden todos hacer todo.
En el mar, donde el sol resplandecer
Se vee primero con dorada lumbre,
Y por las bajas ondas extender
Los rayos de templada mansedumbre;
Donde suele dejar ya de correr
La rosada mañana en alta cumbre,
Y tornarse al acostumbrado lecho,
Con rostro tierno y delicado pecho;
Arabia la felice, allí bañada
Del manso mar, contino reverdece;
Do el dulce fresco y la calor templada
Se mezclan por la tierra que florece
Con el bálsamo y casia delicada,
Y mirra, cuyo olor nunca perece,

Mirra que, enamorada de su padre,
Fué de su mismo hijo hermana y madre.
  Diré de Mirra, que á esta tierra vino,
La ira del cruel padre excusando,
Por bravos montes y áspero camino,
Siempre la aguda espada recelando;
Y al fin, de aborrecida le convino,
La verde yerba en lágrimas bañando,
En lugar de perdon y de piedad,
Pedir castigo á Dios de su maldad,
  Las manos extendidas contra el cielo,
Decia con vergüenza é ira movida:
«Yo ensucié y rompí el virginal velo,
Yo el tálamo violé en que fuí nacida;
Hice á mi padre de su hijo abuelo,
Y á mi madre hurté la honra debida.
¡Oh hija, de tu padre torpe amiga,
De tu madre combleza y enemiga!
  »Si el hombre que confiesa mal hacer,
Es oido en sazon desesperada;
Si el castigo que puedo merecer,
Respeto del delito será nada;
Si sé que todos me han de aborrecer,
Vivos y muertos, viva y sepultada,
Ruego á Dios que me saque deste mundo
De manera que no ensucie el profundo».
  Oyóla Dios en su deseo postrero,
Y el blanco pié de tierra le cubrió;
La carne y huesos convirtió en madero,
Los dedos en raíces retorció;

En rayada corteza el blanco cuero,
Los dos brazos en ramos extendió,
Y ella con la vergüenza y la graveza,
Dejó sumir el rostro en la corteza.
Las lágrimas quedaban solamente,
Y éstas se convirtieron en licor,
Que, endurecido con el sol ardiente,
El aire mezcla de süave olor;
Vive su nombre en boca de la gente,
Porque quiso la madre del amor
Que la planta de Mirra se llamase,
Y la memoria el nombre conservase.
Un niño tierno, en carne concebido,
Crecia dentro del madero oscuro;
Crecia, y deseaba ser salido,
Por huir de su madre, al aire puro;
Ya el tiempo de nacer era venido,
El árbol se doblaba, aunque era duro;
Faltáronle las quejas del parir,
Mas no dejó por eso de gemir.
Él mismo pareció que se apretaba,
Y callando mostraba su tormento;
El tronco en nuevas lágrimas bañaba,
Y movia la tierra de cimiento;
Lucina, diosa del parir, estaba
Presente á tan extraño nacimiento,
Que vió abrir el madero por delante,
Y recibió con sus manos al infante.
Las ninfas le tomaron á criar,
Y Adónis el hermoso le llamaron;

Era su hermosura tan sin par,
Que ellas, como de extraño, se espanta-
Y muchos que le vian á la par, [ron;
Por el hijo de Vénus le trocaron;
Si del costado el arco Amor dejara,
Adónis en el suyo lo llevara.

No hay cosa mas ligera que los dias:
Pasa una edad corriendo y otra mana.
Este que niño tierno agora vias,
Nacido de su abuelo y de su hermana,
Ya es muchacho, ya es hombre de porfías,
Ya le miran las ninfas de su gana;
Ya enamora á la madre de Cupido, [dido.
Y venga el fuego en que su madre ha ar-

En la Arabia es fama, que cansada
La diosa Vénus por la tierra yendo,
Del murmullo de un agua convidada
Que entre la verde yerba iba corriendo,
Con el sol y el trabajo acalorada
Al fresco viento el blanco pecho abriendo,
Cubierta de una tela transparente,
Se asentó á reposar cabe una fuente.

Acaso Adónis por allí venia,
De correr el venado temeroso:
No de otra arte que el sol cuando volvia
En Lidia los ganados al reposo;
El polvo que en el rostro se veia
Y el sudor le hacian más hermoso;
Como con el rocío húmida y cana
Sale la fresca rosa en la mañana.

Queriendo defenderse del calor,
Y con el agua clara refrescarse,
Vido sola á la madre del Amor
Sobre la verde yerba reposarse;
El espejo y el peine y partidor,
La ropa con que suele ataviarse,
Todo lo vió esparcido, sin concierto,
Y su hermoso cuerpo descubierto.
En torno estaban las silvestres diosas
Puestas en ejercicio delicado:
Quién teje en oro coloradas rosas,
Quién coge varias flores por el prado;
Poníanse á acechar las más hermosas
Los sátiros traviesos á excusado,
Declarando por señas sus deseos,
Y apartándolos ellas con meneos.
La libertad andaba desceñida,
Y las iras ligeras á moverse,
El simple llanto, la razon vencida;
Y los rabiosos celos sin valerse;
La disimulacion ya conocida,
El turbado temor en atreverse,
Los livianos perjuros y promesas,
Los cortos sobresaltos y las priesas.
Echaban la soltura y mocedad
Á la corva vejez de la compaña;
Con ellos va la ciega libertad,
La risa y juego, y el dulzor que daña;
El hervor de seguir la novedad,
La esperanza sin causa, que se engaña,

Y otras gentes que siguen á esta diosa,
Se vian por la yerba deleitosa.
  Entre todas volaba el niño ciego,
Tirando mil maneras de saetas;
Á quién abrasa en valeroso fuego,
Á quién hace heridas imperfetas;
Engaña á algunos entre burla y juego,
Hace á unas libres y á otras sujetas,
Y al fin, á todos vence el albedrío
Por fuerza, ó por razon ó desvarío.
  Este, que vió venir tan sin recelo
Á Adónis con sus canes, por lo llano
Á la madre huyó con presto vuelo,
Apretando las flechas con la mano;
Y ella, que le sintió llegar al suelo,
Los brazos le tendió con rostro humano;
Y al abrazar, el niño descuidado
La hirió de una flecha en el costado.
  Luégo con mano y pecho, todo junto,
Herida, desvió de sí al infante;
Estaba la saeta tan á punto,
Que el hierro penetró bien adelante;
Y como alzó los ojos, en el punto
Que sintió la herida, vió al amante;
Vió al amante, y quedó en la yerba verde,
Como la mansa cierva que se pierde.
  El niño, echado de la madre aparte,
Se sintió de lo hecho tan de veras,
Que probó en el tirar su fuerza y arte
Con una flecha de las más ligeras;

Corvando el arco de una y otra parte
Hasta juntar entrambas empulgueras,
Tocó el rostro la cuerda á man derecha,
Y á la izquierda la punta de la flecha.
  Hizo la cuerda al desarmar sonido,
Y voló la saeta por derecho,
Con la cual el mancebo fué herido
De cruel golpe en el siniestro pecho,
El del tiro quedó todo aturdido,
Y Amor se alzó en el aire satisfecho,
Y vanaglorioso en su volar,
De haber herido entrambos á la par.
  No fueron menester largas historias
Ni muchos andamientos de razones;
Que quien habia juntado las memorias
Juntó sin dilacion los corazones;
Las ninfas se alegraron de sus glorias,
Y los cubrieron de suaves dones:
Rosas blancas y rojas, y otras flores
Que mueven y acrecientan los amores.
  La diosa está de sí tan olvidada,
Que huye la ribera Citerea,
Á Gnido, de pescados abastada;
Á Pafo, que la mar casi rodea;
Amatunta se deja despreciada
Por más oro y metales que posea;
Desdeña tierra y cielo, y no lo quiere;
Á sólo Adónis precia y por él muere.
  Ni toma el peine ni el espejo más,
Ni de las hachas amorosas cura,

Ni adorna la cabeza por compás,
Ni descoge la blanca vestidura;
El reposo y el juego deja atras,
Ni se halla contenta ni segura,
Ni sale aderezada ni compuesta,
Como cuando á los dioses hace fiesta.
 El dorado cabello, que es bastante
Á deshacer el sol, al viento suelta;
En el hombro el carcaj de oro sonante,
La limpia veste en oro trae revuelta;
En la mano arco y flecha penetrante,
Un perro de traílla, otro de suelta,
Halla la caza y hiérela en esa hora,
Y pensando matalla, la enamora.
 Á mansos animales se presenta,
Y de las fieras á quien ménos daña,
Á las medrosas liebres ahuyenta
Y al ciervo corredor por la campaña;
Á quién hiere parado, y á quién tienta
Con fuerza, á quién rodea, á quién enga-
Parando ahora lazos, ahora liga, [ña,
De las seguras aves enemiga.
 Huye al rojo leon, que con la muerte
Se ceba y harta de la res paciente;
Al lobo nunca harto, al oso fuerte,
Y del furioso puerco el corvo diente;
Y temiendo celosa de tu suerte,
Á tí tambien aparta este accidente,
Y te aconseja, Adónis, que no quieras
Ofrecerte á la ira de las fieras.

Con lágrimas le ruega y compasion;
Mas poco le aprovecha este cuidado:
«Huye, Adónis, le dice, la ocasion:
No seas con mi daño tan osado.
Ni lo sufre el peligro ni razon
Ser contra los valientes esforzado;
Acometer las bestias es locura,
Á quien armas tan bravas dió natura.
»Mil desastres que suelen ofrecerse
Entre el deseo ardiente y la victoria
Á quien en los peligros va á ponerse,
Me turban y revuelven la memoria;
Si tu ánimo no puede ya torcerse
No me cueste tan caro esta tu gloria,
Que por seguir un puerco, y no un venado,
Te vea yo á peligro condenado.
»Tu floreciente edad, tu hermosura,
Tu gracia, tu saber y tu destreza,
De que yo me vencí, siendo segura,
No la puede entender bestial bruteza;
Ni querrán perdonar en la espesura
El oso, el puerco, el lobo, á tu belleza.
No vencen rostro y ojos celestiales
La furia de los brutos animales.
»En el corvo colmillo el puerco lleva
El rayo de su fuerza, y el leon
Con ímpetu amenaza y furor prueba
Su saña, sin hallar contradiccion;
Ningun animal hay que tanto mueva
Y altere contra sí mi condicion

Como el crudo leon y matador,
Por haber sido ingrato á mí y á Amor».
  Adónis, deseoso de sentir
La causa de tan grande enemistad,
Le comenzó con ruegos á pedir
Le cuente de aquel hecho la verdad.
«Soy contenta, dijo ella, de decir
Cuán mal agradecieron mi piedad,
Contándote el milagro y caso extraño
Que á mí causó vergüenza y á ellos daño.
  »Mas el aliento del correr vencido,
Y el desacostumbrado trabajar,
Con la sombra deste árbol extendido,
Que á los rayos del sol no dá lugar,
El verde prado al derredor ceñido
Destos olmos que crecen á la par,
El agua clara y limpia en que nos vemos,
Nos convidan que un poco descansemos».
  Tan mansa y sosegada cercando iba
La fuente, el fresco prado y alameda,
Que aunque corriese presurosa y viva,
Á la vista mostraba estarse queda;
El junco agudo ni la caña esquiva,
Ni la ova tejida y vuelta en rueda,
Estorbaban el agua que corriese,
Ni el suelo que en lo hondo no se viese.
  De césped vivo, de alta yerba verde
Se cerraba la márgen por defuera,
Con el bledo inmortal, que nunca pierde
La color en invierno y primavera,

Y con la roja flor que nos acuerde
El caso de Jacinto en la ribera,
Con otras flores varias y hermosas,
Süaves yerbas y plantas olorosas.
Los árboles ramosos y cerrados,
Que al cielo amenazaban con la cima,
Ceñian el lugar tan apretados
Como tejida mimbre ó tela prima;
Veense los pardos montes apartados,
Y las dudosas sierras por encima,
Los cerros con los valles desiguales,
Albergo de los brutos animales.
Luégo en medio del prado se asentaron,
Y trabándose estrecho con los brazos,
La yerba y á sí mesmos apretaron,
Mezclando las palabras con abrazos;
Nunca revueltas vides rodearon
El álamo con tantos embarazos,
Ni la verde y entretejida hiedra
Se pegó tanto al árbol ó á la piedra.

*Refiere la diosa Vénus la fábula de Atalanta á Adónis.*

Así estando, la diosa comenzó
La preguntada historia á proponer,
Diciendo: «No sé, Adónis, si llegó
Por fama á tu noticia una mujer
Que en soltura de piés diz que venció
Á los más sueltos hombres á correr,

Tanto, que por milagro de natura
Tenía toda Grecia su soltura.
»Atalanta por nombre se decia,
Y era vírgen de tanta gentileza,
Que estábamos en duda si tenía
Más parte de hermosura ó ligereza:
Á esta le vino acaso en fantasía
De consultar á Apòlo la certeza
Si viviria casada ó al contrario;
Deseo entre doncellas ordinario.
»Respondióle en turbada voz y escura,
(Harto escuras palabras al sentido):
—Deja, Atalanta, estar tu hermosura;
No procures gozalla con marido;
Pero no excusarás esta ventura; [dido;
Que tu hado está escrito, aunque escon-
Tiempo vendrá en el cual te casarás,
Y viviendo, de tí carecerás.—
»Espantada Atalanta, en sí pensaba
La ira del oráculo y respuesta,
Y con temor huyendo, se esquivaba
Por la cerrada y áspera floresta.
Si alguno por mujer la demandaba,
Respondia feroz á la propuesta
Que ninguno la habria que la pidiese,
Si primero á correr no la venciese.
—»Yo mesma seré el precio al vence-
Decia, y no es pequeño, ya lo veis; [dor,
El vuestro sé que no será mayor,
Por mucho que en ganarme aventureis.

Veráse la soltura y el amor
De los que por amiga me quereis:
Cada uno se esfuerce en la corrida,
Porque el vencido perderá la vida.—
»Divúlgase por Grecia este concierto;
Y puesto que la ley era tan dura
Que el vencido al instante fuese muerto.
Tan grande es su valor y hermosura,
Que determinan por el campo abierto
Muchos poner la vida en aventura;
Y así, camino y tierra se hinchia
De quien por ver ó por correr venia.
»Entre los que á mirar allí venian,
Hipómenes fué uno, el cual estaba
Asentado á juzgar lo que hacian,
Y de las bravas leyes se espantaba.
Condenando entre sí cuantos querian
Mujer que tal peligro les costaba.
Y diciendo:—No puede tolerarse
Que así mueran los hombres por casarse.—
»Mas como vee ponerse la doncella
En campo, y parecer casi desnuda,
Juzgando no haber visto otra más bella;
Luégo la opinion del todo muda:
Dá por honesta y justa la querella,
Y turbada la lengua casi muda,
Las manos altas, pide allí perdon
Á los que habia ofendido sin razon.
Querria que corriesen, mas desea
Que ninguno alcanzase el vencimiento;

Despues há envidia que el vencido sea
Muerto por tan valido pensamiento.
Entre temor y gloria devanea;
Crece el deseo y falta el sufrimiento;
Ya correria; mas teme de perder,
Más que la vida, el precio del correr.
»Pensoso y triste, en voluntad confusa,
Revuelve mil porfías entre sí;
Ya teme, ya se esfuerza, ya se excusa.
Ya dice:—¡Torpe yo! ¿qué hago aquí?
Amor y hermosura, que me acusa,
Me harán vencedor; quiero por mí
Ponerme á la fortuna que se ofrece:
Que amor al atrevido favorece.—
»El que consigo estaba así á decir,
Moviendo y apartando inconvenientes,
Alzando la cabeza, vió venir
Un hombre por correr entre las gentes:
Pártese la doncella, y al salir,
Va como los arroyos muy corrientes,
Por llana y honda madre sin sonido,
Que vencen á la vista y al oido.
»Mas puesto que correr viese Atalanta
Con tan ligero paso y volador,
Que los livianos vientos adelanta
Y la presta saeta ó pasador,
Su hermosura y gracia más le espanta,
Que viene con correr siempre mayor;
Á cada paso que ella dá, la mira,
Alza y baja los ojos y suspira.

»El aire junto con los blancos piés
El vestido desvian y le allegan;
Los cabellos, cogidos al traves,
Que en parte al viento fresco se despliegan;
La clara lumbre que en los ojos es,
Con cuyo resplandor los hombres ciegan;
El blanco pecho visto por el oro,
Hacen más extremado su tesoro.
»La color de la carne se veia tal,
En el trabajo del correr mezclada,
Cual suele el rojo paño en el cristal
Hacer sombra entre blanca y colorada;
La pura leche no parece igual
Sobre las vivas rosas derramada,
Ni en el limpio alabastro trasparente
Esparcida la púrpura de Oriente.
»Él, que estaba á mirar embebecido
Y la cruel carrera que se acababa,
Y con dolor del mísero vencido,
Se ejecuta la ley y pena brava;
Vuelve Atalanta al puesto conocido,
Quién se alegra con ella, quién la alaba;
Vencedora y contenta en nueva gloria,
La coronan de fiesta y de vitoria.
»El mancebo llegado algo más junto,
Cuando la vee venir con la corona,
Sale fuera de sí de todo punto,
Como quien por amores se abandona;
Ni le espanta la pena del difunto
Ni la ley que á la muerte no perdona;

Así que, de aficion turbado y ciego,
Sin miedo se adelanta, y habla luégo:
—»¿Por qué en vitorias fáciles te em-
Venciendo á perezosos, Atalanta? [pleas,
Ponte á correr conmigo si deseas
Ver dónde tu presteza se adelanta;
Por mucha ligereza que poseas
Tu belleza nos turba y nos espanta;
En tus piés puede estar bien el correr,
Mas en tu vista Amor puso el vencer.
»Si puedes ser vencida por alguno,
No te será desdeño de vencerte
Por mí, que soy biznieto de Neptuno,
Que en el mar tempestuoso dá la suerte;
Y si tú me vencieres, no hay ninguno
Que te dé tanta gloria con su muerte,
Pues nunca esconderá nube de olvido
La memoria de Hipómenes vencido.—
»La doncella, que vió al jóven hermoso
Ofrecerse á la muerte de su grado,
Mírale con un rostro piadoso,
Y pésale de verle tan osado.
—¿Qué dios á los hermosos envidioso,
Dijo entre sí, qué suerte ó duro hado
Le enciende en este error la fantasía?
Ó ¿es dios á cada uno su agonía?
»¿Quién con peligro de la dulce vida
Le hace procurar mi compañía?
Si yo fuese juez desta partida,
No estimo tanto la belleza mia;

Estimo bien la suya, que ofrecida
A la muerte condena y que porfía;
No me toca ni me mueve su beldad,
Aunque podria moverme á la verdad.
»Aunque es mozo y en años floreciente.
No me muevo por él, mas por su estado,
Por su valor, su ánimo valiente,
Que desprecia la muerte de su grado;
Su linaje de dioses descendiente,
Por línea de Neptuno en cuarto grado,
Que me ama y me compra con morir,
Si vitoria no puede conseguir.—
»Respondióle:—Si huelgas de partirte,
Deja estar este tálamo sangriento;
Que áun puedes todavía arrepentirte
De tan caro y esquivo casamiento;
No cures por lo dicho de afligirte,
Que yo te dejo, siendo tu contento,
Y otra cualquier doncella, á mi pensar.
Te puede con derecho desear.
»Mas ¿qué cuidado tengo yo de tí,
Habiendo muerto tantos hasta agora?
Viva ó muera, decia luégo entre sí,
Pague, pues que á su daño se enamora;
Que si muertes de tantos que por mí
Pierden vidas y honras en un hora,
Ni le mueven ni apartan, bien parece
Que le pesa esta vida y la aborrece.
»¿Qué disculpa de mi inhumanidad
Daré á Grecia, que tengo por testigo,

Si mato con furor y crueldad
A este porque osó vivir conmigo?
Si el premio del amor y piedad
Ha de ser cruda muerte y cruel castigo,
No podrá comportar hombre que viva
El odio de vitoria tan esquiva.
»Qué culpa tengo yo? ¡Ojalá quisieras
Dejar la peligrosa empresa y dura!
Que en más livianas y de ménos veras
Se pudiera emplear tu hermosura;
Ó ya que te determinaste, fueras
El más ligero y de más ventura;
Huésped no ganarás en mí venciendo,
Cuanto arriesgas perder en tí corriendo.
»¡Oh qué aire de rostro y qué meneo
Entre vírgen honesta y jóven fuerte!
¡Oh Hipómenes mezquino, que te veo
Ofrecer por mi causa á cruda muerte!
Ó no me hubieras visto, ó tu deseo
Fuera más conveniente, ó yo ménos fuerte,
Hablaba entre sí mesma la doncella,
Y maldecia el fin de la querella:
—»Si yo fuera tan bienaventurada,
Que el importuno hado no negara
A mi suerte la vida descansada,
Uno solo eres tú á quien deseara.—
Esto dijo, y de nuevo amortecida,
Revuelta la color toda en la cara,
Sin entender la fuerza del dolor,
Arde y ama, y no siente que es amor.

»Ya el padre, que al correr era presente,
Y el pueblo la carrera demandaba,
Ordénase en mirar toda la gente,
Y solo Hipómenes en medio quedaba,
El cual con voz solícita y ardiente,
Mi santo nombre en su favor llamaba,
Diciendo: —Favorece mi osadía,
Tú, diosa, que encendiste el alma mia.
»Tú, sobre todas soberana diosa,
Alumbras los mortales en el suelo;
Tú venciste en la tierra, de hermosa,
La que, de clara, vences en el cielo;
Por tí se aplaca el viento, el mar reposa;
Tú del género humano eres consuelo,
Por tí nos abre el año nuevas flores,
Tú das principio y fin á los amores.
»¿Quién á las simples y ligeras aves,
Cuando acuciosas edifican nidos,
Hace con voces dulces y süaves
Declarar sus cuidados encendidos?
¿Quién á los otros animales graves
Mueve con nueva furia los sentidos,
Correr ásperos valles y sombrios,
Y nadar presurosos hondos rios?
»¿Quién dió fuerzas al jóven que de hecho
Le enciende amor y le revuelve en fuego,
En noche escura el tempestuoso estrecho
Atravesar con lluvia y tiempo ciego,
Cortar las bravas olas con el pecho?
Truena y ábrese el cielo, y el mar luégo

Rompe las altas peñas resonando;
Mas él con su furor pasa nadando.
»No le tienen turbados elementos,
No los padres con lágrimas y llanto,
El mar negro sacado de cimientos,
No le aparta el deseo ó pone espanto;
No la vírgen que en ansias y tormentos
Suspensa pasará aquel entretanto,
Y al fin morirá muerte lastimera
Sobre el cuerpo tendido en la ribera.
»En la parte mas fértil y abastada
De la tierra del Cipro, una heredad
Por los antiguos padres consagrada
Fué á mi templo en señal de piedad;
En medio resplandece una dorada
Planta con hojas de oro, á quien la edad
Ni el año estéril, seco, destemplado
Estorba que no dé el fruto dorado.
»Desta huerta llegaba cuando digo
Que Hipómenes estaba en agonía;
Determiné ayudalle como á amigo
Con tres manzanas de oro que traia;
Y tomándole aparte sin testigo,
Le declaré á qué riesgo se ponia.
Díle el fruto, el consejo y el favor
Para vencer por arte y por amor.
»La trompa dió señal: cada cual sale
Recogiendo el aliento con el pecho,
Ni avenida ni viento hay que se iguale,
Ora corra extendido, ó corra estrecho;

La fuerza y ligereza es la que vale,
Y el no perder el ánimo en el hecho:
Corre el uno y el otro cuanto puede,
Y no hay vista que atras no se les quede.
»Volaran por encima de la lista
En las mieses que crecen á la par,
Y venciendo al juicio y á la vista,
Por las hinchadas ondas de la mar,
Sin bajar la punta de la arista
Ni bañarse las plantas al pasar;
Nunca fué tan ligero el pensamiento,
Ni el tiempo cuando sale de momento.
»El favor de la gente, que infinita
Acudia con palabras y meneo,
La torpeza del ánimo les quita,
Y acrecienta el esfuerzo y el deseo;
Cada cual dice:—Hipómenes (con grita),
Esfuerza, esfuerza, Hipómenes, que veo
Quedar por tí la plaza y la querella,
Alcanzando la gloria y la doncella.—
»No sé cuál de los dos más se holgaba,
Atalanta ó Hipómenes con esto,
Ó cuántas veces ella le pasaba,
Tirada de la gloria y de lo honesto;
Mas, volviendo á miralle, se paraba
Por no quitar los ojos de su gesto;
A cada uno el aliento fallecia,
Y el puesto de muy léjos se veia.
»Viendo Hipómenes que iba por ven-
Echóle de traves una manzana; [cerse.

Ella, como vió el fruto revolverse
Suspensa se paró entre miedo y gana;
Mas al cabo la alzó sin detenerse,
Tornando á la carrera más liviana;
Pasa el jóven por ella con esta arte,
Y el pueblo favorece por su parte.
»Atalanta, que vió la gran presteza
Con que se adelantaba tan ardido,
Esfuerza por cobrar con ligereza
El tiempo y el espacio que ha perdido;
Pasa otra vez delante sin pereza.
El jóven que se vió otra vez vencido,
La segunda manzana echó adelante;
Ella la alcanza, y pasa en un instante.
»La última jornada y más dudosa
Quedaba por pasar de la carrera,
Cuando Hipómenes dice:—¡Eterna diosa!
Tú me trajiste el don y la manera;
No me niegues tu ayuda poderosa.—
Y arrojó la manzana tan afuera,
Que en caso que Atalanta la quisiese,
En el ir y volver se detuviese.
»Parecióme dudar cuál seguiria,
El fruto ó la carrera; y así estando,
Al oro le incliné la fantasía
Con nuevo resplandor, el cual alzando,
Añadí nuevo peso al que tenía,
Nuevo estorbo y graveza acrecentando,
Armé al jóven de fuerza y ligereza,
A ella de desmayo y de torpeza.

»Y por no ser más larga yo en contarte
El proceso que fué de la corrida,
Fué vencida Atalanta con esta arte,
Sin la cual no pudiera ser vencida;
Quien quiera juzgará por cada parte
Si la gloria de entrambos fué crecida:
Dél, que su muerte vió en vida trocada,
Della en verse vencer del que era amada.

»Aquel podrá sentir que lo ha pasado,
Si tendrian ó no vida sabrosa,
Venir por tal peligro á tal estado,
Verse juntos hermoso con hermosa,
Dulce amiga con dulce enamorado,
Nuevo esposo yacer con nueva esposa:
¿Qué estado puede haber más apacible
Debajo de la luna en lo visible?

»¿Parécete que fuera conveniente
Que agradecieran este beneficio,
Primero con devoto continente,
Despues con oracion y sacrificio?
Ni de mí se acordaron al presente,
Ni me adoraron con debido oficio;
Antes menospreciaron mi deidad,
Llevados de soberbia y vanidad.

»Con súbito furor y dura saña,
(Sintiendo el menosprecio que te digo),
Revolví contra ellos fuerza y maña,
Por mostrar nuevo ejemplo de castigo,
Dándoles á entender que quien engaña
A Dios, le hallará bravo enemigo,

Sin faltarle cruel pena y tormento,
En que los otros tomen escarmiento.
»Gustando, pues, de su felicidad,
Por mostrarse á los pueblos de contino,
En colmo de tan gran prosperidad,
Como usasen espeso andar contino,
Un templo de perpetua antigüedad
Descubrieron, que al paso era vecino,
Tan cubierto de hiedras y ocupado,
Que bien mostraba ser lugar sagrado.
»Equion el ilustre y glorioso,
De los dioses la gran madre aplacando,
Edificó aquel templo suntuoso
Por voto ó por tenella de su bando;
Donde ellos, por tomar algun reposo,
Entraron, el camino rodeando;
Y yo, por castigar su mal ejemplo,
Las furias les moví dentro del templo.
»En lugar apartado, era una cueva,
Adonde el sacerdote colocados
Metió, dando lugar á otra obra nueva,
Los ídolos de dioses desusados;
Aquí la torpe abominable prueba
Comenzaron por malos de pecados,
Abriendo con el acto deshonesto
Las sacrílegas puertas del incesto.
»Los ídolos, del caso aborrecidos,
Revolvieron los ojos á la tierra;
La madre de los dioses no nacidos
A la infernal laguna los destierra;
Mas pareció á los que eran ofendidos

Que esta muerte sería liviana guerra,
Y dánles en lugar de los abismos,
Que viviendo carezcan de sí mismos.
»En vedijas torcidas y leonadas
Sintieron sus gargantas asconder,
Y en los dedos las uñas encorvadas,
Los hombros en espaldas extender;
Todo el peso en los pechos, y pisadas
Por la tierra las colas revolver,
En el rostro la ira y el ensaño,
Y en lugar de la voz bramido extraño.
»Por tálamo las ásperas montañas
Usan, y ponen miedo de crueles;
Que muertos, á las otras alimañas
Aún espanta el ruido de sus pieles.
Enfrenadas la boca y crudas sañas,
Tiran juntos el carro de Cibeles.
Destos te ruego, Adónis, que te guardes,
Y acometas á los que son cobardes».
Ansí dijo, y al jóven abrazando,
En el aire sereno levantada,
Por el cuenco del cielo rodeando,
De cuatro cisnes blancos fué tirada;
En el viento iba el carro tropezando,
Y la rueda en el eje embarazada;
Cualquier nube le dá contrariedad,
Señal de venidera adversidad.
Adónis de la pena de Atalanta
Quedaba entre sí maravillándose,
Cuando un ventor la voz sorda levanta,
En rastro de un gran puerco rodeándose;

Conoce el redoblar (en la garganta)
De la voz, que venia acercándose,
Y ve la fiera de bestial braveza
Por un canto romper de la maleza.
  Apresurando el paso por un llano,
Se fué á ella derecho cuanto pudo,
Apretando con una y otra mano
El agudo venablo por el nudo;
Y hirióla con fuerza, mas en vano,
En el derecho lado del escudo,
El arma penetró tan poco adentro,
Que reparó en el hueso del encuentro.
  Gobernaban el ánimo y ardor
Las joveniles fuerzas y experiencia;
Mas no pudieron tanto, que al furor
De la fiera hiciesen resistencia;
Así que, el golpe dado con error,
El ímpetu bestial y la violencia
Al jóven corajoso enamorado
Causaron dura muerte en aquel prado;
  Porque el puerco herido, en continente
Le recogió en la trompa por derecho,
Y desarmando en él su duro diente,
Abrió de cabo á cabo el tierno pecho;
Y con la misma furia y accidente,
No contento del daño que habia hecho,
Á cuchillo depasó en un instante
Cuantos canes topó al lado y delante.
  En la yerba quedó el cuerpo tendido,
Y el alma salió envuelta en sangre y viento;
La diosa, aunque iba ya á vuelo tendido,

Temerosa de algun acaecimiento,
Todo junto sintió el golpe y gemido,
Muerto el jóven, y el prado vió sangriento;
Deja el carro con furia y desconcierto,
Y derríbase sobre el cuerpo muerto.
  Tal lo halla cual flor de primavera,
Que poco ántes honraba el verde prado,
Fresca y alta, y en órden la primera,
Mas fué al pasar tocada del arado;
Cual el blanco jazmin ó adormidera,
Cogido en un instante y arrojado,
La tez y resplandor y hermosura
Vueltas en sombra eterna y noche escura.
  Como en el sér perfeto, el camino
Inmortal del mortal difiere tanto,
Los sentimientos de ánimo divino
No los puede exprimir humano canto;
Pues ¿qué haré yo, nuevo peregrino?
¿Cómo declararé el divino llanto,
Si no puedo entendello ni gustallo?
El partido mejor será callallo.
  Solamente diré que en remembranza
De tan triste memoria y tal dolor,
Quiso Vénus hacer nueva mudanza,
Convirtiendo la sangre en roja flor;
Y ella tomar de Amor justa venganza,
No llamándose madre del Amor,
Ántes con rayos de oro y clara lumbre
Siguiendo el rubio sol por l'alta cumbre.





# CARTAS.

## I.

Amor, amor, que consientes
Que los mis dias se alarguen,
Para que juntos me carguen
Todos tus inconvinientes;
  Pues de tan recia porfía
No se puede dar la vuelta,
Corramos á rienda suelta
Por donde el caso nos guía.
  Y tú, que eres sin zozobra
Valor de cuantas hoy viven,
Si el mayor bien que reciben
Es el menor que á tí sobra;
  Tú, reina de corazones,
Tú, para siempre hermosa,
Tú, que vences cualquier cosa
Con vista, gracia y razones;

Vence tu voluntad dura
Á ver en esta mi carta
Cómo tu crueza aparta
Cuanto mi fe me asegura.
No juzgando á desvarío
Que sin licencia te escribe
Quien por tu voluntad vive,
Y nunca por su albedrío.
No dudo que mi tormento
Á compasion te moviese,
Si seso de hombre pudiese
Comprehender lo que siento.
Mas en dolor tan crecido
Que no cabe en piedad,
No llega la voluntad
Donde no llega el sentido.
Tu condicion ordinaria
Me ha faltado con el bien;
Que era defender á quien
Es la fortuna contraria.
Y aunque la razon te obligue
En mi favor á mostrarte,
Siempre te vee de su parte
Cualquiera que me persigue.
Dirélo ó reventaré
Como apartado me viste,
Mis enemigos pusiste
Por pilares de tu fe.
Yo, que callo, sufro y veo,
Seré bienaventurado

Si no imputas á pecado
Porque servirte deseo.
  Ménos digo aún de lo que es,
Miémbrate, que con mi daño
Me pusiste por escaño
En que tuvieses los piés.
  Con tu mano me fundaste
Y dísteme á escarnecer,
Quisiste desvanecer
La obra que levantaste.
  Pensando que era ayudarme,
No curé de apercibirme;
Primero sentí herirme,
Y despues amenazarme.
  Víme tan en el profundo,
Que deseé por abrigo
Que te hundieses conmigo,
Y con nosotros el mundo.
  Mas soy como el navegante,
Del viento y mar trabajado,
Que no le pone cuidado
Tener la muerte delante;
  Perdido el seso y concierto,
Despojado de razon,
En la desesperacion
Hallo el más seguro puerto.
  Traigo la vida por carga,
Y es para mí tan pesada,
Que, aunque corta la jornada,
Me sobra y parece larga.

Siendo el remedio la muerte,
Ha llegado mi locura
A tener por buena cura
Lo que me aparta de verte.
El descanso de mi lecho
Es entre espinas y abrojos,
Y entre congojas y enojos
Allí vivo satisfecho.
Gasto la noche y el dia
En el tormento que digo:
Yo de mi alma enemigo,
Mi alma enemiga mia.
Este yugo tan pesado
Querria echar de mi cuello;
Pero ¿quién podrá hacello
Que una vez lo haya probado?
Y resuelvo en un instante
A mudarme ó apartarte,
Mas nunca he huido á parte,
Que no te llevé adelante.
A todo busco remedio,
Y cualquier remedio temo;
Quiero venir al extremo
Sin que pase por el medio.
La razon sierva se halla,
Que habia de ser señora;
Y el alma, donde ella mora,
Hecha campo de batálla.
Entre la ocasion y el miedo
Pasa toda la querella;

Tú fuíste la causa della,
Y yo el que vencido quedo.
  Pero como á mi enemigo
Llégome á quien me destruye,
Porque la ocasion me huye,
Y el miedo queda conmigo.
  Tú viendo que el desvarío
Me llevaba ya vencido,
Quisiste darme el vestido
A la medida del frio.
  Dijísteme: «Sufre y muere,
Que harta paga te dan;
No te quejes del afan
Si quien lo causa lo quiere».
  ¡Oh ley hecha por venganza,
Confirmada por crueza!
¿Mándasme tener firmeza,
Y quítasme la esperanza?
  Soy de tan flaco sugeto,
Que, mostrándome el camino,
Apénas me determino
Si es de consejo ó preceto.
  ¿Quieres que vayan perdidos
Suspiros bien empleados,
Y se vean acabados
Pensamientos tan validos?
  Y ¿quieres ejercitar
El poder de redimir
En perder y destruir
Lo que pudieras salvar?

Mi voluntad no merece
Darme remedio con velo;
El bien puede ser consuelo,
Mas castigo me parece.
Pero sea y no se tuerza
Lo que de mí se te antoja,
Pues nunca dan en que escoja,
Al que justician por fuerza.
Ni he de esperar ni pedìr
Otro alivio á mi cuidado,
Aunque como lo pasado
Me venga lo por venir.
Obedezco la sentencia
Y tomo lo que me das;
Que en el alma donde estás
No cabe desobediencia.
Véote libre en la cumbre,
Y á mí cubierto de nieblas,
Hasta que entro en las tinieblas
No sé qué cosa es la lumbre.
Yo conozco poco á poco
Que igualarte otra ninguna
En hermosura y fortuna
Es pensamiento de loco.
Cualquier cosa que mandares
Daré por bien empleada,
Mas mira que la jornada
No vaya toda en pesares.
Mas vaya, pues así quieres;
Que no tengo por tan buenos

Todos los bienes ajenos
Como el mal que tú me dieres.
  Quien no tiene libertad,
¿Por qué teme ni responde?
Algun beneficio esconde
Tan preciosa voluntad.
  Tú mandas que pene y muera,
Y aunque dichoso me hallo,
Si lo mandas, por mandallo,
Será la merced entera.
  Mil torres en tu servicio
Armo sobre este cimiento;
Harto chico fundamento
Para tan grande edificio.
  La gloria y el devaneo
La obra suben arriba;
Mas tu voluntad derriba
Cuanto levanta el deseo.
  Y paso toda la vida
En continuo sobresalto
De no mejorarme en alto
Por no dar mayor caida.
  Aunque tras esto me place
Verme puesto en tal afrenta,
Donde el caer no escarmienta,
Y el subir me satisface.
  ¡Oh larga esperanza vana,
Cuántos dias há que voy
Engañando el dia de hoy
Y esperando el de mañana!

Tu merced no se detenga,
Pues mi sér está en tu mano;
Que nunca vendrá temprano
Cualquier remedio que venga.

*Anaxárete.*

Aún la memoria es hoy viva
De Anaxárete, que quiso
Dejar con su yerro aviso
A cualquier persona esquiva.
Esta fué reina hermosa,
En todo Chipre estimada,
Tambien la más notada
De uraña y desdeñosa.
El triste de Ifis la vió,
Y en vella quedó tan ciego,
Que el desventurado fuego
En sus huesos embebió.
Gran tiempo contra el amor
Se quiso fortalecer;
Pero no pudo vencer
Con la razon el furor.
Visitaba cada dia
La puerta, humilde y pensoso;
Que el amador sin reposo
Por más que puerta tenía.
A la tinta y al papel
Encomienda su secreto,
Porque con ménos respeto
Lo vea la causa dél.

Al ama que le dió leche
Descubrió su pensamiento,
Aunque para este tormento
No hay remedio que aproveche.
Por la esperanza le jura
Del valor de su criada,
Que en cosa tan deseada
No quiera mostrarse dura.
Procuró tener ganados
A muchos amigos della,
A quien cuente su querella,
Que remedie sus cuidados.
Demandóles su favor
Con voz solícita, ardiente,
Quiere decir lo que siente
Sin descubrir que es amor.
Aquellos tiempos usaban
Los que trataban amores
Colgar guirnaldas de flores
En casa de las que amaban.
¡Cuántas guirnaldas bañadas
Con rocío de sus ojos,
A manera de despojos,
Tuvo á la puerta colgadas!
Y ¡cuántas veces cansado,
Por descansar de su mal,
Acostó en el duro umbral
El siniestro y tierno lado!
¡Cuántas veces dió á las puertas
De la mano con enojo!

¡Cuántas maldijo el cerrojo,
Porque no estaban abiertas!
Ella, más cruda y exenta
Que hierro y acero hecho,
Y más brava que el estrecho
Que le embravece tormenta,
Jamás dobló la cerviz,
Siempre tan dura y uraña
Como piedra en la montaña,
Que aún se traba en su raíz.
Si alguna ocasion se ofrece
De mostrar con él clemencia,
En ausencia y en presencia
Le desdeña y escarnece.
Y pasa más adelante;
Que á tantas obras esquivas
Junta palabras altivas,
Dichas con fiero semblante.
A las veces le halaga
Y engaña con esperanza,
Porque despues la mudanza
Mayor impresion le haga.
Detúvolo muchos años
En tormento tan cruel,
Que nunca se acordó dél
Sino para estos engaños.
Ya no pudiendo sufrir
Dolor de tanta fatiga,
A la puerta de su amiga
Ifis comenzó á decir:

«Anaxárete, venciste,
Pon aparte este cuídado;
Morirá desesperado
El que siempre vivió triste.
»Jamás te dará hastío
Cosa que de mí proceda;
Fortuna paró la rueda
Con mi daño y tu desvío.
»Apareja gran trofeo,
Cíñete esa hermosa frente
De laurel, que represente
Que triunfas de mi deseo.
»Tú vences, y lo deseas,
Yo muero y huelgo en hacello;
No te pesará de vello.,
Aunque más de hierro seas.
»Serás forzada á loar
Quizá alguna cosa mia:
Esto me causa alegría,
Todo lo demas pesar.
»La vanagloria que muero,
Señora, por tu servicio,
Será el primer beneficio,
Aunque en el paso postrero.
»Y la mi muerte testigo
Que en algo te contentase,
Y tú misma, que llevase
Tan gran mérito conmigo.
»Acuérdate que la vida
Me dejó ántes que la pena;

Si tú la tienes por buena,
Yo contento y tú servida.
»Una y otra luz me falta,
Y con ambas me condeno,
La en que vivo y por que peno,
Que me hace mayor falta.
No tomaré deste mal
La fama por mensajero;
De mí sabrás el primero,
Cruel, cómo soy mortal.
»Allí hartarás tu vista
El cuerpo frio mirando,
Pues no le miraste cuando
De mí pudieras ser vista.
»¡Oh tú, Dios, que los mortales
Y sus hados ves presente!
Haz que dure eternamente
La memoria de mis males.
»Y en pago destas porfías
Y escarmientos de quien ama,
Darás de tiempo á mi fama
Cuanto quitaste á mis dias».
Despues la casa mirando,
Levanta las manos juntas;
En la color ya difuntas,
Y ambos los ojos llorando,
Como si fueran personas,
A los umbrales habló,
Que en otro tiempo adornó
Tantas veces de coronas.

Y como el lazo trabase
A la puerta en una viga,
Tornó á hablar con su amiga
Antes que al cuello le echase:
«¡Oh cruel, sin piedad!
Tales guirnaldas te placen;
Pues tanto te satisfacen,
Harta tu inhumanidad».
Esto decia, y corriendo
Por la garganta el cordel,
Apretó el lazo cruel,
Y quedó el triste muriendo.
Mas no pudo el agonía
Hacer tanto, que impidiese
Que muerto no revolviese
Adonde vivo la via.
Llevan al desventurado
Adonde la madre estaba,
Que sospechosa quedaba
Deste ó semejante hado.
La cual, despues de haber hecho
Las obsequias y lloralle,
Por la desdichada calle
Pasó acompañando el lecho.
Anaxárete lo oyó
Algo más blanda y humana,
Y paróse á una ventana
Por ver la muerte que dió.
Dios y su desconfianza
Ya la traian turbada,

Toda desasosegada
Con temores de venganza.
  Y dijo con rostro esquivo,
Mas con algun sentimiento:
«¡Quiero ver su enterramiento,
Pues no le quise ver vivo!»
  Apénas vió que traian
A Ifis muerto y tendido,
Que los ojos y el sentido
Sintió que se endurecian,
  Y la sangre colorada,
Huyendo del claro gesto,
Le dejó amarillo presto,
Y tornó blanca y helada.
  Ella procuró volverse,
Mas los piés se le trabaron,
Y todo el cuerpo dejaron
Sin fuerzas para moverse.
  Quiso tornar la cabeza;
Tampoco pudo hacello,
Que la persona y el cuello
Era todo de una pieza.
  Y poco á poco muriendo,
Fué en viva piedra tornada,
Y áun no pareció mudada
Segun fué dura viviendo.

## II.

*Estando preso.*

Triste y áspera fortuna
Un preso tiene afligido,
Mas no por eso vencido
Con la fuerza de ninguna.
Entre sus cuidados vive,
Ellos mismos le atormentan;
Mil muertes le representan,
Y las más dellas recibe.
Y aunque no se rinde al peso
De tantas penas y enojos,
Rinde á Fílis los despojos
De sus entrañas y seso.
Tristezas y soledades,
Y quejas muy apretadas,
Que si no son recatadas
A lo ménos son verdades.
Bien puede estar en prision
El cuerpo, y puesto en cadena;
Mas el alma, que es ajena,
Fuera va desta ocasion.
¿Qué aprovecha hacer prueba
Con guardas y encerramiento,
Si la lleva el pensamiento,
Y él sabe dónde la lleva?

Señora, corta es la vida
Para tan larga jornada,
Porque ésta es muy apartada,
Y ella va muy afligida.
Mas yo fío del padrino,
Que la guíe como debe,
Y que á tus manos la lleve
Por el más llano camino.
Tu piedad la defienda
Y asegure en su servicio,
Cuando en este beneficio
No haya cosa que te ofenda.
Por ventura por ser mia
Pide lo que no merece;
Mas la razon obedece,
Y manda la fantasía.
Ella diga con respeto,
Si fuere tu voluntad,
Cómo tan alta verdad
Cabe en tan bajo sugeto.
Y por mí escriba la pluma
Lo ménos de lo que paso;
Que escribir de paso en paso
Fuera una prolija suma.
Ya fué tiempo que miraba,
Y entre las gentes servia,
Aunque mirando perdia
Cuanto sirviendo ganaba.
Mas nunca osara emprender
Tan notable desvarío,

Si el seso y el albedrío
No estuviera en tu poder.
  Mi buena fortuna quiso,
Fílis, tenerme obligado
A tan dichoso cuidado,
Aunque andaba sobre aviso.
  Y jamás hallé en mi mal
Muestra ni lumbre de bien,
Si no fué servir á quien
Ni terná ni tiene igual.
  El que hubo alguna ventura,
Y despues vino á perdella,
Alabe la causa della
Y maldiga su locura.
  Pero yo, que no me ví
Mejor tratado que hoy,
Ni maldiré lo que soy
Ni alabaré lo que fuí.
  ¿Qué fuí yo porque me alabe?
¿Qué soy porque me congoje?
Harto gano en que se afloje
El menor mal que en mí cabe,
  Y que en estas ocasiones
Pueda callar y sufrirme,
Si tientan pecho tan firme
Con tantas tribulaciones.
  No trato en miedos que asoman
Con destierros y con muertes;
Porque estos y otros más fuertes
Con el ánimo se doman.

Ni que el tiempo se comience
En tristeza y soledades:
Porque son adversidades
Que el mismo tiempo las vence.
Abra la boca el que osa,
Que á mí el miedo me lo niega,
Que la razon tiene ciega
Y la opinion temerosa.
Dios guarde á quien se halaga
Cuando le cuentan mis culpas,
Y en no recibir disculpas,
Le parece que me paga.
Nadie hay que me persiga
Si crees que me destruyes,
Y aunque de obligarte huyes,
Que no piense que te obliga.
Yo con todos me concierto;
Pero cuéstame bien caro
Ir por camino tan claro
A gusto tan encubierto.
De lo que fortuna enlaza
Contra mí no hago cuenta;
Mas sólo me desatienta
Si tu callar me amenaza.
Esta es la mayor fatiga
Que al triste aflige y dá pena,
Porque callar le condena,
Y amenazar le castiga.
Aquí se encierran y esconden
Sospechas y disfavores,

Y otros cuidados mayores,
Que se entienden y responden.
  Todas las otras porfías
Han sido como señales
Del comienzo de mis males,
Y ésta del fin de mis dias.
  Aun si fuera para dalla
El que publicó mi muerte;
Pero no se halló fuerte
Sino para publicalla.
  Pues yo sé, y cierto, aunque huya
Quien muchas veces tropieza,
Que vive alguna cabeza
Para que pague la suya.
  Haria mucho á mi caso
Cualquiera mal que llegase,
Si tu merced lo causase
Por voluntad, y no acaso.
  Mas veo, por mi desdicha,
Estorbos que me contrastan,
Y mis servicios no bastan
A subir á tan gran dicha.
  Y tú, enemiga, demuestras,
Cuando mis males entiendes,
Si te cansas ó te ofendes,
Sólo á tu pecho lo muestras.
  Este es morir verdadero,
Que en el morir no hay milagro;
Este es el paso más agro,
La muerte es paso postrero.

Siempre me vas persiguiendo,
Y yo nunca reparando,
Ni ví tu brazo tan blando,
Que no saliese hiriendo.
Mas por peligros que traiga
Vivir en ley tan escura,
Sólo mi fe me asegura
Que ni tropiece ni caiga.
En la fe que no se ciega
No hay escrúpulo ni duda,
Ni condicion que se muda,
Ni galardon que no llega.
No la turban sobresaltos,
Ni la desesperan sañas;
Puede abajar las montañas,
Y los valles hacer altos.
Asosegada y segura
Vive encima de la suerte;
Tiene en tan poco la muerte,
Que de la vida no cura.
Á todo halla salida,
No se engaña con ninguno,
Ni busca tiempo oportuno,
Ni ocasion descomedida.
Ella se juzga y comide,
Sufre mil contrariedades,
Sin descubrir sus verdades,
Si el tiempo no se las pide.
Huye del que la desecha,
Y al que la sigue se inclina,

Y solamente la indina
Quien tiene della sospecha.
  Su fin es ir adelante,
Y donde va es donde viene;
En un fiel se mantiene,
Sin mudar sér ni semblante.
  Trae de blanco el vestido,
Rostro y pecho descubierto,
Medio corazon abierto,
Y el otro medio escondido.
  Dicen que amor fué su padre,
Y su hermano el desengaño,
Que siempre excusa algun daño
A la esperanza, su madre.
  Junto con ella nació
Su padre, madre y hermano;
Crióla el alma en su mano,
Su blanca leche le dió.
  La lealtad confiada
Y la constante firmeza,
Y la honra sin pereza,
Y la verdad apurada,
  Todas juntas la acompañan
Y sirven á esta señora,
Cada cual destas la adora;
Nadie la miente ni engaña.
  Su casa es hecha de espejos,
En que se conoce y mira,
Que no le dicen mentira
Ni dan fingidos consejos.

Ninguna puerta se cierra,
Descubierta por el cielo,
De blanco mármol el suelo,
Pero no llega á la tierra.
[De fuerte acero su lecho
Y de diamante el estrado,
Un can al siniestro lado
Y una serpiente al derecho.
Escrito sobre la puerta,
Léjos, cerca, tarde, cedo,
Pobre, rico, esfuerzo y miedo,
Todo junto se concierta].
¡Oh firme fe sin zozobra!
Venganza de mí te pido
Cuando te hubiere ofendido
En pensamiento ó en obra.
Si en corazon tan sencillo
Hallares algun doblez,
Sea Fílis el juez,
Aunque haya sido el cuchillo.
Tú, que en el trono te asientas,
Miras, conoces y mandas
Las entrañas en que andas,
Y los pensamientos cuentas,
Mostrarás claro algun dia
Cómo, si males padezco,
Puesto que no los merezco,
Hago dellos compañía.
No porque piense ayudarme
Para que el dolor amanse,

Ni porque el alma descanse,
Pues el descanso es quejarme;
  Pero está en manos el dallo;
Que si algun descanso espero,
El descanso verdadero
Es morir sin demandallo.
  En el mar de novedades
Y en las ondas de mudanza
Tengo firme la balanza
En que pesan mis verdades.
  En mi fe no cabe engaño
Ni en mi voluntad ayuda,
Con ver que todo se muda,
Aunque se mude en mi daño.
  Señora, ¿de qué te cansas?
En mi fe ¿qué culpa hallas,
Ó por qué mis quejas callas,
Ya que tu saña no amansas?
  El quejarme yo lo pago,
Escribir caro me cuesta,
Si el callar dan por respuesta,
Siendo lo mejor que hago.

## III.

*A su dama, estando ausente.*

El que es tuyo, si el perdido
De alguno puede llamarse,
De sí mismo aborrecido,
A tí envia á encomendarse.
No juzgues á presuncion
Que te escriba lo que siento,
Sino á sobra de aficion
Y falta de sufrimiento.
Y aunque esta carta cerrada
Te parezca como quiera,
Con mis lágrimas bañada
Se imprimió el sello en la cera.
En ella toda verás
De mis congojas la muestra,
Por donde conocerás
Cuánto más siento que muestra.
¿Por ventura has olvidado
Esta tierra en que moraste,
Que aún esperan tu mandado
Los amigos que dejaste?
Por cierto, si es en tu mano
Escribir como solias,
Que nos haces de temprano
Contar y esperar los dias.

A los que léjos estamos,
Si el amor es verdadero,
Todo cuanto imaginamos
Nos parece hacedero.
Puede ser que, de contenta,
Nos tienes por olvidados,
Y que pones en tu cuenta
Los ausentes por pagados.
A hermosura tan alta
No contentará morada,
Donde lo ménos que falta
Es ser vista y adorada.
¿Qué te aprovecha la maña?
La discrecion ¿qué te vale
Entre esa gente huraña,
Para quien el sol no sale?
De mí puedes entender
Que desesperado espero,
Y esperaré hasta ver
Si tornas como primero.
Mas he miedo que el reposo
Te convide á descansar,
Ó quizá algun envidioso
Te detiene á mi pesar.
Vivo los dias pensando
Si tiene mi mal enmienda;
Las noches, no la hallando,
Al llorar suelto la rienda.
Y paso atónito y loco
El tiempo en esta zozobra;

Que para llorar es poco,
Y para vivir me sobra.
  Cuando finjo que te veo,
Ó que algun tiempo me viste,
Es con el rostro y meneo
Con que de aquí te partiste.
  ¿Qué bien hay que no sea malo?
¿Qué mal que no me persiga?
¿Dónde buscaré regalo,
Si el regalo me castiga?
  Procuro quien te parezca,
Y como ninguna hallo
Que tanta gloria merezca,
Bajo los ojos y callo.
  Ya no estoy en mi poder;
Que el desatino me lleva,
Viendo que no puede ser
Hacer tan falsa la prueba.
  Si duermo, soñando pienso
Que te hablo, al mismo instante
Huyes, y quedo suspenso,
La voz y mano delante.
  Sueños, quien de vos se ceba,
No se acuerde del remate;
Entrais haciendo gran prueba,
Y salis por disparate.
  Una imágen tengo tuya
Puesta delante mis ojos,
Que áun he miedo que me huya,
Y pruebe á hacer enojos.

Háblola y hállola muda,
Mírola y hállola esquiva;
Tanto, que me pone en duda
Si es la pintada ó la viva.
Revuelvo de cuando en cuando,
Y acuso mi ceguedad;
Despues digo suspirando:
¿Por qué tanta gravedad?
Es la viva mi deudora,
Y la pintada me paga;
De manera que empeora
Con el remedio mi llaga.
En otro tiempo holgara
De tratar con tus amigos,
Y ahora huyo la cara,
Como de falsos testigos.
Que trayendo á la memoria
Lo que fuí y lo que ellos son,
No me causan vanagloria,
Sino desesperacion.
Quien llamó á la muerte ausencia
No estaba bien en lo cierto;
Que no há menester paciencia
El hombre despues de muerto.
Yo, que sufro, callo y creo
Ausente y mal satisfecho:
¡Con cuántas muertes peleo
Entre la boca y el pecho!
Tal me veo en esta afrenta,
Señora, como te escribo,

Que no me recibo en cuenta
Las horas que sin tí vivo;
  Preguntando de hombre en hombre
Si volverás ó si engañas,
En la voz siempre tu nombre,
Y tu vista en las entrañas.
  Y por carrera tan larga
Voy de mí mismo huyendo,
Que, como el alma es la carga,
Deseo el fin, no lo viendo.
  Mas espero en mal tan grave
De tan contrarios extremos,
Que se mude ó que me acabe,
Como en otras cosas vemos.
  El cielo que está nublado
Desecha la oscuridad,
La luna y sol eclipsado
Vuelven á su claridad.
  Tras el invierno el verano,
Tras la noche el dia claro,
Y tras lo enfermo lo sano,
Tras el mal viene el reparo.
  El duro roble en la sierra,
De fuerte rayo herido,
Vemos levantar de tierra
Más alto y más extendido.
  Y la mar, que, de turbada,
Hizo miedo á las estrellas,
Torna clara y sosegada,
Como á competir con ellas.

Cualquier mudanza llegase,
Y llegase con presteza,
Ó el mal en bien se trocase,
Ó cesase su braveza.
Piensa lo que sentiria
Viéndote como te ví;
Tan gran colmo de alegría
No podria caber en mí.
Si no viniera á este punto
De ausencia ni despedida,
No perdiera todo junto
El alma, el mundo y la vida.
El alma, que desespero,
El mundo, que le aborrezco,
La vida, ya que no muero,
Que muerto en vida parezco.
Cuando de haber tú partido
Culpa alguna yo tuviese,
Más querria no haber sido
Ó la tierra me sumiese.
Tan áspera adversidad
No hay hombre que la consuele,
Pues no alcanza la piedad,
A lo ménos que ella duele.
Entre lo que vida alcanza,
Y entre los muertos, busqué
Remedio á esta malandanza,
Pero nunca le hallé.
Uno que no siente nada
Calla, otro que lo siente;

En fin, no hay hora menguada
Sino para el que está ausente.
Mas ¿qué haré, si te gasta
Contra mí algun importuno?
Para dañar uno basta,
Para aprovechar ninguno.
Con voluntad invidiosa
Veo mi mal y tu llaneza;
Parecíale otra cosa,
Si probara tu aspereza.
Tal medicina hay, que daña
Al médico, aunque le place,
Y tal ingenio, que engaña
Al maestro que le hace.
A tirano antojadizo
Dieron maestro cruel;
El toro de alambre hizo
Quien murió encerrado en él.
Presto se le tornó en lloro
Cuanto comenzó por juego;
El mismo dentro en el toro
Probó el tormento del fuego.
Era el son de los gemidos,
Con la fuerza de la llama,
Cual suena á nuestros oidos
Un bravo toro que brama.
El suceso y la ambicion,
El caso y la maravilla,
Movieron admiracion,
Mas no movieron mancilla.

¡Oh cruel! en este caso
¿Qué te dolió el bien ajeno?
La invidia te hinchió el vaso
Cuando me diste el veneno.
Y como inocente dello,
Bebílo hasta acaballo:
En mi mano fué bebello,
Aunque no fué remediallo.
Si tú, Señora, no quieres
Tomar por mí la conquista,
Procura ya, si quisieres,
A sanarme con tu vista.

## IV.

*Quejándose de su dama y de sus enemigos, que son causa de que ella le olvide.*

Gloria y descanso perdido,
Puesto que, si gloria tuve,
No fué por el bien que hube,
Sino de haber bien servido,
Ya que os perdí por mi suerte,
Y he de callar y sufrillo,
Adoro y beso el cuchillo
Que me viene á dar la muerte.
No lo perdí como loco,
Ni con fantasía vana,
Sino con intencion sana,
Y apartado poco á poco.
¿Quién habrá que no me alabe,
Y quién que no me envanezca,
Cuando en mi fe se parezca
Lo que en mi paciencia cabe?
Y tú, á quien el mundo tiene
Por sólo ejemplo en la tierra,
Si cuanto bien en sí encierra
Es el que de tí le viene,
Dáme ánimo y fortuna,
Fílis, para suplicarte
Que, si por mí no soy parte,
Por ser tuyo soy alguna.

Aunque mejor es que diga
La carta lo que no oso,
Pues no hallo, de medroso,
Tiempo que no me persiga.
Y si acaso no te place,
Ó te importuna leella,
Puedes quemalla sin vella,
Que es lo que de mí se hace.
Siempre bendigo la hora,
Cuando alegre, cuando triste,
Que por tuyo me quisiste,
Y te adoré por señora;
Pues vengo á ser envidiado
Y corrido sin por qué,
Como mártir de tu fe,
En mi sangre confirmado.
Persecuciones y penas
Son para mí gran vitoria,
Pues con sola tu memoria
Las sufro y tengo por buenas.
Remedio no se te pide,
Premio ni le hay ni le espero;
Básteme sólo, si muero,
Que mi muerte no se olvide,
Y con tu gracia se entienda,
Como se encendió este fuego,
Ya que, de turbado y ciego,
No bastó á regir la rienda.
Mas si para tanto peso
Mis versos no fueren buenos,

Sepan que tuve á lo ménos
Causas de perder el seso;
  Yo me ví contento, ufano
Y seguro de tormenta,
Pensando que en una afrenta
Me defenderia tu mano.
  Luégo entre los derribados
Me ví por malos oficios,
Y ví todos mis servicios,
Antes de hechos, culpados.
  La disimulada cara,
La intencion vuelta al provecho,
Movieron tu blando pecho,
Que de sí no se mudara.
  Vino y cerró la mudanza
A mis méritos la puerta,
Sin quedarme cosa cierta
Sino fe y desconfianza.
  Cargó la fingida lengua
Contra mi inocencia muda,
Aunque en fe no cabe duda
Ni cabe en paciencia mengua.
  La fe me alumbra y defiende,
Me adelanta y me confirma,
Y la paciencia me afirma
A sufrir cuanto me ofende.
  Nada pudiera dañarme
Si no entrara en esta cuenta
Una voluntad atenta
Que gusta de condenarme.

Condéname y no me escucha,
Atrévese á mi inocencia,
Pague quien tiene paciencia,
Que á todos parece mucha.
- Hánme dicho tus amigos,
No lo tengo por verdad,
Que mudas la voluntad
Por relacion de testigos.
Estos que contigo privan,
Y contra mí se conciertan,
Quizá en otra parte aciertan,
Pensando que me derriban.
Servir callando y sufriendo
Sólo soy el que lo puede,
Y ya que más no me quede,
Quedarme he á morir sirviendo.
Acabáranse mis dias,
Seguro, aunque me derruequen,
Que por otro no me truequen,
Porque estas señas son mias.
Mucho fían de sus artes
Los que conversan contigo,
Si porque alguno es tu amigo
Te aconsejan que lo apartes.
De pura malicia chisma
Quien habla lo que no entiende,
Porque ó su valor ofende,
Ó hace contra tí misma.
Mis enemigos me dañan,
Mis amigos no me ayudan,

Cuando faltan ó se mudan,
Si me mienten, no me engañan.
 Soy obligado á creer,
Aunque sus lenguas me empecen,
Hasta que juntos tropiecen
Donde yo vine á caer.
 Por donde su juego entablan
Estos que son en dañarme,
Es que trate de excusarme
Con cuantos hablo y me hablan.
 Mas yo callo, aunque importuno,
Y huyo de dar excusa,
Porque quien la dá se acusa,
Si no se la pide alguno.
 Han procurado que pierdas
Una voluntad sujeta,
Amistad limpia y perfeta,
De la cual ya no te acuerdas.
 Con un ánimo constante
De tenerte por señora,
Como he hecho hasta agora
Y haré de aquí adelante.
 Pregúntanme si es amor,
Y levántanme que rabio,
Pues no es tan chico el agravio,
Que á tiento no busque autor.
 Dicen que no me declaro,
Que hablo y escribo escuro;
Aún ansí no me aseguro,
¿Qué será hablando claro?

Venganza pido que salga,
Y ésta sea á instancia mia;
Tengan envidia y porfía
Con quien ménos que yo valga.
Traten con desabrimiento,
Y sea yo el que lo haga;
Siempre sirvan á quien paga
Con desagradecimiento.
Hablar con atrevimiento
No me conviene ni toca,
Porque no pague la boca
Lo que peca el pensamiento.
La paciencia es la que vale,
Si alguna paciencia hallo;
Que de lo que sufro y callo,
A la menor parte iguale.
Ya todo el mundo se mueve
A conjurar en mi daño,
Y que sea en este engaño
La que ménos me lo debe.
¡Oh amiga cierta, escogida,
De mis pensamientos suma!
¿Por qué me ofendió tu pluma
Firmando contra mi vida?
No es hombre el que me disculpa,
Ni acierta el que no me hiere;
Pero el que á Fílis sirviere,
Sé que no me dará culpa.
De lo que dirá se espanta,
Huirá cuando no pueda,

Verse ha en la polvareda
Sin ver de qué se levanta.
¡Oh miedo! si no lo hubiese,
¡A cuánto me atreveria!
En quejarme gastaria
Todo el tiempo que viviese.
Y aunque mis dias se alargan,
Sería breve el proceso,
Y poco lo que confieso,
Segun las quejas me cargan.
No me diga este y aquel:
«Amor es el que te engaña»;
Que otro acidente me daña,
Mas poderoso y cruel.
Vos, fantasías extrañas,
Vos, invidias y sospechas,
Sois las verdaderas flechas
Que atravesais mis entrañas.
Si hay culpa, yo me la cargo;
Si hay daño, sobre mí llueve,
Porque al entender fuí breve,
Y al obedecer fuí largo.
Levantáronme de vuelo
Con el mandarme tan presto;
Yo desvanecíme desto,
Y dí conmigo en el suelo.
¿Cuál manda en esta querella,
Donde hay tanta novedad:
Fílis á la voluntad,
Ó la voluntad á ella?

[Cualquiera manda y parece
Que manda como enemiga,
Si cuando razon castiga,
La voluntad aborrece].
Como á razon te obedezco,
Señora, y llamo en mi pecho,
No quedando satisfecho
Que mayor mal no merezco.
Y aunque esta razon me obligue
A huir de mi enemigo,
Sola tu voluntad sigo,
Y ella es la que me persigue.
Ya que el juzgarme te plugo,
Tu juicio no se tuerza,
Mas no pongas tanta fuerza
En las manos del verdugo.
Ni debes, aunque lo quiere,
Dar á la voluntad tanto,
Que cobije con tu manto
Cuantos agravios hiciere.
Si pudiese, acordartehia
Por cuán loable se tiene,
Por nueva causa que viene,
No mudar la fantasía.
Mas lo que temo y me duele,
Es que tu merced me crea,
Y que esta mudanza sea
Siempre en peor, como suele.
Será cansar el juicio
Quien con Fílis procurare

Que todo cuanto mandare
No sea en mi perjuicio.
  Y es mudar lo que acostumbra,
Empresa tan imposible
Como hacer invisible
Este sol que nos alumbra.
  Y así, tomaré por medio,
Si dello se satisface,
Loar lo que dice y hace
Sin buscar nuevo remedio.
  Sin querer que me halague
Ó procure complacerme,
Antes con no conocerme
Desearé que me pague.
  Por esas manos fuí hecho,
Y por ellas descompuesto,
Y de que no fué más presto
Quedo alegre y satisfecho.
  En ellas adoro y beso,
Que tanto me sustentaron,
Y porque me descargaron,
No pudiendo con el peso.
  En fin, lo que el hombre quiere
Es no verse en otra afrenta,
Y escapar de la tormenta
A nado ó como pudiere.
  Fuera del inconviniente
Colgar las mojadas prendas
Donde las veas, y entiendas
Que hay alguno que escarmiente.

Las palabras de agraviados,
Fílis, no han de ser creidas,
Que son más encarecidas
Cuanto están más apretados.
Yo he de tenerme por tuyo,
Preso ó libre, vivo ó muerto,
Y entónces será más cierto
Cuando pensares que huyo.

V.

  Vivo en tierras apartadas,
Léjos de tu hermosura;
Si yo hice mi ventura,
Ella me castiga á osadas.
  La culpa deste pecado
Fué miedo de importunarte,
Y la pena es no mirarte:
Ved si estoy bien castigado.
  Querria agora valerme,
Aunque fuese importunando,
Y lo que has de responderme
Será vengarte callando.
  Mas ¿qué sentirá la carta,
Que ni responde ni calla?
Y si te enoja ó te harta,
Puedes rompella ó quemalla.
  Pagará su atrevimiento,
Pues que quiso hablar por quien
Nunca tuvo mal ni bien
Contra tu consentimiento.
  Que mudar tu condicion
Es afan vano y perdido,
Y dar nueva alteracion
En el reino del olvido.
  Por ventura la piedad
Templará algo deste daño,

Aunque en cualquier novedad
Como cautivo me engaño.
¿Cómo he de tener certeza
Que una tan clara mudanza
Es de olvido, ó si es tibieza
Quizá de desconfianza?
Quien no lo puede excusar,
Y manda lo que se ofrece,
Á las veces ha pesar
Si el que es mandado obedece.
Y así, no me quejaré
De nadie sino de mí,
Que soy el que pagaré
Porque tan mal entendí.
Duélete del que sintió
Pena de penas mortales;
Duélete del que sufrió
El mayor mal de los males.
Oye y cree lo que digo,
Que no sientas lo que siento;
Porque, aunque tomes castigo,
No tomarás escarmiento.
Yo me ví puesto en la cumbre,
Y víme en lo hondo luégo;
Y ví demasiada lumbre,
Y víme, de vella, ciego.
¡Cuán presto mudan estado
Amor y tiempo y fortuna!
¡Cuánto fué mejor librado
El que no probó ninguna!

¿Qué puede un hombre gozar
Por mayor buenaventura,
Que de tu gana mirar,
Señora, tu hermosura?
¡Cómo de penas es pena,
Cómo de muertes es muerte,
Que por voluntad ajena
Quien te vió no pueda verte!
Nadie viva en confianza
Que siempre dure lo que es,
Pues que toda buenandanza
Trae consigo el haz y envés.
Amor, el que te bendice
No pasó por este trago;
En nada te satisfice,
Pues lo que no hice pago.
Ví dar á toda la gente
Al justo por condenado;
Ví llorar al inocente,
Y reir dél al culpado.
Y ¿quién sabe si esta vez,
Segun la desdicha mia,
Fuíste tú, Señora, el juez,
Y tambien el que reia?
Y á mí que tanto me toca
Que disimule este engaño,
Y calle ó abra la boca
Para agradecer mi daño,
Antes se pierda y acabe
En el mundo la virtud,

Que yo diga que en tí cabe
Tal suerte de ingratitud.
  Ni tus pechos son de hierro,
Ni tu condicion tan dura,
Que pueda caber tal yerro
Donde está tal hermosura.
  No es de ánimo valeroso
Tomar tan bajo camino,
En que mostrarse quejoso
Vale ménos que mezquino.
  ¿De quién me puedo quejar
Que yo mismo me engañé,
Cuando quisiera trocar
Por confianza la fe?
  Esperanza probó á alzarme,
Tú bajásteme á la hora,
Porque presumí igualarme
Contigo, mi hacedora.
  La paciencia en tal dolor
Fué un remedio sencillo;
Menester habia valor
Y ánimo para sufrillo.
  Mi daño busque yo mismo
Si tú hallas el consuelo;
Del cielo vine al abismo,
Iré del abismo al cielo.

## VI.

*Del convento de Alcántara.*

Cuando al hombre sin abrigo
Gran adversidad viniere,
No se turbe, y considere
Si trae algun bien consigo;
Que teniendo en la memoria
Lo que le salva y condena,
Si el uno le diere pena,
El otro le dará gloria.
Quizá por caso movida,
Señora, de mi aficion,
Trocaste tu condicion,
Mostrándote agradecida.
[Y quieres saber qué siento,
Dónde estoy, cómo partí;
Porque este bien en cuanto á mí,
Llamo yo agradecimiento].
Muy bien sé que tal conceto
Es presumir demasiado;
Que no pones tú el cuidado
En tan pequeño sugeto,
Y que el tiempo que á tí place
Es el caso y lo haya hecho;
Haga alguna vez provecho
Á quien tanto daño hace.

Si te hablo alguna cosa,
Tú piensas que devaneo;
Mas la fe rige el deseo,
Y el deseo es el que osa.
Pues sea el medio la carta,
Y ella en mi nombre te diga
Si vive, y con qué fatiga,
Quien te vió y de tí se aparta.
Y aunque escribir mis cuidados
Parecen pasos perdidos,
Que apénas serán leidos,
Cuanto más ser remediados,
Bástame para aliviallos,
Sin pedir que te arrepientas,
Señora, que los consientas
Como causa, por vasallos.
Contemplar penas pasadas
Presente dolor amansa,
Y á veces hombre descansa
Volviendo á ver sus pisadas.
Mas á mí, que el bien me huye,
Y de mal en peor vengo,
Ántes que pase el que tengo,
El que viene me destruye.
Partíme triste muriendo,
Y dices que partí bueno,
Pues muchos comen veneno,
Que he visto morir riendo;
Porque una dolencia tal,
Cuando se encubre un instante,

Toma fuerzas adelante,
Y tanto más crece el mal.
  Fuera como si no fuera,
Pues quise partir en punto
Que me viese todo junto
Hecho ménos de lo que era.
  La razon de hombre mudada,
Perdido el seso y concierto;
Más me quisiera ver muerto
Que vivir y verme nada.
  Los que presentes estaban
Jurara que me entendian,
Que las entrañas me vian,
Mis pensamientos contaban.
  ¡Oh sospechas y respetos,
Y cuántos males causais
Siempre que os apoderais
En corazones sujetos!
  Tan atónito quedé,
Que salí como adormido,
Y cuando me ví partido
Dije en mí: «Esto ¿cómo fué?»
  Quise volver del camino,
Mas la razon me impidió,
Porque pudo más que yo,
Y templó mi desatino.
  Lugar propiamente mio
Es el lugar donde estoy;
Todo es mañana sin hoy,
Todo es invierno ó estío.

El tiempo os pasa adelante,
Sentíslo y no lo vereis,
Con la mano tocareis
El poniente y el levante.
Vaya el hombre por do fuere,
No ve sino abismo y cumbre;
Aun el dia no da lumbre
Cuando en los ojos se mueve.
Si hay alguna yerba verde
Su naturaleza trueca,
No es nacida cuando es seca,
Ó de viciosa se pierde.
Llanos y montes y sierras
Nombres son y devaneo;
Oyolos y no los creo,
Como cuentos de otras tierras.
Dícese que hay rio y puente,
Vemos casas por defuera,
Que hay calles y corredera;
Pero no vemos la gente.
Lugar solo y sin consuelo,
De pensamientos misterio,
No hay en tí otro refrigerio
Sino peñascos y cielo.
De imaginaciones nido,
Triste abrigo de sospechas,
Las que el hombre trajo hechas,
Y despues han sucedido.
Pensé hallar algun medio
Buscando la soledad;

Hízoseme enfermedad
Lo que tomé por remedio.
  Como médico y paciente
Siento el despecho y el daño:
Despecho por el engaño,
Daño por el acidente.
  ¿Qué seso de hombre podrá
Juntar palabras y arte
Que declaren una parte
De lo que en el alma está?
  Mas ella misma se esfuerza
Viendo que de tí se aleja,
Y de mí sólo se queja
Que en partir le hice fuerza.
  Fué muy justa la querella;
Que un alma tan descontenta
Cualquier pesar la atormenta,
Y muchos caben en ella.
  Maltrátala cada uno,
Y ausencia la desbarata,
Porque el dolor que nos mata
Es apartar lo que es uno.
  En contrariedades vive,
Y ellas mismas la destruyen,
Cuando del sentido huyen
Dentro de sí las recibe.
  Conciértanse estos lugares,
Aunque hay tanta diferencia:
Pone el alma la paciencia
Y el sentido los pesares.

Pues ¿qué haré en el extremo
De vida tan trabajosa,
Donde mi voluntad osa
Aquello sólo que temo?
Del medio no me contento,
Contra los fines guerreo;
Voy y vengo del deseo
Hasta el arrepentimiento.
Sólo era dado á mi suerte
Sufrir tan pesada carga,
Porque una ausencia que es larga
No es ausencia, sino muerte.
Muerte pues que causa olvido,
Que el amador apartado
Es muerto si es olvidado;
Muerto, mas tiene sentido.
Sospechas que siempre crecen
Mi seso turban y espantan,
Que de poco se levantan
Y de léjos se parecen.
No hallo razon que tuerza
La imaginacion contina
Que á mi despecho me inclina,
Aunque no me hace fuerza.
En ningun consejo caigo;
Sólo el quejarme conviene
Por lo que de fuera viene
Y lo que en mi pecho traigo.
El alivio es siempre ménos
Y los trabajos doblados,

Porque lloro mis cuidados
Y los placeres ajenos.
  Y tú, que me ves perdido
Quizá eres en condenarme;
¿No te basta derribarme,
Sino pisarme caido?
  Conmigo serás cruel,
Que jamás te dí embarazo,
Y ántes me rendí á tu brazo
Que viese la fuerza dél.
  Quebranta fueros y leyes,
Niega amigos y parientes,
Que mataste muchas gentes
Y venciste muchos reyes.
  Nadie te vió que viviese,
Nunca amenazaste en vano;
Pero ¿quién sintió tu mano
Que dello se arrepintiese?
  Habla, valor, discrecion,
Gracia, hermosura eterna;
Sojuzga, doma y gobierna
Cualquier brava condicion.
  Mujer que á muchos venció
Tuvo alguno de estos bienes;
Mas tú, que todos los tienes,
¿Cuál nunca te resistió?
  ¿Qué ley en que nos salvemos
Nos das? Que esta que nos diste
Con tus manos la hiciste
Para que nos condenemos;

Porque tú, en todo perfeta,
De nadie te satisfaces,
En lo que dices y haces
Tan varia como discreta.
Amadores, enojaos;
Pero no querais pecar,
Y en la fuerza del penar,
Cuando os quejeis, humillaos.
Abrid vuestros corazones
Y mostrad vuestra inocencia;
Hable por vos la paciencia,
Cuando os faltaren razones.
Mas humildad y secreto
Ante tí son como nada;
Que al cabo de la jornada
Caen en mayor defeto.
Mira cómo te resuelves,
Que estas virtudes unidas,
Si no son agradecidas,
En su contrario las vuelves.
Una gran necesidad.
Turba y aflige un gran seso,
Y siempre procura el preso,
Por bien que esté, libertad.
Yo mismo cuando me acuerdo
Que soy cautivo, aunque tuyo,
De entre las gentes me huyo
Y entre las gentes me pierdo.
Sabes que soy fugitivo;
No me culparás por ello,

Que la forma del hacello
Suele excusar al çautivo.
  Cuando con miedo ó desdeño
Algun sobresalto tomo,
Húyome, mas no sé cómo,
Que huyo para mi dueño.
  Tal me veo en tal lugar,
Y tal de tí me aparté;
Allá me lleva la fe,
Detiéneme acá el pesar.
  Mas con estar aquí pago
La locura del partirme,
Y páro en arrepentirme
Por lo que hice y no hago.
  Pasen el tiempo y fortuna,
Que yo siempre estaré quedo;
Conocerás tarde ó cedo,
Que mi voluntad es una,
  Y que habiéndote servido
Por hado y por albedrío,
Dos veces al mismo rio
He venido y no he bebido.

## VII.

Amor me manda escribir,
Temor me fuerza á callar;
¿Qué medio podré hallar
Seguro para vivir?
Mejor es morir ansí,
No diciendo lo que siento,
Si es de amor el mandamiento,
Y el temor viene de tí.
De tí es menester que venga,
Que amor no tiene caudal;
Porque mujer tan cabal
Con sólo callar se venga.
Siempre callarás conmigo,
Y yo siempre penaré;
Pero nunca entenderé
Si es por costumbre ó castigo.
¿Quién sabe si me conviene
El callar ó la disculpa?
Quizá me cargo la culpa
Y sabes tú quién la tiene;
Mas á tanta confusion
Me ha traido el desatino,
Que ya no me determino
Sino fuera de ocasion.
Un destierro voluntario,
Si no es por inconveniente,

El que lo escoge lo siente,
Pues no tiene otro contrario.
  Y por esta enemistad
Que yo no puedo negar,
Me desterré del lugar,
Mas no de la voluntad.
  Ella, que siempre fué tuya,
Lo será cuanto yo fuere;
Que el alma es la que te quiere,
Aunque el cuerpo se destruya.
  Y pues esta no va á parte,
Que no te lleve presente,
Bien puedes pensar que siente
Quien te ve y de tí se parte.
  Yo me procuré este engaño
Con determinarme presto,
Y volveré por el resto
Si en partirme hice daño.
  Quejarme he de mi locura,
Y no de tu condicion;
Que tú obras por razon,
Yo atribúyolo á ventura.
  Busqué salvar á mí mismo,
Pensé huir por valerme;
Somero para esconderme,
Ví lo hondo del abismo.
  Volví tan desconfiado
De tí, y de mí tan corrido,
Que conmigo ando sumido
Y con todos sobreaguado.

Como siervo que se suelta
Y que su dueño le olvida,
Ni le sigue en la huida
Ni le convida á la vuelta;
Yo, ciego, sin albedrío,
¿Dónde voy, de quién me huyo?
Tú no me tienes por tuyo,
Y yo no puedo ser mio.
Vuelvo á demandar clemencia
Y perdon para mis yerros
En aquellos mismos hierros
Que partí de tu presencia.
Mas no con poco cuidado,
Pues tu merced me condena
Que otro goce con mi pena,
Yo pague como culpado.

## VIII.

Querria contar mi vida,
Pues no se muda mi suerte;
Mas para contada es muerte,
¿Qué será para sufrida?
Si de mis adversidades,
Fílis, tuvieses mancilla,
Sería una maravilla
Entre muchas novedades.
Cuando los hados porfían,
Arrastran por los cabellos
Al que no quiere ir con ellos;
Pero si quiere, le guían.
Yo soy aquel sin abrigo,
Esclavo de mis cuidados,
A quien arrastran los hados
Porque los quiero y los sigo.
¡Pluguiera á Dios que yo hubiera
Entre serpientes nacido,
Y aunque no fuera querido,
Que alguna dellas quisiera!
Por ventura habria respuesta,
Cuando mis males contase,
Con que algó se reparase
Vida que tan caro cuesta.
El tiempo me hace guerra,
Piedad me desampara,

Nadie me mira á la cara
Que no le sume la tierra.
  Remedio que me consuele,
Ni le procuro ni hallo;
Antes pedillo ó buscallo
Más que el propio mal me duele.
  Si no lo busco, me daña,
Porque de olvidado muero;
Y si lo busco ó lo espero,
Luégo me hiere tu saña.
  En tan peligrosa empresa
El sufrimiento me basta;
Mas tu voluntad contrasta,
Que áun de que sufra le pesa.
  Sentimientos y razones
Hacen muy poco á mi caso,
Porque por el mismo caso
Las tienen por opiniones.
  Dichoso el que fué escuchado,
Aùnque creido no sea,
Si dijo lo que desea
Sin que esté nadie á su lado.
  Cuando amor alguno hiere,
No hay deseo que no cebe;
Que no trata como debe
El ciego, mas como quiere.
  Pues veráse en mi dolor,
Si á dar mi descuento llego,
Cómo no es amor el ciego,
Sino quien manda al amor.

Ya fuí libre desta carga,
Y ví comenzar el daño;
Mas fué tan breve el engaño
Como la salida larga.
Ayer juzgaba imposible
Tener mal de que me queje,
Y hoy deseo que me deje
Todo este mundo visible.
El fuego mi pecho enciende,
El aire mis quejas lleva,
El agua mis ojos ceba,
La tierra cedo me atiende.
Pues ya que los elementos
Que en el mundo nos sostienen
Se junten y me condenen,
Me salvan mis pensamientos.
Cúlpame porque me aflijo
El mundo, aunque me desecha,
Mas fuese lo que sospecha,
Y no lo que yo colijo.
El que siempre fué celoso,
Pues de tomar cuenta gusta,
Cuenta le daré muy justa
A trueque de algun reposo.
Cuantas maneras de enojo
Y cuantos inconvinientes
Desasosiegan las gentes,
En mi alma los acojo.
Que, de acostumbrada y hecha
A tan triste compañía,

Si se ofende no porfía,
Ni se guarda si sospecha.
  Ya no hay fuerza que me ayude
Ni consejo sin engaño,
Porque es procurar mi daño
Procurar que algo se mude.
  Dichoso ante todas suertes,
Y sobre todos dichoso,
El que murió con reposo,
No como yo, tantas muertes.
  Esta es la cuenta que puede
Dársele de lo que dice,
Que ménos le escandalice,
Y yo más seguro quede.
  Muestra que le pesa dello
Y aconsejarme desea;
Conséjeme porque vea
Cuán imposible es hacello.
  Si mis razones se vuelven
En escrúpulos y dudas,
Que como flechas agudas
A mi pecho se revuelven,
  ¿Qué consejo se le ofrece
En ocasion tan perdida,
A que yo no dé salida,
Que contra mí se enderece?
  Quéjome de la fortuna,
Que me hiere al descubierto;
Díceme que busque puerto
Donde no hiera ninguna.

Poco sabe desta cuenta
Quien dá consejo tan ciego;
Que en el mar donde navego
Ningun puerto hay sin tormenta.
¡Oh suspiros sin licencia!
Mejor moris en el seno;
Que para nadie fué bueno
Muestra de poca paciencia.
Diz que piense en vanidades
Como en descontentamientos;
Aquellos son fingimientos,
Mas estas puras verdades.
Mi alma no comprehende
Tan peligroso consuelo;
Antes vive con recelo
De que te cansa y ofende;
Que regale de buen arte
Y entretenga á tus amigos,
Si á todos como testigos,
Y á ninguno como parte.
Vendria en gran menosprecio
Una presuncion tan alta,
Si redimiese mi falta
Por tan apocado precio;
Que veo ese claro gesto,
Vitoria de hermosuras,
Que á todas las deja á escuras
Ó las destierra del puesto.
¿Cómo la veré contenta,
Que siempre la ví con ira,

Y jamás acaso mira;
Que adrede no se arrepienta?
¿Qué me acerco á esos oidos?
Que si escucharme no tienen,
No querrán que se condenen
Pensamientos tan validos.
No hay discrecion que no ciegue,
No hay color que no demude,
Y no hay lengua que no dude
Antes que á hablarla llegue.
Aquesas manos te pido,
Que ni merezco besallas,
Ni me atrevo á demandallas,
Por lo poco que he servido.
Sería paso muy duro
Si fingiese que las beso,
Y no quedara mi seso,
Cuando lo finja, seguro.
Fingiré que prometieron
Escribirme y consolarme;
Mas para desampararme
Como partido me vieron.
No confesará mi boca,
Ni la fantasía imagine
Que mi ánimo se incline
A una esperanza tan loca.
Diligencia es defendida
Y causa de rompimiento
Reprochar el cumplimiento
Aun de merced prometida.

Yo, que en muchos yerros caigo,
Ninguno que á este parezca,
Antes sin vella perezca,
Que finja que la retraigo.
Mundo, el que no te conoce
Ni entiende tus aparejos,
Con estos y otros consejos
Puede ser que se alboroce.
Todos tus consejos ciegan,
Tus consuelos son inciertos,
Y están en manos los ciertos
Que al mejor tiempo los niegan.
El servir sin esperanza
Y el desear de contino,
Suelen andar el camino
Del miedo á la confianza.
Mas no tiene en qué se funde
En mi pecho ni en ajeno,
Porque el miedo, que es su freno,
La escarmienta y la confunde.
Mucho puede la costumbre
En dolor que viene manso;
Pero el mio es sin descanso,
¿Qué consejo hay que le alumbre?
Desterrado en el abismo,
Siento crecer mi deseo,
Y ningun descanso veo,
Sino buscallo en mí mismo.
Si el deseo se adelanta,
El pensamiento barrunta,

Y á la fin nunca se junta
Con medio, que no me espanta.
De tu saña ¿quién se guarda?
¿Quién hay que mis quejas mande?
Que si la razon es grande,
El ánimo se acobarda.
La esperanza es sobre nada,
Y aunque la lengua se esfuerce,
Cualquiera punto la tuerce,
Como está desamparada.
Ocasion no puede habella,
Y la opinion está presa;
Cuenta dóila á quien me pesa
Donde curan poco della.
La gente ya me escarnece,
No quiere el tiempo valerme;
Yo no acierto á socorrerme,
Si tu piedad me fallece.
El descanso es sin provecho,
El remedio no tenelle,
Si está en las manos ponelle,
Que las heridas han hecho.
La vida es la que sostengo
Cual soy yo, que la sostiene;
Siempre peor la que viene,
Por mala que es la que tengo.
Y si compañía quiero,
Téngola con mi enemigo,
Porque la tengo conmigo;
Ved cuál es el compañero.

## IX.

¡Oh! noche turbia y escura,
A quien faltó el claro dia,
Siempre está en mi fantasía
Tu tristísima figura.
No hay adversidad que baste
Ni crueldad que me espante,
Despues que tengo delante
Cual veniste y me dejaste.
Juez riguroso y crudo
Fuese, mas fuese en presencia
Más áspera tu sentencia,
Tu cuchillo más agudo.
¿Qué te costaba que fuera,
Cuando mandaste partirme,
Ya que fué sin despedirme,
Por donde á Fílis yo viera?
Viérame quizá pasando,
Y fuera en esta ocasion
Ménos dura mi prision
Y tu cuchillo más blando.
No digo que ella se mueva
Por ocasion tan liviana,
Sino acaso ó de su gana,
Como por ver cosa nueva.
Nadie sienta lo que siente
Mi alma en esta jornada,

Pues vió la gloria pasada
Y vee la pena presente.
  Era la gloria hablarte
Y contemplar en tu gesto,
Fílis, juntando con esto
Otra más divina parte.
  Tu ánimo no vencido,
Discrecion que nos dá lumbre,
Tu valor puesto en la cumbre,
Y tu sér nunca ofendido.
  Esto nos obliga y vence,
Y sin ello, ser hermosa
Es como temprana rosa,
Que pasa ántes que comience.
  La pena jamás acaba,
Porque tu saña no amansa,
Y porque de mí te cansa
Cuanto en los otros se alaba.
  Veo cómo el tiempo huye,
Y la pena que no muda,
Y ni tu favor me ayuda
Ni tu saña me destruye.
  Si acaso tienes despecho
Y quieres probar tu lanza,
De mí te pido venganza
Por el yerro que no he hecho.
  Mas no querrás, yo lo fío,
Diciendo ques devaneo,
Cumplir este mi deseo,
Por ser deseo y ser mio.

No es el valor que en tí càbe
Para tan baja contienda;
Castígueme el que me entienda,
Ya que mira más que sabe.
Léjos irá deste cuento
Quien me conoce y te entiende,
Pues tu valor no deciende,
Ni sube mi atrevimiento.
De luchar con la fortuna
Tengo las fuerzas perdidas,
Y dáme tantas caidas,
Que ya no temo ninguna.
Despues, como se me acuerda
Que por tu causa me atrevo,
Crécenme fuerzas de nuevo
Con que luchar, aunque pierda.
Pero ver cuán poco puedo
Me detiene y acobarda;
Y así, mi alma se guarda
De sacar fuerzas del miedo.
El remedio que no entiendo
Estoy suspenso esperando,
No cayendo y levantando,
Mas de contino cayendo.
Aquí me veo olvidado,
Sin tener quién por mí haga;
Este es el mundo y su paga,
Y áun quizá el mayor pecado.
Solo, sin abrigo y preso,
Desamparado, aunque firme,

Ni puedo desafligirme
Ni quiero dejar el peso.
¿Quién ayudará al ausente,
Si todos dan en culpalle?
Pues si alguien sale á ayudalle,
En saliendo se arrepiente.
La que sabe por qué muere,
Como testigo de vista,
Déle fuerza que resista
Y sufrimiento que espere.
Soledad libre, apartada,
De mis cuidados misterio,
Dicen que eres refrigerio,
Escogida, y no forzada.
Y pues forzada veniste,
Dá en mis males algun medio;
Que tambien eres remedio,
Aunque el remedio más triste.
En tí hay libertad sencilla,
En tí hay voluntad exenta,
En tí no hay quien pida cuenta,
Ni crueldad ni mancilla.
En tí los deseos valen,
Y vuelan los pensamientos;
Engáñanse por momentos
Las esperanzas que salen.
En tí se esfuerza el amante
Y osa hablar tu lenguaje,
Sin que le estorbe ó le ataje
Dulce ó áspero semblante.

Duros casos se contemplan
Que fáciles nos parecen,
Grandes quejas se enternecen
Y recias iras se templan.
Mil bienes desta manera
Podria decir, y callo,
Porque en estado me hallo,
Que él mismo me desespera.
Mas contra ausencia y olvido
¿Qué remedio es el que basta,
Si firmeza no contrasta,
Y el envidioso es creido?
¿A quién volveré mis ojos,
Que mis lágrimas entienda,
Pues tú, que mandas la rienda,
La sueltas á mis enojos?
¿Dónde volveré mis quejas,
Que puedan ser remediadas,
Tanto ménos escuchadas,
Cuanto más libres làs dejas?
Abre ese pecho, Señora,
Quita dél esa tibieza;
Mira que es mayor crueza
El ser tibia y matadora.
Y aunque en pedillo me alargo,
Ya que el cuerpo se destruya,
El alma quede por tuya,
Y el pensamiento á mi cargo.
Asegúralo en tu seno
Siquiera, y no lo aproveches;

Bástame que no deseches
Un propósito tan bueno,
Sin juzgar á confianza,
Que revuelva en mi memoria
Tan alto estado de gloria,
Cual no cabe en esperanza.
Aún en locura tan clara
No se le puede dar nombre,
Sino castigar al hombre
Que se atreve y la declara.
Y así, quedaré con miedo
Que tu ira me condene
Adonde mi alma pene
Lo que pecó mi denuedo.
Cualquier castigo es liviano,
Segun yo debo ofenderte,
Mas no que en tiempo tan fuerte
Me desampare tu mano.
No te canses que procure,
Pues la razon lo requiere,
Si tu justicia me hiere,
Que tu clemencia me cure.

## X.*

*De Don Diego de Leyva á Don Diego de Mendoza, despidiéndose de Palacio.*

Desde agora me despido
De casa de la Princesa,
No quiero puerta ni mesa,
Ni con las damas ruido.
Con Madalena no quiero
Hablar, porque otra me entienda,
Ni con porteros contienda,
Ni mirar por agujero.
Ni á Don Cristóbal rogar
Que abone allá mi persona,
Ni áun al gran Duque de Arjona
Con el de Sarriá hablar.
No quiero comer ya tarde
Por andar en el terrero,
Ni quiero que mensajero
Me haga triste y cobarde.
Ni traer paje pulido,
Acechando por rincones,
Ni escribir cien mil borrones
En las paredes de olvido.
Ni regalar á Menino
Porque lleve mis recados
Que parezcan atinados
Cuando yo más desatino.

Ni negociar con dinero,
Ni romper guardas pesadas,
Ni por vías de criadas
Procurar de ser artero.
Ni á Alejico preguntar
Las nuevas que hay allá dentro,
Ni decir ¡qué buen encuentro!
Por Don Francisco topar.
Ni esperar á desengaño
De un mirar engañador,
Ni quiero tener temor
De la ira de Recaño.
Ni á Gaspar de Téves ver
Allá dentro congojado,
Si le habeis encomendado
Que os haga allí algun placer.
Ni en la cama pensar
Buenos dichos que decir,
Ni tampoco presumir
De hacer fineza en callar.
Ni quiero buscar en qué
Hacer placer á la amiga,
Ni, aunque otro me persiga,
Nunca yo me vengaré.
Ni quiero, estando doliente,
Criadico de la dama
Que me visite en la cama
Con un recado excelente.
Ni quiero música oir
En el terrero á tal hora,

Que en ella oiga mi señora
Cuanto yo quiera decir.
Ni juntar banda de amigos
Á enviar motes á damas,
Ni presentar de mis llamas
Muy verdaderos testigos.
Ni hacer negociacion
De en sarao tener lugar,
Ni ménos quiero danzar
Por cosa de admiracion.
Ni estar poco en la cama
Para ir á las Descalzas,
Ni traer jubon ni calzas
De colores de la dama.
Ni quiero que amargue el gusto
Cuando á la mesa viniere,
Si acaso me aconteciere
Que me mire con disgusto.
Ni quiero estar en la cumbre
De justador en las fiestas,
Porque tanto hierro á cuestas
Me dá mucha pesadumbre.
Ni quiero estarme mojando,
Si llueve el cielo á porfía,
Y ella está en la galería
De cual me pongo gustando.
Ni quiero á grandes rogar
Que procuren larga entrada,
Ni estar en misa cantada
De espaldas vuelto al altar.

Ni oir en pié sermon
Enfrente de la tribuna,
Sin escuchar cosa alguna
Y con poca devocion.
Ni quiero estar esperando,
Al pasar la celogía,
Á si os hacen cortesía
De estar un credo mirando.
Ni al salir al corredor
El postrero quiero ser
Por mirar á una mujer
Perdida por dar dolor.

## XI. *

*Respuesta de Don Diego de Mendoza.*

Unas coplas me han mostrado,
Dicen son de un caballero
Que está ya determinado
No mirar por agujero.
De casa de la Princesa
El señor se ha despedido,
Dicen que fué de corrido
Porque no entraba á la mesa.
Sea por lo que quisiere,
Cierto fué inconsiderado,
Que pues nunca fué criado,
¿Por qué despedirse quiere?
Yo le quiero responder
A este despedimento,
Que con poco fundamento
Este hombre quiso hacer.
Las damas poco ruido
Tuvieron, Señor, con vos,
Porque, así me ayude Dios,
No saben si sois nacido.
Don Cristóbal abonar
No puede á vuestra persona,
Aunque le venga á ayudar
Sarriá y el Duque de Arjona.

De tarde comer, Señor,
No echeis la culpa al terrero,
Pues no trae el comprador
Qué aderece el cocinero.
No traer paje pulido
Acechando por rincones,
¿Es por falta de doblones,
Ó, por no dalle vestido?
No negociar con dinero
Ya yo lo tengo entendido,
Que, aunque sois gran caballero,
Deso estais mal proveido,
Para poder corromper
Ningunas guardas pesadas,
Ni tampoco á las criadas
Ningun servicio hacer.
Si á Alejico preguntar
Quereis, si os sale al encuentro,
Las nuevas que hay allá dentro,
El no os las querrá contar.
Pues desengaño esperar,
Por Dios, no sé yo de qué,
Porque cierto yo bien sé,
Ninguna os quiso engañar.
Nunca hecistes tanto daño,
Ni anduvistes tan valido
Que fuésedes perseguido
De guardas ni de Recaño.
Y ésto lo atestiguarán
Testigos muy verdaderos,

Que son muchos caballeros
Que todos lo jurarán.
  No pensar cosa en la cama
Para á las damas decir,
Aunque la penseis, no hay dama
Que os la querrá á vos oir.
  Así, Señor, que el callar
Fuera muy mayor fineza,
Que no venir á trovar
Coplas en cas de su alteza.
  Bien hareis de no justar,
Ni querer ser danzador,
Pues justar, trovar, danzar,
Ninguno lo hace peor.
  No hacer negociacion
De en sarao tener lugar,
Será muy gran discrecion
Porque no os lo querrán dar.
  De en la cama mucho estar
Y no ir á las Descalzas,
Disculpa podeis bien dar,
Diciendo no teneis calzas.
  Oir misa con devocion
Es muy buena cristiandad;
Tened ménos vanidad
Y no tanta presuncion.
  Que cierto es gran fantasía
Querer vos imaginar
Que dama os ha de mirar
Al pasar la celogía.

Que deis, Señor, á entender,
Tambien es cosa excelente,
Que os ha de ir criado á ver
De dama, estando doliente.
No hableis tan confiado,
Ni con tanta melodía;
Tened, Señor, cortesía,
Y en hablar sed bien criado.
Yo os quiero aconsejar,
Y tomad mi parecer,
Que no querais más trovar,
No os venga en casa á llover.

## XII.

*Quejándose de que le castigan sin oirle.*

Tiempo turbado y perdido,
Sin razon para quejarme,
¿Quién seguirá mi partido?
Pues, ántes que me hayan oido,
Se inclinan á condenarme.
¡Oh tiempo oscuro y extraño!
¡Oh padre del desengaño!
¿Por qué no alumbras á quien
Nunca supo hacer más bien
Sino á aquel que me hace el daño?
Algun alivio tuviera
Siendo oido y condenado;
Mas quiere mi triste hado
Que á manos del tiempo muera,
Que es cuchillo más pesado.
Muera ya en esta contienda
Sin que más razon se entienda.
¿A quién contaré mis quejas?
Que pues tú, Fílis, me dejas,
Nadie habrá que me defienda.
Díme ¿con quién te aconsejas
Para así acortar mis dias?
¿Es venganza ó son porfías
El atapar tus orejas
A mis quejas, por ser mias?

Ó ¿por qué miras mis males
Con ojos tan desiguales,
Y mis penas como culpas,
Que me haces dar disculpas
De servicios tan leales?
Cáeseme de la mano
La pluma y falta el sujeto;
Sale mi voz sin efeto,
Vuelan mis quejas en vano,
Pierde su ley el secreto;
Persígueme el pensamiento,
Dáme cansancio y tormento
El que á todos aprovecha;
Vivo siervo de sospecha,
Falto de conocimiento.
Tal me veo en tal fatiga,
Sin reparo que me guarde;
Desamparado y cobarde
No hay mal que no me persiga,
Ni bien que no llegue tarde.
Lleno de desconfianza,
Entre desden y mudanza,
Que otro descanso no tengo
Sino la fe que mantengo,
Y áun esa sin esperanza.
[Piérdase la fe del mundo,
Piérdase la lealtad,
La pureza y la verdad
Den consigo en el profundo,
Y reine la falsedad].

Y esta alma tan sin abrigo
¿Para qué mora conmigo?
Déjeme en la sepultura,
Y mi menguada ventura
Quede al mundo por testigo.

## XIII. *

Angélica, más hermosa
Que el prado en la primavera,
Oye á un triste que quisiera
Contar su pena amorosa
Sin que pluma entreviniera.
Y verás en lo que digo
Si mi amor es verdadero,
Y en fe de lo que te quiero,
Represento por testigo
La causa del mal que muero.
Mira', Angélica, si siento
Cuán de veras me condena
El amor á tu cadena,
Pues á tí mesma presento
Por testigo de mi pena.
Mira bien que mis amores
Ser amado han merecido,
Y que á las veces, Cupido
Permite que disfavores
Son causa de eterno olvido.
No lo digo porque esperes
Que mi fe se ha de ir mudando,
Pero vóime declarando,
Porque si tú no me quieres,
Sirena me está rogando.
La confiada Sirena
Me promete gran victoria;

Pero desto no hay memoria,
Porque en más tengo la pena
De tu mano que su gloria.
La triste por mí se muere,
Yo por Angélica muero;
Ved qué engaño verdadero,
Que quiero á quien no me quiere
Y á quien me quiere no quiero.
Sirena por mí sospira,
Pero yo por tí sospiro;
Ved qué desusado tiro,
Que si te miro me mira
Y si me mira te miro.
Si es mi fe sincera y limpia,
Si soy constante amador,
Si en el mundo hay más amor,
Dígalo la ninfa Olimpia,
Testigo de mi dolor.
El nombre más verdadero,
Y que más cuadre á mi pena,
Es el que en Sirena suena,
Pues yo soy el marinero
Y tú la falsa sirena.

## XIV.*

El tiempo es breve, Señora,
Y al fin del que os he servido,
Claramente he conocido
Que es ya llegada la hora
De mi muerte y vuestro olvido.
Mas ¡qué digo, desdichado,
Si jamás me ví en tal gloria!
Porque es cosa muy notoria,
Que áun para ser olvidado
No cupe en vuestra memoria.
Y con todos los enojos
Que para matarme distes,
Voy contento en que quisistes
Quitar delante los ojos
Á quien tanto aborrecistes.
Sólo me pesa, que voy
Á morir sin ser oido
De quien condenado he sido;
Mas para el paso en que estoy,
Que no se lo he merecido.
Si ya con tanto querer
Vuestra beldad no se ofende,
Y por esto me defiende,
Que no pueda merecer
Lo que en vos mi alma entiende,
Aunque en esto ya os disculpa
Amor, que mi muerte ordena;

Mas ¿paréceos órden buena
Que teniendo vos la culpa
Venga yo á pagar la pena?
  Podreis con el sufrimiento
Tratarlo allá entre los dos,
Que á mí no me salve Dios
Si áun sé que en el pensamiento
He errado contra vos.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Vaya desde aquí por suerte,
Si caso se vió tan fuerte,
Ni hombre tan sin razon
Condenado ha sido á muerte.
  Mas, pues la sentencia es dada,
Y apelar della no puedo,
Tené un poco el brazo quedo,
No dejeis caer la espada
En tanto que digo el credo.
  En el cual, si me turbare
Por estar tal cuál me veis,
Señora, no me dejeis;
Antes, en lo que tardare,
Os suplico me ayudeis;
  Y mireis, si sois servida,
Y no lo estorba el ser dura,
Que por vuestra hermosura
Muero, y voy de aquesta vida
Con más fe que no ventura.



# SÁTIRA.*

*Contra las damas de Palacio.*

Muy más ilustres señoras,
¿Qué podrán imaginar
Más, qué podrán desear,
Hermosas, aunque traidoras?
  De pocos dias acá
Vivo muy desengañado,
De un amor inficionado,
Que tanto gastan allá.
  Ya me he dado en penitencia;
Quien se siente arrepentido,
Que les declare el olvido
Que tienen de su conciencia.
  Sé que no siempre han de ser
Aves de todas miradas,
Ni estátuas muy bien labradas
De sólo bien parecer.

Ni serán toda la vida
Damicas de casamiento;
Que suele llevar el viento
La esperanza más valida.
Y el cabello singular
Que en esos cuellos se mueve,
Viene á veces una nieve
Que los suele blanquear.
Y esas frentes espaciosas
Suelen tornarse sarmientos,
Y bolsillas de avarientos
Esas mejillas hermosas.
Y esa nariz cristalina
Que al águila [se] semeja,
En viniendo allá á ser vieja,
Se torna luégo londrina.
Y ese brio y lozanía
Que las hace matachines,
Un trasdoble de chapines
Dá con él en Berbería.
Dáles esa fantasía
Verse damas de Palacio
Y el hablar por cartapacio
Toda la noche y el dia.
Y que por una nonada
De un recibo de presente,
Muera por ello más gente
Que en la guerra de Granada;
Con esta sola han hallado
El arte de aborrecer,

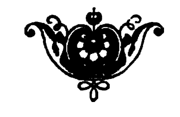
Disfrazada en bien querer,
Con renta propia y estado.
Y hacen milagros mayores,
Y el de más fuerza ó poder
Es, el comprar y vender
Que acá llamamos amores.
Descubrieron alcahuetes,
Recados, motes, arreos,
Libreas, justas, torneos,
Papagayos y billetes.
Sacaron á luz las dueñas,
Del bien comun ènemigas,
Y diéronle como amigas
El color de sus risueñas.
Con esto saben hacer
Lo que yo no sé pensar;
Hácenlos enamorar
De lo que han de aborrecer.
Dánles con desden y olvido
Aquellos que han de querer,
Para que nunca mujer
Tenga nadie aborrecido.
Estas tramas, mis señoras,
No pueden durar mil años,
Que vienen los desengaños
A la cuenta de las horas.
Y mil hombres que en terrero
Tienen ahora pasmados,
Los verán ir desterrados
Por faltarles el dinero.

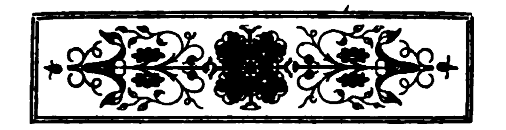
Y otros destos sin segundo,
Que son más seguras prendas,
Viene un viento de encomiendas
Que los echa por el mundo.
Y sin esto ya verán
Que risa será, y de ver,
El hablar y responder
Por Garcilaso y Boscan.
Los melindres de Diana,
Los celillos de Sireno,
El quejarse al tiempo bueno
De la noche á la mañana.
Y las cartas de Ataugía
Que llevaba Fílismena,
La sabia Felicia, llena
De dijes de argentería.
El querer ser Orianas,
Y el gustar de Galaores,
Y el servirse de señores
Y hacérsenos soberanas;
Decir muy segura y leda,
«Don Pedro es mi favorido;
Pero, cuanto más valido
Valdrá ménos en moneda.
»El Duque mi requebrado,
El Marqués mi antojadizo,
Don Rodrigo mi Narciso,
Y el Conde mi apasionado».
El contar por celemines,
Cosa vieja, los picados;

Y el tener amartelados
Del huello de los chapines.
Suspirico en la capilla,
Favores de romadizo,
Fingen un antojadizo
De regalo de Sevilla.
Decir que el señor Don Juan
Tambien dió de sus amores,
Y que estos grandes señores
Le quitaron deste afan.
Hacerse señora y brava
Contra tantos enemigos,
Que si se usaran Rodrigos
Sin duda fuera la Cava.
Ya no más, señoras mias,
Que el mundo está de manera
Que de la primer tijera
Corta en flor las niñerías.
Ya aquel buen tiempo es pasado
En que se andaba Cupido
Por los campos sin vestido
Con sólo un arco abrigado.
Y aquellas ninfillas duendas,
Que en los rios se metian
Cuando los sátiros vian,
Se han quitado de contiendas.
Y suelto el cabello ufano
Por las bellas alamedas,
Se están de lástima quedas
Al más rústico villano.

Y las pastoras extrañas,
Diosas en Montemayor,
Se arrojan tras un pastor
Por los riscos y montañas.
Pues por acá en las ciudades,
Donde usa más clemencia,
No hay más dilacion de audiencia
Que el decir de dos verdades.
Á manadas las mozuelas,
Á media noche despiertas,
Á las ventanas y puertas
Andan hechas centinelas.
Y otras que, por no esperar,
Se desvelan por tejados,
Á tres suspiros contados
Con que las suelen llamar.
Ya las señoras en grueso,
Que no son tan recuestadas,
Con dos viejas bien habladas
Las haceis perder el seso.
Pues habiendo tal barato
En las damas por acá,
¿Por qué quieren por allá
Que ande el hombre hecho gato?
Que en entender su lenguaje
Se les vaya media vida,
Y la dé por bien perdida
Por una seña ó visaje.
No se estén vuesas mercedes
Con tanta gracia y donaire,

Las lindas bocas al aire,
Las caras á las paredes.
  Que en mudándose la suerte,
Las dejará su Cupido
Hechas ejemplo de olvido
Y memoria de la muerte.
  Y al fin, viéndose perdidas,
Habrán pagado el ser falsas
Con meterse en las Descalzas
Ó en las Arrepentidas.
  Y habrán dado que reir
Al mundo, de su esperar,
Á galanes que contar,
Y á poetas que escrebir.





# POESÍAS VARIAS.

Pesares, no me apreteis;
Cuidados, gran priesa os dais;
Mirad que si me acabais,
Que conmigo morireis.
Hánme dicho que una fiera
Cria dentro en sus entrañas
Á quien tiene tales mañas,
Que al salir hace que muera.
Mas yo de contraria suerte
Crio en mi seno cuidados,
Que, de muchos y callados,
Sin salir me dan la muerte.
No dirán que por engaño
Los aposenté en mi pecho,
Que bien conocí el provecho,
Y quise escoger el daño.

Entregué la voluntad
Sin que me quedase nada,
Y aunque es libre la posada,
Me quitan la libertad.

---

Cuidados, pues que teneis
Sujeto el libre albedrío,
Ningun estorbo es el mio,
Acabadme si quereis.
Luégo á la hora entendí
Que era menester guardarme,
Y comencé á recatarme
De todos sino de mí.
Bien seguro estaba yo
Con tal enemigo en casa,
Y desta escondida brasa
Todo el fuego se encendió.
Oyo, veo, sufro y callo:
Que en todos estos sentidos
Hay cuidados conocidos,
Mas sin ellos no me hallo.
Veo mi daño venir,
Oyo luégo el bien ajeno,
Y sufro dentro en mi seno
Lo que no oso descubrir.

---

Pues que tanta priesa os dais,
Y yo tan poco me quejo;
Pesares, libres os dejo;
Quiero ver si me acabais.
En tan peligroso trago,
Aunque yo no lo procure,
No habrá bien que me asegure
Deste daño que me hago.
No, que no quieren valerme
Mis cuidados como hermanos,
Sino darme de las manos
Cuando pueden ofenderme.
Siempre ofenderme desean,
Y yo con ellos me junto
Cada y cuando que barrunto
Cosas que contra mí sean.
Remedio yo no lo pido,
Consejo no lo recibo;
Que á mí mismo, porque vivo,
Me tengo ya aborrecido.

---

Cuidados, que me traeis
Tan vencido al retortero,
Acabad, que acabar quiero
Porque vos os acabeis.
El ave que el pecho hiere,
Y tanto sus hijos ama,
Con la sangre que derrama
Les dá vida, aunque ella muere.

Los pesares me maltratan,
Dentro en el alma los tengo,
Y con ella los mantengo,
Y ellos consigo me matan.
No es cuidado el que me manda
Ni quien me hace la guerra,
Mas pesar, que me destierra,
Y placer, que en otros anda.
Siempre doblada la pena,
Siempre muerte ante los ojos
Por mis pesares y enojos
Y por la holganza ajena.

---

Pesares, si me acabais,
Tendreis en mí buen testigo
Que os acogí como amigo,
Y como á tal me tratais.
La que me manda y consiente
Contar mis males en suma,
Dará licencia á la pluma
Que mis ternezas le cuente.
Las lágrimas y suspiros
Son armas desta contienda,
Donde la ofensa y la enmienda
Pára, Señora, en serviros.
Víme libre de aficion,
Véome cautivo agora,
Y el alma, que era señora,
Puesta en mayor sujecion.

¿Quién se alabará que tiene
Contra amor vida segura,
Si donde más se asegura
Mayor peligro le viene?
Al principio de mis penas
Teníalas por süaves;
Sin saber que eran tan graves,
Burlaba de las ajenas.
Decia en mi puridad:
«Prueben todos lo que pruebo;
Esto que siento de nuevo
¿Es amor, ó es amistad?»
Donde no paraba mientes
Comencé á tener recato,
Á mirar de rato en rato
Y guardarme de las gentes.
Por no caer en la red,
De vos misma me guardaba;
¡Mirad cuán poco pensaba
En demandaros merced!
De turbado y encogido,
Vine á confesar, negando
Lo que agora estoy llorando
Porque verdad ha salido.
De aquí ha subido, haciendo
Amor en mí tantas pruebas,
Que, de encubiertas y nuevas,
Las sufro y no las entiendo.
Parece imaginacion
Que tenga puesta yo mismo

La humildad en el abismo,
Y en el cielo la aficion.
Para tanta hermosura
Pequeña pena es la mia,
Y muy alta fantasía
Para tan baja ventura.
De la vida no me acuerdo,
De la muerte curo poco;
Que si pequé como loco,
Ya pagaré como cuerdo.
Quien aborrece la vida
No muere de sobresalto,
Pero subiendo más alto,
Puede dar mayor caida.
Si quisiere arrepentirme,
Hallaré que es imposible
Que mi pena sea movible,
Siendo la causa tan firme.
No sabré mudar, ni puedo,
Esta vida que me queda;
Vuelva fortuna la rueda,
Que yo siempre estaré quedo.
¡Oh quién pudiese, pues muero,
Hablar con mi matadora!
Quizá le diria en un hora
Lo que en mil años no espero.
Pero ¿de qué me aprovecha
Descubrille mi fatiga?
Que si encubre como amiga,
Como enemiga sospecha.

Mucho deja á la fortuna
El que se resuelve presto,
Donde el daño es manifiesto,
Y la ganancia ninguna.
Desta manera padezco,
Que en más tengo no enojaros,
Aunque pudiese hablaros,
Que cuanto espero y merezco.
Quien por vos perdiere el seso,
No ha de ser de confianza;
Que tan pequeña balanza
Mal sufrirá tan gran peso.
Mas piérdase imaginando
Cómo mi deseo puse
Donde no hay razon que excuse,
Sino la muerte y callando.
No teniendo en mi poder
Seso, libertad ni vida,
Trato de cosa perdida
Como cosa por perder.
Cuanto el seso desatina,
Pago yo como cobarde,
Porque le perdí tan tarde,
Conociéndoos tan aïna.
Suspenso, turbado y ciego,
Triste, importuno, quejoso,
Cuando esperaba reposo
Me vino desasosiego.
Prueba amor por tantos modos
De afligirme y trabajarme,

Que será bueno guardarme
De vos y de mí y de todos.
 Todo me parece nada
Cuanto propongo y resuelvo;
Á mis cuidados me vuelvo,
Pues es suya la jornada.
 En el centro de mi alma
Los pesares me acompañan,
Mas por mucho que me dañan,
Tengo la vida en su palma.
 Entre las gentes se entiende
Que anda un animal tan ciego,
Que dentro en el mismo fuego
En que se cria, se enciende.
 Este fuego en que me ardo,
Cuidado es el que lo atiza,
Y pesar torna en ceniza
Cuanto yo en mi pecho guardo.

---

 Pesares, gran priesa os dais;
Dadme espacio que me queje
Hasta que este cuerpo deje
Libre el alma donde estais.
 Los cuidados aprovechan
Para remediar los males;
Mis cuidados no son tales,
Que ellos mismos males echan.
 Dicen que hay pesar que suele
Dar alivio al que padece;

Pero el pesar que me empece,
Más que el propio mal me duele.
  El bien y el mal me persigue,
Y cada cual me destruye;
El bien que sigo me huye,
Y el mal que huyo me sigue.
  Los cuidados llamo mal,
Y los pesares tambien,
Y á ellos mismos llamo bien,
Si vos los teneis por tal.

---

  Cuidados, no me acabeis,
Pues conmigo os acabais,
Y si el vivir me quitais,
La gloria no me quiteis.
  Del pesar nace el cuidado,
Del cuidado pesar viene;
Todo se cria y mantiene
Entre sí junto y mezclado.
  Con el alma se contentan,
Sírvelos el pensamiento,
Nunca entró contentamiento
Adonde ellos se aposentan.
  Donde el descanso es ninguno,
Donde el premio es tan dudoso,
Más quiero callar quejoso
Que no hablar importuno.
  Dicen que el dolor amansa,
Porque el quejar es descanso;

Debe ser el dolor manso,
Que el mio nunca descansa.
[En el bien que me quitais
Y en el mal que me haceis,
Pesares, conocereis
Que conmigo os consejais].

---

*

Cuidados, gran priesa os dais;
Fatigas, no me canseis;
Mirad que si me acabais,
Que conmigo morireis.
No tanta priesa al morir;
Tené un poco, ireis mejor,
Para que dure el dolor,
Aunques duro de sufrir.
En lo que os apresurais,
Claro está que os ofendeis,
Porque si á mí me acabais,
Conmigo os acabareis.
Afloja el trato cruel,
Dad lugar al sentimiento,
Que no es aqueste tormento
Para perder punto dél.
Y mirad, si no mirais,
Que en el mal que me haceis,

Si del todo me acabais,
Del todo os acabareis.
  Si desta suerte se ordena,
Vosotros sacais vitoria
En gozar más de la gloria:
Yo de vivir en la pena.
  Pero si no os moderais
En el daño que haceis,
Cuidados, perdidos vais,
Conmigo os acabareis.
  Bien que el gusto se acrecienta
Con pena deste metal,
Mas no ha de ser tanto el mal
Que de grande no se sienta.
  Si golosos os mostrais
En el manjar que comeis,
Cuanto más gusto sintais
Conmigo os acabareis.
  El bien queste mal encierra
Ha de comello el que sabe,
Con miedo que no se acabe,
Como el topo de la tierra.
  Mirad cómo lo gustais,
Pues que tal manjar teneis,
Porque si á mí me acabais,
Conmigo os acabareis.

---

*

Llévame tras sí un deseo
Loco, imposible, forzoso;
Veo el fin tan peligroso
Que ni huyo ni peleo.
Ya sé que estoy condenado
A vivir como he vivido;
De mi bien desconfiado,
De mi mal agradecido.
Y así sufriré callando
Cuanto más quisiere darme;
Moriré sin más quejarme,
Sirviendo y nunca esperando.
Y si sola la ocasion
De mi muerte y de mi vida
Se muestra dello servida,
Basta por satisfaccion.
Que quien causa estos enojos,
Aunque calla, bien lo entiende
Que nada se le defiende
De cuanto miran sus ojos.
Míranos para mataros,
Y despues de haberos muerto,
El olvidaros es cierto,
Y no tornar á miraros.
Nadie juzgue mi pasion
Ni la tenga por locura,
Hasta ver su hermosura
Y probar su condicion.

Verán cómo traen perdidos
Los hombres de enamorados,
A todos desconfiados
Y jamás favorecidos.

---

Aquí cantaba Silvano
Con más placer que no agora;
¡Cuitado de aquel que llora
El mal firme y bien liviano!
Pues vengan los males llenos
Do están los bienes vacíos,
Que mis ojos no son rios
Ni mis sentidos ajenos.
Y si lo fueran, tambien
Se agotara su caudal;
Tal es el trato del mal
Y la soledad del bien.
Y si de una piedra dura
Fueran todos mis sentidos,
Los tuviera fenecidos
La memoria de ventura.
Pero ya tarde será,
Segun pasé aquesta vida,
Que á quien pierde y nunca olvida,
La muerte mejor le está.
Y por sólo aquesto creo
Que se hace sorda y muda;
Hasta el daño pone en duda
Si soy yo el que lo poseo.

No solia ser ansí
Un tiempo que Dios queria;
Mas si el bien es de solia,
Más vale pesar por sí.
Y ¡ojalá me diera amor,
Ó la fortuna por él,
Una fatiga fiel,
Y no un descanso traidor!
[Y ¡ojalá, porque venganza
Procura mi dura estrella,
Que pudiera yo perdella,
Con que no fuera mudanza!]

---

Nadie fíe en alegría,
Porque ninguna hay tan cierta
A quien no cierre algun dia
Fortuna ó amor la puerta.
Yo ví leche reposada
Tornar cortada y aceda;
Y ví voluntad trocada
Cuando pudiera estar queda.
Yo ví la mar en bonanza
Levantarse hasta el cielo;
Y ví mi firme confianza
Derribada por el suelo.
Amistad hay que se muestra
Sola, clara y sin ofensa,
Y cuando pensais que es vuestra
Halláisla turbia y suspensa.

Tal os tiene hoy por amigo,
Que mañana, si le place,
Os tomará por testigo
De los agravios que os hace.
Dulce y vano atrevimiento,
Poner confianza alguna
Sobre tan flaco cimiento
Como esperanza y fortuna.
Adonde un bien se concierta
Hay un mal que lo desvía;
Mas el bien viene y no acierta,
Y el mal acierta y porfía.

---

*Á su pensamiento desfavorecido.*

Decid, alto pensamiento:
¿Cuál fué el infelice hado
Que de tan dichoso estado
Os derribó en un momento?
De amor tan honesto y puro
Mal galardonado fuistes,
Porque cuando os atrevistes
Fué con carta de seguro.
Sin razon morir os veo,
Y fuera justo el tormento,
Á no ser mi atrevimiento
Nacido de tal deseo.
Pero vos de recatado
Teneis más que de atrevido,

24

Como si eso hubiera sido
Alivio de mi cuidado.
Mas, pensamientos dichosos,
No os corrais de ser vencidos,
Que vivís en mis sentidos,
Aunque os matan envidiosos.
¡Qué ocasiones de mudanzas,
Qué montes de inconvenientes,
Qué mortales accidentes
Y qué muertas esperanzas!
¡Qué sospechas mal regidas,
Qué siniestras voluntades,
Las que engañan las verdades
Tan á costa de las vidas!
¡Qué temores sin provecho,
Qué recelos con antojos,
Qué vivos al mal los ojos,
Sin ver el daño que han hecho!
¡Qué celadas encubiertas,
Qué apasionados testigos,
Qué encubiertos enemigos,
Y qué mañas descubiertas!
¡Qué dobladas tercerías,
Qué sinrazones de amor!
Desdichado el amador
Que sigue, amor, tus porfías.
Mas no es culpa tuya, no,
Ni mia, porque es ajena;
Mas padezco yo la pena
Sin tener la culpa yo.

Dirá el tiempo la verdad
Si cesaren sus consejas,
Antes que mueran mis quejas
A manos de su crueldad.
Y áun yo tambien la dijera,
Si acaso se me escuchara;
Mas ¿qué verdad hay tan clara
Que sin su dueño no muera?
Por do será ménos mengua
Que en mí caben mis gemidos;
Que á los que no dan oidos
¿De qué les presta la lengua?
Mis ojos podrán prestar
En tan alto padecer,
Que si no pudieren ver,
Al ménos podrán llorar.

---

*Viéndose sujeto al amor.*

Lloremos, ojos cansados,
Los daños que padecemos,
Que no es razon que dejemos
Quejosos á mis cuidados.
Yo soy aquel que vivia
El más lejos del amor;
Burlaba de su dolor,
De su poder me reia.
Siempre de su trato huí,
Vanos fueron mis consejos;

Pensé que estaba de léjos,
Y halléle dentro de mí.
  De ver tanto atrevimiento
Toda el alma se alteró,
Y su gravedad perdió,
Turbado, el entendimiento.
  Mandóme al primero dia
Que lágrimas le ofreciera;
Obedecerle quisiera,
Mas yo llorar no sabía.
  El que no puede pasar
Sin llantos y desconsuelos,
Envíe al alma unos celos
Que la enseñen á llorar.
  Tomé esta licion de coro,
Tanto en ella repitiendo,
Que hasta cuando estoy durmiendo
Estoy soñando que lloro.
  De aquesto llegué á enfermar;
Y amor, que mi mal sintió,
A la esperanza mandó
Que me viniese á curar.
  Quien poco alcanza su ciencia,
Á más daño le encamina,
Pues su mayor medicina
Es aplicar la paciencia.
  Del mal á que estoy sujeto,
Tanto vivo atormentado,
Que el corazon ha llorado
Sus lágrimas en secreto.

Tanto ha llegado á sentir
Su riguroso desden,
Que ha llegado á estarme bien
El desearme morir.
Y con ser tal mi dolor,
Aquella ingrata, homicida,
Para animarme la vida
Aún no me ha dado un favor.
Bella Fílis, llegó el dia
En que ha llegado mi suerte,
Que vengo á buscar la muerte,
Y hallar la muerte querria.

---

FÍLIS.—PASCUAL.

*Fílis.*

Esfuerza y sirve, Pascual,
No te mudes por desden;

*Pascual.*

¿Porque si me quieres mal,
Esfuerce al que tratas bien?
¡Ay Fílis! que no hay esfuerzo
Cuando reina la sospecha;
Sufro y sirvo y nunca tuerzo,
Callo y muero y no aprovecha.
De dolencia tan mortal
La señal es el desden;

Cura no la hay en mi mal,
Viendo que á otro quieres bien.

*Fílis.*

Confiado y desconfiado
Solias mostrar buen gesto;
Pero veo que has mudado
De gusto y condicion presto.

*Pascual.*

Fuerzas tu sér natural,
Tú sola sabes por quién;
Que yo nunca diré mal
Del que tú tratares bien.
Fílis, las mansas ovejas
Dan lana y son apriscadas;
Las solícitas abejas
Dan miel y son regaladas.
Aprovecha cada cual,
Y aprovéchanles tambien,
Muere sirviendo Pascual
Sin esperanza de bien.
Si vos, mas no para vos,
Bueyes, sufris los arados,
Conformámonos los dos
En la paciencia y los hados.
Nuestro trabajo es igual
Y nuestro premio tambien;
Que cuando nos tratan mal
Entónces nos cargan bien.

Nunca á pastora pastor
Sirvió tan bien hasta agora,
Y nunca tratado peór
Se vió pastor de pastora.
Dirás que no pasa tal,
Y que me enojó un vaiven;
Fílis, golpe es, y mortal,
Sufrir mal y servir bien.

*Fílis.*

Pascual, mira que te engañan
Y te ceban de sospechas;
Los mismos que te enmarañan
Te dan las cosas por hechas.
Procuran que sirvas mal
Y desesperes de bien;
Mas corazon tal leal
No se muda por desden.

*Pascual.*

Pastora, ¡cuánta licencia
Me das que de tí me queje!
Acábasme la paciencia,
Y mandas que no te deje.
Es la dolencia mortal,
Y cúrasla con desden;
Déjame quejar mi mal,
Que ya no quiero otro bien.
Estaba libre y exento
Fuera de tu condicion;

Robaste mi entendimiento,
Pusísteme en sujecion.
Como ofreciste: «Pascual,
Sirve, y trataránte bien»,
Serví, y tratáronme mal,
Sin por qué, y áun sin por quién.

*Fílis.*

De mal acondicionado
Te viene ser sospechoso;
Piensas que Fílis ha errado,
Porque eres, Pascual, celoso.

*Pascual.*

Si quiere Fílis, tambien
Será de entrambos el mal;
Pero tuyo sólo el bien
Y el mal sólo de Pascual.
Contra mí ya, como ausente,
Te juntas con la fortuna
Por el mayor inocente
Que hay debajo de la luna.
Y quizá no fuera tal
Tratándole con desden;
Mira, si me quieres mal,
Cómo lo conozco bien.
¡Oh gran premio con que pagas
Al que servirte desea!
Que en mi presencia halagas
A quien mi daño rodea.

Pastora, tan desigual
No te venga otro desden,
Sino mudarse el zagal
Cuando tú le quieras bien.

*Filis.*

Nunca yo pensé que fueras,
Pascual, desagradecido,
Ni tampoco que anduvieras
Buscando nuevo partido.
Pero, visto que eres tal,
Yo quiero buscar á quien,
Ya que tú agradeces mal,
Sirva y agradezca bien.

*Pascual.*

Resucite inconvenientes,
Levante demostraciones,
Para que digan las gentes
Que eres ninfa de opiniones.
Mañana tratarás mal
A quien hoy tratares bien;
Pues alégrese el zagal,
Que él suspirará tambien.
Soy adversario tan flaco,
Que puedes sin recatarte
Cargar juntos como en saco
Los favores á una parte.
Echa todo tu caudal
En favorecer á quien,

Cuando le quisieres mal,
No te querrá mal ni bien.

*Fílis.*

Quéjaste de lo que hago,
Y tú no me dices nada;
¿A qué suerte de halago
Piensas tenerme obligada?
Dices trocarás tu mal
Porque á otro quiero bien;
Guarda no mudes, Pascual,
Que mudaré yo tambien.

*Pascual.*

Medias noches y alboradas,
Lugar buscado y postizo,
Comidas, cenas y entradas
Espesas como granizo;
Todo parece señal
De favorecer á quien,
Porque á mí me quieres mal,
Huelgas de tratarle bien.
Por quejas tomar enmiendas,
Tragar remoques pasados,
Tener palabras por prendas,
Dar enojos concertados.
Quien tal hace pague tal,
Y quien lo sufre tambien

Sufra que la quieran mal,
Finja que la quieran bien.
  En tí todo es á la clara
Vario y por una medida;
Al que muestras buena cara,
A esê quitas la vida.
  Tus obras por un igual,
Y tus palabras tambien;
Mas el pobre de Pascual
Nunca supo querer bien.

---

*Definicion de celos.*

  Dama de gran perfecion,
Valor y merecimiento,
Aquí, Señora, os presento
Aquesta definicion
De celos y su tormento.
  Y aunque no sea mi oficio,
Ni toque á mi profesion,
Con entrañable aficion
De haceros algun servicio,
Diré qué son y no son.
  No es padre, suegro ni yerno;
No es hijo, hermano ni tio;
No es mar, arroyo ni rio;
Ni es verano ni es invierno;
Ni es otoño ni es estío.

No es ave ni es animal,
Ni luna, sombra ni sol;
No es cuadrado ni bemol,
Piedra, planta ni metal,
Ni pece ni caracol.
Tampoco es noche ni dia,
Ni es hora, ni mes ni año;
Ni es lienzo, seda ni paño,
Ni latin ni algarabía,
Ni es ogaño ni es antaño.
No es villa ni áun es lugar,
Ciudad, ni plaza ni calle;
Ni es cerro, monte ni valle,
Ni cosa que poder dar,
Aunque se halle en la calle.
Por no ir más dilatando,
Ni proceder á infinito,
Mil cosas de decir quito,
Y agora iré declarando
Lo que dellos hallo escrito.
Son celos exhalaciones
Que salen del corazon,
Sofística presuncion,
Que pare imaginaciones
Con muy pequeña ocasion.
Acidente no apartado
De su dudoso sugeto;
Un ánimo variado,
Y un amor desordenado
De su preñado conceto.

Es opinion consultada
Con el propio entendimiento,
Y una eleccion aprobada,
Pasion por buena juzgada,
Tácito consentimiento.
Es una antigua morada
De contrarios pensamientos,
Alquimia de descontentos,
Voluntad precipitada
De airados movimientos.
Es vicio muy afeado,
En las entrañas escrito,
Y es un potro mal domado
De razon no gobernado,
Mas guiado de apetito.
Es envidia conocida
Que no sabe contentarse,
Y una paz interrumpida,
Yerba en el alma nacida,
Muy difícil de arrancarse.
Es jara en yerba tocada,
Aljaba que pare flechas,
Una traicion embozada
De contrarios rodeada,
Cárcel de dos mil sospechas.
Sello, que donde se sella,
Tarde ó nunca se desprende,
Purga que mata bebella
Y fuego que se enciende
De muy pequeña centella.

Es una fuente de enojos,
Rio de muchas crecientes;
Camisa hecha de abrojos,
Rejalgar para los ojos,
Neguijon para los dientes.
Manjar de ruin digestion,
Que mandan que no se coma;
Y un doméstico ladron,
Polilla del corazon,
De las entrañas carcoma.
Veladora centinela,
Y un cuidoso pensamiento
Que deja de andar y vuela,
Y una flaca sanguijuela
Que chupa todo contento.
Es huésped que en la posada
Manda más que el señor della;
Y es una antigua querella,
Y una agua, que represada
Muelen entrañas con ella.
Ley que á la sazon repugna
Y no consiente que mande,
Ni admite disculpa alguna,
De antojos espesa luna
Que hace la letrá grande.
Es una fiera muy brava
Que allá en las entrañas mora;
Casa do siempre se llora,
Y la verdad es esclava,
Y la sospecha señora.

Dice un discreto amador,
A quien esta plaga alcanza,
Que celos nacen de amor;
Mas respóndele un doctor:
No hay amor sin confianza.
Son celos vivo cuidado,
Y una incierta fantasía;
Una pesada porfía,
Y un corazon asomado
A mirar por celosía.
Ellos son que es cosa, y cosa
Que no se deja entender;
Un querer y no querer,
Ni rosa ni mariposa;
Ni son comer ni beber.
Y si investigar quereis
Más de lo que digo yo,
Vereis que no es sí ni nó,
Ni cosa que hallareis,
Pues que Dios no la crió.
No les puso nombre Adan,
Ni ellos tienen haz ni enves;
Mas si hallarlos pretendeis,
Sabed, Señora, que están
Donde vos teneis los piés.

---

*A la desesperacion de su amor.*

Salga, pues amor lo quiere,
La historia de mi fatiga,
Y por doquiera que fuere,
Todas mis pasiones diga
A quien oirlas quisiere;
Que oyendo los males della
En mi daño acontecidos,
Se ataparán los oidos;
Que sólo en pensar en ella
Tiemblan los cinco sentidos.
Y no haya más sufrimiento;
Descúbranse los cuidados
De mi vano pensamiento,
De puro miedo encerrados
Dentro de mi pensamiento.
Sepa el mundo en el estado
Que me han puesto tantos males,
Pues de ser tan desiguales
De contino, me han llegado
Hasta el alma las señales.
No hay esperanza de vida,
Ni yo la tendré jamás,
Con males tan sin medida,
Pues ha mil años, y más,
Que me llevan de vencida.
Examino la memoria,
Y viendo el notorio estrago,

Y que es dellos la vitoria,
Hago mucho, si lo hago,
De ponerlos en historia.
  Y sepan quién es amor,
Porque viendo el sufrimiento
Que he tenido en su rigor,
Tomarán buen escarmiento
Si creyeren mi dolor.
  Verán casos nunca oidos,
Con no decir la mitad
Dellos, en mí sucedidos,
Servicios de voluntad
Y muy mal agradecidos.

---

*Al silencio de sus quejas.*

  De los tormentos de amor,
Que hacen desesperar,
El que tengo por mayor
Es no poderse quejar
El hombre de su dolor.
  Cualquier mal es duro y fuerte,
Y tiene su furor loco;
Mas el mio es de tal suerte,
Que consume poco á poco,
Hasta llegar á la muerte.
  No hay mal que con publicallo
No se acabe, aunque sea fiero;

Mas yo, cuitado, que callo,
¿Cómo es posible pasallo,
Si de entrambas cosas muero?
Dí, Fílis: ¿quién me ha revuelto,
Que tal me ha puesto contigo?
¿Ó es demonio que anda suelto,
Ó venganza de enemigo
Que anda en amistad envuelto?
¿Qué te pueden haber dicho,
Con que tanto mal me han hecho?
¿Quién puso saña en tu pecho,
Que al trato ha puesto entredicho,
Y á mi vida en tanto estrecho?
Dígante cuanto deseas,
Hágante en ello servicio;
Pero tú nunca lo creas,
Ni me juzgues por indicio,
Hasta que claro lo veas.
¡Oh tiempo para llorarse,
Donde se sufre y se espera,
Y áun para desesperarse,
Pues quieres que un triste muera
Sin el gusto de quejarse!
Y pues en todo recibo
Agravio con daño cierto,
Hagan bien á este cautivo,
Que está, de medroso, muerto,
Y desesperado vivo.

———

*Al desengaño de amor.*

Ya no más casos pasados,
Descúbrase el pensamiento;
Servicios bien empleados
Cesen, como más culpados
En mi mayor perdimiento.
Mentiras, falsos engaños,
Ejemplos nuevos y extraños,
Escarmientos cada hora,
¿Quién los sufrirá, Señora,
Con muchos ni pocos años?
¡Oh fuerzas bien empleadas
De belleza y discrecion!
Contra mí fuísteis criadas,
Dende tiernas enseñadas
Para mi condenacion.
Con el daño que habeis hecho,
Contentad el fiero pecho;
Que huir, aunque sea tarde,
De escarmentado y cobarde
Será ya honra y provecho.
Todo mal se hace más blando
Con publicallo y decillo;
Mas yo sólo suspirando
Más quiero vivir callando
Que viviendo descubrillo.
Quéjase uno de un dolor,
Otro que mil no le dejan,

Otro que el suyo es mayor;
Mas, al fin, como es de amor,
Señora, todos se quejan.
  Pues lo quiso ansí mi suerte,
Callará mi fe sufrida
Hasta el fin de más no verte,
Y publicará la muerte
Lo que callaba la vida.
  Y si de mi poco aliento
No lo sufriere mi fe,
Quéjense todos al viento;
Que, aunque pese al sufrimiento,
Yo callando moriré.

---

*A una despedida.*

  Yo parto, y muero en partirme;
Y lo procuré y lo pago;
No me dejeis en el trago,
Señora, del despedirme,
Por el servicio que os hago.
  Mas temo que al despedir,
Aunque me veais morir,
Habeis de quedar quejosa
Porque acerté alguna cosa
En que os pudiese servir.
  Yo me parto de os mirar,
Donde no me podreis ver;

Contenta podeis quedar,
Que no es menester hacer
Fuerza para me olvidar.
  No pido que si me fuese,
Vuestra merced se sintiese;
Pues cuando yo más penaba,
Ni mirastes si os miraba,
Ni se os dió nada que os viese.
  Quedará con mi ventura
El lugar adonde os via,
Pero vuestra hermosura
Partirá en mi fantasía,
Donde siempre vive y dura.
  En ella se representa
Vuestra belleza y asienta;
Mas témome de una cosa,
Que siempre os veré quejosa,
Pues que nunca os ví contenta.
  No entrará en ella placer,
Sino siempre padecer
Y silencio de difunto;
Que el placer se junta junto
Para cuando os torne á ver.
  Pues cuando desta partida
Fuese de vos conocida
Cualquier liviana memoria,
Más haré en sufrir la gloria
Que hago en tener la vida.
  Mas pido, que cuando me fuere,
Sea yo en esta jornada

La cosa más olvidada
Que vuesa merced tuviere,
Pues no se perderá nada.
[Porque si de mi partida
Mostrais, aunque sea fingida,
Tener alguna memoria,
Más haré en sufrir la gloria
Que en el sostener la vida.
Captivo, ¿en qué devaneo?
Me hace caer la fe
Que tenía con el deseo,
Aquello que siempre fué
Como cosa que no veo.
De contino os deserví,
Nunca tan cerca de mí,
Ninguna vez que os mirase,
Que más léjos no os hallase
Que ausente estareis de mí.
Y agora, en el despedir
Pienso mudar condicion,
Mejor me fuera á pedir
Otro nuevo corazon
Para sufrir y partir.
El que á vos suele sobraros,
Señora, para extrañaros,
Pido, que el que tuve yo
Bien sabeis que me faltó,
Cuando os ví, para hablaros].

*

*A una piedra adonde se asentó su dama.*

Venturosa peña dura,
Agradable para mí,
Cuando me acuerdo que ví
Todo el bien de mi ventura
Sostenido sobre tí;
Sostuviste en perficion
Cuanto obró naturaleza,
Y dentro de esta belleza
Sostuviste un corazon
Que te excede en la dureza.
Que despues que fuí perdido
Porque mis ojos la vieron,
Las lágrimas que vertieron
Te hubieran enternecido,
Y jamás la enternecieron.
Desde aquí hago promesa
De siempre te visitar,
Que descanso en te mirar,
Porque sabes cuánto pesa
La causa de mi pesar.

---

Desdichas, si me acabais,
¡Cuán buena dicha sería!
Si áun de aquesto no os cansais,
Por mayor desdicha mia.
Poco os queda por hacer,
Segun lo que teneis hecho,
En que os podais detener
En un hombre tan deshecho,
Y tan hecho á padecer.
La costumbre dicen que es
Remedio grande á los males;
Yo digo que es al reves,
Que ántes los hace mortales.
Ved á lo que me han traido
La costumbre y sufrimiento,
Que, de puro ser sufrido,
Vengo á decir lo que siento,
Cuando estoy ya sin sentido.
Los que vieren que porfío
A quejarme de mi suerte,
Pensarán que desvarío
Con la rabia de la muerte.
Mas con todo, bien verán
Que no es tiempo de mentir;
Muy grande agravio me harán,
Viéndome para morir,
Los que no me creerán.

Todo lo tengo probado:
Hasta el bien me hace mal,
El no me hallar confiado
Era mi peor señal.
Temblaba el alma en los pechos
En ver sombras de alegría;
Bienes eran contrahechos,
Que siempre el placer venia
Víspera de mil despechos.
Si acaso estaba contento,
Que pocas veces sería,
Venia un remordimiento
Que el alma me deshacia.
Profecías eran estas
Del mal en que ora me veo,
Mil cosas llevaba á cuestas,
Que las llevaba el deseo
Sobre mi cabeza puestas.
Y áun me parecian á mí
Tan ligeras de llevar,
Que nunca tanto sentí
Como habellas de dejar.
Esto ya que era pasado,
Si el dejallo me dió pena,
Júzguelo quien lo ha probado;
Si alguna hora tuve buena,
¡Oh cuán caro me ha costado!

---

*

*A la variedad de la fortuna.*

Un pobre desesperado,
Teniendo en poco su vida,
Como persona aburrida,
Al lazo se ha condenado.
Y donde iba á acometer
Batalla tan de temer,
Halló un tesoro escondido;
Y rico y arrepentido
Trocó su lazo en placer.
Y el que le tenía encubierto,
Yendo á gozar de su oro,
Halló el lazo, y no el tesoro;
¡Oh, fortuna, este es concierto!
Y con la rabia y despecho,
Todo con ira deshecho,
Echó al cuello el lazo fuerte,
Y él mismo se dió la muerte:
¡Ved qué costa y qué provecho!

---

*Estando preso por una pendencia*
*que tuvo en Palacio.*

Estoy en una prision,
En un fuego y confusion,
Sin pensallo;
Que aunque me sobra razon
Para decir mi pasion,
Sufro y callo.

¡Oh, cuánto tiempo he callado,
Por gustar quien lo ha mandado,
De mandallo,
Sufrido y disimulado!
Y aunque estoy en este estado,
Sufro y callo.

El amor es quien ordena
Esta tan terrible pena
En que me hallo.
Sea muy enhorabuena;
Por ser la causa tan buena
Sufro y callo.

En este mal que me empleo,
Me deleito y me recreo
En contemplallo;
Que aunque me aprieta el deseo,
Por el tiempo en que me veo
Sufro y callo.

Espero agradecimiento,
Pues vemos que su contento
Es dilatallo.
Por ser grave el fundamento,
Dice siempre el pensamiento:
Sufro y callo.

Mostré con pecho fingido
Estar libre y ofendido
Sin estallo;
Y más en mi daño ha sido,
Porque ahora ya rendido,
Sufro y callo.

Procuré encubrir del alma
El dolor que me desalma,
Con negallo;
Mas, viendo mi bien en calma,
Y que otro goza la palma,
Sufro y callo.

El error de mi paciencia
Hiciera ya diligencia
En remediallo;
Mas, por ver que en tu inclemencia
Está dada la sentencia,
Sufro y callo.

Sé que aumenta tu contento
La causa de mi tormento,
Por causallo.
Dios sabe mi sentimiento,
Mas, pues remedio no siento,
Sufro y callo.

Hacerme ofensas injustas,
Tu rabia y tu enojo ajustas,
Por vengallo;
Y aunque sé que no son justas,
Viendo que tú dello gustas,
Sufro y callo.

Considera que el que rabia,
Con el dolor nunca agravia
En publicallo;
Y yo, que sé que eres sabia,
Por si esto te desagravia,
Sufro y callo.

No es mi mal para creer,
Ni ménos para poder
Disimulallo;
Mas solamente por ver
Cuándo se ha de fenecer,
Sufro y callo.

---

*A su pensamiento.*

Pensamiento mio,
No me deis tal guerra,
Pues sois en la tierra
De quien sólo fío;
Que si en tal altura
No vais poco á poco,
Quedaré por loco,
Y vos por locura.
Con alas deshechas
Vais dando ocasiones
Que vuestras canciones
Se vuelvan endechas.
Y no es el aprieto
De mi cobardía
Por vuestra osadía,
Mas por mi respeto.
Vuestra es ya la palma,
Mio es el tormento,
Pues de pensamiento
Sois prision del alma.
La disculpa hago,
Porque amor la haga,
Y lleva la paga,
Pero yo lo pago.
Aun pudiera ser
Temer donde osais,

Si como pensais,
Pudiérades ver.
  Mirad si se encarga
Mi poco sosiego,
Pensamiento ciego,
Por senda tan larga.
  Con todo, recibo
Un bien tan inmenso,
Que cuando lo pienso,
No pienso que vivo.
  Mis fieros tormentos
Serán aliviados
Si son sepultados
En mis pensamientos.
  Honrada y dichosa
Es vuestra subida;
Pero la caida
Muy más peligrosa.
  ¿Qué buen fin espera
Quien va sin recelo
Subiendo en el cielo
Con alas de cera?
  De vuestros antojos
Vencido el volar,
Daréis nombre al mar
Que han hecho mis ojos.
  Y el luto despues
Traeráse en venganza
Por mí, y la esperanza,
Y yo por los tres.

Podréis responderme,
Si doy en culparos,
Que sé aconsejaros,
Y no socorrerme.
Y en estos errores
Veréis lo que soy.
Consejos os doy,
Y tomo dolores.

---

*Encareciendo su mal pagado amor.*

¿Quién entenderá
Esto que aquí digo?
Que parecerá
Que me contradigo.
Secretos divinos,
A vosotros quiero;
No voy por caminos,
Sino por sendero.
Hágame lugar
El placer un dia,
Déjeme contar
Esta pena mia.
Siempre he de ser triste,
Sin ser desdichado,
No sé en qué consiste,
Todo lo he probado.

No digo el contento,
Que no sé á qué sabe,
Parece escarmiento
Porque no me alabe.
¿Qué es de las mudanzas
Que hace fortuna,
Que en mis esperanzas
No veo ninguna?
¿Qué es de las promesas,
De que persevera,
Que si faltan esas
No hay ley verdadera?
¿Quién habrá que acierte
Cuando no son tales?
¿Qué hace la muerte
Tras penas mortales?
Dásme á buena cuenta,
Cielo mio avaro,
Rayos y tormenta,
Y nunca sol claro.
Háganme saber
Qué llaman favores;
Daré yo á entender
Qué llamo dolores;
Que si no se ofenden
De lo que me ofendo,
Ellos no lo entienden,
Ó yo no lo entiendo.
Tambien he gozado
Yo de un mirar tierno;

Mas háme causado
Ansias del infierno.
  Y aunque sé qué es
Habla regalada,
Del bien de despues
No sé si sé nada.
  ¿De qué me aprovecha
Blanda condicion?
De llevar la flecha
Hácia el corazon.
  Piensan que alcanzado
El fin de su gusto,
Que queda pagado
Un amor al justo.
  ¡Qué breve alegría!
¡Ojalá si fuera!
Que quizá algun dia
Contento viviera.
  Ellos nunca ven,
Como yo bien veo,
En medio del bien
Rabiar el deseo.
  Si un punto me falta
De su pensamiento,
La gloria más alta
Me será tormento.
  Dura voluntad,
Mal intencionada,
Contigo verdad
No aprovecha nada.

No el ver otros hombres
Me quita el sosiego,
Mas saber los nombres
Del agua y del fuego.
Tanto sobresalta
Amor cuando excede,
No porque el bien falta,
Pero porque puede;
Que no ha de tener
Más de liberal,
Ni hay más que saber
Que saber amar.
Yo sé adónde llegan
Encarecimientos,
Y dónde se ciegan
Los entendimientos.
Fáltenme los cielos,
Dios me sea enemigo,
Si me mueven celos
A lo que aquí digo;
Sino que te acate
Como se encarece,
Y que amor se trate
Como lo merece.
Quiéroos preguntar,
Bien de mis pasiones,
Estas condiciones
¿Podránse guardar?
Esta dulce palma
¿Podré yo ganalla?

¿Podréis darme el alma,
Para no quitalla?
  Sigo este camino,
Que es el acertado;
Que amor es divino,
Aunque esté humanado.
  Porque esotra gente
Vive con rudeza,
Siente vulgarmente
De tanta grandeza.
  Nunca amor me ofenda,
Ni tanto mal haga,
Que me dé la prenda
Si no dá la paga;
  Porque este es un daño
Que no hay quien lo sienta;
Piensan que es engaño,
Y no es sino afrenta.

---

Pastora, si mal me quieres,
Y deseas apartarme,
Bien lo muestras en mirarme.

Contigo tienes testigos,
Señora, destos antojos;
Que el corazon y los ojos
Nunca fueron enemigos.
Huyen de tí tus amigos,

Y tú huyes de mirarme,
Que yo no puedo apartarme.
  Nadie ponga la aficion
En voluntad ocupada,
Que al cabo de la jornada
Pára en desesperacion;
Yo busco mi perdicion,
Y tú quieres ayudarme,
Pastora, con no mirarme.
  Doblada tiene la queja
El pastor que por tí muere,
Si quieres á quien te deja,
Y dejas á quien te quiere;
Vaya amor adonde fuere,
Que aunque quieras apartarme,
No podrás con no mirarme.

---

*Esta es la justicia*
*Que mandan hacer*
*Al que por amores*
*Se quiso perder.*

Engañó al mezquino
Mucha hermosura,
Faltó la ventura,
Sobró el desatino;
Errado el camino
No pudo volver

El que por amores
Se quiso perder.
  Entró simple y ciego,
Mas no sin razon;
Hízose aficion
De lo que era juego;
Él encendió el fuego
En que habrá de arder
El que por amores
Se quiso perder.
  Sin estudio alguno
Dió Amor la sentencia,
Juzgóle en presencia
Por ciego, importuno;
No creyó ninguno
Lo que habia de ser;
Esta es la justicia
Que mandan hacer.
  Mándanle servir
Aunque no contente,
Y si se arrepiente
Que no ha de huir;
Que quiera morir
Y no pueda ser;
Esta es la justicia
Que mandan hacer.
  Sea con testigos
Si habla ó si mira;
Trátenle mentira
Amigos de amigos,

Y á sus enemigos
Haya menester
El que por amores
Se quiso perder.
  Sufra disfavores
Hechos por antojo,
Háganse del ojo
Sus competidores,
Y los miradores
Échenlo de ver;
Esta es la justicia
Que mandan hacer.
  Si acaso algun dia
Habla con su dama,
Mire ella al que ama
Y con él se ria;
De envidia y porfía
Se ha de mantener
El que por amores
Se quiso perder.
  Diga su cuidado,
Mas no sea creido;
Ántes que sea oido
Sea condenado,
Quiera ser mirado,
No le quieran ver
Al que por amores
Se quiso perder.

---

*Carillo, ¿quiés bien á Juana?*
*Como á mi vida y como á mi alma.*

Amor es de condicion,
Que cuando se encubre crece,
Y una terrible aficion
Claro y léjos se parece;
Si la causa lo merece,
No encubras mal que no sana.
*Carillo, ¿quiés bien á Juana?*
*Como á mi vida y como á mi alma.*
En tu semblante y meneo,
Pastor, estás asombrado;
Mezquino el enamorado
Que pierde el tiempo y deseo.
Nunca hables de rodeo,
Sino claro y á la llana.
*Carillo*, etc.
Tiéneme el mal tan sujeto,
Y el sugeto es tan subido,
Que no callo de secreto,
Sino de puro aturdido;
Acidente es de vencido
Estar entre miedo y gana.
*Carillo*, etc.
Entre querer bien y amar
La diferencia es dudosa:

Quiero bien la que es sin par,
Y amo la que es hermosa:
Querer bien es mayor cosa,
Y amar cosa más humana.
*Carillo*, etc.
  Pequeña prenda es la vida
Cuando el alma está obligada
Por voluntad tan valida,
Y pena bien empleada;
Vida y alma será nada
Si te quiere esta tirana.
*Carillo*, etc.
  Ruede el mundo, y siempre crezca
Hermosura más y más;
Nunca nacerá jamás
Ninguna que le parezca,
Ni otrá que tanto merezca
Habrá como esta villana.
*Carillo*, etc.
  Por razon nos enamora,
Por voluntad nos destruye
La que del vencido huye,
Siendo libre y vencedora;
Yo firme, mas la traidora
Voluntaria é inhumana.
*Carillo*, etc.
  Turbadora de reposo,
Anzuelo de voluntades,
Pecho de contrariedades,
Aunque en extremo hermoso;

Sólo aquel será dichoso
Que la quiere, si ella ha gana.
*Carillo, ¿quiés bien á Juana?*
*Como á mi vida y como á mi alma.*

---

Pues no me vale servir,
Amar ni bien querer,
¿Qué me ha de valer?

Servicios bien empleados,
Aunque mal agradecidos,
Tal soy yo, que vais perdidos
Por donde otros van ganados;
Que mi ventura menguada
Y enemiga de mi bien
Os ha traido ante quien
Poco es mucho, y mucho nada.
Pues al fin de la jornada
Y tiempo del merecer,
El servir no vale nada,
El amar ¿qué ha de valer?

---

*Á Doña Leonor de Toledo.*

Ten ya de mí compasion,
Zagaleja,
Y ablanda tu condicion,
Que quien te hizo leon
Te pudiera hacer oveja.

Si el que servirte desea
Es el primer ofendido,
¿Quién seguirá tu partido,
Que otro como yo no sea?
En lo que me vi se vea,
Cuando ponga su aficion,
Zagaleja,
En la ira del leon
Y mudanza de la oveja.

Haber, zagala, victoria
De un siervo sin libertad,
Es dar al vencido gloria
Y al vencedor poquedad;
Trata con humanidad
Á quien vences por razon,
Zagaleja,
Siendo con bravos leon
Y con humildes oveja.

Quien fuere más á la llana,
Ménos errara el camino;

Que el amor es cosa humana,
Aunque le llaman divino.
No venzas por desatino,
Ya que vences por razon,
Zagaleja;
Sé leona con leon,
Y con carneros oveja.
Si á quien huye y no te quiere
Sigues tú como perdida,
El pastor que por tí muere
Cornudo irá á la otra vida.
Siempre andarás de partida;
Mas nunca en una opinion,
Zagaleja,
Siendo con leon oveja,
Y con oveja leon.
Das higas al que agradece
Por mercedes los pesares,
Y das favores á pares
Al que no te los merece;
Pues ese que te parece
Conforme á tu condicion,
Zagaleja,
Tú le tienes por leon
Y nosotros por oveja.

---

*Va y viene mi pensamiento*
*Como el mar seguro y manso ;*
*¿Cuando tendrá algun descanso*
*Tan continuo movimiento?*

Glosa.

Parte el pensamiento mio
Cargado de mil dolores,
Y vuélveme con mayores
De la parte do le envío.
Aunque desto en la memoria
Se engendra tanto contento,
Que con tan dulce tormento
Cargado de pena y gloria,
*Va y viene mi pensamiento*
Como el mar muy sosegado
Se regala con la calma,
Así se regala el alma
Con tan dichoso cuidado.
Mas allí mudanza alguna
No puede haber, pues descanso
Con el mal que me importuna,
Que no es sujeto á fortuna,
*Como el mar seguro y manso.*
Si el cielo se muestra airado,
La mar luégo se embravece,

Y miéntras el mar más crece,
Está más firme en su estado.
  Ni á mí me cansa el penar,
Ni yo con el mal me canso;
Si algo me podrá cansar,
Es venir á imaginar
*Cuándo tendrá algun descanso.*
  Que aunque en el más firme amor
Mil mudanzas puede haber,
Como es de pena á placer
Y de descanso á dolor,
  Sólo en mí está reservado
En tan fijo y firme asiento;
Que sin poder ser mudado,
Está quedo y sosegado
*Tan continuo movimiento.*

---

*La bella mal maridada.*

Glosa á una mujer fea y discreta.

  Al tiempo que el cielo quiso
Haceros, dama graciosa,
Su mano muy poderosa
Todo lo que os dió de aviso
Os quitó de ser hermosa.
  Así que, sois avisada,
Pero de mal parecer;

No os dé, Señora, nada;
Que habiendo de ser casada,
Imposible será ser
*La bella mal maridada.*
Tened contento, Señora,
Con cualquier cosa que sea;
Que no siendo matadora,
Para los gastos de ahora
Es gran descanso ser fea;
Que muchas hermosas ví
Volverse feas despues,
Mas no avisadas así;
Mayormente que no es
*De las más lindas que ví.*
En el quinto mandamiento
No tendreis qué confesar;
Del gusto tened contento;
Que de obra ni pensamiento
Con él no haréis pecar.
No tengais estos favores
De Dios, mi Señora, en poco;
Que entre cien mil servidores,
Nadie se os volverá loco,
*Si habeis de tomar amores.*
Renegad de Policena,
De la Cava y de Hipermestra,
La reina Dido y Elena;
Más vale una faicion vuestra,
Que se deja ver sin pena.

Y pues veis que nadie os quiere,
Por ser la más fea que ví,
Al primero que viniere
Cerrad con él, si dijere:
*Vida no dejeis á mí.*

---

*Jugaban al más certero*
*Interes y el Amor franco;*
*Interes daba en el blanco,*
*Y Amor erraba el terrero.*

Glosa.

Estando Amor enojado,
Alcanzado de paciencia,
El Interes ha llamado
Tanto, que le fué forzado
De venir en competencia.
Amor, como caballero,
Tomó flechas de aficion;
Interes sólo al dinero,
Y en un libre corazon
*Jugaban al más certero.*
Fué libre porque sintiese
La más sabrosa herida;
Libre porque no torciese
La justicia conocida
A quien mejor la tuviese.

Y despues que hubieron puesto
En el terrero su blanco,
Armaron los arcos presto,
Y juntos se van al puesto
*Interes y el Amor franco.*
Amor no quiere tirar
Porque le estorba el temor,
Que le hace recelar;
¿Quién vido jamás ganar
El Interes al Amor?
Pero al fin tiró una flecha,
Y apénas llegó al barranco,
En el aire fué deshecha;
Con otra, de oro hecha,
*Interes daba en el blanco.*
Amor estaba corrido
De ver su gloria al reves,
Y ruégale al Interes
Que vuelvan á su partido,
A ver si pierde otra vez.
Vuelven al puesto primero,
Y juntos en un nivel,
Con un tiro de dinero
Interes dió en medio dél,
*Y Amor erraba el terrero.*

---

*Ser vieja y arrebolarse*
*No puede tragarse.*

Glosa.

El ponerse el arrebol
Y lo blanco y colorado
En un rostro endemoniado,
Con más arrugas que col,
Y en las cejas alcohol,
Porque pueda devisarse,
*No puede tragarse.*
El encubrir con afeite
Hueso que entre hueco y hueco
Puede resonar un eco,
Y el tenello por deleite,
Y el relucir como aceite
Rostro que era justo hollarse,
*No puede tragarse.*
El encubrir la mañana
Los cabellos con afan,
Y dar tez de cordoban
A lo que de sí es badana,
Y el ponerse á la ventana,
Siendo mejor encerrarse,
*No puede tragarse.*
El decir que le salieron
Las canas en la niñez,

Y que de un golpe otra vez
Los dientes se le cayeron,
Y atestiguar que lo vieron
Quien en tal no pudo hallarse,
*No puede tragarse.*

---

*

*Quiero lo que no ha de ser.*

Glosa.

El gusto de contemplaros
Nadie lo alcanza sin veros,
Y pues merecí miraros,
Quiero morir por quereros
Más que vivir sin amaros;
Y si ofende á vuestro sér
Entender que por vos muero,
Discúlpese con saber,
Señora, que ya que quiero,
*Quiero lo que no ha de ser.*

---

*

*Mote.*

No quiero bien que no tura,
Ni temo mal que se acaba.

---

No parece inconveniente
Dos contrarios en mi mal,
Si el pesar es natural,
Y el placer por acidente.
Quien, como yo, calla y muere
En miedo y desconfianza,
Si tiene alguna holganza
Es ser vos la que lo quiere;
Mas si vuestra mano siente
Como yo, y quedare tal,
Cantará, siendo mortal,
Que vive por acidente.
Viéndome de vos ausente,
Todos los males que siento
Me traen al pensamiento
El bien que tuve presente.
Y si alguno se me ofrece
En esta triste memoria,
Háceme llorar la gloria
Que ya tuve y no parece.
Juntáronse á perseguirme
El tiempo, lugar y el punto;
Yo tambien halléme junto
Hasta la hora del partirme.
En daros este placer
Todos fueron contra mí,
Y yo, porque me partí
Adonde no os podré ver.

---

*

Pensamientos, dónde vais,
Mirá que no os despeñeis;
¿Para qué os aventurais,
Pues ventura no teneis?
¿Cómo podréis sustentaros
Sin ventura ni esperanza
Contra mi desconfianza
Que anda ya por derribaros?
Paréceme que direis:
«Cobardemente hablais,
Y pues no nos ayudais,
Ménos nos aconsejeis».
Pensamiento confiado,
Para mí tan trabajoso;
Vos me teneis por medroso,
Yo á vos por desesperado.
Pues véamos lo que hareis
Cuando en lo alto os veais,
Sin ventura en que os tengais,
Ni esperanza en que os fieis.
Bien os tienen, pensamiento,
Por liviano y atrevido,
Pues tan presto habeis subido
Do os podrá llevar el viento.
No sé en lo que parareis,
Pero sé que os desmandais,
Y que lo que deseais
Aun vos no lo alcanzareis.

Si se sufre aconsejaros,
Pensamientos altaneros,
Procurad entreteneros,
Mas no de desengañaros.
Porque si os desengañais,
Con la altura adonde os veis,
Muy gran caida dareis,
Por livianos que seais.

---

*

Si del mirar nace
Tanto mal pasar,
Dichoso el que puede
Vivir sin mirar.

Bienaventurado
El que nació ciego
Sin temor del fuego
Del haber mirado;
De dichoso estado
Se puede alabar,
Pues que libre pudo
Vivir sin mirar.
No verá belleza
Que con verla ciegue
De quien su alma pruebe
La áspera fiereza,
Pues en su llaneza
Podrá desear

Nunca tener vista
Para no mirar.
  De ordinario vemos
Del mirar mil daños,
Donde un siglo de años
Del alma perdemos.
Destos dos extremos,
Mirar ó cegar,
Dichoso el que ciega
Para no mirar.
  Su alma no fía
Del mirar ajeno,
Ni su malo ó bueno
De su cortesía.
La noche y el día
Se podrá gozar,
Sin temer la muerte
Que causa el mirar.
  No del ceño extraño,
Fingidos enojos,
Ni de un volver de ojos,
Teme el cierto daño;
Aunque aqueste engaño
Se puede pagar,
El más muerto suele
Vivir sin mirar.
  Tras un mirar tierno
Viene el abrasarnos,
Y del no mirarnos
Un tormento eterno.

Si de aqueste infierno
Te quieres librar,
Antes muere ó ciega
Que querer mirar.

---

*

«No ganará poco quien perdiera el dormir en servicio de V. md. como hizo el autor componiendo la noche pasada estos versos. Y porque sea mejor perdido, y los versos ganados, conságrolos á la hermosa sangre que salió de su muy Ilustre Persona, la cual aligera el sueño y acrecienta la vena á los poetas».

*El bombodombon,*
*La bombodombera,*
*¡Quién fuera lanzon,*
*Quién lanceta fuera!*

Quien lo que quiere no puede,
Ni quiere lo que podria,
Ni se canse, ni se quede,
Mas eche por otra vía;
No mude la fantasía
El que muda la manera,
*La bombodombera.*

Procurar empresa vana
Es de muy gran majadero;
Yo deseo ser barbero,
Porque hiere y porque sana;
Y aunque es cosa muy humana,
Señora, en esta ocasion
*¡Quién fuera lanzon!*
Nunca vaya por rodeo
Quien desea lo imposible,
Procure ser invisible,
Que es más dulce devaneo;
Pero en la ocasion que veo
De entrar en la sangradera,
*¡Quién lanceta fuera!*
Aun te vea yo sangrada
Y traida al retortero,
Pues á tanto caballero
Traes la sangre quemada.
¡Oh pena bien empleada!
Mas mejor el que la diera
*A la bombodombera.*
Sangría sin ocasion,
Si es con arrebatamiento,
Dá muy grande alteracion
Y poco contentamiento;
Si te sangrares de asiento,
Yo barbero y tú barbera,
*La bombodombera.*
Saca la sangre traidora
Con que tanto mal hiciste,

Desde el punto que quisiste
Mostrarte mi matadora;
Tú animosa, tú Señora,
Yo siervo sin corazon,
*El bombodombon.*
  Quien dá general tormento,
Sángrenle de la eleccion
Por nuestro quebrantamiento
Y su mala condicion;
No se pase la ocasion
Antes que la primavera,
*¡Quién lanceta fuera!*
  En sangría de verdad
Con que la salud se cobra,
Hay tanta necesidad
De instrumento como de obra;
Si aprovecha lo que sobra,
En semejante ocasion
*Quién fuera lanzon.*

---

*

El que fué con tu licencia
Y vino por tu mandado,
Te escribe agora en presencia,
Más ausente y olvidado
Que cuando estaba en ausencia.

Por ventura esta mi carta
Te causará algun disgusto
Con otras que el viento lleva,
No me espanto si te harta,
Porque suele mudar gusto
El que muchas cosas prueba.

---

*Himno en loor del Cardenal*
*Don Diego de Espinosa.*

Mi pluma se levante,
Que con suave canto
Celebre el rojo manto
Del hábito triunfante,
Y ensalce esta jornada
En ocasion tan bienaventurada.
¿Cuál fué la estrella clara
Que con dichosa lumbre
Desde la octava cumbre
Miró con dulce cara
Al niño dedicado
Á la justicia, religion y estado?
Las tres le recibieron
Luégo como nació;
En sus brazos creció,
Y ellas le mantuvieron
Con leche de su seno
Y lumbre de lo honesto y de lo bueno.

Profetizó el camino
En ocasion dudosa
Á la madre cuidadosa
Un ciego peregrino,
Y el dueño del altura
Por medio humilde muestra gran ventura.
En los años creciendo,
Crecia en la virtud,
La verde juventud
Fué en letras floreciendo,
Y todo juntamente
Conforme á la madura edad presente.
¡Oh de fe norte y guía,
Ejemplo de la vida!
¡Oh columna encendida,
Que nos sustenta y guía,
Maestro de prudencia!
¡Oh pecho lleno de piedad y ciencia!
Tú, alma de la ley,
Consejo libre y sano;
Tú, incorruptible mano,
Sagrario en que tu rey
Tiene depositados
Sus altos pensamientos y cuidados.
Virtud que nos sustenta,
Sér cumplido y perfecto,
De admiracion sugeto,
Que á nadie descontenta,
A quien el gran monarca
Encomienda el gobierno de su barca.

Cual honra el alto cielo
El sol resplandeciente
De nube transparente,
Como purpúreo velo
Tornó el sumo Pastor
En púrpura ilustrísima de honor.
Quien deseaba verte
Donde ocasion alguna
De súpita fortuna
No pudiese empecerte,
Te vió seguro presto,
Fuera de humana envidia y rencor puesto.
Es admirable cosa
Que la fortuna y seso
Se igualan en un peso:
Don Diego de Espinosa
Con su merecimiento
La fortuna igualó al entendimiento.
Revuelve, oh padre claro
Y senador del mundo,
Ese camino profundo
Á este amigo caro,
Que otra lumbre no quiere
Sino la que tu resplandor le diere.

---

### *Á Vénus.*

Vénus se vistió una vez
En hábito de soldado;
Páris, ya parte y juez,
Dijo, de vella espantado:
«Hermosura confirmada
Con ningun traje se muda:
¿Véisla cómo vence armada?
Mejor vencerá desnuda».

---

### *Á Lais.*

Laïs, que ya fuí hermosa,
Este mi espejo consagro
Á tí, Vénus sacra diosa,
De hermosura milagro.
Ya yo no le he menester
Si no tornas á hacerme,
Pues cuál fuí, no puedo ser,
Y cuál soy, no quiero verme.

---

*Á la misma.*

De otra arte me parecias,
Laïs, que agora me pareces;
Yo te ví que amanecias,
Y véote que anocheces.
Y agora, de antojadiza,
Quiéresme encender la vida
Con una hacha caida
En medio de la ceniza.

---

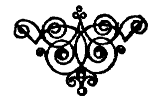
*Á los hijos de Pompeyo.*

La Asia y la Europa encierra
Los dos hijos de Pompeo,
Y al padre mató en la tierra
De Egipto el rey Tolomeo.
El mundo todo á tropel
Se juntó á dalles cabida;
Que para tan gran caida
No bastó una parte dél.

---

*Á Dido.*

Dido, mujer de Siqueo,
Pues tal nombre perdí,
Que se escriba sobre mí
Este título deseo:
«El peor de los Troyanos
Dió la causa y la espada...»
Dido, á tal punto llegada,
Puso la muerte y las manos.





# POESÍAS

## SATÍRICAS Y BURLESCAS.

—

*Sonetos.*

I.*

Cortada sea la mano que te diere
Puñada ó mojicon, aunque más digas;
Y pues que á tí mesma no castigas,
Castíguete el demonio si pudiere.
  Encima de mis ojos lluevan higas;
Haga vuestra merced cuanto quisiere,
Que terné cualquier mal que me hiciere,
Por remuneracion de mis fatigas.
  Puta vieja, traidora y hechicera,
No hay paciencia tan baja que no sea
Virtud, aunque me arrastres por el suelo.
  Quien quiebra la vasija en que se mea,
¡Cuánto es mejor hacelle una vasera
De escarlata, damasco ó terciopelo!

28

## II. *

¡Quien de tantos burdeles ha escapado
Y tantas puterías ha corrido,
Que le traiga á las manos de Cupido,
Al cabo y á la postre, su pecado!
Más querria un incordio en cada lado
Y en la parte contraria un escupido,
Que verme viejo, loco, entretenido
Del viento, y en el aire enamorado.
Comencé este camino de temprano,
Sin estar libre una hora de contienda,
Y todo lo recojo agora en suma.
Rapaz tiñoso, ten queda la mano,
Que te daré de azotes con la venda,
Y pelarte he las alas pluma á pluma.

## III. *

Señora, la del arco y las saetas,
Que anda siempre cazando en despoblado,
Dígame por su vida: ¿No ha topado
Quien la meta las manos en las tetas?
Andando entre las selvas más secretas,
Corriendo tras algun corzo ó venado:
¿No ha habido algun pastor desvergonzado
Que le enseñase el son de las gambetas?

Hará unos milagrones y asquecillos,
Diciendo que á una diosa consagrada
Nadie se atreverá, siendo tan casta;
Allá para sus Ninfas eso basta;
Mas acá para el vulgo, por Dios, nada,
Que quien quiera se pasa dos gritillos.

IV.*

Don Marte capitan, y crespa Aurora,
Vénus la novia del herrero flaco,
Céres la panadera, bríndis Baco,
Pálas mujer del duelo esgrimidora;
Apolo el antorchero y su señora,
La dama del laurel y del tabaco,
Eco la emparedada, Lepe, Caco,
Narciso el puto, la hortelana Flora;
Júpiter el farsante hecho toro,
Juno celosa, perro de hortelano,
Mercurio su cartero con alones,
Celebraban con risa el triste lloro,
Que por mi Ninfa hago, mano á mano,
Sin dárseles por mí dos cagajones.

## V.*

Dicen que dijo un sabio muy prudente
Que el hombre era milagro, y fué loado;
Otro dijo que era árbol trastornado;
Mas cada cual habló del acidente.
Quien dijo que era mundo abreviado
Declaró la razon cumplidamente,
Porque sobre su centro está posado,
Un ánima lo rige que él no siente;
Ánima no sentida y movedora,
Tú que árbol y milagro y mundo dentro
Y mayores honduras ves al cabo,
Mira el ojo del culo que es el centro,
Y si árbol no tuviere, mi señora,
Hallarásle dos centros en el rabo.

## VI.*

Jorge, que fuí ladron hasta una paja,
En memoria de mi arte y suficiencia,
Á la puerta consagro desta Audiencia
Este dedal de plomo, esta navaja.
Nunca entre noche y dia hice ventaja,
Ni entre manga y bragueta diferencia;
Cualquier bolsa me daba la obediencia,
Inclinábase á mí cualquier alhaja.

Teniendo tanta honra ya ganada,
No hay para qué hollar pisadas viejas
Ni andar del blanco al negro salpicando.
Recójome, aunque tarde, á la posada,
Contento con dejar ambas orejas,
Por no quedar al sol bamboleando.

## VII. *

Demócrates, deléitate y bebamos,
Que para siempre no hemos de durar,
Ni puede para siempre nadie estar
En esta vida en que agora holgamos.
Y pues perdemos cuanto acá dejamos,
Con ungüento oloroso nos untar
Y guirnaldas la frente coronar
Se procure, que al fin al fin llegamos.
La honra que merece la mortaja
Quiero me la yo hacer en este mundo
Y remojarme en cuanto vino sé;
Que si de acá me llevo esta ventaja,
Cuando despues llegare en el profundo,
Ahógueme el diluvio de Noé.

## VIII. *

Esta piedra, puñal derrama-seso,
Este guante, este casco, este broquel,
La espada que rebana, como queso,
Brazos, piernas, cabezas á tropel,
No pudiendo sufrir tan grave peso
Como es la vida airada del burdel,
Despues de haber herido á Anton Sabueso
Salta atras, y á las puertas cuelga dél
Su cuerpo más arpado que un harnero,
Un zafiro por medio de la haz;
En Vilches se recoge á ser ventero,
No por estar seguro y á solaz,
Mas por servir á Dios tan por entero
Que reciba su alma en santa paz.

## IX. *

Este es el propio tiempo de emplearse
Cuando el padre Hebrero nos enseña,
Ora mostrando cara halagüeña,
Ora mostrando al cielo de enojarse.
Cualquier hombre procure mejorarse
Si no está satisfecho de su dueña;
Estar en un propósito es de peña,
Y del tiempo y del hombre es el mudarse.

Natura nos formó con mejor tino
De gusto, de elecion, de quién, de cuándo,
Y nosotros hacémonos atados.
  Cada cual tome ejemplo en su vecino,
Pues vemos á los gatos ir maullando
Por bodegas, desvanes y tejados.

X. *

¡Oh Vénus, alcahueta y hechicera,
Que nos traes embaucados tierra y cielo,
Cuántas veces, por falta de una estera,
Heciste monipodios en el suelo!
  ¡Cuántas veces te han visto andar en celo
Tras los planetas machos, cachondera,
Abrazada luchando pelo á pelo
Y pellejo á pellejo dentro y fuera!
  No me andes rodeando, puta vieja,
Que no tengo tan dura la costilla;
Guarda que esta mi mano te apareja,
  Con un cuarto abrochado ó calderilla,
Un *memini* caudal de rabo á oreja,
Cual nunca dió á mujer hombre en Castilla.

## XI. *

*Á la Luna.*

Á vos la cazadora gorda y flaca
Que nunca os falta el moco y romadizo,
¿Porqué un pastor á escuras os lo hizo,
Si de casta os precia, doña Bellaca?
Y si en la matadura de una haca
Os cebais al entrar por cobertizo,
¿Por qué traés el mar espantadizo,
Que no es poco sorberse una carraca?
Todos dicen que es Luna á trochemoche,
Y tráenos el seso á la redonda
Con esta vanidad é hipocresía;
Pues si el sol no alumbrase á la cachon-
No alcanzara más luz su señoría [da,
Que el rabo de una negra á media noche.

## XII. *

Preciábase una dama de parlera,
Y mucho más de grande apodadora,
Y encontrando un galan así á deshora,
Sin conocerle ni saber quién era,
Le dijo, en ver su talle y su manera:
«Pareceis á San Pedro», y á la hora
Rióse muy de gana la señora,
Como si al propio aquel apodo fuera.

Volvió el galan, y vió que no era fea,
Y en el punto que allí se ve quien sabe,
Le respondió con un gentil aviso:
«Mi reina, aunque San Pedro yo no sea,
Á lo ménos aquí traigo la llave
Con que le podré abrir su paraíso».

## XIII.

Dentro de un santo templo un hombre
[honrado
Con grande devocion rezando estaba;
Sus ojos hechos fuentes, enviaba
Mil suspiros del pecho apasionado.
Despues que por gran rato hubo besado
Las religiosas cuentas que llevaba,
Con ellas el buen hombre se tocaba
Los ojos, boca, sienes y costado.
Creció la devocion, y pretendiendo
Besar el suelo al fin, porque creia
Que mayor humildad en esto encierra,
Lugar pide á una vieja; ella, volviendo,
El salvo-honor le muestra, y le decia:
«Besad aquí, Señor, que todo es tierra».

*Sátira á una alcahueta.* *

Hay una, quien quisiere saber della,
Oiga, que Dipsas dicen que se llama;
Es vieja, que holgareis de conocella.
De los lazos y telas que ata y trama
Le vino el nombre, que tan bien le viene
De alcahueta y hechicera, es fama.
Gran mando el sacro Baco en ella tiene;
Jamás vió el sol que no se hallase llena
Del falerno licor que la entretiene.
Parece que no tiene sangre en vena,
Vieja, arrugada, sucia, fiera y fea,
Que su mismo semblante la condena.
Sabe todas las artes de Medea;
Las yerbas y las piedras más potentes
Sabe mudar en lo que más desea.
Volver hace á sus fuentes las corrientes,
Y hace el sereno cielo estar nublado
Y el nublado con rayos refulgentes.
Yo ví, si me creeis, el estrellado
Cielo gotas de sangre destilando,
Y el orbe de la luna ensangrentado.
Pienso que ésta de noche anda volando
Entre nocturnas sombras, bruja hecha,
Con pluma el viejo cuerpo cobijando.
Es famà, y ántes tuve yo sospecha,
Que goza de doblada vista el ojo
De la putana vieja contrahecha.

Nadie la puede ver que no haya enojo;
Tal es su sucio gesto y mal semblante
Que parece diabólico despojo.
Hiende la fria tierra en un instante,
Y provoca las almas del infierno,
Do Furia no hay á ella semejante.
No se le escapa niña ó niño tierno,
Cuya sangre no chupe, mengüe ó beba,
Trayendo al diablo siempre en su gobier-
Á do quiera que va, contino lleva [no.
El cuello de un rosario rodeado,
Con que á las simplecillas mozas ceba.
Á dicha ó á desdicha fuí llevado
Á parte do su mal consejo daba,
Á quien de hermosas damas es dechado.
Tales palabras de malvada hablaba
Á la presente estrella que tenía
(Yo detras de una puerta la escuchaba):
«Bien sabes, clara luz del alma mia,
Que ya te vió y habló aquel mancebo,
Y dijo que eras toda su alegría.
»Mas tal es tu hermosura, tal el cebo
Que tu vista derrama, si tuvieras,
Conforme á tu valor, vestido nuevo,
»Tan dichosa pluguiera á Dios que fueras
Como eres más hermosa que ninguna,
Que yo sé que quizá me socorrieras.
»Mas fuéte muy contraria la fortuna
Con la estrella de Marte, pero mira
Qué coyuntura viene ahora oportuna.

»Un nuevo y rico amante que suspira
Por agradarte, y muere por servirte,
Y lo que has menester todo lo mira;
»De su beldad no quiero yo decirte
Más de que me parece que debrias
Pedirle, sin del todo á él rendirte.
»Si fingieses vergüenza, medrarias:
Pero, si la tuvieses verdadera,
Mucha ganancia sé que perderias,
»Cuando con ojos bajos, á manera
De quien está confusa, le mirares,
Has de mirar lo que trae cualquiera.
»Rogada tomarás lo que tomares,
Con arte y linda astucia y ocultando
Nuestras necesidades y pesares.
»Las rústicas Sabinas rehusaron,
Reinando Tacio, amar más de un marido,
Y como en otras cosas no acertaron.
»Agora es otro tiempo ya venido
Con leyes más conformes á la vida
Que nos dicen del otro, que es ya ido.
»Casta es la hembra nunca requerida,
Y si simplicidad no lo vedase,
Mejor sería pedir que ser pedida.
»Resbálase la edad, el tiempo váse;
Dias, meses y años van corriendo;
Aprieta la ocasion, no se te pase.
»Vees el metal usado reluciendo,
El vestido que se usa está seguro,
La casa no habitada va cayendo;

»Pues de la misma suerte, yo te juro,
La belleza se pierde no tratada,
Y si se trata no, yo la aseguro.
»Mas para ser de arrugas conservada
No basta uno, ni dos, ni cuatro amantes
Á quien por precio seas entregada.
»Si tú quieres creerme, trata ántes
Á muchos admitir, porque de tantos
Son ganancias más ciertas é importantes.
»Procura repelar á tantos cuantos
Cayeren en tus manos, de tal suerte,
Que guardes no les dés causa de espantos.
»Á uno dí: Señor, está á la muerte
Mi madre, por su vida que me envíe
Algo con que se vuelva recia y fuerte.
»La razon, tiempo, la ocasion te guíe,
No te prendas de rimas y sonetos;
En dineros es bien cualquier se fíe.
»Mira que si tu amante con tercetos
Pretende hacerte pago, vaya fuera,
Ó traiga fundamentos más perfetos.
»¡Oh, si hacerte rica yo pudiera,
Con escudos, que es cosa que más quiero,
Y no con coplas de sutil manera!
»Quien tuviere, será mayor que Homero,
Y aquel que más trujere, si eres cuerda,
En gozar de tu amor será el primero.
»Avísote, vergüenza no te muerda,
Si fueres en entrando requestada,
Admítele, si trae, sin ser lerda.

»No te engañe el amante que, mostrada
La tarja del blason de sus abuelos,
Te quisiere gozar sin darte nada.
»Si acá bajase Apolo de los cielos,
Y pretendiese haberte, y no te diese,
Diríasle se vaya, porque duelos...
»Si alguno, siendo hermoso, te dijese:
Ámame, pues que soy de bel figura,
Cuerda será quien dello se riese.
»Miéntras tiendes las redes, con blandura
Has de adquirir el precio, no te huya
Algun amante, viendo que eres dura.
»Sienta el enamorado que eres suya,
Mas mira que de balde no lo sienta;
Pide que el corazon te restituya.
»Mira que todas veces no consienta
Tu voluntad, pidiéndote posada,
Fíngete mal dispuesta ó descontenta.
»Dirás que estás agora confesada;
Otras veces dirás que por los males
Suplicas que te dé por excusada.
»Mas mira que quizá podrian ser tales
Y tantas despedidas, que sería
Menguarle en el amor y sus señales.
»Dirásle luégo: calla, vida mia,
Que en no verte me falta mi contento
Y mi placer, mi gloria y alegría.
»Tu puerta al que rogare en un momento
Esté sorda, y abierta al que trajere;
Que todo lo demas es sombra y viento.

»Quien contigo esta noche conviniere
Dormir, conviene oya y vea las quejas
Del que despues del otro entrar quisiere.
»Entienda que por él al otro dejas,
Y si por dicha en algo le ofendieres,
Conviene dél entienda que te quejas.
»Házle entender que sólo por él mue-
Pídele celos, que es muy gran indicio [res,
De amor, y á mí la culpa si perdieres.
»De enojarte no tengas ejercicio,
Y si lo hicieres, dura poco en ello,
Que largo enojo saca á amor de quicio.
»Si engañares á alguno, que entendello
Él pudo fácilmente, tú le jura
Que no tienes de culpa ni un cabello.
»No temas de jurar, que no es perjura
Ninguna enamorada, que jurando,
Disculpar de su culpa se procura.
»Los oidos está Vénus cerrando
Á todos los del sacro y alto coro,
Cuando un amante está acá jurando.
»Ten este aviso en más que plata y oro:
Que tengas los criados enseñados
Á demostrar qué falta á tu decoro.
»Dí tú: no es menester, desvergonzados,
Callâ, que quien me dá su amor no quiero
Me dé otros atavíos más preciados.
»Que si él es liberal y dá dinero,
Yo te prometo acuda prestamente
Por presumir y hacer del caballero.

»Hermana, madre y hija, diligente
Cualquiera esté en pedir, y tú muy tibia,
Y verás el provecho prestamente.
»Y cuando sientas que el amor se entibia,
Acude con remedios, porque crea
Que con tu amor su mal y pena alivia.
»Y trata con tu amante no se vea
Sin otro que competa en los amores,
Que el amador seguro no desea.
»Vea dones que te envian amadores,
Á quien por él verá tienes en nada,
Que yo te digo que él te hará mejores.
»Si su bolsa estuviese tan clavada,
Que no te diere don que les exceda,
Váyase á pasëar sin dalle entrada.
»Y si te ha dado mucho, lo que queda
Le sacarás con otras invenciones,
Sin que negarte parte dello pueda.
»Pídele que te empreste diez doblones,
Ó más, y ofrece prenda, porque crea
Que es ello así verdad lo que compones.
»Despues la paga del prestado sea
Dulces requiebros, hablas enmeladas,
Dos mil favores que á los ojos vea.
»Si tuvieres mis reglas estudiadas,
Yo sé te acordarás de aquesta vieja
Y de aquestas mejillas arrugadas.
» Si alguna aguja dieres saca reja,
Y á los que en esas uñas te cayeren
Desplúmalos riendo y despelleja.

»Sé que me alabarán las que me oyeren
Los consejos tan sanos que te he dado
Y se aprovecharán las que supieren.
»Hija, ten de lo dicho gran cuidado,
Y acuérdate de mí cuando estuvieres
En más dichoso y más prospero estado».
Notaba yo la astucia de mujeres,
Que un punto más que el diablo diz que
Y su saber con todos sus poderes. [saben,
Decia ¿tus maldades dónde caben,
Vieja astuta, malina más que entena,
Digna que á tí y no á la Madre alaben?
Pasábase la noche y tuve pena,
Porque me descubrió la sombra mia,
Que la conversacion tuya no es buena.
Apénas en mis piés tener podia
Mi cuerpo, porque habiendo visto aque-
Queria tomar venganza, y ya queria [llo,
Arremeter á su arrugado cuello,
Y dalle muchas coces y pelalla
Su blanco, deshonesto y vil cabello;
Mas no pude, Señores, castigalla
Como ella merecia y yo quisiera,
Mas algun dia habré de negocialla.
Á Dios, por quién él es, suplico quiera
Que vivas desterrada y sin gobierno,
Sufriendo suma hambre y gran dentera,
Perpetua sed y duelo sempiterno.

---

*Elegía de la pulga.* *

Señor compadre, el vulgo de envidioso
Dice que Ovidio escribe una elegía
De la pulga, animal tan enojoso,
  Y miente, que no fué, ni es, sino mia;
No toda de invencion, mas traducida
De cierta Veneciana fantasía.
  Va, *mutatis mutandis*, añadida;
Porque la traducion muy limitada
Suele ser enfadosa y desabrida.
  ¡Oh pulga esquiva, fiera y porfiada,
Enemiga de damas delicadas,
Tú que puedes saltar cuando te agrada,
  Quién tuviese palabras tan limadas,
Bastantes á decir de tus maldades,
Fierezas memorables, señaladas!
  Tú haces pruebas grandes y crueldades,
Y áun creo que tú sola, entre animales,
Sabes más que la mona de ruindades.
  Haces atrevimientos, y que tales;
Dejas amancillada una persona,
Que parecen de lepra tus señales. [tona;
  Por tí el más cuerdo, en fin, se desen-
Vives de humana sangre, y siempre quie-
Comer á misa, á vísperas y á nona. [res
  Entre nosotros vas, y eres quien eres,
Siempre á nuestro pesar, y no hay ninguno
Que se pueda guardar cuando le hieres.

No sabemos de tí lugar alguno;
No eres fraile, ni abad, ni monacillo,
Ni hembra, ni varon, ni apénas uno.
Eres una nonada, eres coquillo,
Eres un punto negro, y haces cosas
Que no osaran hacerse en Peralvillo.
Das tenazadas ásperas, rabiosas,
Al rey como al pastor, al pobre, al rico,
Y al príncipe mayor enojar osas.
Picas, no sé con qué, que todo es chi-
Dejarnos has al ménos en picando, [co:
Como deja el abeja, el cabo y pico.
Está el hombre durmiendo, está velan-
Tú sin temor y sin vergüenza alguna, [do,
Le vas con tus picadas molestando.
El simplecillo niño allá en la cuna,
La delicada monja allá en el coro,
Á todos tratas sin piedad ninguna.
No buscas cetro, reino, ni tesoro;
Mas hártaste de sangre de cristianos,
Que no lo hace un perro, un turco, un mo-
Derritiéndose están los cortesanos, [ro.
Mostrando el pecho abierto ante las da-
Los hígados ardiendo y los livianos. [mas,
Y tú, malvada, en medio de sus llamas,
Los haces renegar y retorcerse,
Pudiéndolos tomar allá en sus camas.
¿Hay hazaña mayor que pueda verse,
Que ver al más galan, si tú le cargas,
Perdiendo gravedad, descomponerse

Traidora, si te agradan faldas largas,
¿Por qué dejas los frailes religiosos?
¿Por qué no los molestas y te alargas?
Aquellos son bocados más sabrosos,
Allí me las den todas; tus denuedos
Allí pueden hacer tiros donosos.
Si por tomarte van los hombres quedos,
Cuando piensan que estás dentro en la ma-
Con un salto te vas de entre los dedos. [no,
El que piensa engañarte es muy liviano,
Porque vuelas sin alas más ligera
Que el pensamiento de algun hombre va-
Una razon, una palabra entera [no.
Sueles interrumpir, miéntras durmiendo
Te muestras insolente, airada y fiera.
¡Ay pulga! á los alanos te encomiendo,
Que áun esto que decir de tí me resta,
Á bocados me vas interrumpiendo.
Pues no os he dicho nada de la fiesta
Que pasa, si se os entra en una oreja;
Allí es el renegar, mas poco presta.
Allí va susurrando como abeja;
Méteos en el cerebro una tormenta,
Cual debeis ya saber, que es cosa vieja.
Mas entremos ¡oh pulga! en otra cuen-
Y no te maravilles si me ensaño, [ta,
Que no es mucho que el hombre se resien-
Díme, falsa, cruel, llena de engaño, [ta.
¿Cómo osas tú llegar á aquel hermoso
Cuerpo de mi Señora, á hacer daño?

Miéntra el sueño le dá dulce reposo,
Presuntüosa, tú le estás mordiendo,
Ó vas por do pensallo apénas oso.
¡Qué libremente vas gozando y viendo
Aquellos bellos miembros delicados,
Y por do nadie fué, vas discurriendo!
La cuitada se tuerce á tus bocados;
Mas tú, que vas sin calzás y sin bragas,
Entras do no entrarán los más osados.
No puede ser, malvada, que no hagas
Que ser pulga desee el que sintiere
De cuál envidia el corazon me llagas.
Parezca mal á aquel que pareciere,
Yo querria pulga ser, pero con esto,
Que me torne á mi sér cuando quisiere.
Porque en aquella forma, ni era honesto,
Ni pudiera agradar á mi Señora,
Ni á mí, y me quedaria hecho un cesto.
Lo que fuera de mí, contemplo agora,
Y siento de dulzura deshacerme,
Y áun tal parte hay en mí que se mejora.
Lo primero sería luégo asconderme
Debajo de sus ropas, y en tal parte,
Que me sintiese y no pudiese haberme.
Allí me estaria quedo, y con gran arte
Miraria aquel cuerpo delicado,
Que de rosas y nieve se reparte.
¡Qué falso estaria yo y disimulado
Gozando, ora del cuello, ora del pecho,
Andando sin temor por lo vedado!

Un Sátiro, un Priapo estoy ya hecho,
Pensando en aquel bien que gozaria,
Viéndola desnudar para irse al lecho.
¡Cuán libremente, qué á placer veria
Todas aquellas partes, que pensando
Me enderezan allá la fantasía!
Pero quien tanto bien fuese mirando,
¿Cómo pudiera èstar secreto y quedo
Que áun agora, sin serlo, estoy saltando?
Mas pusiérame seso al fin el miedo,
Hasta que se saliesen las criadas,
Que áun esperar, pensándolo, no puedo.
En sintiendo las puertas bien cerradas,
Dejando aquella forma odiosa y fiera,
Siguiera del amor otras pisadas. [quiera,
Tornárame luégo hombre, y no cual-
Mas un mozo hermoso y bien dispuesto,
Robusto dentro, y muy galan de fuera.
Llegara muy humilde ante ella presto,
La boca seca, la color perdida,
Ojos llorosos y alterado el gesto.
Dijérale: mi alma, entrañas, vida,
Mi corazon, redaños y asadura,
Y mi ¿cómo se dice? mi querida.
Vos estais sola, y si quereis á escuras;
Yo me muero por vos más ha de cuanto;
No dejemos pasar estas venturas.
Pero por no causarla algun espanto,
Antes que la hablara alguna cosa,
Escupiera ó tosiera allí entre tanto.

Ella más avisada y maliciosa
Que mula de alquiler, entenderia
Por las señas, y el texto por la glosa.

Allí era el desgarrar la parlería,
Y el afirmar con treinta juramentos
Que era todo verdad, cuanto diria.

Pintárale mayores mis tormentos
Que la torre que el asno de Nembrote
Comenzó con tan vanos fundamentos.

No le hablaria con furor ni al trote,
Antes grave, piadoso y afligido,
Porque no me tuviese por virote.

Dijérale: «Señora, yo he venido
Aquí; solos estamos, sin que alguno
Lo vea, ni jamás será sabido.

»Yo soy mozo, vos moza, y no hay ninguno
Que nos pueda estorbar que nos holguemos;
El tiempo y el lugar es oportuno».

Mostrara gran pasion, hiciera extremos,
Suspiros, pasmos, lágrimas, cosillas
Con que suelen vencerse como vemos.

Si la viera sufrir tales cosquillas,
Y callando mostrar que lo otorgaba,
Allí fuera el hacer las maravillas.

Mas si airada la viera, ó que gritaba,
Tornándome á ser pulga en un momento,
Del peligro mayor me aseguraba.

Allí fuera de ver su desatiento
Cuando acudiera gente á socorrella,
Sin hallar de mí rastro ó sentimiento.

Mas siendo, como es, sabia, moza y be-
Antes quiero creer que tan segura [lla,
Ocasion no quisiera así perdella.
Que no es honestidad, sino locura,
No gozar hombre el bien que está en la
Sin poner honra y vida en aventura. [mano
Pero yo os voto á Dios, compadre her-
Que si la señoreta no callara [mano,
Que no fuera el dar voces lo más sano.
Porque ya podeis ver si recelara,
Tornándome á ser pulga, y si pudiera
Asentarle diez higas en la cara.
Siendo pulga, volando, me metiera
Debajo de la ropa, y como un fiero
Leon, toda á bocados la comiera.
Entrárale en la oreja, lo primero,
Hiciérala rabiar, y por nonada
Entrara en parte do pensallo muero.
Tuviérala despierta y desvelada;
Y apénas hay en ella alguna cosa
Donde no la asentara una picada.
Y ella que es tan soberbia y enojosa,
Mal sufrida, colérica, impaciente,
Fuera harto de verla así rabiosa,
Viendo que tuvo una ocasion presente,
No habiendo de dormir, para holgarse,
Y que así la perdió súbitamente,
¡Qué hiciera de torcerse y de quejarse!
Pues ¿quizá que dejara de picarla?
Ni por verla llorar ni lamentarse.

Hallarme por el rastro, ni esperarla
Si viniera á tomarme, era excusado:
Yo bien sé cómo habia de molestarla.
Mas, compadre, ¿no veis do me ha lleva-
El cuento de la pulga, y lo que ofrece [do
Un pensamiento á un triste enamorado?
Esta contemplacion, que así parece
Al tesoro que el duende á veces muestra,
Ó riqueza que en sueños se aparece.
No por eso penseis, por vida vuestra,
Que estoy fuera de mí, ni desvarío,
Porque sería opinion harto siniestra.
La corriente me trujo, y como el rio
Sigo tras el furor que así me fuerza,
Como quiere el perverso hado mio,
Haciendo que á una parte y á otra tuerza.

---

*En loor del cuerno.* *

Si tuviere la voz y la elocuencia
Que merece sujeto tan subido,
Y de tantas virtudes y excelencias,
No temiera las fuerzas del olvido,
Porque basta á quebrar las del infierno
Este nombre que tantos han temido.
¡Oh supremo, excelente, invicto cuerno!
Dáme tú la virtud que me fallece,
Con que pueda hacer tu nombre eterno.

Porque, para decir lo que merece
Tu subido valor, no hay quien se atreva,
Si tu mismo poder no favorece.
Solamente el que fué marido de Eva,
De cuantos en el mundo se han casado,
La cabeza sin tu divisa lleva.
Aun esto fué por culpa del pecado,
Por gustar la manzana tan amarga
Que tanto su amargor nos ha durado.
De pecados ninguno siente carga,
¡Oh virtud excelente! con tenerlos
Algunos de más bulto que una adarga.
Los justos pueden solamente verlos,
Que los demas harian de sí historia
Si pensasen que pueden merecerlos.
*Cornu ejus exaltabitur in gloria*,
Dice David, si el hombre los divisa,
Y por esto su vista no es notoria.
No pienses por tener la frente lisa,
Y no poderlos ver, que no los tienes,
Y que tú sólo quedas sin divisa.
Que Dios que, sin pedirlo te dá bienes,
Dice: *Confringant cornua* al pecador,
Dejándole raíces en las sienes.
Mas ha venido el mundo á tal error,
Que ya todos los tienen por afrenta,
Sin saber conocer su gran valor.
¡Oh necios; si cayesen en la cuenta
De la virtud que el cuerno dá á la gente,
Cómo procurarian tener cincuenta!

Sólo él vemos que nace sin simiente,
Sólo él merece andar en la cabeza,
Por ser de calidad tan excelente.
Sólo él basta á sanar de la pobreza,
Por él vemos que muchos abatidos
Vinieron á subir á grande alteza.
Por él vemos que á más de mil maridos
Les sobran amistades y dineros,
Que vivieran, sin él, no conocidos.
Por él vemos que muchos caballeros
Mantienen y conservan su memoria,
Que murieran, sin él, sin herederos.
La fama de Moisés es tan notoria,
Y del magno Alejandro y otros tales,
Que no quiero contar aquí su historia.
Mirad hasta los brutos animales,
Que los que para el hombre son dañosos
Sin cuernos los vereis por los jarales.
Puercos monteses, leones, tigres, osos
Jamás les vereis cuernos en las frentes,
Ni en las onzas, ni lobos, ni raposos.
Mas los otros que sirven á las gentes,
Vacas, cabras, carneros y venados,
Cuernos tienen crecidos y eminentes.
Y los del unicornio tan preciados,
Por quitar de las aguas el veneno,
Son de todas las gentes estimados.
Y aunque el del unicornio sea tan bueno,
Es casi como estiércol, comparado
Al del hombre que está de gracias lleno.

Este tiene virtud siendo cortado,
Porque dá la virtud de continencia,
La cual dest'arte en pocos se ha hallado.
No hay quien deciros pueda sú excelen-
Ni la mucha virtud que en él se halla, [cia
Aunque tenga de Tulio la elocuencia.
Los cuernos dan la fuerza en la batalla;
Por él vemos que es tan conocido
El rey llamado Mares de Cornualla.
Mirad en cuánto debe ser tenido,
Que no hay cosa que dándola se os quede
Sino es un par de cuernos bien cumplido.
Que aunque uno plante cuernos cuantos
[puede,
Siempre le queda un par bien ingerido,
Y áun esta su virtud á muchos hiede.
Ahora que es oir muy grave pena,
Las blasfemias que dicen contra el cuerno,
Por ser, como lo es, cosa tan buena.
En este siglo nuestro más moderno,
No hallo quién conozca su potencia,
Como el príncipe ilustre de Salerno,
El cual los tiene en tanta reverencia,
Que los tiene por armas en su escudo
Y los hace traer en su presencia.
Un dia vino á mí uno muy agudo,
Diciendo: «Escucha un poco, si te agrada
Mostrarte he como nunca fuí cornudo.

»Yo tengo á mi mujer tan encerrada
Que no la puede ver hombre nacido,
Y está siempre con ella una criada.
»Yo tengo por muy cierto y entendido
Que me dirá la moza lo que viese,
Si por dicha sintiese algun ruïdo.
»Y si lugar y tiempo se le diese
Para hacer cualquier cosa, yo la tengo
Por tal, que no lo haria, aunque pudiese.
»Saliendo fuera, nunca me detengo
Media hora, sin tornar á visitalla,
Y nunca ella me siente cuando vengo.
»Y tampoco me acuerdo de topalla
En cosa que pudiese dar sospecha,
Ni en cosa en que pudiese yo tachalla.
»Está de mi persona satisfecha,
Y yo la quiero bien aunque es muy fea,
Porque la tengo á mi voluntad hecha».
Hermano, dije yo, aunque eso sea
Y aunque dentro en tu seno esté metida,
Al fin ha de hacer lo que desea.
Y ten por cosa cierta y entendida,
Que para estar seguro en lo del cuerno
Hay un sólo remedio en esta vida.
Y aun éste, dicen vino del infierno,
Ariosto dice dél que es trabajoso,
El cual es excelente autor moderno.
Y dice que un pintor muy temeroso
Del cuerno, por huir de tal vocablo,
De su mujer vivia sospechoso;

Y estando trabajando en un retablo,
Acaso, entre otras cosas que pintaba,
Necesario le fué pintar un diablo.
Estándole pintando, imaginaba
Que no hay seguridad para un casado
Al punto que sin su mujer estaba.
Despues aquella noche ya acostado,
Como suele acaecer, segun natura,
Que viene hombre á soñar lo que ha pasado.
Soñaba que veia una figura
De un diablo que decia: «Mira, hermano,
Yo soy el que pusiste en tu pintura;
»Y porque veas que no trabaja en vano
Cualquiera que se emplea en mi servicio,
Te quiero hacer mercedes de mi mano.
»Por eso pide cualquier beneficio,
Que yo te lo prometo, como amigo,
Por lo que me has servido con tu oficio».
El bueno del pintor pensó consigo:
Cualquier cosa que á este yo le pida,
Al fin ha de venir del enemigo;
Pero, pues á pedirle me convida,
Quiero pedirle sólo algun secreto
Que los pasos de mi mujer impida.
Y díjole: «Yo tengo ruin conceto
Que mi mujer pretende encornudarme
Y áun temo que lo pone ya en efeto.
»Por eso te suplico quieras darme
Algun remedio, y esto sólo pido,
Que pueda en este caso asegurarme».

El diablo respondió: «Tú me has pedido
Cosa que es imposible; mas cumplillo
Sabré, pues que lo tengo prometido..
»Toma, trae en el dedo aqueste anillo,
El cual es por tal arte fabricado,
Que si lo hace, tú podrás sentillo.
»Y sabe que no tiene Dios criado
Ningun otro remedio para ello;
Por eso tráelo siempre á buen recado.
»Metido el dedo dentro has de traello,
Porque, si lo sacares, ten creido
Que, sin sentillo tú, podrá hacello».
El demonio se fué con gran ruïdo,
Dejándole el anillo tan preciado,
Y el pintor despertó despavorido.
Y acordándosele de lo soñado,
Se fué á tentar el dedo por ventura
A ver si era verdad lo que ha pasado.
Y halló la mano puesta en la natura
De su mujer, y dentro el dedo todo,
Y allí conoció claro su locura.
Y dijo: «Si no estando deste modo,
Se lo puede hacer cuando quisiere,
El que es celoso póngase del lodo
Que cornudo ha de ser miéntras viviere».

---

*Sobre la zanahoria.*

Al Duque de Sesa.

Loaron la virtud y el sér entero
Del cielo, suelo, amor y l'alma humana
Aristótil, Platon, Virgilio, Homero.
Y aunque los leo yo de buena gana,
Holgara que emplearan su elocuencia
En otra cosa más tratable y llana.
Sé que preguntará Vuestra Excelencia
Qué cosa puede haber de mayor gloria
En que puedan mejor mostrar su ciencia.
Si loaran, Señor, la zanahoria,
Fuera el arte y la voz bien empleada,
Y durara *in eternum* su memoria.
Que cierto es una fruta muy probada,
Ó raíz, por hablar más propiamente,
Dulce, tiesa, rolliza y prolongada.
Pareceros há fria, y es caliente;
Tiene un gusto suave y muy cordial,
Para entretenimiento de la gente.
Vianda es de cuaresma y de carnal;
Buena cruda, cocida, asada ó frita;
Buena en caliente y frio temporal.
Ni cáscara, ni hueso, ni pepita,
Ni cosa que al mascar os haga empacho
Podeis toda comerla que es bendita.

Oí decir que un médico gabacho
Afirmaba que macho y hembra era,
Pero siempre la tuve yo por macho.
Y cierto ella es macho en la manera
Y barba, y si de nombre es femenina,
De natura es pujante y abridera.
Despierta el apetito y mueve orina;
Desopila y resuelve por el cabo;
Para la madre es brava medicina.
Todo el mundo la alaba y yo la alabo,
Y meteré tras ella todo el resto,
Como quien entra en piélago sin cabo.
Cuándo se toma tarde, cuándo presto;
Ora poca, ora toda, ora templada,
Llevando el variar por presupuesto.
Suele ser la mayor la más loada,
Mas la tiesa y mediana es más sabrosa,
Y suele ser mejor cruda que asada.
Alguna es colorada como rosa,
Y otra trasparente, amarilleja,
Mas siendo zanahoria es dulce cosa.
Tomando de la fresca ó de la añeja,
En el cuerpo á ninguna dá embarazo,
Niña, moza, mujer casada, ó vieja.
Y si tomares della gran pedazo,
Ya vaya por la vía más derecha,
Ya se desvíe al hígado, ya al bazo,
Luégo como la comen, aprovecha,
Porque es tan sabrosa y dulce yerba
Que á la primera deja satisfecha.

Y suélese hacer della una conserva
Que todo el mundo rabia por proballa,
Y por ser tan preciosa se reserva.
Vereis alguna vez encañutarla,
Otra cortarla en tiras muy sutiles,
Otra en pedazos buenos rebanarla.
Las damas que se precian de gentiles
La comen en azúcar y con miel,
Y en vinagre y arrope, las civiles.
Unas hay que la toman de tropel,
Otras que poco á poco se la llevan,
Pero todas la guardan por joyel.
Cada cabo de mes, diz que la prueban
Para se refrescar y abrir las vías,
Cuando, como la Fénix, se renuevan.
Si el hombre se la diese muchos dias
En cañuto, en relleno ó en bocados,
Sería amigo de sus señorías.
Tambien diz que es manjar de enamo-
Para desopilar los corazones [rados,
Cuando se sienten tristes y apretados.
Allí vereis purgar exclamaciones
Del alma, y aquella enfermedad
Que sale por suspiros y razones.
¡Ay de aquel que se ve en necesidad,
Y no por golosina ó apetito,
Sino por travesura ó liviandad!
Al pobre que se va poco á poquito,
Al triste tras quien dá la perrería,
Al que de golpe aciertan en el hito,

Que si no toma esta raíz por guía,
Tornársele há en podre su deseo,
Y el amor se le irá en melancolía.
Poner la confianza en el arreo,
En el gesto, en la lengua, en la aficion
Y no en la zanahoria, es devaneo.
Al fin, Señor, que por satisfaccion,
Por cura y hambre y por delicadeza,
Y en cuaresma, quizá por colacion,
Podré ofrecerla á vuestra gentileza.

---

*Epístola á Don Gonzalo.* *

¿Sabeis que me parece, don Gonzalo,
Que el tiempo á más andar nos desengaña?
Y no es poca virtud, siendo tan malo.
¿Qué sirve ser nacidos en España,
En el templado reino de Toledo,
Si habemos de morir en tierra extraña?
No quiero yo, ni puedo, ni concedo,
Ni es más á mi gusto aquesta tierra,
Que al vuestro suele ser lo que es acedo.
Échese ya á rodar Ingalaterra,
El Rin y Zuymilan y Guzmilorte
Que el mar alrededor los ciñe y cierra.
Servir á reyes, residir en corte,
Es todo humo de esperanzas vanas,
Y no os darán jamás cosa que importe.

De aquí no sacaremos sino canas
Y cólicas y piedras en riñones,
Jaquecas y catarros y almorranas.
Querríame yo más dos cagajones;
¿Qué viñas, olivares nos produce,
Qué limas ó naranjas ó limones?
Por mucho que gastemos, no nos luce
En libreas, ni en fiestas, ni en frisados,
Que el descontentamiento los desluce.
De hombres, de caballos, de ducados,
La provincia de España se despuebla,
Y ¿en qué sabrosa parte son gastados?
Adonde nunca vemos sino niebla,
Ó llover, ó tronar perpetuamente,
¡Qué quitada está España de tiniebla!
¡Oh riberas de Tajo! allí en la Puente
Mariches, Madrigal, ó en Hato-quedo
Adonde Dios os lleve brevemente,
Y á mí me deje ver presto á Toledo,
Adonde tengo amigos y áun amigas
Con quien hacer pesar á algunos puedo.
Démos, pues, don Gonzalo, sendas higas
Á cuantas pretendencias de encomiendas
Ganadas con docientas mil fatigas
Y poseidas con tantas contiendas.

—— ——

*Fábula del cangrejo.* *

En las secretas ondas de Neptuno
Sus miembros recreaba Glauca un dia,
Por huir del calor grave, importuno,
Que en el ferviente Julio el cielo envía;
Mas porque pocas veces goza alguno
Enteramente el bien de su alegría,
Los hados su placer contraminaron
Y un grave sinsabor le acarrearon.
Acá y allá un cangrejo discurria,
Buscando alguna presa que robase;
Tal la halló cual yo hallar querria
Cada y cuando que alguna yo buscase;
Fuertemente de Glauca el malo asía
Tal que no hubo poder que lo arrancase
De aquella honda sima, á quien debemos
Los hombres esta vida que tenemos.
Asióla del lugar más ascondido
Que á la mujer le dió naturaleza,
Del lugar que concede á su marido
La vírgen cuando pierde su limpieza;
Como el que á Eneas dió la reina Dido
Cuando con él usó de más largueza,
En quien la mujer hace resistencia
Y del varon por él se diferencia.
Como le vió pasmóse, y afligida
Á su madre llamó la socorriese;

Su madre allí acudió despavorida,
Pensando que algun mal muy grave fuese,
Y vió como en la torre defendida
Entraba, sin que cosa le impidiese,
Un cangrejuelo, y que por la espesura
Andaba por dar fin á su ventura.
  Ellas á lo sacar, él á meterse;
Ellas á desasille, y él á asirse;
Ellas no saben órden que tenerse
Para de tanto mal descabullirse;
Él ántes permitiera deshacerse
Que de tan buena presa despedirse,
La madre clama y la mozuela llora
Y el cangrejuelo siempre se mejora.
  No de otra suerte el perro ardiente y fiero
Que presa de algun toro tiene hecha;
Ni puede desasille el carnicero,
Ni el toro con sus cuernos le desecha;
Antes la vida dejará primero
Que deje aquella presa y lid estrecha;
El toro brama, el amo tira en vano,
Y no por eso afloja el fiero alano.
  En esta priesa estando y agonía,
Un mancebo parece en la ribera;
Llámanle y llega á ver lo que sería;
Ruéganle que le saque aquella fiera;
Hace mil pruebas y ninguna vía
Halla, para podelle echar afuera,
Y viendo el poco fruto, determina
De usar de una muy buena medicina.

La tienta asió en la mano prestamente
El fuerte, sobrediestro cirujano,
Y metióla suave y dulcemente
Por aquel hondo y montuoso llano,
Y va tras el cangrejo diligente
Por darle batibarba y sacomano,
Y como es viva y fuerte aquella tienta,
Sale muy bien con todo cuanto intenta.

La tienta asió que Apolo asió primero
Cuando tras de su Dafne se ha emboscado;
La que de un ciervo hace un leon fiero,
De un Galalon un Hector denodado;
La que mete Vulcano, el gran herrero,
En la fragua de Vénus; la que ha dado
A Júpiter mil formas, pues fué toro,
Hombre, cisne, pavon, sátiro y oro.

La que sube y abaja cada punto;
La que saca su vida de su muerte;
La que ahora tiene talle de difunto
Y á poco rato está muy viva y fuerte;
La que aprovecha y daña todo junto;
La que no hace golpe que no acierte;
La que del rico alcázar se apodera
Y estando dentro dél se sale fuera.

Finge Homero, de musas gran goloso,
Que en mil formas Proteo se mudaba:
Agora en leon fiero, agora en oso,
En sierpe, en fuego, en agua se tornaba,
A veces como toro en ancho coso
Con sus cuernos los aires azotaba;

Mas la tienta que digo es el Proteo,
Que todo lo demas es devaneo.
Dióse tal maña al fin, que el monstruo saca
Con su priapo de la gruta oscura,
Y á la señora todo el mal la aplaca
Con esta tan süave y nueva cura;
Ella estuviera como perro á estaca
En aquel acto lleno de dulzura,
Y así, cuando del todo fué guarida,
No quisiera la pobre ser nacida.
No por no se curar, que eso buscaba,
Sino porque dejaba de curarse;
Y no porque la paga se acercaba,
Que holgara otras mil veces adeudarse;
Ni porque un caso tal la avergonzaba,
Que quisiera otra vez avergonzarse;
Mas porque al buen mancebo despedia,
Maestro de tan buena cirugía.
Mas al cabo esforzó su voz cansada
Y á la madre habló desta manera:
«No me dejes morir de mal curada,
Madre, pues no se excusa que yo muera,
Que no está del todo en mí agotada
La casta que me dejó aquella fiera,
Que otros mil cangrejuelos parió dentro
Que es menester sacallos de su centro».
La madre, como fuese algo taimada
Y en aquel menester muy entendida,
Entendióle la treta delicada,
Y el fin á que tambien fué dirigida;

Dále al mozo su hija bien dotada
Para de todo punto ser guarida,
Y con su esposa el nuevo desposado
Para sacar cangrejos se ha quedado.

---

*Al parto de Ginebra.* *

Empreñóse Ginebra la mañana
De San Juan; su costumbre se le quita;
Ya comienza á comer de mala gana,
Ya se afloja y regüelda, ya vomita,
La barriga mayor que una campana;
Ya se pone á parir, ya aprieta y grita,
Lá comadre esperando si paría,
Y á la fin se peyó su señoría.

---

*Consejos de Don Diego.* *

Hijo mio, no te engañes; séme exento;
Y ya que quieras bien, no te me enlaces;
Sé, si pudieras, de seiscientas haces;
Ten amores, no amor, que es aspaviento;
Á esta dama y á aquella dá contento,
No te rindas, que es cosa de rapaces.
Si alguno te dijere que mal haces,
Atapa tus orejas, y hablen ciento.
Créeme, que no hay placer que se le iguale
Al sabor de almagrar y echar á extremo;

Aunque cueste la burla bien lo vale
Andar en alta mar á vela y remo,
Á pié enjuto, pescando cuanto sale,
Sin tener que decir temo ó no temo.
Séme un Polifemo
En llamar á Mandinga Galatea,
Hermosa Fénix á la que es más fea;
En ciento te me emplea;
Empréstales un rato tus alhajas.
Todas son unas en las partes bajas.
No se te dé dos pajas,
Acomete, que no es Virginia viva,
La que este mundo ultraja por esquiva;
Y á la que vieres diva
En su altiveza, síguela la traza,
Que es fiera que cualquier mastin la caza;
Y en ciento te embaraza,
Y ten en una puesto el pensamiento,
Y acude allí y luégo ve á otro puesto,
Que el mundo se hace desto
Uno de los negocios que sufren el marte-
Que para bestias no les falta un pelo. [lo,
Y porque temo
Que has de hacer de tu hacienda malba-
Gástala con recato, [rato,
Y haz á todas un plato
Y un millon de millones de promesas,
Y entra con un sencillo y dos represas.

---

*Á una Señora que le envió una cana.* *

Dar cana á quien tantas tiene
Y cuidado á quien le sobra,
Es cosa que no conviene;
Cierto, fuera mejor obra
Decirnos de dónde viene.
Si es de pelo ó repelada,
Es corta para cabello;
Si es pública ó encelada,
Dura y gruesa para vello,
¿Quién nos dirá su morada?
No fuera malo mirar
Que dais, Señora, una cana
Á quien las suyas dejar
Quisiera de mejor gana
Que las ajenas tomar.
De parte puede ser ella
Que, si confesallo osase,
El gusto sólo de vella
Ó de ayudar á cogella,
Todas mis canas quitase.
Señora, si es esa cana
Vuestra, por nueva manera,
En vos fruta tan temprana
(Siendo moza tan lozana)
Debe de ser de la Vera.

Mas nacer en tal frescura
Tan vieja y tan triste planta,
Tomándola con cordura,
Mucho á todos nos espanta
Tal milagro de natura.
En la cabeza, á mi ver,
Tener una moza cana,
Es cosa de no creer
Que de muy caliente ser
Venga la fruta temprana.
Y no acabo de entender
Que este pelo que me distes
En vos pudiese nacer,
Sino que vos me le distes
Para me desvanecer.
He pensado si salió
Del almohada y llevado
Acaso fué aposentado
De donde al salir sintió
Algun dolor el cuitado.
Sólo una cosa enviastes,
Mas muchas nos habeis dado
En pensar si la hallastes
Ó por ventura sacastes
De cierto lugar vedado.
De ser el lugar extraño
Yo lo aseguro y lo fío,
Porque en el grueso tamaño
Se ve que nació en buen año
Y en tierra de regadío.

¿Quién pudiese adivinar
Dónde esta cana ha salido
Por irse á desenfadar
Á tan vicioso lugar
Que tan presto ha florecido?
Si con vela fué hallada
Esta cana que me distes,
Estaba muy señalada,
Pues con poca luz la vistes
En tan escura morada.
Si al sol se vino á hallar
No fué muy gran cosa vella,
Porque él se quiso bajar
Do nunca suele llegar
Á ver la posada della.

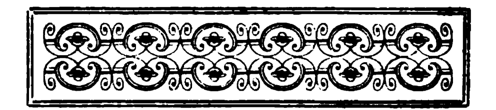
---

*Epigrama.* *

Cuando mi madre, cuitada,
En el vientre me traia,
Viéndose grave y pesada,
Diz que á los dioses, penada,
Consultó qué pariria.
Febo dijo varon es;
Marte hembra, y neutro Juno;
Yo naciendo era despues
Hermafrodito, y de tres
Dijo verdad cada uno.
Preguntando el fin que habria
Tras esto, dijo la diosa

Que con armas moriria;
Marte dijo que sería
Muerto de cruz espantosa;
  Febo dijo, en agua espera
Acabar su triste vida;
La suerte en fin de cualquiera
Dellos en mí fué cumplida,
Y por mi mal valedera.
  En un árbol que hacia
Sombra al agua, me subió
La triste ventura mia,
Do la espada que ceñia
Abajo se me cayó.
  Y yo acaso desdichado
Tambien allí desvaré,
Y cayendo así turbado,
Sobre ella quedé colgado
De las ramas por el pié.
  La cabeza incontinente
Fué del agua chapuzada,
Y el cuerpo quedó pendiente,
Quedando yo juntamente
Mal herido de mi espada.
  Y desta suerte pendiendo,
Perdí la vida y la luz,
Y al fin fenecí sufriendo,
Hembra y macho y neutro siendo,
Muerte de agua, hierro y cruz.





# APÉNDICE.

ALGUNAS POESÍAS DE DUDOSA AUTENTICIDAD, ATRIBUIDAS Á D. DIEGO DE MENDOZA.

*Sonetos.*

## I.*

Amor, amor me ha un hábito vestido,
Del paño de su tienda bien cortado;
Al vestir lo hallé ancho y holgado,
Pero despues, estrecho lo he sentido,
Tanto que ya de habello en mí sufrido,
Tal arrepentimiento me ha tomado
Que pruebo alguna vez de congojado
Á romper deste paño este vestido.
Mas ¿quién podrá deste hábito librarme,
Si ha tanto sobre mí que sirve y dura
Que por la gran costumbre mi natura
Ha venido con él á conformarse?
Y si parte me queda por ventura,
De mi razon por mí no osa quejarse.

## II.

En dulce mocedad embebecido,
Ora en el uso de la ardiente espada,
Agora esté la mano y el sentido
Puesto en seguir la caza levantada;
Ora el pesado cuerpo esté adormido,
Ora el ánima atenta y desvelada,
Siempre en mi corazon tendré esculpido
Tu sér y hermosura entretallada.
Entre gentes extrañas do se encierra
El sol fuera del mundo y se desvía,
Viviré y moriré siempre desta arte.
En el mar, en el cielo y en la tierra,
Contemplaré la gloria de aquel dia
Que mi vista te vió, y en toda parte.

## III.

Pedís, Reina, un Soneto, ya le hago;
Ya el primer verso y el segundo es hecho;
Si el tercero me sale de provecho,
Con otro verso el un cuarteto os pago.
Ya llego al quinto; ¡España! Santiago!
Fuera, que entro en el sexto. ¡Sus, buen [pecho!
Si del sétimo salgo, gran derecho
Tengo á salir con vida deste trago.

Ya tenemos á un cabo los cuartetos;
¿Qué me decís, Señora? No ando bravo?
Mas sabe Dios si temo los tercetos.
Y si con bien este soneto acabo,
Nunca en toda mi vida más sonetos:
Ya deste, gloria á Dios, he visto el cabo.

IV. *

Excelso monte do el romano estrago
Eterna mostrará vuestra memoria,
Soberbios edificios do la gloria
Aún permanece de la gran Cartago;
Playa desierta, que apacible lago
Fuiste, lleno de triunfos y victoria,
Despedazados mármoles, historia
En que se ve cuál es del mundo el pago;
Arcos, anfiteatros, baños, templo,
Que ya en un tiempo fuistes celebrados,
Y agora apénas vemos las señales; [plo:
Gran consuelo á mi mal es vuestro ejem-
Que pues del tiempo fuisteis derribados,
El tiempo derribar podrá mis males.

*Epístola á una partida.* *

Si el dolor del morir es tan crecido
Que iguale al que me dá pensar no verte,
Cualquier hombre se duela en ser nacido.
Mas no creo quel dolor que dá la muerte,
Ni cuando ya el mortal la ve presente,
Iguale á mi dolor terrible y fuerte.
La muerte mata el cuerpo solamente;
Mas cuando el amador de su bien parte,
Partes se hace el alma juntamente.
La más perfecta della y mejor parte
Queda puesta en los ojos de lo amado
Que de su mano amor la corta y parte.
Conviene al fin de vos verme apartado,
¡Oh parte de mi alma la más cara!
Para ofrecer la vida al mar airado.
¡Oh dia que en mi daño Febo aclara!
¿Qué tal será, llegando la partida,
Si esperándolo sólo me es tan cara?
Dáme, muerte, favor; de tí sea oida
Mi voz, y si el partir ha de ser cierto,
Antes que parta el pié parta la vida.
Aquí es mejor dejar el cuerpo muerto,
Y que quede con vos el alma entera,
Y no en partes, yo léjos deste puerto.

¡Oh fortuna mudable y muy ligera!
Apénas el sol ví, ya sin él quedo;
Llegó la tarde y áun de dia no era.
Léjos de vos, si léjos vivir puedo,
Lágrimas, confianza y pensamiento
Me mantenrán entre esperanza y miedo.
Y si del largo llanto algun momento
Quedare al sueño en cuanto el bien se ofre-
Mi luz en sí me haga acogimiento. [ce,
Mas ¡ay! que este esperar vano parece,
Porque el sueño amador de sombras frias
No traerá cosa que arde y resplandece.
No hay pintar con humanas fantasías
De suerte vuestra luz que sea bastante
Á quitar de dolor las nieblas mias;
Ni el sol cuando más claro y más pujan-
Aunque vaya do nace, dará lumbre [te,
Que me quite las nieblas de delante. [bre
Otra Aurora, otro Oriente que me alum-
He menester, porque ha sin vos quedado
Sin luz la celestial y eterna cumbre.
Triste yo que pensando ahora mi estado
Y cuál será más cerca la jornada,
Me ofende casi el ser de vos mirado.
Pues un tiempo creí que á mi llegada
Y presente la luz de vuestros ojos,
No me ofendieran cielo y tierra en nada;
Y agora es quien me causa más enojos,
Habiéndome subido ántes al cielo,
Y quien me dá los males á manojos.

Mirando aquesa luz en mi consuelo,
De allá dentro una voz suena en mi oido:
De aquesta luz te vas que alumbra el suelo.
Ojos de mi deseo y de amor nido,
Una merced os pido, si me fuere,
Antes que deste puerto sea partido.
Mas vuestra crueldad que creer no quiere
El fuego que en tan poco crece tanto,
No me dá confianza que le espere.
Una, pues, pediré que os la merece
Mi fe, y es de enemigos concedida
Si esta ocasion el tiempo les ofrece.
Ojos, si yo muriere y fuere oida
De vos mi muerte, en mi ceniza os ruego
Sea por vos una lágrima vertida
Que á vos dará loor y á mí sosiego.

---

*Lamentacion.* *

Ganado mio, que ya de la pastura
De aqueste hermoso valle más contento
Debeis de andar que yo de mi ventura;
Y harto de pacer, con paso lento
Buscando vais el agua clara y fria,
Bien descuidado del ardor que siento;
En tanto que la luz del claro dia
Hácia el Poniente sigue su jornada,
Á la alameda os id verde y sombría.

Andad un poco apriesa, mi manada,
Que el cielo fuerza ya á tomar descanso,
Y amenaza la siesta su llegada.
Con órden y concierto en pos del manso
Os podeis acercar al valle umbrío
Que este arroyo divide fresco y manso.
Miéntras que con el triste canto mio
Se conciertan las aguas murmurando,
Y estas hojas que mueve el viento frio,
Ireis, ganado mio, despuntando
El verde prado lleno de mil flores,
Unas paciendo, y otras retozando;
Y yo, pues que nací para dolores,
Dolores cantaré, que me han nacido
De aquellos dichosísimos favores.
Por quien á tal extremo soy venido,
Que el mal ajeno y mis desconfianzas
Y la memoria de aquel bien perdido,
El fundamento de mis confianzas
Se echan por tierra, do sepultan luégo
Mis dulces malogradas esperanzas.
Sin tí, Belisa, el alma en duro fuego
Se me está por momentos abrasando,
Y este prado con lágrimas le riego.
Entretengo la vida sospirando,
Y con tormentos tan desesperados
Vivo siempre la muerte deseando.
Si algun alivio tienen mis cuidados,
Es la memoria, y esa me atormenta,
Que es regalo de amantes desdichados.

Sin tí, ya del vivir no hago cuenta,
Porque no hay mal que á esta alma no fa-
Sólo amor de milagro me sustenta. [tigue;
Siempre mi pensamiento allá te sigue,
Y vuelto á mí te forma tan de asiento
Que en un punto me alegra y me persi-
[gue.
Porque juntos mi mal y el tuyo siento,
Y del haberte visto y de no verte
Nace, Pastora, todo mi tormento.
Con tu vista mejoró amor mi suerte,
Aunque luégo en dejando de mirarte
Cortó la Parca el hilo y me dá muerte.
Sola una cosa quiero asegurarte:
Que ausencia, el tiempo, la fortuna, el
Para que yo te olvide no son parte; [hado,
Y si acaso de tí fuese olvidado,
Que no te olvidaré, vive segura,
Hasta que sea de vida despojado,
Que esto merece, y más, tu hermosura;
Y yo espero que amor ha de valerme
Trocando en gloria tanta desventura.
Y así con esperar, entretenerme
Podré, Señora, en mal tan riguroso
De que, viendo tus ojos, he de verme.
Pues pasado el eclipse tenebroso,
Queda el sol á la vista de cualquiera
Más claro, más fulgente y más hermoso.

Y así espero yo ver desta manera
Mi claro sol, que agora está eclipsado,
Sacar los rayos de su lumbre fuera.
Y sin cuerpo interpuesto, ni ñublado,
En este corazon hacer su efeto,
Que, de su luz divina despojado,
Á desventuras vive tan sujeto.

---

*Villancicos.* (1)

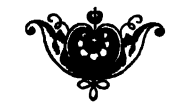
Olvida, Blas, á Costanza,
Líbrate de su cadena;
No fíes en esperanza,
Que no hay esperanza buena.
Poquito entiendes de amores,
Blas, y muy mucho porfías;
¿Tras esta engaña-pastores
Pierdes el seso y los dias?
Tú fías en su mudanza,
Y ella misma te condena,
Pues un punto de esperanza
Te cuesta un siglo de pena.
Estando libre y señera
Desasosiegas la vida,
Como una causa primera
Que mueve sin ser movida.

---

(1) Esta composicion ha sido omitida por un descuido, y se pone en este lugar.

Triste el que busca mudanza,
Que á sí mismo se condena,
Si confia en esperanza
De quien nunca la dió buena.
Si se te ofrece, carillo,
Alguna buena ocasion,
Esta la torna cuchillo
Para tu condenacion.
En la fragua de esperanza
Forja una larga cadena
De eslabones de mudanza
Y duro hierro de pena.
El corazon que te ofrece
Ausente, venido el hecho,
Ella lo arranca del pecho
Y dá á cuantos le parece.
No esperes, Blas, de Costanza
Obra ni palabra buena,
Que á dedos dá la esperanza,
Y el tormento á mano llena.
Si ha de ser bien y cierta
El esperanza otorgada,
Blas, la tuya es cosa muerta,
Que la fundas sobre nada.
No hay tan ligera mudanza
Que no te parezca buena;
Mal conoces á Costanza,
Poco sabes desta pena.
Esta tu esperanza, amigo,
De miedo tiene una parte,

Pues que trae pena consigo
De que no puedes guardarte.
  Quien pone su confianza,
Blas, en voluntad ajena,
Ni en pena espere mudanza,
Ni tema en mudanza pena.
  Pastora, tu hermosura,
Tu gracia, habla y semblante,
Promete buena ventura
Al que no mire adelante.
  Y al que con buena esperanza
Se pusiese en tu cadena,
Cuchillos de confianza
Son ministros de la pena.



# ABREVIATURAS.

## I. IMPRESOS.

*Bosc.* (1543).—*Las obras de Boscan*, etc. Barcelona, Carles Amoros, 1543, 4.°
*Ull.* (1553).—*Las obras de Boscan*, etc., por Alonso de Ulloa. Venetia, Gabriel Giolito, 1553, 8.°
*Canc.* (1554).—*Cancionero general de obras nueuas nunca hasta aora impressas*, etc. Çaragoça, Steuan de Nagera, 1554, 8.° prol.
*Silv.*— (1599).—*Las obras del famoso poeta Gregorio Silvestre*, etc. Granada, Sebastian de Mena, 1599, 8.°
*Esp.* (1605).—*Primera parte delas Flores de Poetas Ilustres de España*, etc., por Pedro Espinosa. Valladolid, Luys Sanchez, 1605, 4.°
*Hid.* (1610).—*Obras del insigne cauallero don Diego de Mendoza*, etc. Madrid, Juan de la Cuesta, 1610, 4.°
*Sed.* (1768-78).—*Parnaso Español*, por Juan Joseph Lopez de Sedano. Madrid, Ibarra, 1768-78, 9 vols. 8.° (Tomos IV y VIII).
*Cont.* (1782-90).—*Coleccion de Poesías Castellanas*, etc., por Conti. Madrid, Imp. Real, 1782-90, 4 vols. 8.° marq. (Vol. III).
*Fab.* (1821-25).—*Floresta de Rimas Castellanas*, etc., por Böhl de Faber. Hamburgo, Perthes, 3 vols. 8.° may. (Tomo II).

*Dur.* (1829).—*Cancionero y Romancero de Coplas*, etc., por D. Agustin Duran. Madrid, 1829, 8.°

*Cast.* (1854).—*Poesías de... Mendoza*, por D. Adolfo de Castro (Tomo XXXII de la *Bibl. de Autores Españoles)*. Madrid, 1854, 8.° imp.

*M-F.*—*Poésies burlesques et satiriques inédites de Diego Hurtado de Mendoza.* Por A. Morel-Fatio (en el tomo XIII de el *Jahrbuch für romanische u. englische Literatur herausgegeben von Lemcke)*.

II. MANUSCRITOS.

*A.*—Ms. del Sr. Sancho Rayon, 4.°, ff. 4—94.
*B.*—Ms. de la Bibl. Nac. de París (N.° 311), 12.°, ff. 5-94.
*C.*—Ms. de *id.* (N.° 258), 4.°, ff. 288.
*D.*—Ms. del Sr. Sancho Rayon, 4.°, ff. 92.
*E.*—Ms. de *id.*, 4.°, ff. 44-129.
*F.*—Ms. de la Bibl. Nac. de Madrid (M. 109), 4.°, ff. 288.
*G.*—Ms. de *id.* (M. 34), ff. 165, fol.
*H.*—Ms. de *id.* (M. 223), 4.°, ff. 341.
*I.*—Ms. de *id.* (Q. 21), fol., págs. 725 (1).
*K.*—Ms. de *id.* (M. 82), 4.°, ff. 323 (2).

(1) Las obras de Mendoza empiezan á la pág. 646.

(2) Contiene la *Fábula de Adónis*, corregida y anotada por D. Hernando de Herrera, editor de Garcilaso.

*L.*—Ms. de *id.* (M. 210), 4.° menor, ff. 205.
*M.*—Ms. de *id.* (M. 258), 4.°, ff. 126.
*N.*—Ms. del Sr. Gayangos, 12.°, ff. 324.
*O.*—Ms. de la Bibl. Nac. (R. 5), fol., ff. 226.
*P.*—Ms. de *id.* (Q. 289), fol., ff. 74 (1).
*Q.*—Ms. de *id.* (M. 268), fol., págs. 400 (2).
*R.*—Ms. de la Bibl. particular de S. M., 4.° (3).

---

(1) De la Bibl. de la Romana — es mala copia de *I.*

(2) Tiene la fecha de Méjico, 1577 (Gallardo, *Ensayo*, Vol. I, Col. 1001).

(3) En un tomo de *Poesías varias*, sobre el que me llamó la atencion el Sr. D. José Octavio de Toledo, de la Bibl. Nac.

# NOTAS.

PÁGS.

2 Soneto II, verso 3.—Hid. y Cast. dicen: *El tiempo que*; algunos códices ponen *Al tiempo que*, otros *La hora que*, mas todas las formas son frase adverbial y equivalen á *cuando*.

Soneto III, v. 6.—*De morir*, pone torpemente Hid. y su reimpresion, haciendo que el reo sufra mayor tormento con ser indultado.

4 Soneto V, v. 5.—Las ediciones anteriores, dicen *Estaba sin cabello*, etc., leccion poco poética, resultando, sin duda, la equivocacion de *sen*, es decir, *s'en*.

6 Soneto VIII, v. 6.—*Dura*, Hid. y Cast. en lugar de *Diera*.

11 y 12 Sonetos XVI y XVII.—Las ediciones anteriores siguen en estos sonetos una puntuacion muy extraviada. En el XVII nótese un descuido mio —último verso—*enmienda* por *enmiende*.

16 Soneto XXIII.—Hid. y Cast.: *Gracias te pide amor*.

19 Soneto XXVIII.—Hid. dá otro semejante, que se encontrará en el Apéndice, señalado con el número II.

20 Soneto XXX.—*Ásperos y helados*—la verdadera leccion. Hid. y Cast. ponen equivocadamente *ásperos y claros*, sin duda porque el original se escribe *elados*, que se confunde fácilmente con *claros*.

21 Soneto XXXI.—Proviene de las obras de Gregorio Silvestre, citado por primera vez por Don Adolfo de Castro.

PÁGS.

22 Soneto XXXII.—Este inédito sería compuesto por el año de 1539-40. Véase la vida de Cárlos V, por Sandoval, año 1539.

Los siguientes Sonetos, con el primero, son tambien inéditos, ménos el XXXIX, que se dá en el *Ensayo* de Gallardo.

41 Estas *Canciones*, desde la IV, son inéditas. La VI no es de Mendoza, como se descubrió, despues de impresa, por un códice que posee el Sr. Sancho Rayon, texto bastante mejor que el nuestro. Es de Agustin de Guedeza y Quiroga, que floreció en Salamanca á mediados del siglo XVI.

66 Estas dos Églogas que siguen son inéditas.

89 Elegía II.—Nuestro texto varía bastante del de las ediciones anteriores. Al verso 10, dicen Hid. y Cast.

*En él, como en la flor de la hermosura (!)*

Este ejemplo servirá para ilustrar las muchas variaciones de las lecciones anteriormente impresas y la nuestra.

95 Elegía III, inédita, aunque por descuido no lleva *estrellita*. Es traduccion bastante literal de un episodio en el libro IV de la *Eneida* de Virgilio, que empieza:

*At trepida et coeptis immanibus effera Dido.*

124 Epístola IV, v. 3.—Ediciones anteriores ponen *en esta tierra*, en lugar de *en esa tierra*, Alemania ó los Países Bajos, donde estaba entónces D. Luis de Avila, hallándose probablemente D. Diego en Roma.

Verso 15.—Todas las impresiones, desde Quintana y de Castro acá, reproducen la mala leccion de Hid., poniendo *enseñar* por *ensañar*, conforme con algunos, pero no los mejores Mss.

125 Verso 13.—*¡Oh putos de nosotros!* Así dicen

PÁGS.

todos los buenos códices, y no *¡Oh tristes de nosotros!* como se lee en Hid. y demas.

130 Epístola V.—Este epígrafe inédito es indispensable para la inteligencia del texto, así como el de la siguiente.

154 Epístola VIII.—Sedano (*Parnaso Español*, VIII, pág. 97) imprime esta Epístola, suprimiendo ciertos pasajes «por contener alguna libertad en las expresiones, en que fué tan poco escrupuloso nuestro autor». No hemos podido descubrir esta «libertad» oculta de que se queja el inteligente editor del *Parnaso*.

164 Epístola IX, v. 6.—Dice Hid., y no le corrige De Castro:

*La lengua* (!) *y blanca barba en negra vuelve* en lugar de *La luenga*, etc.

Las demas *Epístolas* son inéditas.

185 Epístola XII. — Esta imitacion de Ovidio es mucho mejor qne la version de Mejía en su *Parnaso Antártico*, Sevilla, 1608, f. 81 vuelto. Empieza éste:

«Cual suele el blanco cisne, qu'en el vado
De Meandro, se vé cercano á muerte,
Cantar, sabiēdo que le llama el hado», etc.

201 Sátiras inéditas.—La primera tiene por epígrafe en los Mss.: «Sátira quarta de Luis Aleman, traduzida del Toscano por don Diego». Es la *sexta* en las ediciones modernas de los *Versi è prose di Luigi Alamanni*, dirigida á Albizzo del Bene, *contro le donne*. Empieza:

«Poscia che andar collo invescato piede
Vi veggio errando in gli amorosi campi,
Mi sforza a ragionar pietate e fede».

PÁGS.

204 Verso 15.—Aunque falta la conclusion de este verso, se puede finalizar añadiendo:

*—la decision postrera.*

205 Primer terceto.—Así dice el códice, pero evidentemente la leccion debe ser:

«Todo ha de ser cabal, maravilloso,
Heróico por lo ménos, y si acierta
*Á darles* gusto entero, milagroso.»

208 Desde el v. 9.—El verdadero texto, sin duda, será

—«Y casi os siento
Responderme con plática pensada,
«Que si, etc.
Pero no á las que son de más momento,
Que las», etc.

215 Verso 5.—Léase: *¡Qué tocado sacó!* etc.

217 En esta Sátira incompleta, los interlocutores están mal colocados en el texto original, y no hemos querido variar nada ínterin que no se encuentre otro códice mejor.

231 El segundo *Epitafio* sólo se encuentra en el Ms. *O*, donde tiene este epígrafe: «*Soneto* (!) *q̄. dicen hizo don Diego de Mendoça á la sepoltura de la princesa doña Juana*». Está firmado con estas letras griegas ininteligibles ΦΑΡΗΑ (pharêa).

233 Esta *Fábula* se halla impresa por primera vez en la edicion de las obras de Boscan, hecha en Venecia en 1553, por Alonso de Ulloa. Su texto es mucho mejor que el de Hid., y por eso lo he adoptado, por lo general, en esta reimpresion.

PÁGS.

332 Esta composicion se halla impresa por primera vez en la coleccion de Mr. Morel-Fatio. El cree que don Diego de Leyva fué hijo natural del célebre capitan de Cárlos V., Antonio de Leyva, y que murió en la guerra de Granada.

Verso 5.—*Madalena*. Doña Magdalena de Bobadilla, segun cree *M-F*, y cita los *Historiadores de Sucesos particulares*, Nota 2, página VIII del tomo I.

Verso 12.—Sarria, y no Sarriá. Fernando Ruiz de Castro, Conde de Lémos, Villalva y Andrada, quien fué Vicerey y Capitan general del reino de Nápoles, segun *M-F*.

333 V. 13.—*Gaspar de Téves*. Parece ser el poeta de quien los editores del *Ensayo* de Gallardo publicaron un romance (T. I, col. 1030).—Nota de *M-F*.

343 Las Cartas XIII y XIV son inéditas.

373 Este *Diálogo entre Fílis y Pascual* está casi refundido en la presente edicion, conforme á los textos manuscritos. La variacion de Hid. en el primer cuarteto estuvo ya indicada en las *erratas* de la edicion de 1610, de que no hizo caso De Castro en su reimpresion.

430 Á esta composicion y á la penúltima pone el códice *A* los siguientes epígrafes: «Epigrama trasladando uno de Ausonio de seis versos, en que Laïs vieja dedica un espejo á la diosa Vénus». Y «Epigrama trasladando uno de Marcial de quatro versos en la muerte de Pompeyo y sus hijos.»

432 Este Epigrama á Dido lo dá Hid. como de Mendoza, y en efecto, se halla en todos los códices antiguos como poesía suya. De Castro lo rechaza considerándole de Garcilaso, pero no está en las antiguas ediciones de este poeta desde

PÁGS.

la primera, hecha en 1543, por la viuda de Boscan.

## POESÍAS SATÍRICAS Y BURLESCAS.

433 Estas obras de Burlas no se hallan en las ediciones de 1610 y 1554, y podrian llamarse inéditas, aunque una parte de ellas salieron en esta década en una revista extranjera, copiadas de un mal texto existente en la Biblioteca Nacional de París. Los primeros cinco Sonetos no se hallan en dicha coleccion.

Soneto IV, v. 7—*Lepe;* los originales dicen *Lope*, ignoro con qué razon.

Soneto V.—Este Soneto lleva en el Códice *C* el siguiente epígrafe: «*Soneto de D. D.ª y en él unas letras Ebreas*». Pero por la copia es difícil llegar á comprender la idea del autor aunque creo que era la siguiente:

«Mira el ☐☐☐ ძ϶λ ϶νλ☐ que es el centro
Y si árbol no tuviere mi señora,
Hallarásle dos centros en el *ραβο*».

Hay variantes sobre este Soneto, pero—«peor es menealllo».

439 Soneto X, v. 4.—*M-F. has hecho*, por *heciste.*
v. 5.—Id. *en cielo*, por *en celo.*
v. 6.—Ms. *F. con*, por *tras.*
v. 7.—Sigo Ms. *F.* Otros ponen:
*Pegada y abrazada pelo á pelo.—H.*
*Pegada pelo á pelo y abrazada.—M-F.*
v. 9.—*mala vieja.—M-F.*
v. 11.—*M-F.* Pone un punto despues de *apareja.*
v. 12.—En lugar de *calderilla*, hay

PÁGS.

las variantes, *candelilla*, *redomilla*, y á *garafilla*, al capricho de los copiantes, tal vez.

v. 13.—*raudal* unos, otros *caudal*, otros áun dan así este verso y el siguiente:

*Un sepan cuantos de oreja á oreja,*
*Que nunca dió mujer dentro en Sevilla.*

440 *M-F.* no pone epígrafe que dá la llave del Soneto, y así dice *fea* por *gorda*, aunque el índice de su Ms. emplea *gorda*, como los códices de España.

Verso 4. Ms. *F.*—*Os precia*, que tal vez es mejor leccion.

Verso 8. *M-F.*—*Con que podreis sorberse*, etc.

Verso 9. Id.—*Todos dicen que es luna*, etc.

Verso 11. Id.—*Pro que sia*, por *hipocresia.*

Verso 13. Ms. *F.*—*Alcanzara*; *M-F. alcanzaria.*

441 Soneto XIII.—Este Soneto publicó Sedano por primera vez en el *Parnaso Español*, tomo VIII, y despues, De Castro en su edicion de nuestro autor.

El Sr. D. Pascual de Gayangos me ha hecho el favor de compulsar el texto con una copia que existe en un tomo de Poesías varias del Museo Británico, y resultan las siguientes variantes:

Verso 2.—*Gran*, por *grande.*

Verso 8.—*Los ojos, boca y sienes y costado.*

Versos 10-11:

*Besar el suelo porque él entendia*
*Que la humildad mayor allí se encierra.*

El Sr. de Castro pone á este Soneto esta nota:

«Publicó Sedano este Soneto en el tomo VIII del *Parnaso*. El asunto que dió orígen á él sirvió á Gaspar Lúcas Hidalgo para el siguiente cuento,

PÁGS.

que se lee en los *Diálogos de apacible entretenimiento* (Barcelona, 1605):—Una buena vieja vió que por estar muy apretada la gente en la iglesia no podia un hombre que estaba detras della besar la tierra como los otros, y como no se pudo apartar la vieja para hacelle lugar, le dijo señalando con la mano sus propias asentaderas: *Aquí podreis besar, hermano, que todo es tierra, y áun peor*».

442 *La Alcahueta.*—Esta Sátira es imitacion de una de Ovidio que empieza:
*Est quædam,* etc. *Amorum I,* 8—*M-F.*

446 Verso 6.—*Porque duelos*—creo que hay elipse del conocido refran: *Duelos con pan son ménos.* Dice *M-F.* que «cela satisfait peu» mas la única otra interpretacion *¿por qué duelos?* satisface ménos todavía.

449 Verso 12.—*Á la Madre,* es decir, *Celestina.*

450 *La pulga.*—Es imitacion del *Capitolo del Pulice* de Ludovico Dolce, célebre poeta veneciano. Los editores del *Ensayo* de Gallardo (II, 437), atribuyen esta composicion á Cetina, pero segun los códices y el testimonio de Hidalgo, es incontestablemente de Mendoza.

451 *Peralvillo,* pueblo cerca de Ciudad-Real, donde primero asaetearon á los presuntos reos y luégo les formaron causa. Véase Covarrubias, Madrid, Luis Sanchez, 1611, sub *voce,* y tambien la comedia de Rojas, *Entre bobos anda el juego.*

457 En el códice *I*, concluye así esta composicion:

«Entretanto esta pulga anda y se esfuerza
Picándome, y está ¡el diablo! puesta
Allí do la Belona há mayor fuerza;
¡Ved cuánto es atrevida y deshonesta!»

PÁGS.

459 *El cuerno.*—V. 11. Ms. *I.*
*Conservan hoy en dia su memoria.*
460 El mismo Ms. *I* dá así el cuarto terceto:

«¿Quereis saber cómo ha de ser preciado?
Que no hay cosa ninguna que se os quede
Dándola, sino el cuerno bien pegado».
Verso 13. Ms. *I.*—*Aunque no plante cuernos*
*[cuantos puede.*

463 Ms. *I*, se diferencia tanto de los demas, que daremos aquí algunos tercetos como ejemplo:

«Fuera desto que aquí teneis oido
Ninguno puede dar lo que no tiene
Sino es un par de cuernos bien cumplido.
»Porque hartas veces un bigardo viene
Con uno y deja dos en esa frente
Y vuestra mujer mesma le detiene.
»La color nueva aplace vulgarmente
Y más la colorada y la que salva
Y el cuerno si es más nuevo, más se siente.
»Y crecen sin regarlos como malva;
Por eso dice un salmo de un profeta:
*Ab unicornio cornibus* te salva.
»Porque su calidad es imperfeta
Por tener uno solo emponzoñado,
Por eso, ¡guarte dél, no te le meta!
»Este tiene virtud siendo cortado
Por la gran castidad y continencia
La cual con él en pocos se ha hallado.
»El olio con que el rey David fué ungido
En un vaso de cuerno se llevaba,
Y esto me acuerdo yo de haber leido;
»Y ansí David contino le llamaba
*Cornu salutis* siempre á boca llena
Y en trompeta de cuerno le cantaba.
»Ahora el oir causa grave pena», etc.

PÁGS.

464 *La zanahoria.*—Ninguno de los Mss. que he consultado en España tiene este epígrafe al *Duque de Sesa*, que lleva el texto de *M-F.* Al contrario, el códice *I* pone siempre *señora* donde nuestro texto tiene *señor*. Seguimos por lo general las lecciones del *I.*

Verso 2.—Variante *el sol*, por *suelo.*

Verso 4.—El texto comun dice:

*Y aunque el hombre los lee de buena gana.*

Versos 8-9.—Id.

«¿Qué empresa puede haber de mayor gloria
Ni en que puedan mostrar mejor su sciencia?»

Verso 24.— *Toda podeis comella á espuela hita.*

465 Verso 18.—El texto ordinario es:

*Y mejor que la cruda la guisada.*

Verso 21.—*Mas la una y la otra es*, etc.

466 Versos 2 y 3.

«Porque es tan gloriosa y santa yerba
Que á la persona deja satisfecha».

Verso 26.—*Enfermedad* aquí significará *infirmitas, debilidad.*

467 *Epístola á don Gonzalo.*—Este personaje será Gonzalo Perez, secretario del Emperador, padre del célebre Antonio Perez. Parece que Mendoza escribió esta *Epístola* desde Inglaterra (Hampton Court), donde era embajador.

Verso 11.—No entiendo *Zuymilan* ni *Guzmilorte.* Algunos códices ponen *Zuy y Milan* y *Guzmilorte.*

468 Versos 8-9.—Compara el autor á España con Inglaterra.

PÁGS.

Versos 19-21.—No sé á qué se refieren estos nombres propios. Supongo que serían quintas ó casas de campo conocidas de los dos personajes.

473 *Consejos de don Diego.*

474 Verso 14.—Va mal aquí el códice, mas el señor Sancho Rayon ha logrado desenredar perfectamente el sentido del texto manuscrito, que dice:

«Y á la que vieres es triba en su altiveza
Síguela la traza,
Que es,» etc.

Verso 21.—*Martelo* (sic), parece una de las muchas voces italianas que abundan en nuestro autor, como por ejemplo, *fenestra*, *bruteza*, *peró*, etcétera.

479 *Apéndice.*—Este Soneto se encuentra á menudo en los códices atribuido á Mendoza, aunque tan parecido á uno de Garcilaso que dice:

«Amor, amor un ábito vestí,
El qual de vuestro paño fué cortado;
Al vestir ancho fué, mas apretado
Y estrecho quando estuvo sobre mí.
»Despues aca de lo que consentí
Tal arrepentimiento m'a tomado
Que pruebo alguna vez, de congoxado,
A romper esto en que yo me metí.
»Mas quién podrá deste abito librarse,
Teniendo tan contraria su natura
Que con él a venido á conformarse?
»Si alguna parte queda por ventura
De mi razon, por mí no osa mostrarse
Que en tal contradicion no está segura».

480 El segundo Soneto es variacion del n.º XXVIII

PÁGS.

al principio de esta edicion, y que pone Hidalgo, conforme con varios manuscritos.

Soneto III.—Espinosa lo imprimió por primera vez como de Mendoza, y D. Adolfo de Castro lo admitió en su edicion de 1854; mas Espinosa es mala autoridad en cuestiones de esta naturaleza, como lo muestran varias equivocaciones suyas de autores en sus *Flores*. Dá una oda de Horacio traducida por Fr. Luis de Leon, atribuyéndola á Mendoza, y De Castro la admite como tal.

481 Soneto IV.—Este Soneto se atribuye á Cetina, Cervantes y al autor del Cautivo de Túnez. Un códice lo dá como de nuestro poeta.

482 Esta *Epístola* se encuentra dos veces en el códice *H*, una atribuida á Mendoza y otra á Cetina.

484 *Lamentacion*.—«No parece suya», dice á la márgen el códice *G*.

# ÍNDICE.

(1) Amor me fuerza escribir.—Ms. *R*.

(1) Ms. *H* la atribuye á Cetina.

Págs.

(1) Epígrafe en *R*, de distinta letra, á *Doña María de Mendoça*.

Págs.

---

Reb'd J + D
10/1989

